

Hubert Lagardelle

Huelga general y socialismo

Encuesta internacional

**BIBLIOTECA
José María Aricó**

**Cuadernos de Pasado y Presente / 61
Córdoba**

Publicación periódica mensual
Director: José Aricó
Serie: Teoría y práctica de la acción obrera / I
Preparada por: Jorge Feldman y José Aricó

ADVERTENCIA

El 4 de agosto de 1914 se selló la suerte de la Internacional Obrera y Socialista, más conocida por Segunda Internacional. Ese día los parlamentarios de la socialdemocracia alemana aprobaron los créditos de guerra reclamados por el Ejecutivo del Imperio, haciéndose cómplices activos del expansionismo bélico de la burguesía. La misma accessis nacionalista ganaba pocos días después a los partidos socialdemócratas del resto de las naciones beligerantes. Las promesas de resistir la guerra —incluso, desde 1907, de transformarla en guerra civil— que se habían hecho unos a otros en sucesivos congresos internacionales, fueron olvidadas en el momento decisivo.

Con el triunfo de octubre y el fin de la guerra renació el internacionalismo en las filas obreras. La inminencia de la revolución alemana —la llave de la revolución mundial para los bolcheviques—, apremió a Lenin a fundar la Internacional Comunista en 1919. Sin embargo, a pesar de que la lucha de clases se agudizó hasta extremos desconocidos, la revolución social no se produjo y el capitalismo superó la crisis. Por su parte, la Rusia Soviética continuó sola su marcha.

Semejante evolución de los acontecimientos estaba lejos de las expectativas de los revolucionarios rusos y del propio Lenin, para quien el advenimiento de la revolución mundial era una condición imprescindible para la estabilidad de la dictadura del proletariado en la URSS. La creación de la IC se apoyaba en esas expectativas y en la imperiosa necesidad de ofrecer una dirección revolucionaria a las masas. “La mayor desgracia para Europa —escribe Lenin en 1919— es que no existe partido revolucionario.” La internacional debía llenar el vacío creado por la traición de los jefes socialdemócratas. El supuesto que hacía posible el razonamiento era que las masas de los países capitalistas desarrollados estaban dispuestas en su mayoría a desatar la revolución. Los hechos se encargaron de demostrar lo contrario: el

Traducción de: Noemí Fiorito de Labruno
Tapa: Miguel de Lorenzi
Primera edición: octubre de 1975
© Ediciones Pasado y Presente
Casilla de Correo 80, Córdoba
Distribuido por Siglo XXI Argentina Editores
Perú 952, Buenos Aires
Queda hecho el depósito de ley

reformismo estaba profundamente arraigado en la clase obrera con una solidez que Lenin no previó.

Las críticas con las que el líder bolchevique demolió a los conocedores del fenómeno imperialista, al "oportunismo" frente socialdemócratas, fundamentalmente las que se refieren al desal expansionismo bélico de sus respectivas burguesías, al carácter de clase del estado capitalista y a la necesidad de su destrucción para iniciar la transición al socialismo, así como al pacifismo profesado por las cúpulas partidarias, conservan aún hoy toda su validez; pero dejan en pie tantos interrogantes como los que resuelven. Como dice Claudín en su historia de la Tercera Internacional: "...el hecho [la agonía del capitalismo] es reconocido en todos los análisis de Lenin y la IC, al indicar como causa fundamental de la derrota la 'traición' de los jefes reformistas. Pero esta explicación reclama otra: ¿por qué los obreros secundaron a los jefes traidores?"¹

La insistencia en explicar la derrota por la traición ha obturado la crítica histórica y el replanteo de los interrogantes exige llevar la reflexión hasta la Segunda Internacional, ese contradictorio ámbito multipartidario en el que convivían tendencias aún indefinidas, en el período en el que, por lo demás, se constituyeron los modernos movimientos obreros europeos.

Los análisis que dan por supuesto que el "leninismo" de la III Internacional rescató la tradición revolucionaria desfigurada por su inmediata antecesora no contribuyen a lograr una respuesta acertada a tales interrogantes. Si se compara el carácter revolucionario de la organización de Lenin con el reformismo del partido alemán, y no se desconocen los rudimentos de la lógica aristotélica, se suele arribar a la reconfortante conclusión de que, efectivamente, una era revolucionaria y la otra reformista, pero difícilmente se logra así arrojar alguna luz sobre los hechos. Por el contrario una mirada más interrogativa, como la que proponemos, para la lectura de estos materiales sobre la huelga de masas, debe tratar de descubrir los límites en los que se movía el pensamiento político de la época.

Lejos de la agonía esperada por los socialistas, el capitalismo imperialista estaba a principios de siglo en pleno apogeo. La fortaleza del sistema, que ciertamente empezó entonces a resque-

¹ Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista, I. De la Komintern al Kominform*, París, Ruedo Ibérico, 1970, p. 34.

brajarse en los países dependientes, se conservaba en las metrópolis protegida por una red institucional cuyo sentido de clase y su poder persuasivo los socialistas no lograron desentrañar. Recién después del triunfo bolchevique y del llamado "bienio rojo" de 1919-1920, la teoría política marxista recibió un nuevo impulso con la obra de Lenin, y un poco más tarde, con Antonio Gramsci, que supo "traducir" sus conceptos más originales elaborados a partir de la experiencia de la revolución rusa, y de las vicisitudes de la construcción de una sociedad socialista, a la lógica política y social de los países capitalistas más desarrollados. El concepto de hegemonía, la redefinición de las nociones de sociedad política y sociedad civil, los aportes a la teoría de las crisis, la metodología para el análisis de las relaciones de fuerza y la revelación de la institución de los consejos como la forma que debía adoptar el estado socialista, forman el arsenal teórico con que contamos hoy para la crítica de nuestras sociedades, pero eran desconocidos, silenciados o falseados por los dirigentes de la Segunda Internacional. Se puede aducir que muchos de estos conceptos operaban en el discurso de Lenin ya en 1905. Pero a nadie se le ocurría pensar entonces, ni siquiera al propio Lenin, que sus análisis de la realidad rusa podían tener validez más allá de sus fronteras. En sus apreciaciones internacionales coincidía plenamente con la conducción alemana que lo era también de la Internacional, como insistía reiteradamente en aclararlo:

"¿Dónde y cuándo dije que el revolucionarismo de Bebel y Kautsky es 'oportunismo'? ¿Dónde y cuándo pretendí haber creado en la socialdemocracia internacional una tendencia especial, no idéntica a la de Bebel y Kautsky? La compleja unanimidad de la socialdemocracia internacional en todos los grandes problemas del programa y la táctica es un hecho incontrovertible."² La rotunda afirmación aparece en una obra fundamental de Lenin, a la que volveremos en este trabajo, ya que en ella se formula por primera vez y con extremada nitidez la táctica que seguiría la fracción bolchevique.

Tal vez la única excepción se dio en 1907 en el Congreso de Stuttgart, en el que Lenin votó con la izquierda socialdemócrata en contra de Bebel. En un texto comentario de dicho congreso

² Vladimir I. Lenin, *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Editorial Cartago, 1959, t. IX, p. 60.

deja constancia de su sorpresa por la postura del caudillo alemán "que —dice— hacía el juego a los oportunistas". Exactamente un año antes del fatídico 4 de agosto Lenin publica una nota de homenaje por la muerte de Bebel en la que nada empaña su figura ejemplar. Nunca consideró —al menos no hay testimonio escrito antes de 1914— que existiera alguna diferencia teórica fundamental entre su concepción y la que imperaba en la Internacional. El hecho es en verdad sorprendente cuando se comparan los textos. Impresiona tanto la vivacidad polémica y la creatividad política de los de Lenin, como la chatura doctrinaria de los textos de los voceros oficiales de la socialdemocracia, entre otros Kautsky, por ejemplo, considerado entonces el principal teórico marxista. Es difícil resistir a la tentación de acudir a motivos circunstanciales o de mera conveniencia táctica del revolucionario ruso —líder de un partido pequeño y poco prestigioso— para explicar su adhesión a la conducción hegemónica de la Internacional, pero no se encuentran pruebas que abonen esa interpretación. Por el contrario, los alemanes, herederos directos de Marx y Engels, fueron para Lenin un modelo de actividad obrera revolucionaria, guardianes y difusores eminentes de la pureza de la doctrina marxista.

Creemos que lo que impidió que afloraran antes de la guerra sus diferencias implícitas era la idea compartida —e infinidad de veces reiterada por unos y otros— de que sus respectivos países atravesaban etapas distintas en el desarrollo del capitalismo. Estaban convencidos de que la revolución que se avecinaba en Rusia y en los países de Europa occidental no tendrían el mismo carácter, aunque las consideraran íntimamente vinculadas: al despuntar el siglo la revolución democrático-burguesa no había comenzado en el dominio de los zares, mientras que en Europa occidental, mal o bien había concluido. Al menos eso creían.

En efecto, la consideración de que a medida que se avanzaba hacia el Este la burguesía era más débil y la resistencia de los sectores feudales y atrasados más poderosa, era un lugar común en el pensamiento socialista del período. Para el limitado universo eurocéntrico de esos intelectuales, en el extremo oriental estaba la Rusia de los zares —"el gendarme de Europa"— donde habría de sobrevenir, tarde o temprano, la esperada revolución burguesa, ya concluida en los países más adelantados. En el otro extremo, los Estados Unidos de Norteamérica parecía ser la única nación del orbe que había realizado su revolución de-

mocrática sin cortapisas de ninguna índole. En el interior del modelo, en Europa occidental, allí donde los partidos de la Internacional tenían cierto arraigo, la dominación del capitalismo había dado lugar a combinaciones políticas más espúreas.

Antes del levantamiento de 1905, los socialistas se preguntaban, con orientaciones bastante imprecisas, sobre el camino que adoptaría el advenimiento de la revolución socialista, ya que la Comuna de París, en 1871, parecía haber terminado el ciclo de las revoluciones burguesas iniciado en 1789. El sacrificio del proletariado "comunista" había dado a luz en Francia una república parlamentaria de rasgos bien definidos: las rémoras feudales habían sido alejadas del poder, si no totalmente eliminadas de la sociedad. En el resto del continente, los resultados políticos de los levantamientos populares de 1848 fueron menos nítidos y el funcionamiento de la democracia parlamentaria quedó trabado por las transacciones con las antiguas clases sociales. Alemania recorría "su etapa democrática"; ya no habría revoluciones burguesas en el Imperio, que combinaba en su estructura política el poder real de una aristocracia militar y terrateniente —los junkers del este del Elba— con la participación parlamentaria de una clase obrera organizada en el partido socialista más desarrollado. Después de la derrota de la burguesía alemana en 1848, el incipiente movimiento obrero alemán cargó sobre sus todavía débiles hombros la tarea de completar la democratización del estado. Sorprendentemente no había sido la burguesía la clase más dinámica en el proceso de unificación nacional a pesar de ser ella la más interesada en la desaparición de los obstáculos a la unión mercantil. Fue la vieja aristocracia de los junkers, representada por Bismarck, la que vio en la destrucción del inútil Parlamento de Francfort —la única conquista burguesa en el 48— y en la unificación del estado "a sangre y hierro", el camino para imponer el dominio de Prusia sobre los numerosos ducados y principados alemanes. Pero a pesar de su falta de iniciativa revolucionaria, la burguesía supo aprovechar las tres décadas de estabilidad política y expansión militar que le ofreció la férrea conducción de Bismarck, y adquirió en lo económico un inmenso poder; el desarrollo industrial fue portentoso y con el mismo ritmo creció el proletariado.

De manera que en la nación forjada por la hegemonía prusiana, convivían, paradójicamente, los elementos más atrasados del período feudal, con lo más avanzado de la nueva sociedad

industrial. La misión que se asignaba al movimiento obrero del Reich era la de impulsar el proceso democrático, no por la vía revolucionaria que habían seguido sus camaradas franceses hasta 1871, sino a través de sucesivas reformas arrancadas al régimen.

Los casos de Francia y Alemania eran paradigmáticos y el resto de las naciones europeas se definían por mayor o menor aproximación a una o a otra. De modo que la Comuna había cerrado el ciclo revolucionario no sólo para Francia sino para todo el continente y los levantamientos populares que se produjeron desde entonces fueron excepcionales y parciales. Las tendencias del movimiento obrero los apreciaban con prismas diferentes según se consideraran herederos del pensamiento marxista, o seguidores del credo anarquista o de las recientes orientaciones del sindicalismo revolucionario. Para los primeros, las movilizaciones de masa del período no superaban el sentido de las reivindicaciones que explicitaban, fueran éstas de carácter económico (salarios, jornada de trabajo, etc.), o político (sufragio universal, derecho de reunión, de asociación, resistencia a la represión policiaca, etc.) Se integraban, por lo tanto, en su política de reformas y de democratización del estado, al tiempo que estimulaban el crecimiento de las organizaciones de la clase obrera y la acumulación de fuerzas —por el importante papel educativo que le asignaban— que como una suerte de acumulación originaria del capital político del proletariado, preparaba el advenimiento de la nueva sociedad. Las otras tendencias, por el contrario, consideraban a todo movimiento de masas como la expresión de la irreductibilidad de la clase ascendente a los intentos de integración de la sociedad burguesa: cada levantamiento popular anunciaba de algún modo la voluntad de los dominados de destruir el poder de las clases dominantes.

Los marxistas representados por la fracción alemana conducían al máximo organismo internacional, pero convivían con las otras tendencias minoritarias. La encuesta de Lagardelle, realizada meses antes de la revolución rusa de 1905, muestra la ausencia de una concepción que merezca ser considerada como la auténtica teoría de la revolución. Salvo los planteos anarquistas o anarcosindicalistas, que hacían coincidir automáticamente el desencadenamiento de la huelga general con la toma del poder, la huelga no aparece más que como una táctica puramente defensiva, para responder a probables intentos reaccionarios de frenar

el desarrollo del movimiento obrero que se desenvolvía pacíficamente dentro de los cauces legales.

En esos años ya se había liquidado la discusión con el "revisionismo" cuyas figuras prominentes eran Jean Jaurès en Francia y Eduard Bernstein en Alemania. Kautsky y Rosa Luxemburg habían sido los abanderados del "marxismo revolucionario" en la lucha contra las nuevas teorías reformistas. Pero el debate, del cual aparentemente salió triunfante la teoría marxista contra los intentos de revisión, no concluyó con la expulsión de los derrotados, que siguieron actuando como otra minoría dentro del movimiento. Y esto fue así, no solamente por "los principios democráticos" que imperaban en la Internacional, sino porque el revisionismo teórico, expresaba tendencias profundas de la sociedad, del movimiento obrero y de sus instituciones. Como señala Procacci: "el revisionismo [...] era también y sobre todo la percepción de una situación objetivamente modificada, de problemas nuevos que se iban planteando imperiosamente al movimiento obrero y al socialismo. El hecho de que tales problemas fueran interpretados de manera discutible o que el modo en que eran presentados y las conclusiones que de ahí se extraían no fuesen correctas no significaba, sin embargo, que no existiesen problemas reales y que no habrían de asomar muy pronto en otras formas y a través de otras corrientes y movimientos. En el revisionismo se reflejaba la sensación general de que se había abierto en la historia del movimiento obrero un período nuevo, caracterizado por la oposición entre diversas tendencias, por el aflujo de masas cada vez más vastas al combate de los conflictos sociales y por un consecuente y cada vez más estrecho entrecruzamiento entre los problemas del desarrollo democrático de la sociedad y los de sus tendencias socialistas."³

La falta de resolución práctica del debate teórico en el ámbito de la socialdemocracia, derivaba de que tanto los revisionistas como quienes los criticaron no veían la necesidad de ningún cambio en la práctica partidaria. En todo caso, los bernsteinianos señalaban la conveniencia de eliminar cierta retórica revolucionaria que neutralizaba a su juicio las reformas concretas que el movimiento obrero podría ir obteniendo paulatinamente en los cauces de la táctica parlamentaria y sindical desplegada hasta

³ Giuliano Procacci, *Introducción a Karl Kautsky, La cuestión agraria*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, 1974, p. xxxi.

el momento. Los marxistas revolucionarios insistían en el ineluctable advenimiento de la revolución para el que las organizaciones debían estar preparadas mediante la lucha ideológica, y la conservación intacta de la teoría marxista. Ese momento decisivo llegaría inexorablemente, aunque ignoraba cuándo y cómo. En 1893, antes del debate contra Bernstein, Kautsky declaraba: "Sabemos que nuestras metas sólo pueden ser alcanzadas por una revolución, pero sabemos también que del mismo modo que no está a nuestro alcance el llevar a cabo esta revolución, tampoco está en el poder de nuestros oponentes el impedirlo. Por ello tampoco se nos viene a la mente la idea de promover o preparar una revolución. Y dado que la revolución no puede ser realizada por nuestra simple voluntad, tampoco podemos decir lo más mínimo sobre cuándo y bajo qué condiciones y en qué forma ésta se ha de producir."⁴

Sin duda fue la revolución de 1905 la que dio un nuevo giro a la situación. Desde entonces comenzaron a manifestarse en el seno de la socialdemocracia críticas de izquierda a la dirección, expresadas fundamentalmente por Rosa Luxemburg y más tarde por los rusos. Pero tendrá que transcurrir una década para que esas corrientes se separen del tronco fundamental y superen las críticas virulentas pero parciales. Las formuladas por Luxemburg desde la publicación de su folleto *Huelga de masas, partido y sindicatos*, planteaba la necesidad de reorientar la actividad sindical y partidaria hacia actitudes más combativas, pero sus propuestas no sobrepasan las cuestiones coyunturales. Es indudable que esas manifestaciones opositoras —desde 1905 cada vez más extendidas— revistieron gran importancia, sobre todo si tenemos en cuenta las divisiones partidarias posteriores a la guerra, pero insistimos en indicar la ausencia de una teoría de la revolución para los países occidentales, que hiciera posible una acción política diferente para el movimiento obrero, porque era esa carencia que condenó a las corrientes opositoras a mantenerse dentro del ámbito socialdemócrata.

"La vieja y probada táctica" de la socialdemocracia —que los alemanes ejecutaban con mayor éxito que las otras secciones de la Internacional— no parece haber sido producto de la distorsión

⁴ Karl Kautsky, *Sozialdemokratischer Katechismus* [Catecismo socialdemócrata], citado según Grunenberg, *Die Massenstreikdebatte*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1970, pp. 20-21.

de una prédica revolucionaria marxista formulada con anterioridad o contemporáneamente, sino el resultado de modificaciones de las situaciones políticas nacionales. La obra del propio Engels es demostrativa de esos cambios y de la ausencia de una estrategia revolucionaria acorde con la nueva situación. En efecto, quienes accedan a la lectura de los materiales de la discusión sobre la huelga de masas, verán citadas repetidas veces su *Introducción a La lucha de clases en Francia*, de Karl Marx, como la fuente doctrinaria en la que abrevaban quienes argumentaban en favor de la táctica socialdemocrática. En *El estado y la revolución*, como se sabe redactado en 1917, Lenin acusó a Kautsky de haber desnaturalizado el texto de Engels, y todavía hoy, algunas ediciones de la obra son precedidas por una nota en la que se hace referencia a una primera publicación a cargo de Liebknecht en la que éste habría eliminado algunos párrafos esenciales. Se cita también una carta de Engels a Kautsky en la que se queja de las mutilaciones sufridas por su original, de aparecer "como un pacífico adorador de la legalidad a toda costa" y exige la inmediata publicación en *Die Neue Zeit* del texto completo. Sin embargo el viejo Engels, residente en Inglaterra, accedió a que se tachasen algunos párrafos dada la amenaza de una nueva ley de excepción que se cernía sobre el partido. Si esta aceptación de Engels no fuera suficiente para demostrar su convencimiento de que no sólo no era imprescindible, sino tampoco conveniente la publicación de aquellos párrafos en los que hacía referencia a futuros e hipotéticos enfrentamientos armados, basta leer la *Introducción* completa editada más tarde en la Unión Soviética, para comprobar que el albacea de la teoría marxista aprobaba sin ninguna vacilación "la vieja y probada táctica" de la socialdemocracia. Veamos algunos de sus pasajes que así lo demuestran.

"Hoy podemos contar ya con dos millones y cuarto de electores. Si este avance continúa, antes de terminar el siglo habremos conquistado la mayor parte de las capas medias de la sociedad, tanto los pequeños burgueses como los pequeños campesinos y nos habremos convertido en la potencia decisiva del país, ante la que tendrán que inclinarse, quiéranlo o no, todas las demás potencias. Mantener en marcha ininterrumpidamente este incremento, hasta que desborde por sí mismo el sistema de gobierno actual; no desgastar en operaciones al descubierto esta fuerza de

choque que se fortalece diariamente, sino conservarla intacta hasta el día decisivo: tal es nuestra tarea principal.”⁵

La clara defensa de la táctica electoral y parlamentaria para extender la influencia de la socialdemocracia es precedida por una minuciosa argumentación que intenta demostrar la inconveniencia del insurreccionalismo que, hasta la Comuna de París, había comprometido al movimiento obrero. “El método de lucha de 1848 es hoy anticuado en todos los aspectos...” Aquí no se refiere solamente a “la guerra de calles”, superada desde el punto de vista militar por la evolución del armamento y la moderna edificación edilicia, sino a lo que llama revoluciones de minoría. “Pero prescindiendo del contenido concreto de cada caso, la forma común a todas estas revoluciones era la de ser revoluciones minoritarias. Aun cuando la mayoría cooperase con ellos, lo hacían consciente o inconscientemente al servicio de una minoría.”⁶ Más adelante explica por qué, a su juicio, la revolución de mayorías no era posible en marzo de 1850, justamente cuando Marx y Engels redactaron el Mensaje del Comité Central a la Liga Comunista y creían en la inminencia de un nuevo estallido revolucionario en Europa. “Así en la primavera de 1850, la evolución de la república burguesa había concentrado la dominación efectiva en manos de la gran burguesía agrupando en cambio a todas las demás clases sociales, lo mismo a los campesinos que a los pequeños burgueses, en torno al proletariado; de tal modo, que en la victoria común, y después de ésta, no eran ellos sino el proletariado, escarmentado por la experiencia, quien habría de convertirse en el factor decisivo”. Y se pregunta Engels: “¿No se daban pues todas las perspectivas para que la revolución de la minoría se trocase en la revolución de la mayoría? La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico del continente, distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista”.⁷ Estas apreciaciones del viejo Engels tienen una enorme significación porque implican el abandono por parte del movimiento obrero de las tradiciones revolucionarias de la Gran

⁵ Friedrich Engels, *Introducción a La lucha de clases en Francia*, de Marx. Véase en Marx/Engels, *Obras escogidas*, Moscú, Editorial Progreso, 1971, t. I, p. 120.

⁶ *Ibid.*, p. 108.

⁷ *Ibid.*, p. 109.

Revolución Francesa. Junto con el insurreccionalismo Engels lanzaba por la borda la tradición jacobino-blanquista, que aunque criticada en sus aspectos burgueses había impregnado la táctica propugnada por él y Marx hasta la fundación de la I Internacional y que había predominado en los movimientos obreros del siglo XIX, especialmente en Francia. Este es el primer texto en el que se explicita la crítica, de acuerdo a las nuevas condiciones de democracia parlamentaria en que debía actuar la clase obrera y a la necesidad que ésta atravesara un largo período de educación y organización, para llegar a asumir el liderazgo de todo el pueblo. Más adelante analiza en términos similares la experiencia de la Comuna: “Una vez más volvió a ponerse de manifiesto que en París ya no es posible otra revolución que la proletaria. Después de la victoria, el poder cayó por sí mismo en el regazo de la clase obrera, sin que nadie se lo disputase. Y una vez más volvió a ponerse de manifiesto cuán imposible era por entonces, veinte años después de la época que se relata en nuestra obra, este poder de la clase obrera. Por una parte —explica Engels— Francia dejó a París en la estacada [...] por otra, la Comuna se consumió en la disputa estéril entre los dos partidos que la escindían, el de los blanquistas (mayoría) y el de los proudhonianos (minoría), ninguno de los cuales sabía qué era lo que había que hacer. Y tan estéril como en 1848 fue la victoria regalada en 1871.”⁸

Este análisis del fracaso de la Comuna plantea las dos cuestiones que los rusos, Lenin en particular en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática*, pero también Trotski intentaron resolver para llevar al triunfo a la revolución rusa, sin que por ello creyeran incurrir en alguna contradicción con “la vieja y bien probada táctica” de los alemanes, que consideraban válida, allí donde no se daban condiciones insurreccionales.

Para Lenin el levantamiento de 1905 demostraba palmariamente que se daban en Rusia las condiciones de 1848 en Alemania o incluso de 1871 en Francia. Es decir estaban en el umbral de una revolución burguesa. Pero a diferencia de Engels, consideraba posible que el proletariado acaudillara a todo el pueblo, particularmente a los campesinos, sin superar los límites de una revolución democrático-burguesa. La discusión en la socialdemo-

⁸ *Ibid.*, p. 112.

cracia rusa no giraba centralmente sobre el carácter burgués o socialista de la revolución inminente. Sobre este punto había acuerdo con excepción de los partidarios de la tesis de la revolución permanente. La cuestión debatida era la política que debía orientar la socialdemocracia y, aquí estaba la novedad teórica, el planteo de dos tipos posibles de revoluciones democrático-burguesas: una con el "predominio de los elementos terratenientes y de la gran burguesía", otra "con predominio de los elementos campesinos y proletarios, que culmine con la dictadura democrática del proletariado y el campesinado. El primer desenlace "se parecería, más o menos, al de casi todas las revoluciones democráticas europeas del siglo XIX, y en tal caso el desarrollo de nuestro partido seguiría una senda ardua, dura, larga, pero conocida y frecuentada." Si antes de 1905 Lenin debió defenderse de las acusaciones de "jacobinismo" por sus proyectos de organización del partido ruso, ahora, directamente lo asume remitiéndose a los textos de Marx, criticados por Engels a fines de siglo en la *Introducción ya citada*. Escribe Lenin en *Dos tácticas*: "Si se logra la victoria decisiva de la revolución, entonces sí ajustaremos las cuentas al zarismo a la manera jacobina o, si se quiere, a la plebeya. Todo el terrorismo francés —escribía Marx en 1848 en la famosa *Neue Rheinische Zeitung* no fue sino un procedimiento plebeyo para ajustar las cuentas a los enemigos de la burguesía: al absolutismo, al feudalismo y al filisteísmo' (...). Los jacobinos de la socialdemocracia actual —los bolcheviques [...]— quieren elevar con sus consignas a la pequeña burguesía revolucionaria y republicana y, sobre todo, al campesinado, hasta el nivel de la democracia consecuente del proletariado, el cual conserva íntegramente sus rasgos específicos de clase. Quieren que el pueblo, es decir, el proletariado y los campesinos, ajusten las cuentas a la monarquía y a la aristocracia 'a la plebeya'." ⁹

En las últimas páginas de la obra Lenin insiste en la comparación de la revolución rusa con la alemana de 1848 y menciona, para demostrar la posibilidad de la victoria en el caso ruso, la inmadurez del proletariado alemán y sobre todo, la falta de claridad de los fundadores de la teoría revolucionaria por aquella época, acerca de la necesidad de la organización partidaria de la clase obrera. Esa organización independiente, con una estrategia bien definida en la revolución democrática, que haga posi-

⁹ V. I. Lenin, *Dos tácticas*..., cit., pp. 53-54.

ble su liderazgo sobre todo el pueblo —especialmente sobre los campesinos— son las dos condiciones que dieron el triunfo a la revolución, aunque doce años más tarde y después de una guerra mundial. En el análisis de Engels de la Comuna parisina vimos que fueron justamente la ausencia de esas dos condiciones —la falta de una clara conducción obrera y el aislamiento de los sectores urbanos— las que habrían motivado su derrota.

En otra parte de su política con los neoiskristas, Lenin cuestiona la aplicación "de un modo del todo inoportuno" de la tesis según la cual la socialdemocracia debe ser "el partido de la oposición revolucionaria extrema". Dice Lenin: "Esta es una tesis de la socialdemocracia revolucionaria internacional, tesis completamente acertada y que se ha convertido en un lugar común para todos los adversarios del revisionismo y el oportunismo en los países parlamentarios." ¹⁰ Si no es adecuado utilizarla en Rusia es porque no existe parlamento y se atraviesa por una etapa claramente insurreccional.

Creemos que estas citas de Lenin y Engels son suficientemente elocuentes de las diferencias existentes, ya en 1905, entre los bolcheviques y la orientación general de los líderes de la Internacional, y también, simultáneamente, de su falta de claridad sobre la importancia de tales diferencias. La situación que Alemania había superado hacía ya más de medio siglo, surgía en Rusia de un modo característico. Lenin tuvo la audacia de reactualizar las tesis políticas que los marxistas europeos habían abandonado, pero no los condenó por ello. Tuvo plena conciencia que Europa occidental atravesaba una etapa distinta que requería también estrategias distintas: "en Europa las condiciones para el socialismo han alcanzado no cierto grado de madurez, sino madurez en general", dice también en *Dos tácticas*.

Si con la bancarota de la Segunda Internacional, y después de octubre del 17, enarbola sus poderosas críticas al reformismo y al oportunismo de la socialdemocracia no alcanza a plantear una nueva teoría de la revolución en Occidente, en los países capitalistas desarrollados, que no sea la de la revolución mundial, movimiento que debía seguir el modelo de que hablamos al comienzo de estas páginas, según el cual el zarismo ruso custodiaba la llave de la estabilidad política de los regímenes burgueses. Rota su dominación, el proletariado maduro para el socialismo se su-

¹⁰ *Ibid.*, p. 70.

blevaría contra un estado capitalista que lo tenía aprisionado. La sublevación se produjo pero no así la revolución, poniendo en duda, por lo tanto, aquel modelo que ordenaba espacial y temporalmente el desencadenamiento del proceso revolucionario, colocando en un extremo a la Rusia zarista y atrasada, y a los EE.UU., con su cristalina dominación burguesa en el otro. En verdad la única teoría de la revolución que tuvo la Segunda Internacional en el período que tratamos, surgía de ahí. Esto ya se pone de manifiesto en 1905, cuando las primeras críticas a la cúpula socialdemocrática surgen de la experiencia oriental y de intelectuales como Rosa Luxemburg, que se hacen intérpretes de ese proceso y de su influencia sobre las masas de los países occidentales. Pero solamente los socialdemócratas rusos tuvieron una estrategia revolucionaria que les permitió pasar a la ofensiva y construir desde principios de siglo una organización adecuada a las condiciones nacionales. El resto de las secciones de la Internacional, sin una teoría revolucionaria para sus ámbitos nacionales, se mantuvieron en la defensiva sin poder prepararse para ese momento decisivo que, tuviera la forma de una guerra interimperialista o de una revolución socialista, sabían que habría de producirse. Es cierto que la mayoría de los dirigentes fueron reformistas, oportunistas y traicionaron la causa de la revolución, pero aquellos que no lo fueron tampoco encontraron una respuesta para la situación. Con la poderosa organización del partido obrero creían haber introducido el caballo de Troya en la sociedad sitiada, cuando en verdad, la clase obrera soportaba el sitio y era la sociedad capitalista la que se había introducido en sus filas. Los socialdemócratas de izquierda tardaron demasiado en comprender que habían contribuido a crear un monstruo reformista en el que la mayoría de la clase obrera estaba incluida. Desconocían la inercia de las organizaciones en la sociedad capitalista y la importancia enorme que podía llegar a adquirir el problema de las burocracias políticas y sindicales. Es en este período y no entre intelectuales revolucionarios, que surge como nueva temática sociológica. Weber y Michels lo plantearon por primera vez en su dimensión teórica. Es interesante recordar aquí algunos párrafos de Max Weber pronunciados en 1908 sobre el conflicto entre el estado capitalista y la socialdemocracia alemana: "Debemos preguntarnos quién tiene más que temer de esta tendencia [a la burocratización], si la sociedad burguesa o la socialdemocracia. Personalmente, creo

que esta última; es decir, los elementos de ella que sustentan la ideología revolucionaria [...]. Y si las contradicciones entre los intereses materiales de los políticos provisionales por una parte y la ideología revolucionaria por la otra pudieran desarrollarse libremente, si ya no se expulsara a los socialdemócratas de las asociaciones de veteranos, si se los admitiera libremente en la administración de las iglesias, de las que ahora son excluidos, sólo *entonces* se plantearían para el partido graves problemas internos. Entonces [...] se vería no que la socialdemocracia está conquistando a las ciudades y el estado, sino, por el contrario, que el estado está conquistando a la socialdemocracia." ¹¹

JORGE FELDMAN

¹¹ Discurso ante el *Verband für Sozialpolitik*, 1908. Citado por Peter Netti, *Rosa Luxemburg*, México, Ediciones Era, 1969, pp. 330-331.

NOTAS SOBRE LA HISTORIA DEL DEBATE

El debate sobre la huelga general en la Segunda Internacional

La huelga general como medio de lucha contra la dominación de clases burguesa fue evaluada una y otra vez desde los comienzos del movimiento obrero. Fue utilizada por primera vez por los cartistas ingleses en los años cuarenta del siglo XIX. Los cartistas querían obligar al parlamento inglés a instaurar el derecho que durante años habían exigido infructuosamente: el derecho al sufragio universal e igualitario.

Este movimiento huelguístico no tuvo éxito inmediato. Los planes para la realización de una huelga general durante años se mantuvieron circunscriptos a Inglaterra. Pero en 1868 la huelga general como medio para evitar guerras futuras (se planteaba la inminencia de la guerra entre Francia y Alemania) fue incorporada al orden del día y aprobada en el Congreso de Bruselas de la I Internacional. Sin embargo, esta resolución no tuvo resultados prácticos ni desencadenó una discusión internacional sobre el problema de la huelga general.

Dos puntos de vista distintos surgen cuando se resumen las discusiones realizadas en la II Internacional sobre la huelga general y las distintas formas de huelgas políticas y económicas. La tradición más fuerte corresponde de lejos a la controversia sobre la huelga como herramienta de lucha política o de lucha económica. Al lado de ésta se encuentra el análisis sobre la utilización de la huelga en la lucha antimilitarista. Es en este contexto que se han de analizar ambos aspectos.

La primera situación concreta que llevó a varias fracciones del movimiento obrero en la II Internacional a tomar a la huelga general seriamente en consideración como forma demostrativa de lucha, fue la decisión del congreso fundador de convertir el 1º de mayo de 1890 en un día de demostraciones internacionales en favor de la jornada de ocho horas. Pero sólo en Francia, Austria,

y España se llevaron a cabo huelgas generales. Los socialdemócratas alemanes no organizaron más que reuniones dominicales. El rechazo de la huelga general por parte de la SPD se basaba en objeciones que influyeron profundamente su posición frente a la huelga de masas: el temor que la burguesía, el aparato militar y el aparato de estado podrían utilizar una huelga general y política, como factor desencadenante para escenificar un golpe de estado o destruir las organizaciones obreras. Este temor tenía un trasfondo real: bajo las leyes contra los socialistas la SPD [Partido Socialdemócrata Alemán] había conocido todos los grados de utilización del poder de la policía del estado, y sus efectos destructivos sobre la organización interna del partido en la ilegalidad. Y la burocracia de la policía de estado alemán no escatimaba amenazas de recomenzar con la aplicación de estas medidas en cualquier momento. A esto se agregó que la SPD rechazara, primero globalmente, luego con argumentaciones diferenciadas, al sindicalismo y a su concepto de la huelga, al que consideraba totalmente equivocado. Frente al mismo la SPD temía aparecer como dándole la razón si aceptaba el criterio de la aplicabilidad universal de la huelga general como medio de lucha.

Las divergencias que salieron a relucir durante la consideración de la cuestión del 1º de mayo se reprodujeron en el debate sobre la huelga general. La fracción más fuerte que apoyó a la huelga general fue la de los sindicalistas franceses; estos pertenecían a los más variados grupos políticos. Tenían en común la visión del movimiento gremial como el factor de poder más importante en el movimiento obrero. La fracción anarquista consideraba a la huelga no tanto como un medio político para la obtención de derechos políticos, sino como la acción espontánea de la clase obrera en la lucha por la autodeterminación económica. Rechazaba cualquier forma de participación en los parlamentos burgueses, y para ella la toma del poder por parte del proletariado se producía más allá de la conquista política del aparato de Estado. El grupo socialreformista, al que pertenecía Jean Jaurés y Aristide Briand, recomendaba la participación activa en el parlamento y la colaboración con los gobiernos burgueses. Quería utilizar a la huelga general tanto como palanca para la imposición de reformas sociales como para el rechazo de los intentos reaccionarios contra la república burguesa. "En el sentir del sindicalismo revolucionario la huelga general debía ser fundamen-

talmente la última señal para la Revolución, la señal de la toma de posesión de las fábricas y las minas por parte de los trabajadores, y de la desposesión económica de la clase de los capitalistas. Pero a la huelga general también se le adjudicaba la misión de preparar a los trabajadores para la Revolución, fortalecer su conciencia solidaria y también su espíritu de lucha".¹

A pesar de que los sindicalistas introducían una y otra vez la cuestión de la huelga general en el debate, el contenido de la misma se mantuvo fundamentalmente sin cambios durante todo el tiempo, mientras que variaba la posición de las fracciones socialdemócratas. Su estricto rechazo inicial hizo lugar a una valoración teórica de la huelga de masas organizada que bajo el peso de los acontecimientos tomó visos prácticos. Pero desde el comienzo la posición de los socialdemócratas se diferenció de la de los sindicalistas en que los primeros (en especial la SPD) consideraban a la huelga de masas fundamentalmente como un medio de defensa, para salvaguardar derechos existentes o para impedir su propia destrucción, mientras que los sindicalistas reformistas querían utilizar a la huelga para la imposición de derechos aun no obtenidos así como para la defensa de la república burguesa. La fracción anarquista comprendía a la huelga general como ataque directo al estado de clases y comienzo de la revolución social.

La modificación de la posición de los socialdemócratas puede leerse a partir de las resoluciones de los congresos de la Internacional. Mientras que en 1893 la solicitud de una "huelga mundial" en forma de huelgas generales nacionales hecha por los sindicalistas chocaba todavía con un rechazo nítido, el congreso siguiente mostró tomas de posición diferenciadas frente al problema de la huelga general. La resolución dice: "El Congreso considera a las huelgas y los boicots como medios necesarios para el logro de las tareas de la clase trabajadora, pero no ve que estén dadas las condiciones para una huelga general internacional. El requerimiento inmediato es la organización gremial de las masas trabajadoras, pues de la dimensión de la organización depende la extensión de las huelgas a industrias completas, o a naciones".²

¹ Julius Braunthal, *Geschichte der Internationale*, vol. 1, Hannover, 1961, p. 296.

² *Protokoll des Internationalen Sozialistenkongress Zurich 1896*, Berlín, 1896.

De la fundamentación del rechazo de las huelgas generales internacionales se manifestaba la cuestión legítima sobre la forma organizativa y las metas políticas de las huelgas globales de este tipo, para las que de acuerdo a la opinión de las mayoría de las fracciones no estaban dadas las condiciones históricas. Pero esa fundamentación del rechazo de la huelga general contenía simultáneamente los elementos de ese "socialdemocratismo" de tiempos posteriores que en cada decisión de huelga veía una amenaza para la existencia de la organización técnica y financiera. Esta era la posición, cuya concepción organizativa se iba haciendo progresivamente más tecnicistas, y para la cual las masas trabajadoras sólo aparecían como el objeto de la concepción organizativa y no ya como el sujeto de la lucha de clases.

La resolución de 1896 fue confirmada una vez más en el Congreso de París de 1900 por la mayoría. En este caso no hubo discusión. Es verdad que los sindicalistas franceses redactaron una resolución de la minoría, pero esto no cambió en nada la actitud fundamentalmente negativa de la mayoría de los partidos obreros. Karl Legien, presidente de los sindicatos alemanes, formuló una vez más las premisas para el reconocimiento de la huelga general por la Internacional, al exclamar frente a los delegados: "Mientras no haya organizaciones fuertes, la huelga general está fuera de discusión para nosotros".³

Mientras que en la Internacional tanto el apoyo como el rechazo de la huelga general se mantenía en el plano de la discusión teórica, en Europa se producían una serie de huelgas generales que ponían el problema a la orden del día en forma concreta. En Bélgica, decenas de miles de trabajadores hacían huelga en 1902 por el derecho del sufragio universal e igualitario. Los obreros belgas ya habían intentado conquistar el derecho de voto en 1893, pero sólo habían obtenido el derecho de voto pluralista. Nueve años después, este combate recomenzó, brutalmente reprimido por el ejército y la policía. La huelga fue finalmente levantada, pues los trabajadores en lucha no pudieron hacer frente a la tremenda superioridad del aparato del estado. Pero el miedo a que cada huelga sin éxito fuera transformada ne-

³ *Protokoll des Internationalen Sozialistenkongresses zu Paris 1900*, Berlín, 1900, p. 32 [Véase apéndice documental del Cuaderno de Pasado y Presente N° 63, *Debate sobre la huelga de masas (segunda parte)*, Córdoba, 1975].

cesariamente por la burguesía en una destrucción del movimiento obrero, que estaba presente en las posiciones de rechazo de la Internacional, no se vio confirmado. Los trabajadores belgas terminaron su huelga tan unidos como la habían empezado.

Algo similar ocurrió en Suecia. También allí el problema en cuestión era el derecho de voto. Aquí la huelga general tuvo cierto éxito que estuvo más en la demostración de voluntad de lucha y solidaridad entre los trabajadores que en la obtención en forma inmediata del derecho de sufragio universal e igualitario. Lo que no impidió naturalmente que los dirigentes sindicales y partidarios sostuvieran que estas "huelgas de demostración" no habían tenido ningún éxito.

En Holanda se desencadenó una huelga general al presentarse en el parlamento un proyecto de ley de prohibición de las huelgas. Después de que el ejército y la policía rompieran la huelga, la socialdemocracia holandesa se convirtió en uno de los opositores más declarados de la huelga general.

También en España se dio una gran ola de huelgas alrededor del cambio de siglo. La lucha se libraba fundamentalmente por aumentos de salarios, pues el costo de vida se había incrementado rápidamente en poco tiempo. En 1901 hicieron huelga los tranviarios de Barcelona esta lucha obrera se extendió velozmente a otros gremios y a otras zonas del país. El año siguiente hicieron huelga los metalúrgicos de Barcelona. Su huelga fue derrotada. Pero durante esta movilización, y como consecuencia de su derrota, surgió una agremiación única, la "Solidaridad Obrera".⁴ Es significativo que sobre las huelgas de España apenas se discutiera en la Internacional: los anarquistas eran fuertes en el movimiento sindical de España.

Los acontecimientos de Bélgica, Suecia y Holanda influenciaron nítidamente los debates del congreso de Amsterdam de 1904. En la discusión se diferenció entre "huelga general absoluta" y "huelga de masas". Esta última fue reconocida como un posible medio de defensa, como "medida extrema para imponer cambios sociales de importancia o para contrarrestar intentos reaccionarios contra los derechos de los trabajadores".⁵ De esta resolución sur-

⁴ Véase G. D. H. Cole: *The Second International*, II Parte, Londres, 1956, p. 758 y ss. [Hay edic. en esp.]

⁵ *Protokoll des Internationalen Sozialistenkongresses zu Amsterdam 1904*, Berlín, 1904, p. 24.

gían diversos elementos. Correspondía a la posición del partido alemán el que los esfuerzos organizativos y políticos de una huelga de masas sólo debían realizarse cuando se tratase de una cuestión de vida o muerte del movimiento obrero. A esto no siguió una determinación política más exacta de las condiciones para una huelga general, masiva. Aquel día en que la huelga masiva sería convocada resultaría ser el día X. Para la socialdemocracia alemana esto parecía tener un contenido real: el temor frente al golpe de estado. Pero un tiempo después, especialmente en las discusiones alemanas, se hizo claro lo que significaba el día X. Como era una cuestión de vida o muerte, la huelga de masas debió ser simultáneamente el comienzo de la revolución social. Pero dado que en la práctica y en las declaraciones programáticas la revolución sólo se mantenía como una meta verbal, el apoyo a la huelga de masas "en el caso apropiado" era una coartada que a la vez que enfatizaba el carácter revolucionario de la SPD debía evitar la necesidad de explicar y reconocer en su estrategia política la liquidación de todos los elementos revolucionarios de su práctica de la táctica partidaria.

Poco después del fin del Congreso se desencadenó en Italia una violenta huelga masiva que parecía contradecir la reticencia de la resolución de la Internacional. La lucha estalló espontáneamente sin intervención de partidos ni sindicatos. La chispa inicial fueron los dos baños de sangre de campesinos y mineros en huelga en Sicilia, producidos por la policía de estado italiana. Las huelgas de solidaridad se extendieron por toda Italia con la velocidad del viento. Era la "huelga general total", como se la habían imaginado las fracciones de la Internacional. Sin embargo, esta huelga quedó fijada a su causa original y no se amplió a una lucha por la autodeterminación política y económica. El movimiento terminó después que el gobierno aseguró que en adelante no utilizaría la policía en casos de huelga.

Pero lo que ocurrió en Rusia el año siguiente hizo quedar cortas a las expectativas más osadas de todos los sindicalistas: la revolución de 1905. La revolución ya se había anunciado hacía algunos años en huelgas dispersas por los pocos centros industriales del imperio ruso. Se trataba de un movimiento de huelgas que no se había interrumpido desde los comienzos de siglo y que ahora sacudía la estructura económica y política del imperio zarista. El 22 de enero de 1905, 200.000 trabajadores se concentraron frente al palacio de San Petersburgo para demostrar al zar las

penurias de la clase trabajadora. Esta manifestación terminó en un terrible baño de sangre. Este hecho se convirtió inmediatamente en "la señal que desencadenó la primera serie de grandes huelgas de masas. En pocos días éstas se extendieron por toda Rusia e hicieron resonar el llamamiento a la revolución en todos los rincones del imperio, ganando a todas las capas del proletariado".⁶ *dicatos*, Cuadernos de Pasado y Presente, Nº 13, Córdoba, 1975, p. 48].

Este movimiento revolucionario no podía ser pasado por alto por los partidos socialdemócratas, tanto más cuanto que su comienzo había sido espontáneo y no "atizado" por sindicalistas y anarquistas, y había sido apoyado por la socialdemocracia rusa con todas sus fuerzas. Rosa Luxemburg pudo decir con razón que la revolución rusa echaba luz sobre la actitud de rechazo que había asumido la Internacional, lo que planteaba la necesidad de una revisión de fondo de esa posición: "La lucha revolucionaria en Rusia en la que las huelgas de masas son utilizadas como el arma más importante, es llevada por el pueblo trabajador y en primera instancia por el proletariado, en pos justamente de esos derechos políticos y esas condiciones, cuya necesidad y significación en la lucha emancipadora de la clase trabajadora Marx y Engels fueron los primeros en demostrar y defender en el seno de la Internacional, en contraposición con el anarquismo... Si entonces la revolución rusa exige una revisión a fondo de los viejos criterios marxistas sobre la huelga de masas, es sólo el marxismo el que sale triunfante de ello en sus métodos y criterios generales, que asumen una nueva forma".⁷

La revolución rusa creó nuevas condiciones para los debates en la Internacional sobre la huelga general. Nunca antes esas huelgas de masas habían encontrado su aplicación en movimientos populares tan poderosos. Las huelgas de masas en Rusia, como lo hizo resaltar Rosa Luxemburg, eran la Revolución. Reunían a todos los elementos de la lucha económica y política que en las discusiones en el seno de la Internacional siempre habían aparecido como separados: la lucha por los derechos políticos así como la lucha por la obtención de reivindicaciones económicas. Y la meta que era común a todas esas luchas, aunque no fuera igualmente evidente en todas ellas, era la sustitución

⁶ Rosa Luxemburg, *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*, Frankfurt, 1966, 2ª edición, p. 147 [Véase en español, *Huelga de masas, partido y sindicatos*, p. 139 y ss. [En esp., p. 42.]

de la autocracia zarista por la democracia burguesa revolucionaria. Si bien este movimiento revolucionario pudo luego ser contenido una vez más por la reacción rusa, dejó claramente evidenciadas la fuerza y la realidad organizativa que podía desarrollar la huelga de masas.

Pero la enseñanza más importante que hubo que extraer de la revolución rusa fue el reconocimiento de que la huelga de masas no era una meta de la lucha política, sino una forma de lucha del movimiento revolucionario en el camino de la conquista del poder político y económico. Desde este punto de vista, que Lenin expone en sus Comentarios⁸ sobre la revolución rusa, se puso en evidencia que detrás de la abstracción de las resoluciones de la Internacional sobre la huelga de masas se escondía la falta de claridad sobre el camino hacia la revolución. Esto era fácil de reconocer en la posición de la socialdemocracia alemana, quien se había limitado al camino legal del aumento del poder parlamentario y a la acumulación de votos. Para ella la huelga de masas significaba una desviación respecto a las formas de lucha empleadas. Por eso sólo querían utilizarla cuando estuviera amenazada la existencia del movimiento obrero. Pero con ello la socialdemocracia alemana reconocía al mismo tiempo que no existía una decisión de transformar la permanente declaración de guerra de la burguesía y el estado contra la clase obrera, en una ofensiva contra el estado clasista burgués.

Este debate volvió a reactivarse en el marco de un campo específico cuando se hizo evidente que las grandes potencias europeas se preparaban para una guerra de grandes proporciones. Ya desde comienzos de siglo las grandes potencias se habían estado peleando por la repartición de los territorios coloniales. En 1898, cuando los franceses habían intentado un avance desde el Africa Occidental hacia Faschoda en el Sudán, ingleses y franceses habían estado al borde de la guerra.⁹ Conflictos similares se habían suscitado entre las potencias coloniales durante la división de China.

Ante estos procesos, la agitación antimilitarista del movimiento socialdemócrata tuvo que ser elevada a un nuevo nivel. Y una vez más fueron los sindicalistas franceses los que exigieron

⁸ Véase Lenin, *Werke*, vol. 9, Berlín 1960. [En la edic. en español de Cartago, véase t. IV, 1959.]

⁹ Julius Braunthal, *op. cit.*, p. 330 y ss.

acciones antimilitaristas radicales. El antimilitarismo, mucho antes de que se produjeran los debates de la Internacional, había creado un movimiento que incluía grandes masas del movimiento obrero y de la juventud. Gustave Hervé, uno de los representantes de este movimiento, apoyaba tanto la huelga general como la huelga militar y el levantamiento armado en caso de guerra. Entre él y la fracción mayoritaria en la Internacional se desplegó a continuación una controversia que llevó a diferencias similares a las del debate sobre la huelga general. El punto más alto de la discusión sobre el antimilitarismo fue el Congreso de Stuttgart de la Internacional en el año 1907. Como polos opuestos se enfrentaron los socialdemócratas franceses y alemanes. Todos los partidos parecían tener claro que bajo el capitalismo no podrían evitarse las guerras, es decir, que su desaparición dependía de la eliminación de la dominación de clase. Pero mientras que el partido y el sindicalismo francés querían estimular a la clase trabajadora para la resistencia activa por medio de acciones de masas, para eventualmente poder presionar al gobierno, el partido alemán temía una nueva declaración de ilegalidad si se daba una huelga de masas contra la guerra.

Las distintas concepciones se decantaron en los proyectos de resolución. En la resolución, Jaurés-Vaillant se propusieron las siguientes medidas: "La prevención y el acortamiento de la guerra deberán lograrse a través de acciones socialistas nacionales e internacionales de la clase obrera utilizando todos los medios, desde la intervención parlamentaria, la agitación pública hasta la huelga de masas y el levantamiento".¹⁰ A esta redacción Bebel opuso la siguiente: "Si la guerra amenaza ser desencadenada, los trabajadores de los países involucrados y sus representantes parlamentarios están obligados a hacer todo lo necesario para impedir ese desencadenamiento, utilizando los medios que le parezcan más apropiados, medios que se van modificando de acuerdo a la agudización de la situación política general. Si la guerra comenzara a pesar de ello es su deber actuar para su pronta terminación".¹¹ La resolución sobre la que el congreso finalmente se unificó contenía un pasaje que, en caso de guerra, comprometía sin ambigüedades a todos los partidos a una acción contra ella.

¹⁰ *Protokoll des Internationalen Sozialistenkongresses zu Stuttgart 1907*, Berlín, 1907, p. 86. [Véase apéndice documental del Cuaderno de Pasado y Presente, N° 63, citado.]

¹¹ *Ibid.*, p. 86. [Véase apéndice en *loc. cit.*].

La parte final, redactada conjuntamente por Lenin, Luxemburg y Mártoov decía con toda claridad: "Si amenazara el desencadenamiento de la guerra, entonces las clases trabajadoras y sus representantes parlamentarios en los países intervinientes apoyados por la actividad coordinadora del Buro de la Internacional, están comprometidos a hacer todo lo necesario para impedir ese desencadenamiento bajo utilización de los medios que le parezcan efectivos, los que irán cambiando adecuadamente de acuerdo a la agudización de la situación política general. Si a pesar de ello la guerra se desencadenase es deber el actuar para su pronta terminación y tratar con todas las fuerzas de aprovechar la crisis económica y política producida por la guerra para estimular al pueblo y así acelerar la eliminación de la dominación de clases capitalistas".¹² Esta resolución estaba formulada en términos generales, pero a pesar de ello contenía un indicio de análisis político y la exhortación a transformar la guerra imperialista en una guerra civil, o por lo menos trabajar en ese sentido. Definitorio de las diferencias dentro de la Internacional, así como de la limitación a lo verbal era el hecho que esta resolución no apareció ni propagandísticamente ni a nivel del trabajo práctico en el período subsiguiente. El pasaje que indica que todos los partidos deberán utilizar "los medios que les parezcan más efectivos" significaba así para la SPD la protesta parlamentaria y la propagación de la "Conferencia por la Paz de La Haya", por ese entonces constituida, y para el francés Jaurés el llamamiento moral a los trabajadores de París de no ir a la guerra en contra de su conciencia. A pesar de ello la resolución del Congreso de Stuttgart tuvo un significado histórico. La oposición comunista en el seno de los partidos socialdemócratas pudo referirse a ella cuando en la segunda mitad de la Primera Guerra Mundial realizó su llamamiento a la lucha de clases. Es así que en el proyecto de resolución de la izquierda zimmerwaldiana de 1915 se manifiesta que "debe estimularse toda manifestación revolucionaria y la transformación de la guerra imperialista entre los pueblos en una guerra civil"... "con el fin de la expropiación de la clase capitalista, la conquista del poder político por el proletariado, la concreción del socialismo".¹³

¹² *Ibid.*, p. 102. [Véase apéndice citado.]

¹³ Lenin, *Werke*, vol. 21, Berlín, 1960, p. 350 y ss. [En español véase en la edic. Cartago, t. XXI, p. 349 y ss.]

Recién hacia fines de la guerra se dio una inesperada efectivización de la resolución de 1907 sobre huelga de masas. El movimiento antibélico aceleró la abdicación de las monarquías europeas, de los partidos socialdemócratas y la formación de organizaciones de clases comunistas.

El debate sobre la huelga general en la Segunda Internacional no desarrolló poderes de movilización de importancia. Por el contrario, confirmó el curso tradicional de la socialdemocracia de Europa occidental, de no dejarse llevar a enfrentamientos definitorios con el estado de clases capitalista, sino organizar las masas trabajadoras, desarrollar las organizaciones así como obtener reformas políticas y sociales. Al mismo tiempo, retrospectivamente, puede medirse la escasa voluntad de las organizaciones obreras por despertar fuerzas que resistieran la creciente militarización de las grandes potencias capitalistas. Desde esta perspectiva se hace comprensible por qué el movimiento obrero internacional socialdemocrático se derrumbó al comenzar la guerra.

La encuesta de Le Mouvement Socialiste

La encuesta de Lagardelle, publicada por primera vez en los números de junio, julio y agosto de 1904 de la revista *Le Mouvement Socialiste*, ofrece un exhaustivo panorama de los diferentes puntos de vista con que el movimiento obrero de esa época evaluaba la acción de clase. La intención expresa de la requisitoria fue la de incitar al debate de la huelga general en el seno de la Internacional, con vistas al Congreso de Amsterdam realizado ese año y cuyas actas sobre el tema aparecen en el tercer volumen de esta serie.

El material es de una extraordinaria riqueza si se quiere comprender los dilemas teóricos y prácticos que enfrentaban los líderes obreros antes de la revolución rusa de 1905. Una lectura intransigente, estaban libres de la soreliana "fabricación de milite" de Benoît Halon había perdido mucho de su impulso en contenida en su volumen de estudios titulado *Le Socialisme Ouvrier*, un conjunto de concepciones sobre la sociedad, el es-

* Antonia Grunenberg, *Die Massenstreikt debate*, Frankfurt, Europäische Verlagsanstalt, 1970, pp. 1-19.

tado y la lucha revolucionaria, que sin duda despertarán el interés del lector contemporáneo. Al cabo del tiempo, discutir si el desencadenamiento de la huelga general producirá la revolución social, puede parecer y con sobradas razones, un ejercicio inútil. Pero no por ello deja de ser desconcertante que semejante tratamiento del tema fuera dominante en un extenso período de la historia del movimiento obrero europeo. Más aún, muchas de las respuestas se detienen en la discusión sobre el significado de los términos: huelga, huelga general, huelga de masas, huelga general absoluta... ¿En una nación, en el mundo, en una región, en una rama de la producción, todos los asalariados del mismo oficio? El concepto mismo de huelga no parece estar demasiado claro para todos los encuestados. Semejante confusión, lejos de carecer de importancia, es un dato significativo si se acompaña con el registro de los contados casos de movilizaciones obreras utilizados para ilustrar las posiciones. Es que los dirigentes obreros de principios de siglo, no sólo desconocían el camino de la revolución para sus respectivos países, sino que tampoco percibían con claridad la posibilidad de acciones ofensivas de la clase obrera.

Hasta el levantamiento de 1905 —cuya importancia analizamos más arriba— y desde la Comuna de París, el movimiento obrero europeo estaba colocado en una situación defensiva. Y en Europa occidental siguió así por algún tiempo. Sin embargo, fue durante ese "período de reacción" —así lo llama Lenin— que las organizaciones obreras comenzaron a adquirir la forma con que ahora las conocemos. Recién a partir de entonces pudo empezar a hablarse con cierta propiedad de la existencia de un movimiento obrero, con sus instituciones diferenciadas, sindicatos, partidos y también una acción autónoma de clase en oposición a aquellas.

Los diversos sectores políticos e ideológicos, sindicalistas revolucionarios, tradeunionistas, parlamentarios y sindicalistas socialdemócratas, privilegiaban a una u otra institución, o en el caso de los anarquistas a la acción "puramente proletaria". Es notable que en el organismo internacional no existiera ninguna tendencia capaz de dar cuenta de todas las perspectivas en las que, de hecho, se desenvolvía el movimiento obrero. Recién en 1906 Rosa Luxemburg plantea por primera vez y a partir de la experiencia rusa una relación más dialéctica entre las distintas dimensiones de la acción de clase en el folleto titulado precisamente *Huelga de*

masas, partido y sindicatos. No abundaremos aquí en citas que el lector avisado podrá proveerse por sí mismo. Solamente destacamos dos párrafos de dos representantes reconocidos del socialdemocratismo, y del anarquismo que describen el estado de conciencia de las masas.

V. H. Vliegen, un socialdemócrata holandés expresa la desazón de su partido después de haber puesto en práctica la consigna de la huelga general y ser derrotado por la férrea unión de la burguesía: "...una formidable proporción de utopismo persiste en las concepciones de los trabajadores de todos los países...". Por su parte, un alemán, el anarquista doctor Friedeberg, en una conferencia de julio de 1904, afirma: "El parlamentarismo, su estimación exagerada, está profundamente enraizado en las masas del proletariado alemán". ¿A quién creer? ¿Era necesario combatir el utopismo, por medio de la educación socialista y el crecimiento de las organizaciones aprovechando las estrechas posibilidades que ofrecían los regímenes dominantes? ¿O, por el contrario, había que estimular los levantamientos de masas para que los obreros se templen en el combate, obligando a los representantes sindicales y políticos a definirse por la revolución socialista o el sistema capitalista? En 1904 los socialistas marxistas, es decir los socialdemócratas, no dudaban en la elección.

En 1914, muchos de ellos consideraron que la falta de una respuesta de clase ante la ofensiva bélica imperialista era la consecuencia de la nefasta práctica socialdemócrata. La revolución rusa triunfante les ofrecía entonces un modelo que parecía tener los atributos necesarios y suficientes para inflamar al resto de Europa con el fuego de la revolución. Su aplicación trajo consigo éxitos y fracasos, y con los últimos los militantes revolucionarios y el movimiento obrero de todos los países intentaron separar los elementos universales del modelo de aquellos específicamente rusos.

Desde 1917 —y tal vez, ya desde 1905— el proceso de la revolución mundial se desplazó a la periferia del sistema capitalista y el avance del socialismo se dio a pasos más acelerados en las naciones sojuzgadas por el imperialismo que en los países capitalistas más desarrollados. Buena parte de la problemática tratada durante la Segunda Internacional fue debatida en otros contextos políticos y encontraron soluciones diversas en lo que va del siglo. Las concepciones sobre el poder y el estado en la sociedad capitalista, la actividad autónoma de la clase y el papel de sus organizaciones, la relación entre lucha política y económica, entre

partido y sindicato, entre movimientos espontáneos y vanguardias, las alianzas y las relaciones de fuerza entre las clases, las contradicciones entre reivindicaciones corporativas y movimientos nacionales e internacionales. En fin, todas las nociones con que operan los movimientos políticos de países capitalistas, que aunque dependientes cuentan con una numerosa clase obrera, pueden encontrarse aquí tematizados, tal cual eran pensados en los orígenes de los movimientos obreros modernos. Conocerlos es a nuestro juicio una tarea ilustrativa y saludable; sobre todo, para devolver su especificidad a las experiencias revolucionarias nacionales y encontrar en la disparidad de criterios los auténticos principios teóricos que validaron dichas experiencias.

Con la encuesta internacional sobre la huelga general, compilada por Lagardelle, inciamos una nueva serie de Cuadernos de Pasado y Presente, titulada: "Teoría y práctica de la acción obrera". Se incluirán en ella volúmenes dedicados a examinar aquellas experiencias de lucha de la clase obrera que resultan ser expresiones autónomas de una clase en pugna por la conquista del poder y por la imposición de su hegemonía sobre el conjunto de la sociedad. De ahí que adoptemos como eje vertebrador de la serie la temática de la "huelga política de masas", en cuanto momento particular en que la clase aparece como un agente social directo y se restablece, en cuanto interioridad de la propia clase, la relación dialéctica entre ésta y sus instituciones políticas y económicas (partido y sindicatos). Analizaremos entonces las principales manifestaciones de lucha "política" del proletariado en lo que va del presente siglo, y el examen que de esas luchas hicieron sus principales protagonistas. Al presente volumen le siguen inmediatamente los Cuadernos números 62 y 63 que versan sobre las discusiones que provocó en el interior de la socialdemocracia alemana la determinación de las implicancias revolucionarias de la lucha obrera en pro de la conquista de sus derechos políticos.

Hubert Lagardelle (1875-1958), que fundó *Le Mouvement Socialiste* en 1899 y lo sostuvo hasta 1914, era la figura central del grupo de intelectuales que durante este período se pusieron del lado del sindicalismo en contra de los socialistas parlamentarios. Escribía sumamente bien; y sus escritos, aunque de modo intransigente, estaban libres de la sorealiana "fabricación de mitos" y de la mera exaltación de la violencia. Era un sagaz estudioso, tanto de movimientos como de ideas, con muchas relacio-

nes internacionales y con raíces mucho más profundas en el movimiento socialista que las que tuvo jamás Sorel; e hizo de su periódico el punto de atracción de una gran cantidad de controversias interesantes durante un período en que la *Revue Socialiste* de Benoît Malon había perdido mucho de su impulso en manos de sus sucesores. Su rival intelectual más importante fue *L'Humanité*, el diario fundado por Jean Jaurés en 1904 y adoptado, después de la unificación, como el órgano oficial del Partido Socialista, siempre bajo la dirección de Jaurés...

La mejor expresión del punto de vista de Lagardelle se halla contenida en su volumen de estudios titulado *Le Socialismo Ouvrier*, que fue publicado en 1911. También editó varios "simposios", en los cuales reunió contribuciones de diversos países; uno de ellos fue *Syndicalisme et socialisme* (1908),¹ que contenía estudio de Michels, Griffuelhes, Arturo Labriola y B. Krichewsky, y *La Grève générale et le socialisme* (1904). Lagardelle se diferenciaba de algunos sindicalistas en no ser absolutamente contrario al Partido Socialista, que él consideraba un instrumento de la clase obrera necesario, aunque destinado a ser superado a medida que los sindicatos obreros fuesen aumentando en poder e hiciesen innecesarias la acción parlamentaria y, en realidad, "toda política". "Es indiscutible —escribía—, que la democracia obrera necesita para su constitución y desarrollo, todavía por algún tiempo, de la democracia política; pero emplea la democracia política sólo para destruirla". Y también: "la misión de un partido socialista en el Parlamento sólo puede ser ayudar mediante la legislación a la obra de organización autónoma del proletariado". "El sindicalismo —decía—, no niega los partidos, pero sí su capacidad para transformar el mundo". Insistía en que "el sindicalismo siempre ha afirmado como principio que las instituciones burguesas sólo serán eliminadas a medida que sean remplazadas por las instituciones obreras", y que la misión principal de los obreros era crear sus propias instituciones y elaborar a través de ellas su propia ideología basada en la concepción de una producción cooperativa para utilidad común. En esta actitud Lagardelle fue apoyado fuertemente por Alphonse Murrheim, el jefe de los metalúrgicos dentro de la Confederación General del Trabajo, que constantemente insistía en la necesidad de consolidar los sindica-

¹Hay edición en español: *Sindicalismo y socialismo*, Montevideo, G. M. Bertani Editor, 1911.

tos obreros, y de que los trabajadores adquiriesen y se difundiese entre ellos un conocimiento exacto del verdadero funcionamiento de la industria y de las finanzas capitalistas, como necesarias no sólo para triunfar en la lucha diaria en favor de condiciones mejores, sino también como una preparación para apoderarse del control. Lagardelle, que tenía una mentalidad constructiva, se distinguía también de muchos sindicalistas en insistir en la necesidad de que los sindicatos obreros tuviesen más funcionarios de tiempo completo y una organización más fuerte de los comités, haciendo que los puestos fuesen ocupados de manera más permanente. Aunque era un crítico sumamente vigoroso de las tendencias reformistas dentro de los sindicatos obreros, se daba cuenta de que éstos sólo podían convertirse en agencias directoras de la nueva sociedad si su organización se reforzaba mucho, y se modificaban muchas de sus ideas sobre la actividad espontánea. Creía en la validez de conseguir reformas con o sin la ayuda de la ley: su oposición a los reformistas se basaba en la crítica de que "los reformistas no veían en el reformismo más que la reforma", mientras que las reformas debían ser consideradas sólo desde el punto de vista de su contribución a formar la estructura del control de la clase obrera "dentro del ámbito de una sociedad capitalista". Llamó al sindicalismo "socialismo de instituciones" como una expresión de esta idea, que aparece constantemente en su obra.*

La encuesta sobre la huelga general y el socialismo apareció originariamente en la revista *Le Mouvement Socialiste* de los meses de junio, julio, agosto y setiembre de 1904. Posteriormente fue publicada en volumen aparte con el mismo título que tenía la encuesta:

Hubert Lagardelle, *La Grève Générale et le Socialisme / Enquête Internationale / Opinions et Documents*, París, Edouard Cornély et Cie., Editeurs, 1905. Para nuestra edición hemos utilizado el volumen del cual existe un ejemplar en la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. La traducción fue hecha por Noemí Fiorito de Labruno. En cuanto al fragmento de Antonia Grunberg, fue traducido del alemán por Carlos Bertoldo.

* G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista*, III. *La Segunda Internacional*, México, FCE, 1959, pp. 362-363.

**LA HUELGA GENERAL
Y EL SOCIALISMO**

PRÓLOGO

I

La presente Encuesta se origina en la discusión de la huelga general durante el Congreso Socialista Internacional de Amsterdam. Resultaba necesario conocer el pensamiento del socialismo internacional respecto de un problema cuya importancia éste menospreció con demasiada frecuencia hasta el presente, y cuyo examen no puede menos que proyectar una claridad meridiana sobre el contenido del espíritu revolucionario.

Al leer las respuestas y los documentos que aquí se reproducen, habrá de percibirse, más vivamente aún, la utilidad de esta consulta. Es evidente que los socialistas, cuando no desconocieron totalmente el alcance de este tema, no lo profundizaron. Puede comprobarse con facilidad que hasta el presente, las discusiones siempre han sido confusas: no solamente los significados que se asignan a las palabras varían según los intérpretes, sino que hasta las apreciaciones vertidas entran a menudo en contradicción con la actitud ordinaria de quién las formula. Es así como los políticos —que en los últimos tiempos sobrepasaron todo límite conocido en materia de cretinismo parlamentario— se prestan sin remilgos a jugar con las palabras de huelga general, mientras que revolucionarios aguerridos temen casi hablar de ella. He ahí una situación paradójica, que un estudio honesto del tema puede resolver fácilmente.

No pretendemos por otra parte, que esta desconfianza de los socialistas con respecto de la huelga general, carezca de explicaciones. Por un lado, la idea de huelga general se mantuvo mucho tiempo repleta de incertidumbre y hoy día aún, no siempre se la encuentra exenta de oscuridad en algunos de sus propagandistas. Por otro lado, la práctica exclusiva del parlamentarismo había obstruído la visión de muchos socialistas, quienes reducían toda la política del proletariado a la penetración en los cuerpos legislativos de representantes electos.

Pero tales razones, propias de un enfoque superado, ya no existen en la actualidad. Impulsados por las necesidades de la acción, los propagandistas de la huelga general, aunque no hayan sido más que simples obreros, o a causa de ello quizás, lograron presentar una noción clara de la misma, y deducir una teoría coherente. En cuanto a los socialistas conscientes, la experiencia de los años recientes les ha mostrado qué cabe esperar de la

mera acción parlamentaria. Porque el surgimiento diferenciado de un "socialismo parlamentario", rechazado ruidosamente por el socialismo revolucionario, y destinado a constituir solamente una fracción —y no siempre la más audaz— de los partidos radicales, se cuenta entre los acontecimientos más promisorios para el futuro de nuestro movimiento.

Sin embargo los socialistas no harían lo suficiente contentándose simplemente con eliminar los elementos ajenos y denunciar las doctrinas falsificadas. El pensamiento socialista, si aspira a salir no sólo victorioso sino también regenerado de la actual crisis, debe rejuvenecerse al contacto con nuevas nociones revolucionarias. Pero sólo logrará asimilarlas si hace suyos los sentimientos más personales de la insurrección obrera. Y entre esas concepciones de origen propiamente proletario, ninguna puede permitirle rejuvenecer —y hasta diríamos purificarse— más cabalmente que la huelga general.

Por lo tanto, ya nada podría apartar a la huelga general de las preocupaciones socialistas. Por el contrario, parece que aquélla debe imponerse cada vez más en nuestras discusiones. No es solamente la necesidad de dar al socialismo bases revolucionarias sólidas, lo que exige que se examine el valor de dicha concepción, sino que hasta los hechos cotidianos solicitan respecto a ella, la atención continua de los socialistas.

Tales hechos son de dos órdenes: 1) La huelga general o cesación concertada del trabajo por parte de todos los obreros, ya sea de uno o de muchos talleres, de un oficio o de una industria, o de muchos oficios o industrias, o bien de todos los oficios o de todas las industrias, es un medio de acción que la clase obrera tiende a utilizar cada vez más, con vistas a diversas metas inmediatas; 2) la huelga general, considerada como insurrección suprema, contra el régimen capitalista, de todos los productores agrupados sobre el propio terreno de la producción, y confundándose así con la noción de la Revolución Social, se convierte cada vez más en el acto de fe de una parte creciente del proletariado revolucionario.

Son precisamente esos hechos los que fueron sometidos a la apreciación de los representantes autorizados del mundo obrero y socialista internacional. Pero, antes de ceder la palabra a quienes respondieron a la presente Encuesta, o cuya opinión se encuentra aquí reproducida, es menester precisar el punto de vista que ha inspirado nuestra consulta.

II

El recurso exclusivo a las fuerzas propias de la clase obrera, tanto para la defensa de sus intereses económicos o políticos, cuanto para el derrocamiento del orden burgués y la toma de los medios de producción: he ahí lo que subyace en la noción de huelga general. Puede decirse que la huelga general es a la vez el más simple y el más perfecto de los modos de *acción directa* que posee el proletariado.

Fácil es comprender la hostilidad de los socialistas parlamentarios frente

a la huelga general. Al adherir a ella, la clase obrera les está expresando que se niega a esperar su emancipación de un grupo más o menos compacto de parlamentarios, o de las disposiciones más o menos favorables de determinado gobierno: está decidida a extraer solamente de su propio seno los recursos de su acción, y afirma la implacabilidad de la guerra que declaró al mundo burgués. Con el mismo procedimiento, la clase obrera destruye las ilusiones que intentan naturalmente alimentar en su espíritu tanto los políticos como los gobernantes: quiere hacer que la dominación de éstos se vuelva imposible.

No ocurre otro tanto con los socialistas revolucionarios. Consideran que la esencia del socialismo reside en la lucha de clases. Es el metro que les sirve para juzgar las concepciones y los actos. Tanto en el dominio de la teoría como en el de la práctica, sólo aprueban y adoptan aquello cuya naturaleza consiste en desarrollar la conciencia que la clase obrera adquiere —a través de la lucha— de la oposición irreductible que la enfrenta con el régimen capitalista. La huelga general debe ser encarada por ellos desde ese punto de vista, si es que quieren captar en su totalidad el valor socialista que la misma entraña. Que presten atención a ella, y no tendrán dificultad alguna en poner de relieve todo su alcance revolucionario, para la educación y la organización de las masas obreras.

El socialismo sólo habrá de triunfar en la medida en que el proletariado, que es su depositario histórico, sea capaz de realizarlo. En el crecimiento de la capacidad obrera estriba por lo tanto el problema esencial del socialismo. Es ésta sin duda una comprobación trivial, pero constituye el punto de partida del socialismo revolucionario, y siempre debemos ponerla en evidencia.

¿Qué debe entenderse por capacidad? Se trata pura y simplemente de una cuestión de fuerza: el día en que la clase obrera sea plenamente solidaria, unida, homogénea, será capaz —moral y materialmente— de destruir el conjunto de las instituciones y de las ideas tradicionales del estado burgués, y de sustituirlas por las instituciones e ideas proletarias, con los nuevos tipos de vida social que éstas implican. Para acceder a tal grado de fuerza, el proletariado debe adquirir cada vez mayor conciencia de la potencia de que puede disponer si sabe organizarse, del lugar que ocupa dentro del conjunto de la producción moderna, y de la discontinuidad que existe entre el mundo antiguo que él combate, y el mundo nuevo que elabora.

El recurso a la huelga general, es decir al levantamiento en masa de las fuerzas obreras, ya sea en pos de una reivindicación limitada, ya sea sobre todo para la insurrección final, constituye el mejor medio de educación y el más seguro excitante para la organización, al alcance del proletariado revolucionario.

Confiar solamente en su energía, subordinar el éxito al desarrollo de la solidaridad y de la unidad obreras, significa reconocer que la clase productora sólo podrá destruir el mundo de explotación capitalista cuando encuentre en sí misma la valentía y el poder necesarios, la indispensable cohesión. Significa también proclamar que el mundo de los trabajadores tiene la visión muy nítida

de ser el pivote sobre el cual descansa la sociedad burguesa que él alimenta y hace vivir: significa afirmar que le basta levantarse para que ésta caiga.

Decir que la huelga general es una utopía, ¿no equivale a decir que el socialismo es irrealizable? Porque significa que uno desespera de ver por fin la clase obrera lo suficientemente unida, solidaria y organizada como para erigirse como un solo hombre, y voltear el orden burgués que soporta sobre sus espaldas. Las objeciones dirigidas contra la huelga general, de ser fundadas, valdrían también irrefutablemente contra el socialismo.

Si los socialistas revolucionarios están del todos seguros de que el régimen capitalista no habrá de desaparecer sin violencia; si creen en la necesidad de desquiciarlo para arruinarlo definitivamente; si están persuadidos de que las teorías pseudosocialistas de la colaboración de clases y de la paz democrática y social son nefastas para el movimiento de liberación obrera; si piensan que el triunfo del proletariado está subordinado al desarrollo de su energía creadora y del sentimiento de su responsabilidad y de su fuerza; si quieren mantener intangible la conciencia de la ruptura de todo vínculo entre las clases, del foso infranqueable que las separa, del combate sin tregua que éstas sostienen; —si es así, habrán ellos entonces de reconocer que la huelga general, indicando a los productores que cesen la obra de producción, a los trabajadores que dejen de proporcionar su trabajo a la clase enemiga, es una de las ideas más fecundas en las que pueda venir a retemplarse el socialismo en peligro.

III

El Congreso Internacional de Amsterdam no realizó un examen suficientemente profundo de la huelga general. Pareciera que instituyó un rápido debate sobre el tema simplemente para descargar su conciencia, para mantenerse fiel al orden del día que se había trazado. Por otra parte, se contentó con votar una moción cualquiera, que le fue presentada por el partido socialdemócrata holandés.

Por lo tanto, para los socialistas, el problema sigue tal cual. Y la presente Encuesta, emprendida a propósito del Congreso de Amsterdam, conserva íntegro su interés. Las discusiones sobre la huelga general proseguirán, haciéndose cada vez más ásperas, y, lo que es más importante aún, las masas obreras corporativamente organizadas, utilizarán cada vez más esta poderosa forma de acción directa. Los documentos que hemos recogido conservan de este modo intacto su valor, y podrán ser consultados con provecho.

Debemos agregar que hemos emprendido esta consulta con el vivo deseo de recoger todas las opiniones, y el cuidado que pusimos en volver a ubicar todos los documentos esenciales prueba el espíritu que nos ha guiado.

HUBERT LAGARDELLE

Resulta superfluo que, como encabezamiento de los documentos que publicamos sobre el tema de la huelga general en Francia, traigamos a colación una larga introducción histórica. Las respuestas y documentos publicados a continuación recuerdan dicha historia, y no quedaría aquí campo más que para inútiles reiteraciones.

Insistamos sin embargo en el punto siguiente: la idea de la huelga general gana cada vez más terreno entre las masas obreras organizadas. El reciente triunfo del sindicalismo revolucionario en el Congreso de Bourges afirma —sobre el terreno económico— la vitalidad de la misma dentro del espíritu del proletariado militante. Contamos con una nueva prueba de ello, y es la única que queremos consignar aquí: las organizaciones del proletariado rural, en su segundo congreso, que tuvo lugar en Narbona, en agosto de 1904, proclamaron por segunda vez su concepción plenamente favorable a la huelga general. Y el Comité Federal de la Federación de Trabajadores Agrícolas del Sur, por una decisión del 30 de octubre, acaba de llamar nuevamente la atención de los trabajadores sobre esta noción esencialmente revolucionaria. Nos parece útil reproducir el texto de la misma: "El Comité Federal al reconocer que el medio más eficaz para llegar a la emancipación proletaria es la huelga general, decide plegarse a las decisiones del Congreso de Narbona, prepararse para emprenderla," etc. ...

Por lo tanto, la idea de la huelga general aparece como una concepción común al proletariado de las ciudades y al proletariado del campo, organizados corporativamente: con esto indicamos el poder actual de dicha idea.

I. PARTIDO OBRERO SOCIALISTA REVOLUCIONARIO

Secretariado General

Informe al Congreso Socialista Internacional de Amsterdam

"La huelga general es el acto justificado de todos los trabajadores que se resisten a continuar siendo por más tiempo, los colaboradores de su propio estrangulamiento; es el acto consciente de hombres que no quieren seguir forjando las cadenas con las que se los mantiene en servidumbre. Es la solidaridad en el esfuerzo y es además la afirmación de un principio."

(XV Congreso Regional de POSR, mayo de 1899.)

Ciudadanos,

No nos corresponde, en este breve informe, enjuiciar las huelgas parciales —cuyo objetivo es, la mayoría de las veces, reivindicaciones de aumentos de salario; prueba de ello se encuentra en la estadística publicada por el Ministro de Comercio de Francia en 1901, en la cual, sobre 525 huelgas, 273 responden a ese motivo. Solamente 60 tuvieron éxito, y aún así es menester formular algunas reservas respecto de lo que los poderes públicos llaman éxito.

Las huelgas parciales hicieron perder en 1896, 664.148 jornadas de trabajo, y en 1901, 1.862.056. ¡Cuántos esfuerzos y miserias, y qué poca relación guardan con los resultados obtenidos!

Sabemos también que a menudo esas huelgas son forzosas, que los obreros abandonan el taller para solidarizarse con aquellos de sus camaradas que fueron despedidos injustamente, o para exigir la separación de capataces brutales. En una palabra, las huelgas siempre tienen un motivo honorable.

La victoria resulta, con toda frecuencia, efímera, puesto que las concesiones acordadas por la patronal son escamoteadas poco a poco, y el obrero se ve retrotraído a su punto de partida.

Nos parece natural buscar, fuera de las huelgas parciales, el remedio a nuestros males. Se usaron torrentes de tinta para saber si la huelga general debía ser pacífica o revolucionaria.

Por nuestra parte, estimamos simplemente que debe ser la *huelga general*. La manía de ponerle etiquetas a todo, no debe obligarnos a hacer ningún agregado a estas dos palabras.

Ni más ni menos que la revolución, la huelga general no puede decretarse.

Puede ser mañana o puede ser mucho más tarde, pero tendremos obligación de actuar: es necesario por lo tanto prepararnos para ello.

No debemos contentarnos con extender nuestros esfuerzos dentro de nuestros propios países, ya que la emancipación de un pueblo no puede ser completa mientras los productores vecinos se encuentren bajo el yugo del capitalismo, nuestro común enemigo.

Existe por lo tanto la necesidad de que la huelga general sea preparada inmediatamente y proseguida sin reposo. Corresponde a cada país extranjero asignarle el carácter nacional propicio para granjearle el interés de sus compatriotas, ya que, por ejemplo, si bien la obtención del sufragio universal es un tema vital para Bélgica, carece en cambio de todo interés en Francia; recíprocamente, ciertas cuestiones económicas encuentran solución en determinados países, pero no en otros.

Cada nación tendrá que ocuparse de su reivindicación particular, a menos que Europa sienta inquietud por la huelga general a favor de la supresión de los ejércitos permanentes.

Creemos necesario agregar a nuestra afirmación algunos ejemplos que demuestran que, en todas las circunstancias donde el proletariado debe mostrar su fuerza de energía y de organización, recurre a la única arma que las leyes le confieren, es decir a la huelga, y como consecuencia de circunstancias políticas y económicas, tiende a ampliar su acción, generalizando la suspensión de la actividad productiva.

En abril de 1899, después de haber ensayado todos los medios de conciliación respecto a los propietarios de las minas, y de haber solicitado la intervención de los poderes públicos a favor de un aumento de salario, que correspondiera en ínfima parte a los escandalosos beneficios realizados por las compañías de explotación de minas, los mineros belgas se encontraron frente a la necesidad de provocar la huelga general de su corporación.

En el mismo orden de ideas, en 1900, sesenta mil mineros austríacos se levantaron contra la opresión patronal de 5 ó 6 magnates capitalistas, propietarios de la casi totalidad de las minas. Al examinar la situación topográfica de ese país, es fácil representarse las dificultades que hubieron de arrostrar los militantes obreros delegados en los centros mineros, donde los capitalistas habían predicado encarnizadamente el odio racial, como medio de distraer la atención frente a los odios de clase provocados por su infame explotación. Sumadas a las diferencias de idioma, los militantes huelguistas debieron además luchar contra todas las fuerzas opresivas de la burguesía. La policía impedía todas las reuniones, detenía a los oradores y, como los mineros estaban alojados por la patronal, los dejaban en la calle. Nada pudo doblegar la voluntad de los trabajadores y, por temor a la terrible crisis económica cuyo estallido era inminente, intervino el poder e hizo acordar ciertas garantías de trabajo a los mineros, reduciendo a nueve horas la jornada de trabajo, que anteriormente era de 12 a 14 horas.

No hablaremos de los demás acontecimientos de 1900 y 1901, y llegamos directo a España.

Como consecuencia de una crisis económica que cobraba numerosas víctimas en la península, las asociaciones obreras resolvieron solicitar la jornada de

8 horas. Los patrones hicieron oídos sordos a esta demanda: los metalúrgicos declararon la huelga; por simpatía y solidaridad, otras corporaciones los imitaron.

Todos ustedes conocen la salvaje represión, la repugnante actitud de los policías españoles, que mataron indistintamente hombres, mujeres y niños. De resultados del fracaso de este movimiento, hubo una avalancha de detenciones y condenas. Es de esta derrota de donde realmente nació un movimiento sindical, metódicamente organizado para las batallas futuras.

Hablemos también de la amenaza de huelga general formulada por los empleados de los ferrocarriles italianos en demanda de mejores condiciones de trabajo. Cabe recordar el descontrol del gobierno, que pretendió proponer leyes coercitivas, obligando en primer término a los ferroviarios a cumplir sus tareas pese a todo. La burguesía italiana comprendiendo el peligro que entrañaba la amenaza de los ferroviarios, y dándose cuenta de la colosal perturbación que acarrearía esta huelga, no puso en ejecución su proyecto liberticida, y prometió acordar a los obreros determinadas satisfacciones.

Así, a medida que el proletariado intenta arrancar a la mala voluntad de la clase burguesa las reformas que le resultan indispensables para asegurar su desarrollo, lo vemos precisar su acción mediante la huelga, y amenazar con generalizarla.

En Bélgica, con vistas a la obtención del sufragio universal, el Partido Obrero Belga, después de una encarnizada campaña de conferencias, murales y folletos —campaña que resultó ineficaz— no dudó en decretar la huelga general. Como en todos los conflictos de esta naturaleza, el capital apeló a todas sus fuerzas policiales, para aniquilar al movimiento. En este caso particular, la burguesía belga fue de una implacable ferocidad; la guardia civil cometió el crimen monstruoso de tirar contra sus hermanos, y fue solamente más tarde cuando algunos miembros de esta fracción del ejército hicieron oír sus protestas para negarse a marchar contra los huelguistas. ¡Era demasiado tarde! El efecto aterrador se había producido, el suelo estaba sembrado de cadáveres y este formidable movimiento quedó paralizado antes de haber tomado contacto realmente con todos los asalariados belgas.

¿Significa esto que la huelga general deba ser rechazada por el proletariado belga? No lo creemos así, y el recuerdo de lo sucedido en Suecia apoya nuestra opinión. El gobierno de este país, con la intención de evitar la cólera popular que exigía el sufragio universal, depositó en la presidencia de la cámara un proyecto de ley tan reaccionario como el texto legislativo que estaba destinado a remplazar. Para responder a esta provocación, el partido socialista decretó la huelga general. El gobierno se atemorizó, retiró su proyecto y formuló otro más conforme a los dictámenes de la clase obrera. En presencia de ese triunfo, los trabajadores volvieron al trabajo, prometiéndose continuar su acción viril hasta obtener completa satisfacción.

Debemos hablar igualmente de la huelga de Pensilvania. Allí, pese a la confusión idiomática, puesto que los mineros eran de todas las nacionalidades, el movimiento adquirió una amplitud extraordinaria. Naturalmente, los capitalistas se mantuvieron sordos e implacables. La crisis económica se proyectó

amenazadoramente sobre América; muchas fábricas cerraron por falta de combustible, y en los hogares obreros no tardó en hacerse sentir una miseria espantosa. Fue entonces cuando el presidente Roosevelt, temiendo por su popularidad, resolvió actuar con la ayuda del poderoso financista Pierpon Morgan. Reunió a los propietarios mineros y a los representantes del sindicato obrero. La huelga terminó solamente cuando, engañados por las apariencias, los mineros se convencieron de que habían obtenido verdaderamente el triunfo de su causa. Otra consideración pesó asimismo sobre la decisión de los trabajadores, quienes creyeron que no debían prolongar el movimiento, teniendo en cuenta las miserias que ya habían sufrido los infortunados sobre quienes hubiera recaído todo el esfuerzo de la huelga.

No es solamente en la industria donde los proletarios se levantan para alcanzar un mínimo bienestar; los trabajadores rurales también están cansados de proporcionar una larga jornada de labor, que no es suficiente para asegurar su penosa existencia.

Después de la huelga de los leñadores del Centro, que tuvo por resultado obligar a los patrones madereros a asegurarles un salario mejor, asistimos a la huelga general de los obreros agrícolas de Galitzia (Austria). En nombre de cien mil, los huelguistas hicieron frente a sus opresores, a pesar de las masacres, las prisiones y las intimidaciones de todo tipo. El triunfo de esta huelga fue clamoroso.

En Francia, tuvimos también una huelga general de mineros, en el transcurso de la cual, a pesar de la arrogancia de las compañías mineras, los obreros tuvieron la energía suficiente como para obligar a los poderes públicos a intervenir. Sin emitir opinión sobre la táctica empleada y el valor de los resultados obtenidos, comprobamos este hecho simple: la huelga general, incluso cuando se da en condiciones deplorables, fuerza a los dirigentes a salir de su letargo, y a interesarse en los clamores del pueblo, en marcha hacia la revolución social.

Estamos en 1903. En Holanda, los obreros sindicados se negaron a trabajar con los amarillos. Los patrones resisten, las corporaciones obreras se solidarizan, la vida económica se paraliza, la burguesía se ve obligada a ceder. En presencia de esta victoria proletaria, los obreros municipales de Amsterdam reclamaron un aumento de salario. Como las finanzas de la ciudad no eran muy prósperas, los concejales municipales no pudieron dar satisfacción a los obreros. Los trabajadores municipales decidieron la huelga y las demás corporaciones se plegaron. La burguesía vio el peligro, tuvo miedo y formó un bloque. Católicos y conservadores de todas clases, a los que se unieron los liberales, pidieron leyes restringiendo la libertad obrera. Lamentablemente, en esta circunstancia, los proletarios tuvieron menor cohesión que cuando el primer movimiento. Por ello, se perdió la partida. Y se impuso una nueva legislación, restrictiva de las libertades sindicales.

Terminamos con esto nuestro breve resumen. Podríamos citar otros movimientos europeos; consideramos suficiente nuestra demostración.

Intencionalmente, quisimos citar hechos solamente, absteniéndonos de juzgarlos.

Por otro lado, lo contrario por parte nuestra hubiera sido pecar de engreídos. Además, nuestros camaradas víctimas de fracasos, ¿no saben acaso mejor que nadie, a qué causas deben atribuirlos?

Nos basta plantear francamente esta pregunta:

¿Es capaz la huelga general de constituir un arma poderosa entre las manos de los trabajadores?

Respondemos resueltamente: Sí.

Para el congreso de Amsterdam, nos reservamos el derecho de realizar esfuerzos legales con vistas a que la mayoría —si no la unanimidad— de nuestros camaradas revolucionarios, se sumen a esta idea. Abrigamos la convicción de haber indicado al proletariado organizado y consciente, un medio de acción particularmente eficaz, ya sea cuando enfrenta a sus explotadores con una fuerza de inercia irreductible, ya sea cuando se manifiesta mediante un movimiento grandioso de insurrección nacional o internacional.

Lo que espanta a la burguesía capitalista, enemiga implacable del progreso social, ya sea bajo la forma republicana, como bajo la etiqueta monárquica o imperial, es precisamente la posibilidad de la organización metódica y racional dada por la huelga general.

El arma es temible. ¡Corresponde a los militantes de todos los países organizarse, con el fin de poder utilizarla para el triunfo definitivo de la revolución social!

Por la *Unión federativa del Centro*: J. B. LAVAUD

Por el *Secretariado General*: TH. CORDÉ

Como resultado de este informe, el *Partido Obrero Socialista Revolucionario* ha presentado la siguiente moción:

“Considerando, que del examen imparcial de los hechos económicos y políticos, que en estos últimos años enfrentaron al proletariado con las diversas formas de explotación capitalista resulta:

Que las diferentes nacionalidades, dentro de sus respectivas organizaciones sociales, se vieron obligadas a recurrir al arma de la huelga general considerada como el medio más eficaz para lograr el triunfo de las reivindicaciones obreras, así como para asegurar la defensa de las libertades públicas;

Considerando que estos ejemplos indican hasta qué punto, en todas las crisis agudas, la conciencia obrera se vuelve —en cierto modo espontáneamente— hacia la huelga general, a la que alcanza a ver como uno de los medios más poderosos y más factibles, de todos cuantos están a su alcance;

El Partido Obrero Socialista Revolucionario invita al Congreso Internacional de Amsterdam a provocar, en todas las naciones representadas en dicho congreso, el estudio de la organización racional y metódica de la huelga general internacional, la cual, sin erigirse en único medio revolucionario, constituye un arma de emancipación que ningún socialista consciente tiene derecho de desconocer o denigrar.

Por el *Partido Obrero Socialista Revolucionario*:

el secretario del *Secretariado General* TH. CORDÉ

II. CONFEDERACIÓN GENERAL DEL TRABAJO

1. Víctor Griffuelhes

Secretario de la Confederación General del Trabajo

La rapidez con la cual se propagó en los medios obreros la idea de huelga general, es índice de su fuerza de penetración. Sin embargo, los adversarios de esta forma de acción, siguen siendo numerosos entre quienes reivindicán ideas de emancipación social.

Mientras que los defensores de nuestro estado social creen en la eventualidad de una lucha que se manifestaría por la cesación completa del trabajo, algunos partidarios de una transformación social proclaman que son adversarios de ese recurso!

En efecto, los propagandistas de la idea de huelga general son tratados de soñadores, utopistas o locos, por ciudadanos que, a su vez, reciben idéntico tratamiento por parte de los burgueses conservadores, por el hecho de querer derribar el actual orden de cosas. Sin embargo, los partidarios de ese medio de acción que es la huelga general quieren, ellos también, el mismo tipo de cambio radical. Se trata de una comprobación un tanto escandalosa. Permite que ciertos ciudadanos creen en la falta de previsión de quienes la crearon.

Sin embargo, la obstrucción— sea ella abierta o solapada— no detuvo la propagación de la idea de huelga general, puesto que cada día recibe nuevas adhesiones. Esto se pone en evidencia porque los hechos fuerzan la utilización obligada de esta forma de lucha, incluso por parte de quienes le son hostiles. No impide esto que después de haberla utilizado uno se declare su adversario, aunque esté dispuesto a recurrir nuevamente a ella.

Los motivos de esta nueva contradicción no podrían escapar al observador imparcial, que se guarda muy bien de hacerlos suyos. ¡Y con razón! Hubiera querido marcar los fundamentos de tal actitud, pero sería complicar la presente encuesta.

Para comenzar, me limitaré a repetir que la huelga general aparece cada vez más como un poderoso instrumento para la lucha obrera. Las expresiones de la huelga general se renuevan con una intensidad que no pudo ser prevista por los primeros propagandistas; ellas indican que no hay poder humano capaz de detener o paralizar su enorme desarrollo.

Si los capitalistas afirman el carácter insensato de la huelga general, al tiempo que toman sus disposiciones para aniquilar sus efectos, ¡tienen todo el derecho y la necesidad de hacerlo! Pero que ciertas unidades del movimiento social se obstinen en creerla imposible, significa demostrar un verdadero ofuscamiento, que habrá de causar a quienes son sus víctimas, crueles decepciones.

Si no estoy equivocado, el objetivo de esta encuesta no consiste en hacer divulgación, sino en vencer determinadas resistencias y temores, o en disipar ciertos errores.

Cabe reconocer que es difícil, o casi imposible, convencer a hombres que cometen —a mi criterio— la grave equivocación de pretender vivir una época que quedó atrás, ya que es muy cierto que los hechos evolucionan con mayor celeridad que los cerebros humanos.

En determinado momento, formulamos rápidamente las “verdades” proclamadas, para inspirarnos en ellas, creyendo sin dificultad que los hombres, en su accionar, las tienen presentes en su espíritu; estamos persuadidos de que los acontecimientos siguen su curso, ciñéndose a una línea definida en virtud de una ortodoxia rigurosa y estrecha. Luego, los hechos pasan, los hombres se suceden, y asistimos asombrados —podría decirse candorosos— a la brusca anulación de las fórmulas que, con toda buena intención, habíamos creado. Sin darnos cuenta de la transformación operada, mientras que los demás caminan y se agitan, permanecemos estáticos, con la vista obstinadamente fija en la meta, el espíritu siempre dirigido hacia la misma preocupación: la fórmula establecida.

Registrar la vida dolorosa del proletariado sometido por la clase poseedora, cuya expresión política es el poder central, resulta correcto; asignar como tarea la conquista de ese poder, para trastornar sus efectos, es insuficiente. A fuerza de instalarse en estas consideraciones, terminamos por “atrasar”, y dejamos escapar métodos de acción que son precisamente la condensación de los esfuerzos necesarios y la forma de lucha adecuada para determinados elementos sociales.

La opinión de muchos camaradas es que la conquista del poder es necesaria, y que para llegar a ello, es menester crear los cuadros de una organización que actúe con vistas a dicha conquista. Lógicamente, aquélla sólo puede agrupar a los individuos que reconocen los antagonismos de clase, materializándolos orgánicamente. Tal organización, que no me corresponde a mí rebatir, descansa simplemente sobre una concordancia de ideas, puesto que puede agrupar a hombres económicamente adversarios. Esta cooperación es sin embargo necesaria, dado que el movimiento obrero es lo suficientemente vasto y flexible como para no rechazar la ayuda que se le ofrece. Pero no por ello es menos cierto que dicha cooperación tuvo, en determinados períodos, efectos desastrosos.

El ciudadano Edouard Berth habrá de permitirme que haga más las conclusiones de un reciente artículo, aparecido en *Mouvement Socialiste* (abril de 1904): quizás toda la esencia revolucionaria del socialismo está contenida precisamente en la idea de la huelga general.

Sean cuales fueren los deseos y las fórmulas, existe una organización específicamente obrera, basada sobre una concordancia de necesidades, que tiende a crear una concordancia de ideas. Dicha organización, llamada movimiento sindical, no es más que la representación del taller y de la fábrica. Agrupa a hombres que viven en las mismas condiciones, agobiados por idénticas reglas.

La vida obrera se ejerce y se alimenta en la fábrica y en el taller: el movimiento sindical es su expresión. Las preocupaciones íntimas del trabajador, provocadas por las condiciones de trabajo impuestas por el patrón, y cuyos duros efectos comprueba en su propio hogar, encuentran su tribuna y su eco en el sindicato.

Y a pesar de sus defectos —que en gran parte podrían atribuirse a la falsa educación social dada al obrero— estas agrupaciones son cabalmente la emanación, diría incluso la fisonomía, de la vida obrera, en la cual la organización política debe inspirarse, sin representarla.

Hoy día, nadie piensa impugnar la necesidad del movimiento sindical, y nadie osaría hacerlo, pero algunos quisieran limitar su esfuerzo, subordinándolo a corrientes que están demasiado sujetas a variación, mientras que debiera aceptarse que un movimiento que va creciendo, necesita medios de acción extraídos de las propias formas del grupo que lo genera.

Fácil es darse cuenta de que la huelga general surge de las formas del grupo sindical, y de la orientación que de él se desprende. El desarrollo de los órganos obreros lo indica, y la evolución de éstos lo muestra. Es verdad que en los últimos años el número de sindicatos no ha aumentado desmesuradamente. En cambio, y lo sintomático es esto, la necesidad que estos sindicatos experimentaron de agruparse, a través de su bolsa de trabajo y de su federación nacional corporativa, es prueba cabal de que el aspecto egoísta, que para algunos constituía el carácter fundamental del sindicato, desaparece, o para hablar con mayor exactitud, que la conciencia obrera, cuya primera noción se afirmaba a través del sindicato, se precisa al desarrollarse.

Esos organismos, al anular el carácter estrictamente profesional de cada uno de sus elementos, los captan para una vida social más elevada; para desarrollarse, esta vida debe abrirse camino: toma cuerpo y se materializa, precisamente a través de las manifestaciones de lucha.

Y como a estos organismos no les basta con crear una vida social que nivele las conciencias y engendre la acción, se aproximan y se entremezclan a su vez. Contacto y mezcla que constituyen un movimiento obrero en Francia, cuya importancia es innegable.

No escapa a nuestros adversarios tal importancia. Los poderes públicos espantados por un movimiento que los desborda, quisieran matarlo, atribuyéndole la preparación de un complot contra la seguridad del estado. En el interior, se dio orden de buscar los rastros de una organización que, según ellos, impone su línea y dirige desde París. De encontrarse algunos elementos, se sometería a proceso a los militantes, con la esperanza de que el movimiento, decapitado, quedaría muerto por mucho tiempo.

Cometen un error garrafal los gobernantes que creen que el movimiento obrero se ejerce en base a fórmulas y resoluciones. La vida obrera es demasiado compleja en sus manifestaciones de detalle —aunque su concepción y su espíritu son, sin embargo, comunes— como para hacerle el juego a la necesidad de quienes gobiernan. Y lo que los lleva a éstos a creer en un organismo riguroso, automático y rector, es precisamente el terror que les causa una cesación general del trabajo. Dan por seguro una lucha gigantesca

y, conociendo el espíritu revolucionario que habría de animarla, están decididos a tomar la delantera, desarticulándolo todo.

Previendo esta eventualidad, se estableció un plan de movilización en el Ministerio de Guerra. Según dice el plan, en caso de huelga general, tal oficial de Epinal deberá constituirse en la Creusot, etc...

¡Y he aquí que mientras los capitalistas se arman, en función de tal contingencia, ciertos ciudadanos estiman que la huelga general es utópica!

Nada mejor puedo hacer que alinearme detrás de esta definición tan nítida y clara, contenida en un comunicado del sindicato de albañiles de Reims, y publicado en *La Voix du Peuple*, órgano de la *Confederación general del trabajo*, del 8 de mayo de 1904. Al dar cuenta de una reunión, se señala: "Pasando revista a los temas inscriptos en el orden del día del Congreso de Vichy, Guyot explica que la huelga general es, ni más ni menos, la propia revolución, porque si se la interpreta de otra manera, constituiría un nuevo engaño. Huelgas generales corporativas o regionales la precederán y la prepararán."

Imposible expresarlo mejor, y entre personas que quieren comprender, esta definición debiera bastar.

En los medios obreros, la huelga general se presenta de ese modo. Por cierto, hubo un tiempo en que se la mostraba bajo otro aspecto, en que se le daba un carácter diferente, pero fuerza es reconocer que nada se había hecho para precisar esta idea, mediante una discusión sin reservas. Además, la conciencia obrera estaba lejos de ser lo que actualmente es; por último, se trataba más bien de la definición de una idea teórica capaz de resumir ciertas aspiraciones, y no de una interpretación de hechos tal como se la encara actualmente.

La huelga general es la negativa de los productores a trabajar para procurar placeres y satisfacciones a los no-productores; es la explosión consciente de los esfuerzos obreros con vistas a la transformación social; es el término lógico de la acción constante del proletariado en trance de emanciparse; es la multiplicación de las luchas mantenidas contra la patronal. Como acto final, implica un sentido muy desarrollado de la lucha y una práctica superior de la acción. Corresponde a una etapa de la evolución marcada y precipitada por conmociones, las que tal como lo dice Guyot en el orden del día transcrito más arriba serán huelgas generales corporativas.

Estas últimas constituyen una gimnasia necesaria, así como las maniobras generales constituyen la gimnasia de la guerra.

No se espere de mí la explicación detallada del movimiento final, como tampoco de las acciones generalizadas de las corporaciones que, por el momento, no puedo prever. De ninguna manera quiero hacerme el profeta, trazando un plan que asignaría a cada hombre el lugar que deberá ocupar. Que haya gente que se entretenga, como si estuviera en el séptimo cielo, en clavar jalones sobre un mapa que representa el mundo social, es algo que me desagrada.

Todo movimiento revolucionario dio, exactamente, aquello que la clase

oprimida de ese momento quiso y supo tomar. La revolución por todos entrevista, y que el mundo obrero llama huelga general será, también ella, lo que el trabajador conciba y sepa crear. La acción habrá de desarrollarse según el grado de conciencia del obrero, y según la experiencia y el sentido de la lucha que haya adquirido con sus propias fuerzas.

Dado que esta acción deberá ejercerse contra fuerzas múltiples y variadas, y reaccionar contra las más diversas corrientes, no serán aplicables decisiones uniformes y rígidas. Corresponderá al trabajador adaptar a los medios de entonces, y a los elementos que se le oponen, las armas que las circunstancias pondrán a su alcance.

En su expresión última, la huelga general no es para los medios obreros una simple huelga de brazos caídos; es la toma de posesión de las riquezas sociales valorizadas por las corporaciones —en este caso los sindicatos— para provecho de todos. Esta huelga general o revolución será violenta o pacífica, según las resistencias que tenga que vencer. Será la totalización de los esfuerzos de los productores, bajo el impulso de las agrupaciones obreras.

Pero no pretendemos fijar el día ni la época en que se enfrentarán asalariados y patronos. No hay fuerza humana capaz de indicarlo.

El movimiento habrá de nacer de las circunstancias, de una mentalidad obrera más elevada, a la altura de acontecimientos que habrán de contener, en sí mismos, los elementos de generalización.

Los elementos de generalización se definen por el rol desempeñado en la producción por tal o cual industria, que trae aparejado la puesta en acción de otra industria, cuyos efectos irán repercutiendo sobre otras ramas de la actividad humana.

Puede objetarse que todo ello no denota un grado superior de organización, y que es imposible movilizar, el mismo día, la totalidad de la clase obrera. Responderé en primer término que de ningún modo pretendemos que un punto de partida para esta acción, deba forzosamente ser común a todos los trabajadores; tampoco decimos que ello no pueda producirse. Nos inspiramos en ciertas contingencias sociales y decimos que la conquista del poder a través de la legalidad no podría implicar, para quienes están hipnotizados con ella, la entrada de una totalidad de representantes obreros al parlamento: aquéllos pretenden justamente, que la mayoría bastará para transformar el estado social. Tampoco la conquista revolucionaria del poder podría ser el acto unánime del país. Por una y otra parte, habrá gente arrastrada muy a su pesar, que soporta pasivamente el resultado de esta conquista. Espero realmente que unos y otros razonen de este modo, porque de no ser así, todos podrían esperar hasta el año 50.000.

Por lo tanto, podemos decir que los trabajadores organizados de ciertas industrias se agitarán bajo el imperio de preocupaciones dadas, obligando a otras corporaciones a seguirlos.

La revolución, cualquiera sea su estímulo, no podrá ser aceptada por todos. Una minoría, que tiende a acrecentarse en función de los incansables esfuerzos de propaganda y de acción que realizamos, suscitará el movimiento revolucionario, cuya necesidad es clara para todos.

Una educación social más intensa, una gran experiencia de lucha, un profundo conocimiento del medio social: todas ellas son condiciones necesarias. Para adquirirlas, se impone la acción. A través del estudio de las condiciones de trabajo, el obrero aprende a conocer el medio al que se ve sometido; a través del esfuerzo con vistas a mejorarlas, toma contacto directo con las fuerzas que lo dominan y experimenta el grado de resistencia de las mismas. De este modo, su espíritu de observación y de examen se hace más agudo; incorpora a los elementos indispensables para dirigirse a sí mismo; contribuye a dar a la acción del mundo obrero una ubicación y una autoridad.

Todos reconocen la urgencia que el proletariado tiene de trabajar para acrecentar sus medios de existencia, lo que aumenta en igual proporción su fuerza combativa y su avidez para arrancar nuevas reformas. Al agruparse, el obrero ejerce un esfuerzo, y es precisamente practicando ese esfuerzo como logra intensificarlo. Y a través de esa intensificación, que suscita a su vez un incremento de vida, la clase obrera se liberará del mundo capitalista.

La meta del trabajador es su emancipación, el instrumento es el grupo, el método es la lucha. La acción obrera se plantea como meta la emancipación obrera; se asigna como instrumento el sindicato, y como método la huelga, que es la lucha llevada a su máxima intensidad. De allí que para obtener resultados materiales y morales, se recurra a la huelga. Y si hubo un tiempo en que la huelga era condenable para algunos porque, según ellos, distraía la atención del obrero de la idea de huelga general, esto ya no es así hoy día. Mientras que antes se oponía la huelga —manifestación del taller y de la fábrica— a la huelga general —manifestación de la vida social—, actualmente se considera que ambas proceden del mismo espíritu: la resistencia y la obtención de reformas. La huelga general es el complemento amplificado del deseo proletario de un mayor bienestar. No se trata entonces de oponerlas entre sí. Ambas son manejadas por el obrero en función de idénticos fines: la emancipación de los trabajadores.

Esto ha sido tan bien comprendido, que a las luchas particulares tienden a sucederse luchas de carácter generalizado. Ni bien una empresa va a la huelga, el objetivo inmediato consiste en extender esa huelga a las demás empresas. Ocurre que la vida de toda una ciudad se paraliza, no solamente porque el espíritu de solidaridad se ha desarrollado, sino porque la interconexión entre las corporaciones se impone con mayor nitidez, lo cual crea la comunidad de esfuerzos dentro de la resistencia.

En los últimos años, tuvimos oportunidad de ver cómo algunos movimientos pasaban por estas diferentes etapas. Marsella, en particular, ha sido teatro de acontecimientos de este tipo.

Al lado de la huelga general localizada, encontramos la huelga general corporativa. Aquélla tiene por objeto la conquista de una reforma precisa. Las reformas a obtener son de diferente orden. A veces, la clase obrera se levanta para imponer a la patronal tal o cual reivindicación; otras veces puede levantarse para exigir a los gobernantes tal o cual reforma. En ambos casos, se trata del trabajador que realiza él mismo el esfuerzo, para su propio provecho.

Es la aplicación de la máxima de la Internacional: la emancipación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos.

La huelga general corporativa de los mineros en octubre de 1902 prueba que esta forma de movimiento es posible. Es inútil indicar las razones que llevaron a su falta de éxito. No se debieron a la forma de lucha.

Los belgas, en dos oportunidades, han utilizado la huelga general para la obtención del sufragio universal, y a pesar de la falta de éxito de la segunda, cosa que en su momento he analizado, parecen decididos a utilizarla una vez más.

Los suecos, para quienes tuvo tanto éxito, se preparan para una nueva movilización.

Recientemente los húngaros, a pesar de la propaganda hostil a la idea de huelga general, recurrieron a ella, y si el movimiento abortó, ha sido porque fue ejercitada por gente que carecía de adecuada educación previa. Pero si hubiera durado dos días más, la huelga se hubiera podido extender a todo el país. Tal como se dio, contiene sin embargo una profunda enseñanza.

Puede responderse, en efecto, que los resultados que estos movimientos aportan no son particularmente terminantes. Al lado de las satisfacciones anotadas, no faltaron los sinsabores, debemos admitirlo. Pero, ¿por qué belgas y suecos, que jamás se declararon partidarios de ella, se muestran dispuestos a renovar la huelga general? ¿Sin duda porque constituye para ellos un excelente medio de acción!

Cabe agregar que la conquista electoral del poder motivó muchas decepciones. Tal banca conquistada, se perdía poco después, y entonces, si fuera verdad que los fracasos vuelven condenable la forma de acción empleada ¿qué debe quedar del sufragio universal? Me parece evidente que debiera ser relegado al depósito de accesorios.

Y si los ciudadanos proceden con lógica al no condenar ese medio de acción cuyas derrotas son incontables ¿por qué habrían de condenar algún otro, que no tiene en su activo mayor número de fracasos?

A todo hombre que se interesa en el movimiento social, y sobre todo a quien toma parte de él, le resulta imposible cerrar los ojos frente a la evidencia.

El movimiento obrero existe. Las manifestaciones de huelga generalizada de carácter estrictamente proletario, son sus productos naturales. Negar la importancia y la significación que tienen, sería inexplicable por parte de ciudadanos cuya única preocupación debe ser, no la de pretender crear los acontecimientos según sus ideas establecidas, sino la de interpretarlos para extraer de ellos el máximo de ventajas en favor de los trabajadores.

Quienes desobedecen esta regla no podrían pretender desempeñar un papel en el mundo obrero, ya que éste pasaría por encima de ellos. Su lógica ascensión hacia mejores condiciones de vida proseguiría, sin preocuparse por los gestos desesperados de aquéllos.

2. Emile Pouget

Secretario de Redacción de La Voix du Peuple

Considero que la mejor contribución que puedo hacer a la encuesta abierta por el *Mouvement Socialiste* sobre la idea de huelga general, consiste en buscar la génesis de la misma e indicar rápidamente su proceso histórico.

La comprobación de que esta idea no es de una aparición tan reciente como la gente imagina con demasiada frecuencia, contribuirá a dejar sin efecto, o al menos a atenuar, muchas prevenciones en su contra. Tanto más, cuanto que a esta comprobación se agrega otra, cuyo valor es innegable: la idea de huelga general surge, lógica y fatalmente, cuando la clase obrera abandona la ilusión política, para concentrar sus esfuerzos de organización, de lucha y de insurrección, sobre el terreno económico.

1. GÉNESIS DE LA HUELGA GENERAL. La idea de huelga general carece de blasón ideológico. Viene del pueblo, y no puede aspirar a un origen "noble". Ni sociólogos ni filósofos se dignaron elucubrar sobre ella, analizar sus fórmulas, dosificar su teoría.

Este origen "vulgar" explica —en parte— el descrédito de que goza la idea de huelga general en muchos medios donde todos hacen cierto alarde de intelectualismo: allí se la desprecia, considerándola como una expresión confusa y sin consistencia, surgida de las masas en fermentación... y, por lo mismo, condenada a una próxima desaparición.

Como ningún hombre importante se dedicó a incensarla, se le niega todo crédito. Si esta actitud desdeñosa respecto de la huelga general, fuera particular de la burguesía, no cabría hacerle caso. Lamentablemente sus detractores forman legión dentro de la élite socialista.

Tal prevención es inexplicable. Considero que debiera prestarse la mayor atención a las tácticas que se elaboran en la profundidad de las masas populares; considero que no puede haber mejor enseñanza, o más útil escuela de la revolución, que ese estudio de la vida. En efecto, cuando el pueblo no se deja desviar de su ruta por "directores de conciencia", su buen sentido le sugiere, casi siempre, la mejor orientación.

En el plano político se entremezclan tantos apetitos y ambiciones, que esa clarividencia, atrofiada por intrigas y rivalidades de todo tipo, no puede manifestarse.

Sucede de otro modo en el plano económico. Allí, asalariado y empleador se encuentran en contacto de oposición; sus intereses son adversos, y ninguna maniobra puede restarle claridad a su antagonismo. Por otra parte, del lado de los trabajadores, las rivalidades son tanto menos notorias, cuanto que allí sólo pueden recogerse contratiempos, nunca prebendas.

Por lo tanto, sobre el terreno económico, menos propicio que cualquier

otro para el desarrollo de tendencias desviacionistas, la germinación de tácticas y aspiraciones de las masas obreras se efectúa sin que tenga demasiado que temer a las trabas impuestas por ambiciosos y teóricos, cuyo dogmatismo surge en unos bajo el impulso de los apetitos, en otros, en nombre de fórmulas abstractas.

El método de lucha lógico que, en el medio económico, queda señalado en primer término, es la huelga, es decir la negativa a trabajar, —la negativa al menos momentánea— de enriquecerlo al patrón en condiciones demasiado draconianas. Luego, a consecuencia de esto, como corolario del engrandecimiento de la organización obrera, nace y adquiere precisión la idea de generalizar el movimiento de cesación del trabajo.

II. LA HUELGA EN LA INTERNACIONAL. La Asociación Internacional de los Trabajadores fue, hacia el fin del Segundo Imperio, la expresión de las reivindicaciones económicas de la clase obrera. Por lo tanto, bajo la lógica presión de la lucha social se vio impulsada muy rápidamente a encarar la eventualidad de la huelga general. A partir de sus primeros congresos —desde 1866— se planteó el tema de las huelgas parciales, se examinó la utilidad de su generalización.

En el Congreso de Bruselas de 1868, se dio una declaración en el sentido de que “la huelga no es un medio para liberar completamente a los trabajadores, pero es a menudo una necesidad en la situación actual”; luego, se examinó la eventualidad de una huelga universal, y se planteó como principio que “el cuerpo social no podría vivir si la producción se paralizara durante un cierto tiempo; bastaría por lo tanto que los productores cesen de producir, para imposibilitar la acción de los gobiernos personales y despóticos.”

Poco después, en marzo de 1869, el periódico *L'Internationale*, publicado en Bruselas decía:

“Cuando las huelgas se extienden y van pasando de un lugar a otro, es porque están próximas a convertirse en una huelga general; y una huelga general, con las ideas de liberación que reinan hoy día, no puede desembocar en otra cosa que no sea un gran cataclismo, que produciría la renovación completa de la sociedad”.

De este modo, en el seno de la Internacional se manifestaba el fenómeno que señalamos más arriba: la agrupación económica de los trabajadores favorecía el nacimiento de la idea de huelga general, a la que se le asignaba su meta precisa y definitiva; la expropiación capitalista. Pero los acontecimientos de 1870 y 1871, así como el debilitamiento de la Internacional, desviarían a la clase obrera de ese objetivo, imprimiendo una orientación más política al movimiento social.

Sin embargo, en 1873, el congreso de la sección belga, reunido en Amberes, notificaba a las federaciones que debían “preparar todo con vistas a la huelga general, renunciando a las huelgas parciales, salvo en caso de legítima defensa.”

Algunas semanas después, en setiembre de 1873, a propuesta de Bélgica

que había solicitado su inclusión en el orden del día, el tema de la huelga general se discutía en el Congreso General de la Internacional, reunido en Ginebra. Entre otros delegados a dicho Congreso, puede citarse a los ciudadanos Andrea Costa y Paul Brousse.

La huelga general se discutió en sesión secreta, y las concepciones y objeciones que tomaron cuerpo en esa época, en nada difieren de las que hoy están vigentes. Algunos consideraban a la huelga general como el equivalente de la revolución social, cuyo corolario debía ser la expropiación capitalista; otros, por el contrario —y entre éstos se contaban los norteamericanos— la consideraban meramente como un movimiento de agitación, con vistas a la obtención de reformas.

En el informe dirigido por el consejo federal de América del Norte, se afirmaba:

“[...] Si los trabajadores afiliados a la Asociación llegaran a fijar determinado día para la *huelga general*, no sólo para obtener una disminución de las horas y un aumento de salarios, sino también para encontrar la forma de vivir en talleres cooperativos, por grupos y por colonias, no podríamos dejar de [...] brindarles ayuda moral y material”.

La opinión que acaba de consignarse, es la de la huelga general con fines reformistas, y los trabajadores estadounidenses optaron por un movimiento de esta categoría, en 1886, para conquistar *la jornada de ocho horas*.

En lo que respecta al Congreso de Ginebra, con el fin de no dar pie a un recrudescimiento de la represión, se clausuró el debate sobre la huelga general con la resolución que transcribimos a continuación, y que no refleja en modo alguno las ideas discutidas en la sesión secreta:

“Considerando que en el actual estado de la *Internacional* no puede darse una solución completa al problema de la huelga general, el Congreso recomienda a los trabajadores, como de suma urgencia, la organización internacional de los gremios, así como también, una activa propaganda socialista”.

La recomendación formulada en esta resolución, tendiente a la constitución de grupos corporativos internacionales, es un claro índice del pensamiento de los internacionalistas: comprendían que la huelga general nunca dejaría de ser una abstracción sin valor revolucionario, hasta tanto la clase obrera no hubiera creado una sólida organización económica.

Podemos considerar a esta recomendación como parte del testamento de la Internacional; a partir de entonces, la gran Asociación, ya escindida en dos después del Congreso de La Haya, en 1872, iba a declinar y, finalmente, después de otros dos congresos, dejaría lugar a nuevas formas de agrupación.

Durante algún tiempo, las teorías socialdemócratas iban a adquirir predominancia; la orientación económica sería dejada de lado, en beneficio de las agitaciones parlamentarias y, consecuencia ineluctable, la idea de huelga general caería en el olvido.

Así ocurre a menudo con las ideas nuevas: una generación las elabora, luego, bajo la presión de persecuciones burguesas, o de otras causas deprimentes, se borran de la memoria de los hombres, y no se transmiten a la joven generación; ésta, ignorando el trabajo realizado con anterioridad, se ve

obligada a iniciar de nuevo la elaboración de las ideas olvidadas, desde el punto de partida.

III. RESURGIMIENTO DE LA IDEA DE HUELGA GENERAL. Reapareció en los Estados Unidos, pero sólo cuando en este país se constituyó, sobre el plano económico, una poderosa federación de sindicatos. Reapareció con el mismo espíritu con que la definía, en el Congreso de Ginebra de 1873, el Consejo Federal de la Internacional para América del Norte: se consideraba a la huelga general sólo bajo su aspecto reformista, es decir como medio de acción para conquistar mejoras parciales.

La plataforma de este primer movimiento de huelga general fue la conquista de la jornada de ocho horas. Demás está señalar que no fue recurriendo a la intervención legislativa, sino simplemente mediante una vigorosa *acción directa* contra la patronal, mediante un levantamiento en masa de los trabajadores en una fecha fijada con anticipación, como los norteamericanos intentaron arrancar (y en parte arrancaron) a los explotadores, esta reducción de la jornada de trabajo.

La iniciativa de este movimiento la tomó la Federación de Cámaras Sindicales, la cual, en su Congreso de noviembre de 1885, eligió al 1º de mayo para una acción de conjunto; se convino que en esa fecha, el trabajo cesaría hasta la obtención de la reducción de la jornada de trabajo a ocho horas.

Se hace evidente así la clarividencia de los internacionalistas de Ginebra cuando preconizaban que la organización sindical era el tipo de terreno necesario para el florecimiento de la idea de huelga general.

La gigantesca agitación norteamericana en favor de los ocho horas fue realmente la consecuencia de una fuerte organización económica, y solamente fue apoyada por las agrupaciones que asignaban el primer plano a las preocupaciones económicas. En efecto, los *Caballeros del Trabajo* participaron de la agitación a regañadientes, y porque se vieron forzados a ello. Por el contrario, el joven partido anarquista, que tenía su foco de acción en Chicago, se lanzó arduamente a la lucha, mientras que el partido socialista, impregnado de las teorías europeas, dejaba correr la agitación, sin participar casi de ella.

IV. LA HUELGA GENERAL EN FRANCIA. Desde los Estados Unidos, la idea de la huelga general —fecundada por la sangre de los anarquistas ahorcados en Chicago por las manifestaciones del Primero de Mayo de 1886— se importó a Francia.

Aquí, ocurrió como en Estados Unidos: la idea de huelga general, considerada como "poco científica", no interesó en lo más mínimo a los teóricos, ya sea socialistas o anarquistas; sedujo solamente a los trabajadores y militantes que extraían su inspiración más de los hechos sociales, que de los libros.

El compañero Tortelier, uno de los militantes de primera hora del sindicato

de carpinteros, orador de verba ruda y encendida, fue uno de los primeros en propagar, en París, la idea de huelga general, dentro de su concepción revolucionaria integral. Delegado al Congreso Obrero Internacional reunido en Londres, en noviembre de 1888, desarrolló allí —sin mayor eco— la nueva idea.

En ese mismo fin de año, se reunió en Burdeos un congreso nacional de sindicatos, durante el cual se preconizó y adoptó la huelga general. El mismo había sido organizado por la *Federación de sindicatos*, la cual, algunos años después, iba a erigirse en adversaria de la huelga general; esta última actitud le resultó por otro lado funesta: desapareció poco después de la escisión del Congreso de Nantes, en 1894.

Esta Federación estaba impregnada por el espíritu del Partido Obrero Francés; por ello, la resolución propiciando la huelga general adoptada en dicho Congreso, ha sido atribuida a menudo a los socialistas pertenecientes a dicha fracción. Y dice:

"Considerando:

Que la monopolización de los instrumentos y de los capitales en manos de la patronal confiere a ésta un poder que disminuye en idéntica proporción al que la huelga parcial ponía en manos de los obreros;

Que el capital no es nada si no se lo pone en movimiento;

Que de ese modo, al negarse a trabajar, los obreros aniquilarían de una vez para siempre el poder de sus amos.

Considerando:

Que la huelga parcial no puede ser nada más que un medio de agitación y de organización;

El Congreso declara:

Que únicamente la huelga general, es decir la cesación completa de todo trabajo, o la revolución, puede impulsar a los trabajadores hacia su emancipación."

Cabe destacar que en este Congreso —donde sin embargo, el pensamiento del Partido Obrero Francés dominaba los debates— se votó una moción "invitando a los sindicatos constituidos, o en vías de constituirse, a no enfeudarse con ningún partido político, sea cual fuere, como único medio de obtener la unanimidad de la corporación."

Es así como este Congreso, a la par que se pronunciaba por ese medio de acción esencialmente económico que es la huelga general, ponía en guardia a los trabajadores contra los peligros del enfeudamiento político.

¿No cabe acaso inferir, de estos dos votos característicos, que si los socialistas del Partido Obrero Francés no se hubieran alejado de la orientación señalada en este Congreso, hubieran resultado los artifices eficaces de una organización sindicalista fuerte? Organización puramente económica que puso seis años en emerger por encima de las luchas intestinas entre grupos de tendencias divergentes, y que recién logró concretarse cuando la escisión de Nantes, en 1894, preparó el nacimiento de la *Confederación General del Trabajo*, en Limoges, en 1895.

Pero las cosas no ocurrieron así. Los propulsores del Partido Obrero

Francés reprobaron rápidamente la idea de huelga general. Sin embargo, antes de terminar condenándola categóricamente, comenzaron formulando una teoría intermedia, la huelga general *por industria*.

En mayo de 1890 en Jolimont, Bélgica, tuvo lugar un congreso internacional de mineros donde, a propuesta del ciudadano Keir Hardie, se adoptó "el principio de la huelga general para asegurar el triunfo de la jornada de ocho horas..." En el siguiente Congreso, fijado para 1891, debía establecerse la fecha para ese movimiento general en todas las minas de carbón de Europa.

Algunos meses después, en octubre de 1890, en el Congreso del Partido Obrero Francés reunido en Lille, se adoptó la siguiente resolución:

"Considerando que la huelga general propiamente dicha, es decir la negativa concertada y simultánea de trabajar por parte de todos los trabajadores... supone y exige, para tener éxito, un estado de espíritu socialista y de organización obrera, al cual no llegó aún el proletariado...; que en esas condiciones, la única huelga que no resultaría ilusoria o prematura, es la de los mineros de todos los países... este Congreso decide: ... apoyar la huelga internacional de los mineros, en el caso de ser votada".

¿Cómo pudo el Partido Obrero que, en el Congreso de Burdeos se había pronunciado por la huelga general revolucionaria y, en el Congreso de Lille por la huelga general profesional, convertirse en un adversario sistemático de tal medio de acción revolucionario?

Observemos simplemente que la teoría del Partido Obrero Francés al plantear como prioridad la conquista del poder político, no podía aceptar fácilmente la idea de huelga general, cuya prioridad apuntaba a la acción económica.

Además de este motivo, hay otro que parece haber tenido influencia: la concepción *pacifista* de la huelga general que, bajo la expresión bonachona de *huelga de brazos caídos*, estuvo muy de moda en cierto momento, debía hacerle poca gracia.

Esta teoría era propugnada sobre todo por militantes del posr; éstos consideraban que la huelga general debía limitarse a una suspensión de todo trabajo, de todo transporte de objetos o de mercaderías de primera necesidad. Resultado inmediato: hambreadamiento de los capitalistas, es verdad; pero de rebote, hambreadamiento también de los trabajadores. Cierto es que para obviar este último inconveniente, algunos militantes preconizaban la creación de depósitos de "reserva" que debían asegurar la alimentación popular, en caso de huelga general.

Los detractores actuales de la idea de huelga general, al proclamarse adversarios de la misma, se basan precisamente en estas concepciones, que resultan confusas porque son embrionarias, y que hoy día nadie sustenta como propias. Serían más hábiles si buscaran otros argumentos; al fundamentar sus críticas en quimeras pasadas de moda, demuestran una lamentable falta de documentación, a la par que poco espíritu científico.

V. LA HUELGA GENERAL FRENTE A LOS CONGRESOS CORPORATIVOS. Muy rápidamente, la idea de huelga general se abrió curso y se propagó, principalmente en el seno de las organizaciones corporativas.

En 1892, el Congreso de las Bolsas de Trabajo, reunido en Tours, y el de los sindicatos reunido en Marsella, adoptaron el principio de la huelga general. En Marsella, el ciudadano Briand fue el campeón de la nueva idea. Un año después, en el congreso corporativo reunido en París, la huelga general fue discutida también y aprobada con entusiasmo.

A pesar de ello, su concepción carecía de precisión: seducía a los militantes por su energía, atractiva y radiante, que la convierte en un maravilloso fermento de agitación; su fuerza generadora de solidaridad gustaba muchísimo.

¡Pero qué confusa era todavía la definición que se daba de ella! Muchos veían en la huelga general simplemente un medio eficaz para obtener mejoras parciales; menos numerosos eran quienes esperaban de ella la revolución social —es decir la realidad cuya expresión es precisamente la huelga general.

La vaguedad e imprecisión de las fórmulas que propiciaban la huelga general se explicaba, por otra parte, a través de una falta de propaganda suficiente. Esto pudo comprobarse en el congreso corporativo, que sesionó en París, en 1893. Fue poco después del cierre de la Bolsa de Trabajo; la exaltación y el espíritu combativo eran tan grandes, que a causa de ello se resintió la discusión.

La gran mayoría de los delegados se pronunció por la huelga general, considerada como sucedáneo de la expresión "revolución social". Pero, a pesar de ello, sus partidarios no dieron la impresión de una imponente unidad de concepción. Se formuló una proposición —que fue rechazada— de decretar inmediatamente la huelga general.

La comisión que obtuvo el mandato para presentar un informe sobre el tema, se expresaba así:

"La declaración de una huelga general es grave; para que tenga éxito, no basta que todos acepten la idea. Basta con una mayoría. A veces puede bastar también una corporación o dos, como la de los mineros o la de los ferroviarios, si el transporte toma parte en el movimiento.

Quince días de paro en ambas corporaciones, o incluso solamente en la de mineros, y el vapor se paraliza por completo...

Puede observarse que después del éxito, el movimiento podrá comenzar nuevamente, con vistas a otra etapa. Pero en tal obediencia hay un defecto: ¿quién sabe dónde debe detenerse una huelga general?

Se nos dice que nada hay más fácil: basta que nos quedemos una semana con los brazos cruzados, y nuestros explotadores se verán obligados a morir de hambre —pero no se nos dice cómo haremos, por nuestra parte, para comer.

Será necesario, por lo tanto, que nos apoderemos de las panaderías y carnicerías, y que aseguremos la vida de todos aquellos que producen.

De no hacerse así, la huelga general no es posible: y si uno va hasta ese punto ¿por qué no seguir un poco más lejos?

...Sepamos dónde queremos ir y, cuando lo sepamos, si empezamos, vayamos

hasta el final. La huelga general de los gremios, es la revolución social. ¿Estáis realmente dispuestos a hacerla?

... Dos casos especiales pueden provocar la huelga general de los gremios. El primero, con vistas a la emancipación completa de los trabajadores, y la abolición del salariado. El segundo, para impedir una guerra fratricida entre pueblos. En este último caso, sólo puede ser internacional...

Se designó una comisión de nueve miembros para sancionar este informe. La misma recibió mandato de estudiar y de propagar la idea de huelga general. Se intituló *Comisión de organización de la huelga general*, sin reparar en la inconsecuencia de tal apelación: es lógico que se "prepare" la huelga general, pero el pretender "organizarla" resulta fatuo.

Dicha Comisión siguió vigente desde entonces, con modificaciones sugeridas por la experiencia, bajo el título más apropiado de *Comité de propaganda de la huelga general*.

Aquel calificativo presuntuoso —"*Comisión de organización*"— fue utilizado por los adversarios de la huelga general. Les resultó extremadamente fácil demostrar la ingenuidad de semejante título; objetaban, con mucha razón, que a la huelga general se la puede "hacer", pero no podemos esperar "organizarla" por anticipado.

Tal fue, por otra parte, una de las tesis sostenidas durante el Congreso de Sindicatos, reunido en Nantes en 1894, por los disidentes del Partido Obrero Francés, quienes se retiraron del Congreso "con el fin —según decían— de terminar de una vez por todas con esta utopía, con esta llama de la discordia: la huelga general."

El tema de la huelga general dominó todo ese congreso; según que ella fuera rechazada o aceptada, los sindicatos asumirían una orientación donde predominaran las preocupaciones parlamentarias, o bien, donde predominaran las económicas. La discusión duró tres días completos y, con el consentimiento del congreso, terminó por circunscribirse a Raimundo Lavigne, contra la huelga general, y Aristides Briand, a favor de ella.

Este último mostró cómo se arrinconaba a los trabajadores, forzándolos a la "agitación callejera", que se volvía imposible a causa del perfeccionamiento del armamento militar; de tal modo que su último recurso consistía en disminuir la fuerza del poder, generalizando los focos de revolución, resultado éste que únicamente la huelga general parece capaz de producir.

Se pasó a votación: 65 voces se pronunciaron a favor de la huelga general y 37 en contra.

Es necesario recalcar que la discusión se refirió a la huelga general, considerada como equivalente de la revolución social. Además de ello, también es útil notar que esta votación, que orientaba definitivamente a las organizaciones sindicales hacia la vía económica, se dio en el peor momento de la represión anarquista de 1894. Es ésta la mejor prueba de la importancia de esa corriente.

Desde entonces, todos los congresos corporativos se clausuraron con un voto que venía a afirmar ese principio de la huelga general. En 1897, en

el Congreso de Toulouse, se adoptó una moción estipulando que "la huelga general es sinónimo de revolución."

En el Congreso de París, en 1900, se abrió un amplio debate sobre el tema; bastarán algunas citas para indicar la amplitud y el alcance que tuvo:

"Si queréis la huelga general —decía un delegado— es menester que hayáis reflexionado en el más allá de vuestra acción inmediata y actual, que hayáis convenido cuál será el papel de vuestra corporación en la sociedad el día de la victoria. Es necesario, por ejemplo, que los obreros panaderos sepan, en su respectiva región, las necesidades del consumo, los medios de producción..."

Otro delegado explicaba lo siguiente:

"Cuando declaremos la huelga general, será necesario que tengamos el valor de tomar la calle. La huelga general no puede ser la huelga de la cobardía obrera... será la huelga de todas las energías, la conquista de todos los medios de producción..."

Otro explicaba:

"Si hacemos la huelga general, es para apoderarnos de los medios de producción, para desposeer a los actuales poseedores quienes, ciertamente, no aflojarán con facilidad; es indispensable que esta huelga general revista un carácter revolucionario que, por otra parte, los acontecimientos dictarán por sí mismos..."

Y este último delegado agregaba con razón:

"Entre la concepción de una huelga general comprendida de este modo, y una huelga general de la corporación, hay un abismo".

Las citas precedentes, claras y típicas, que podrían ampliarse y multiplicarse con facilidad, constituyen la expresión de la opinión dominante en el congreso.

Si previamente, hubiera podido existir una ligera duda respecto de la concepción que las organizaciones obreras tenían de la huelga general, a partir de entonces ya no era posible tal cosa: las citas transcritas aclararon el tema en forma absoluta; eliminaron toda posibilidad de equívoco indicando, con una precisión brutal, que la huelga general debe ser revolucionaria y expropiatoria.

Los congresos posteriores (Lyon, 1901 y Montpellier, 1902) no hicieron más que confirmar esa manera de ver las cosas, expresada en el Congreso de París.

VI. EL COMITÉ DE LA HUELGA GENERAL. Analizar la obra propagandística del *Comité de la huelga general*, así como pretender indicar sus sucesivas modificaciones, significaría evadirse del marco del presente estudio. Actualmente, está formado por un determinado número de delegados al Comité Confederal. Su misión práctica consiste en entrar en relación con los *sub-comités* de la huelga general, formados en numerosas ciudades, y que se constituyeron a razón de un delegado por sindicato adherido al principio de la huelga general. Su propaganda se concreta en reuniones, manifestaciones inspiradas por acontecimientos de actualidad, folletos, etcétera.

Una de las publicaciones de este comité se intitula: *Grève générale reformiste et Grève générale révolutionnaire*: Huelga general reformista y huelga general revolucionaria; de ella transcribo algunos extractos, cuya precisión habrá de evitarme reiteraciones teóricas:

"En las actuales circunstancias —leemos allí— si nos atenemos a limitar las hipótesis a las posibilidades realizables en el medio presente, la huelga general revolucionaria aparece como el medio eficaz, y absolutamente único, que tiene a su alcance la clase obrera para emanciparse integralmente del yugo capitalista y gubernamental.

La huelga general, incluso cuando se la circunscribe a la conquista de mejoras parciales, por el hecho de ser un *arma económica*, resulta muchísimo más fecunda en exitosos resultados para los asalariados, que los trabajosos intentos realizados, por vía parlamentaria, para arrinconar a los poderes públicos y forzarlos a asumir una intervención favorable a los explotados.

La huelga general —sea ella de carácter *revolucionario* o meramente *reformista*— es la consecuencia del esfuerzo de minorías conscientes, las cuales con su ejemplo, movilizan e impulsan a las masas".

Se consignan más adelante los pasajes principales de este folleto, cuyo alcance a nadie escapa.

Pongo fin a esta exposición demasiado extensa sobre la huelga general, aspirando a que los documentos con que la he acompañado despierten la reflexión de los militantes que, distraídos por otras preocupaciones, no se volcaron hasta el momento a examinarla.

¿No es ésta acaso una hora propicia? Un debilitamiento electoral del socialismo político se anuncia un poco por doquier: hubo derrotas legislativas en Bélgica y, en Francia, ciertas municipalidades han vuelto a caer en manos de la burguesía.

Sin embargo, las ideas sociales están en franco progreso, así como también la idea revolucionaria. Por lo tanto, una causa secundaria debe explicar este aparente retroceso.

¿Y no residiría esta causa precisamente en el mecanismo del sufragio universal, que impulsa a descuidar la tarea educativa y de educación obrera, para limitarse en exceso a ganar la adhesión de una mayoría?

¿No cabría entonces deducir que el sufragio universal carece del valor dinámico que algunos le han atribuido, y que nada definitivo podría construirse sobre ese arenal que son las masas electorales?

Respecto de estos puntos las apreciaciones pueden diferir, pero hay uno en el cual todos podemos coincidir:

Reconocer que, en el terreno económico la buena semilla siempre germina; sobre esa base estable no es de temer decepción alguna, todo progreso adquirido es definitivo. Por consiguiente, puesto que la revolución en gestación debe ser social, la obra liberadora debe prepararse (sin preocupaciones políticas de ningún tipo), en los medios económicos, aceptándose los métodos de acción adecuados a sus objetivos.

III. COMITÉ DE LA HUELGA GENERAL

Extractos del folleto Huelga general reformista y huelga general revolucionaria

1. La huelga general revolucionaria

(Respuesta a Jaurès) *

A medida que el ciudadano Jaurès se acerca a las altas esferas de poder, pierde contacto con la clase obrera y, fatalmente, desconoce las tendencias de la misma. Es así como se vio impulsado a criticar la idea de huelga general y, en función de la abundancia de argumentos falaces que acumuló, le gusta aparecer como uno de sus más temibles detractores.

Hubo un tiempo en que Jaurès hablaba de otro modo: cuando el Congreso de la sala Jappy (en diciembre de 1889), se declaraba partidario de la huelga general. ¿Sería acaso por simple necesidad política? No insistamos. Y puesto que hoy día combate ese medio de acción, puesto que se esfuerza en debilitar la única táctica revolucionaria de que disponen los trabajadores, examinemos sus argumentos...

... Como buen político ve solamente la superficie del movimiento que combate, Jaurès afirma que los partidarios de la huelga general *camandulean a la clase obrera*, presentándole dicha idea bajo un falso aspecto, porque calculan que un movimiento iniciado con una plataforma reformista, puede desembocar en una revolución más o menos profunda.

Podríamos responder a Jaurès que mal puede un parlamentario de su envergadura hablar de *camándula*. Porque, las campañas electorales con sus programas desleídos y sus promesas falaces, etc., ¿no son acaso una *camándula* —y de las más vergonzosas— cuya víctima es la clase obrera? Y la propia vida parlamentaria ¿no está acaso entretejida de camándulas, casi siempre deshonestas? Tal o cual proyecto de ley u orden del día ambiguo, tal o cual maniobra antiministerial: *camándulas*, o si no ¿qué?

Pero no nos apartemos de la discusión y veamos si es exacto que los sindicalistas *camandulean a la clase obrera*:

Para que Jaurès tuviera razón, debería demostrar que estamos velando una parte de nuestro programa, que tenemos dos doctrinas, una esotérica y exotérica la otra.

Esto no es así, porque no somos ni místicos ni conspiradores. Formulamos todo nuestro pensamiento, y no reservamos ninguna partícula en la oscuridad

* Véase *La petite République*, agosto 29 y setiembre 1º de 1901.

porque, si bien estamos convencidos de que la revolución habrá de ser la obra de una minoría, aspiramos de todos modos a que dicha minoría sea lo más numerosa y consciente posible, a fin de que las probabilidades de éxito sean mayores...

... Si ocurre que, unos y otros, somos inferiores a la tarea que nos hemos impuesto es porque al haber asistido casi todos solamente a la escuela primaria, nos tenemos una dialéctica tan sutil como la del universitario Jaurès. Además, Jaurès no sabía por qué atribuirnos métodos de divulgación que no utilizamos: le hubiera bastado compulsar los trabajos de los congresos gremiales y las diversas publicaciones referidas a la huelga general. Hubiera comprobado que, siempre, indicamos dónde desemboca lógicamente la huelga general: la toma de posesión del instrumental social, es decir la expropiación de la clase capitalista...

... Por supuesto, estamos al acecho de los acontecimientos, y siempre procuramos orientarlos en el sentido de nuestras aspiraciones. De este modo, no cabe duda alguna de que, si hubiera de producirse una huelga con tendencia a generalizarse, aunque su plataforma estuviera limitada a reivindicaciones parciales, haríamos un esfuerzo para imprimir a ese movimiento reformista un ritmo revolucionario.

Sin embargo, sería excesivo inferir de esta táctica, consistente en no desintegrarse de ningún movimiento, en aferrarse a todas las ocasiones de acción, que todas nuestras metas se restringen a preconizar grandes huelgas las cuales iniciadas con un programa concreto, serían acto seguido transformadas "casi automáticamente", al punto de dar como fruto el comunismo completo...

... Nos resta examinar las críticas que Jaurès formula respecto del período activo de la huelga general. Se aviene a reconocer que, "a menudo", en la historia, "ciertos acontecimientos restringidos en apariencia e inofensivos al principio, desembocan en vastas conclusiones imprevistas."

El ciudadano Jaurès podría inclusive decir que *siempre* ocurre de este modo, y le sería muy difícil citar una sola de las revoluciones incluídas en el marco por él definido, cuyo desarrollo matemático haya sido previsto y especificado con anterioridad.

Hay otro equívoco, sobre el cual nunca se insistirá demasiado. Jaurès repite: "la revolución no se decreta ni se fabrica; ningún mecanismo de conflicto puede suplir la preparación revolucionaria de las cosas y de los espíritus."

Al decir esto, nos asigna intenciones que todos nuestros actos desmienten: ningún propagandista de la huelga general tuvo jamás la jactancia de "decretar" o "fabricar" la revolución; todos nuestros esfuerzos se limitan a trabajar, mediante una propaganda incesante, en la preparación revolucionaria de las cosas y de los espíritus.

Nada nos enseña el ciudadano Jaurès al decirnos que la sociedad burguesa va a defenderse. Y se defenderá tanto mejor —afirma— cuanto que las asociaciones de tiro y de gimnasia, los hábitos deportivos, etc. ... han hecho que la gran burguesía, y también la pequeña burguesía, estén capacitadas para una acción física vigorosa.

Sabemos que la sociedad burguesa se defenderá. Sabemos que una clase no abdica jamás sus privilegios, y que es necesario arrancárselos en lucha abierta. Y porque sabemos esto, es que a partir de hoy nos esforzamos en sembrar la buena semilla en el mayor número de cerebros posible, a fin de que en el momento psicológico, a esa minoría de privilegiados, dispuestos quizás a hacer de sus cuerpos una trinchera en defensa del viejo mundo, podamos oponer una minoría muy superior, en cantidad y en vigor.

Estamos convencidos, tanto como lo está Jaurès, de que si la huelga general se limitara a la suspensión de la vida social, podría ocasionar grandes decepciones a la clase obrera. Por lo tanto, será necesario prevenir, desde el inicio, semejante eventualidad; los trabajadores no deberán limitarse a la huelga de brazos caídos, sino encarar de inmediato la colectivización del instrumental social...

... Otra debilidad de Jaurès consiste en entrever solamente el aspecto negativo de la huelga general revolucionaria: supone los puertos obstruídos, las vías férreas destruídas; las grandes ciudades y la capital desabastecidas, y *algunas regiones particularmente obreras, ocupadas en forma absoluta por los trabajadores.*

¿Qué va a ocurrir en esas regiones donde la revolución triunfa?

... Corresponderá a las agrupaciones corporativas y sindicatos la tarea de tomar posesión de las fábricas y talleres; y son ellos quienes, en cada industria, poniéndose en contacto con su respectiva federación regularán la intensidad de la producción. A las bolsas de trabajo, convertidas en los ganglios nerviosos de la nueva organización social, habrán de afluir los pedidos de productos, que serán de inmediato transmitidos a las agrupaciones interesadas. En cuanto a la circulación, la federación de transportes habrá de asegurarla.

De inmediato, por el solo hecho de que los productores emancipados ya, no tendrán a su cargo el mantenimiento de los privilegios, sus parásitos y todos los empleados que sobrecargaban la vieja sociedad, habrá de manifestarse un alivio considerable, cuya primera manifestación será una disminución de las horas de trabajo, y también una mayor cantidad de productos de consumo...

... Y hasta los pequeños comerciantes y los empleados desclasados, después de haberse visto forzados a integrar el campo de la producción real a instancias de la transformación, tenderán a felicitarse por el cambio: sus posibilidades de consumo, lejos de verse reducidas, aumentarán; ya no habrán de temer que les vaya mal en los negocios, y habrán perdido toda inquietud por su futuro. No podrán por consiguiente rechazar la revolución de buena fe.

En cuanto al medio rural, pronto se lo ganaría para la causa: la desconfianza que los campesinos sustentan hacia las ciudades, desaparecería bajo el atractivo de la afluencia de productos manufacturados con que los centros industriales habrían de abastecerlos ampliamente, solicitándoles en cambio sólo una porción de los productos de la tierra, que aquéllos poseerían abundantemente...

... Mientras que en "las regiones particularmente obreras", "ocupadas en forma absoluta por los trabajadores" se cumpliera esta fecunda toma de

posesión, ¿qué harían las grandes ciudades y la capital, las cuales, en la hipótesis de Jaurès, se mantendrían en poder de la reacción?

Para facilitar su tesis, Jaurès pretende que el gobierno capitalista y propietario, por carecer de la fuerza armada necesaria para repartirla con probabilidades de triunfo, a lo largo de todos los puntos donde hubiera estallado la huelga, se replegaría momentáneamente, limitándose —con el apoyo del enorme poder conferido por la voluntad de los representantes legales de la nación— a concentrar sus fuerzas en determinados puntos, a fin de intentar paulatinamente ocupar de nuevo las regiones abandonadas en el primer momento...

... Pero, porque los sindicalistas tienen una percepción muy clara del papel que juega el ejército, acentuaron —sobre todo en los últimos años— la propaganda dirigida a los soldados, a fin de ponerlos en guardia contra los crímenes que se les ordenaría cometer. Sería de mala fe pretender que al actuar de este modo las organizaciones sindicales dejan de lado su táctica económica, para volver a chapucear en política. Nada de esto ocurre: su misión económica consiste en defender a los trabajadores contra las exacciones capitalistas, en divulgar las nociones de transformación social, y preparar así la sociedad comunista. Se ven obligadas, por consiguiente, a tener en cuenta los obstáculos que la burguesía opone a su expansión. Se encerró a la clase obrera dentro de un círculo de bayonetas y de Lebel: cuando intentan concientizar bayonetas y fusiles a fin de que, en el momento psicológico, tiren al aire, los militantes se mantienen en el terreno económico más sólido.

Las preocupaciones políticas que dominan a Jaurès, le impiden captar la potencia de esa revolución descentralizada, que será la huelga general...

... Esta dispersión de los focos revolucionarios, que Jaurès considera como una atomización, es precisamente lo que hará invencible a la huelga general. La suerte de la revolución no habrá de decidirse en París: toda Francia será el campo de batalla del proletariado contra la burguesía. Pero ¿qué podrán hacer los capitalistas para enfrentar un movimiento semejante? Aunque tuvieran el ejército a su disposición, les resultaría materialmente imposible aplastar un movimiento de ese tipo; su impotencia será mucho mayor si les falta el ejército...

... La conclusión ofrecida por Jaurès es precisamente la que su obsesión política hacía prever: ¡el método más eficaz para la clase obrera consiste en conquistar legalmente la mayoría!

Supongamos sin embargo que, a través de elecciones, el proletariado realice esta hazaña: ubicar una mayoría en el parlamento, la cual, a fuerza de leyes, demuela el orden burgués, y nos haga navegar, a toda vela, hacia el comunismo.

¿Piensa acaso Jaurès que los burgueses —de quienes nos dice que se entrenan practicando deportes— habrán de aceptar complacientemente este despojo legal? ¿No es probable en cambio, que organicen la resistencia?

En tal caso, todos los argumentos que opone a la revolución a través de la huelga general, se volverán contra la revolución a través de la legalidad, por él propugnada.

¡Por lo tanto, en última instancia, es siempre la fuerza la que decide!

... Además, y es menester compenetrarse perfectamente de ello, la tarea de transformación económica que debe llevarse a cabo, supera ampliamente la competencia de un parlamento político: será la obra de las organizaciones obreras —sindicatos, federaciones, bolsas de trabajo— las cuales, desde ahora, se familiarizan con la obra que habrá de incumbirles.

La primera fase de la nueva revolución consistirá en un cambio de eje de la orientación social. Todas las formas en las que actualmente se cristaliza la sociedad capitalista, irán muriendo —o desaparecerá brutalmente. Surgirán nuevos núcleos vitales, y dentro de estos centros de acción, las bolsas de trabajo serán algunos de los más importantes.

La revolución del mañana en nada se parecerá a las revoluciones políticas que ilustraron la historia; por eso precisamente desconcierta a un hombre como Jaurès, que frecuentó con exceso los medios legislativos. Y por eso mismo también, dado que no habrá de parecerse en absoluto a las revoluciones políticas del pasado, empleará para realizarse un nuevo método: ¡La huelga general!

2. La huelga general reformista

No existe oposición fundamental entre ambas formas de acción: la huelga general *expropiatoria*, la huelga general *reformista*; ambas derivan de un principio común: la acción directa de la clase obrera.

Lejos de haber antagonismo, se da una conexión entre ambas formas de lucha; la huelga general *reformista* prepara el camino para la huelga general *expropiatoria*.

Los movimientos de tendencia generalizadora, que van incrementándose, en número y en intensidad, son la mejor de todas las gimnasias; forman hábitos de solidaridad y de iniciativa, tan necesarios unos y otros...

La idea de huelga general tiene tal poder de infiltración y de irradiación, que se impone por doquier.

Es así como, hace muy poco tiempo en Suecia, donde existe solamente un partido socialista que en los congresos de la socialdemocracia se pronunció siempre en contra de la huelga general, estallaba un movimiento de cesación completa de trabajo, para exigir el sufragio universal.

Otros movimientos de huelga general se han manifestado en Trieste, Génova, Ginebra, etcétera.

El restringido marco de este folleto, nos impide un análisis de tales agitaciones, por demás sintomáticas. Nos limitaremos a esbozar, con mayor detenimiento, dos movimientos característicos: la huelga general de Cataluña y la huelga general de Bélgica.

La huelga de Cataluña constituyó un levantamiento económico y puede ser considerada como un vigoroso esfuerzo del pueblo por liberarse del yugo capitalista. Los huelguistas resultaron vencidos, y la represión fue

feroz. Las causas de la derrota son de muchos órdenes: 1) inercia de los socialistas legalistas, quienes se desinteresaron completamente de la lucha; 2) carencia de una propaganda antimilitarista suficiente; 3) ignorancia de la tarea a cumplir para hacer efectiva la "toma de posesión" e iniciar la reorganización social. Sea como fuere, la España de hoy, monárquica y capitalista, corrió serio peligro; por ello, en lugar de limitarse a una represión estúpida, el gobierno ensayó la condescendencia: pocas semanas después del aplastamiento de la huelga general, la jornada de ocho horas entraba en vigencia en todas las manufacturas, canteras, talleres, etc., estatales.

La huelga de Bélgica, lejos de ser un movimiento económico, fue suscitada solamente por un fin político: la obtención del sufragio universal.

Es sin embargo altamente significativo el hecho de que, para la obtención de una reforma política, se haya pensado en recurrir a la huelga general.

Más que cualquier argumento, un hecho de ese tipo demuestra el poder de la huelga general.

3. Conclusiones

La exposición que acabamos de hacer sobre la huelga general, demasiado rápida y suscita, nos demuestra que esta forma de lucha responde a las necesidades sociales, tanto del presente, como del mañana.

En la hora presente, la huelga general corporativa, al habituar a los trabajadores a la solidarización de sus esfuerzos, les permite obtener el máximo de mejoras parciales compatible con el grado de organización, de conciencia y de virilidad de sus organizaciones sindicales.

Estos movimientos de huelga, de tendencia generalizadora, pueden revestir diversos aspectos y, sin perder nada de su carácter revolucionario, tener por objetivo metas reformistas.

A veces pueden limitarse a un gremio, pero extendiéndose a todo un país (por ejemplo, la huelga general de los obreros tabacaleros); otras veces, dichos movimientos pueden limitarse a una región, pero extendiéndose a los más diversos gremios (ejemplo, la huelga de Ginebra, y la reciente huelga de Marsella).

Pero por variados que puedan ser esos modos de acción, siempre tendrán una característica común: la conquista de la reforma o de la reivindicación depende siempre de la *acción revolucionaria* de los interesados, de la presión que son capaces de ejercer sobre el enemigo y del miedo que puedan inspirarle.

Para el futuro, la huelga general aparece como el método absolutamente único con que cuenta la clase obrera para superar el salariado y destruir el orden capitalista y gubernamental.

¿Qué otro método de acción es acaso posible? ¡Ninguno!... Sería una

muestra de infantilismo pensar en recomenzar las sangrientas experiencias románticas —alzamientos tales como el de junio de 1832, que quedó liquidado con la masacre de Transnonain.

El levantamiento callejero sería una locura, heroica es verdad, pero condenada a un fracaso fatal; en nuestras ciudades modernas, los bulevares anchos, las calles en línea recta, las cloacas por las que pueden circular las fuerzas de seguridad, vuelven para el gobierno hasta demasiado fáciles las tareas de represión.

¡La guerra callejera, empuñando el fusil, pertenece por lo tanto a otra época!

¿Cabe esperar que caiga el gobierno, por un golpe imprevisto? Del mismo modo que una conspiración o que un hecho individual pueden voltearlo, pero no por ello la revolución social estará realizada...

Todos estos procedimientos podían tener su lado bueno cuando se trataba solamente de voltear un gobierno. Pero aquí se trata de otra cosa: ¡de transformar la sociedad!

Para una empresa tan gigantesca, no percibimos actualmente ningún método cuya eficacia iguale a la de la huelga general y —mirándolo bien— que sea de tan simple realización.

¡Qué otra cosa puede ser más simple que ésta: negarse a trabajar para el explotador!... ¡Matar la vieja sociedad mediante la inercia obrera!...

IV. PARTIDO SOCIALISTA DE FRANCIA

1. G. Delory

Diputado por Lille

Discurso pronunciado en el Congreso General de las Organizaciones Socialistas Francesas, reunido en París del 3 al 8 de diciembre de 1899, según las Actas taquigráficas oficiales, p. 246 y siguientes.

Ciudadano DELORY. ... En el Norte, somos eminentemente prácticos, y reconocemos con mucha franqueza, que la imagen que nos acaban de presentar, puede ser sólo una bonita imagen. (*Signos de aprobación.*) A mi juicio, esa es la razón por la cual, la huelga general, tal como nos ha sido presentada hasta el día de hoy, no ha sido aceptada. Ocurre que nos la presentaron como un principio. Pensamos que hubieran debido venir a decirnos: ¿no creéis que en determinado momento, dados los acontecimientos, podríamos nosotros utilizar la huelga general como quien utiliza cualquier otro método, como quien utiliza cualquier otra arma? —Y entonces, contestamos: de surgir determinados acontecimientos no tenemos inconveniente alguno en examinar con ustedes si el arma de la huelga general no resulta efectivamente mejor que otra arma. Pero, declarar ante todo la huelga general, sin decir la meta que perseguimos... ¿Sabéis qué nos dicen entonces los camaradas? —¿Y para qué?

... El ciudadano Briand os ha dicho: Si estuviéramos en situación de hacer declarar la huelga general en todos los gremios, habría llegado la revolución. Entonces, yo sería el primero en deciros: ¡Hagásmosla! Pero la situación no es tal si hasta para organizar el partido socialista tenéis dificultades. Sin embargo, permitidme deciros que, si la revolución llega, llegará a mi juicio más fácilmente como consecuencia de acontecimientos políticos, que de un acontecimiento económico, y he aquí la razón: todo acontecimiento político tiene repercusión sobre el conjunto del país, mientras que los fenómenos económicos repercuten a menudo solamente sobre una parte del país. Entonces, cuando este fenómeno económico se produzca en un rincón de Francia, y vosotros digáis a los demás obreros, que no son socialistas y que no habrán comprendido la necesidad de ello, que declaren la huelga, os responderán: —Pero ¿para qué?, y no se moverán. (*Aplausos.*)

Por lo tanto, es necesario que construyáis el partido socialista, el partido revolucionario; y entonces, si estáis organizados, todo va muy bien, llega la revolución, y yo estoy con vosotros. Pero nos vemos obligados a tomar la

situación tal como está dada. ¿Y qué es lo que veo? Si inculcáis en los cerebros de los militantes la idea de la necesidad de la huelga general ¿qué va a producirse? Ciudadanos, hablo de esto con conocimiento de causa porque bien sabéis que hasta el día de hoy, nosotros, vuestros amigos socialistas del Norte, cada vez que se daba la consigna en un congreso, nos hemos empeñado en cumplirla, y en cumplirla al pie de la letra. Y bien, suponed que el partido socialista, aceptando vuestra idea, decide intentar la huelga general, para apoyar un acontecimiento económico que se produce en una parte de Francia. Si no tenéis una organización suficiente ¿qué va a producirse? Que todos los militantes del Norte, fieles al compromiso asumido en el congreso, harán abandono de los talleres; dado que en nuestros días, con la organización de la sociedad burguesa, siempre hay un gran ejército de obreros sin trabajo y esperando un lugar en el taller, ocurrirá que éstos habrán de presentarse en el lugar de los militantes, los cuales ya no encontrarán trabajo. Y eso, significa la muerte del partido socialista. (*Aplausos vivos.*)

Pero, camaradas, os repito que no tengo prejuicios contra la huelga general; si declaráis que para vosotros la huelga general es solamente un arma a emplear en un momento determinado, sea; pero no hagáis una campaña especial, decid simplemente que sois socialistas revolucionarios dispuestos a libraros de la sociedad burguesa por todos los medios, incluyendo la huelga general, si tal cosa es posible. (*Aplausos.*) Estamos listos para emplear cualquier medio, desde el momento en que los acontecimientos lo permitan. El partido habrá de examinar si el empleo de tal o cual medio es preferible a tal o cual otro y, en esas condiciones, no oculto que, si surgieran determinados acontecimientos políticos o económicos, y si nuestros delegados se encontraran reunidos, yo no vería inconveniente alguno en examinar si el método de la huelga general es mejor o no que el método de una barricada, por ejemplo. (*Aplausos.*) Pero entonces, ciudadanos, no tenemos por qué votar el principio de la huelga general...

... Permitidme que os diga algo más; vivimos al lado de Bélgica, donde todo el partido está unificado, donde el partido socialista tuvo en estos últimos años una vida por demás intensa; y bien, el partido socialista, que en un momento dado utilizó la huelga general, no hace una campaña especial por la huelga general: la inscribe en su programa, y esto es lo que yo os propongo. Esto es también lo que todos los socialistas están dispuestos a votar. Los socialistas no desechan ningún medio para hacer la revolución...

... Declaramos que el partido socialista revolucionario, para impulsar la emancipación de la clase obrera, está decidido a emplear todos los medios, que en el momento de su acción habrán de parecerle idóneos y que, si se determina que la huelga general es posible, habrá de emplear la huelga general, como empleará cualquier otra cosa. (*Aplausos.*) No soy partidario de una organización especial con vistas a determinado método, más bien que para otro cualquiera, porque si nos dedicamos a establecer organizaciones para el empleo de tal o cual método, el día en que los delegados del partido

obrero, unificado al fin, decidan emplear un método que ciertas organizaciones no hayan organizado, éstas dirán: Esto no nos incumbe, y por lo tanto, ¡no nos movemos! ... He aquí mis observaciones.

Y ahora, permitidme una última observación sobre lo dicho por el ciudadano Briand. Dijo, o al menos creí comprender que, en su opinión, la huelga general tendría una ventaja porque significaría la revolución sobre un terreno legal; y bien, que me permita decirle que desde ese punto de vista yo comparto las ideas del camarada Vaillant; considero que los acontecimientos habrán de precipitarse y que cuando sea llamado a tomar el poder, el partido no constituirá la unanimidad de la clase obrera; y entonces, digo yo, al igual que Vaillant: llegado ese día, será menester que la parte consciente de la clase obrera imponga la dictadura del proletariado. (*Vivos aplausos.*)

2. Paul Lafargue

Del Partido Socialista de Francia

El término *huelga general* tuvo en Francia una historia y sucesivos significados que es útil recordar.

Cuando hace quince años se puso en circulación el término, la pretensión era que significara huelga simultánea de los trabajadores de la ciudad y del campo. Entre sus más ardientes propagandistas se destacaban el arrivista Briand y otros que, como él, se han convertido en ministeriales convencidos. Se imaginaban que al lanzar a la clase obrera tras esta pista, ofreciéndosela como único medio de emancipación, constituirían una fuerza obrera que derrotara al partido socialista. En París se constituyó un comité que recogía suscripciones para preparar la huelga general; se arrogó el derecho de descontar el cinco por ciento de las sumas que le entregaban para obreros en huelga. Pero debió suspender esta extraña práctica, a consecuencia de la indignada protesta de los mecánicos ingleses en huelga, a cuyo nombre el comité había recibido dinero; aquéllos declararon que disminuir por una causa cualquiera los recursos destinados a obreros en lucha contra el capital, significaba traicionar la causa de los huelguistas. Ignoro qué fue de este comité; nunca conocí el nombre de sus miembros, ni de quienes controlaron sus cuentas; ignoro si alguna vez presentó una rendición de las sumas percibidas y gastadas.

Pero nadie ignora que el término no conservó su primer significado y que, desde hace años, fue restringiendo su alcance. Durante algún tiempo, huelga general significó huelga de los obreros de determinado gremio en todo el país, tal como la huelga general de los mineros o de los ferroviarios; después, significó huelga de los obreros de un gremio en una región o en una ciudad; por último, terminó significando simplemente, huelga de todos los obreros de un solo taller. Se emplea corrientemente el término de huelga general para designar cualquier huelga.

La evolución del significado de huelga general parecería indicar que, si bien la idea de la cesación general del trabajo llegó a seducir, se vio rápidamente que dificultades insuperables impedían su realización, y que si se quería conservar el término, que sonaba bien a los oídos obreros, era necesario darle un significado trivial, que se prestara a confusión.

La historia de los sucesivos significados de "huelga general" constituye la mejor crítica que de ella pueda formularse; sin embargo, desde el punto de vista socialista, cabe agregar algunas observaciones y reflexiones.

En ningún país, los socialistas han sido organizadores de huelgas; pero una vez emprendida la lucha, siempre se dispusieron prestamente a aportar a los huelguistas ayuda moral y material, ya que, si bien reconocen la impotencia de la huelga para emancipar el trabajo, saben que ella es una de las fatalidades de la explotación capitalista, y que constituye el arma económica que permite a los obreros defender su salario y su dignidad. Saben también que ella permitió a menudo a los obreros trasladar al terreno político la causa contra el capital, después de haber reconocido, a través de una dolorosa experiencia, cuán fecunda en miserias, y cuán estéril en resultados importantes y duraderos, resulta la lucha en el terreno económico. La huelga enseña a los obreros a abandonar los procedimientos anarquistas de reivindicación individual, forzándolos a organizarse, a disciplinarse y a actuar masivamente, y desarrollando en ellos el sentimiento del antagonismo de clase.

Puesto que el partido socialista nunca fomentó huelgas, no puede por consiguiente suspender la lucha política —como lo solicitan quienes preconizan lo que ha dado en llamarse huelga general— para consagrarse exclusivamente a la preparación de un paro general del trabajo agrícola e industrial, con el pretexto de que ese cruzarse de brazos generalizado, habría de producir la revolución social.

Si bien el término de huelga general es moderno, la cosa es en sí antigua; la utilización que de ella se hizo en el pasado, permite apreciar su valor revolucionario.

Hasta cierto punto, puede considerarse a las ciudades medievales como pequeños estados autónomos. Por lo tanto, la suspensión del trabajo en una de esas ciudades, era como una huelga general, en un plano reducido. Ocurría a menudo que los maestros artesanos, es decir los patrones de esa época, para arrancar concesiones al patriciado municipal o a la autoridad feudal o episcopal, cerraban sus talleres y echaban a la calle a compañeros y aprendices, los cuales, entre las manos de aquéllos, se convertían en instrumento de disturbios e insurrección. La historia de París, de Gante y de las grandes ciudades de la edad media, nos informa sobre numerosos levantamientos populares, provocados por los maestros de los talleres. En 1812, los fabricantes de Manchester recurrieron a este medio insurreccional para obtener la abolición de los derechos de aduana sobre el trigo, con el fin de disminuir el precio del pan, y también la tasa de salarios; un determinado día cerraron sus fábricas; estallaron motines que fueron reprimidos brutal-

mente por las fuerzas de seguridad, llamadas por los patrones. Pero estos disturbios apresuraron el establecimiento del librecambio.

En París, los patrones utilizaron idéntico medio para imponerse al Gobierno provisional de 1848. Echaron a la calle a sus obreros con el fin de intensificar la crisis económica y complicar la crisis política. Fould, quien más tarde sería ministro de finanzas de Napoleón III, propuso una medida para hacer entrar en razones a los burgueses sublevados: estableció una lista de banqueros e industriales, indicando la suma que cada uno debía pagar en carácter de impuesto extraordinario; pero los miembros del Gobierno Provisional, timoratos y dominados por el ministro de finanzas Goudchaux, un agente que la Banca había delegado para que velara por sus intereses, retrocedieron. Esta medida revolucionaria, que hubiera asestado un duro golpe a los enemigos de la República, y llenado las arcas vacías de ésta, hubiera quizás evitado a Francia los talleres nacionales y las jornadas de Junio y del 2 de Diciembre.

Los capitalistas, en función de metas exclusivamente económicas, para disminuir la producción y mejorar los precios de las mercaderías, recurrieron al paro general del trabajo, tanto en la industria minera, como en otras industrias, y esto, ya sea en Francia, Bélgica o Inglaterra.

Política y económicamente, el paro más o menos generalizado del trabajo benefició sobre todo a los patrones que lo provocaban.

Los obreros de la edad media aprovecharon las lecciones dadas por los maestros artesanos: cuando las organizaciones de los "*compagnons*" se sintieron lo suficientemente fuertes como para entablar la lucha contra las de los maestros-artesanos, dieron a su vez la señal de la huelga. Para emplear la expresión utilizada por ellas, las organizaciones *condenaban* determinada ciudad; los "*compagnons*" que trabajaban en ella, recibían orden de abandonarla; y quienes hacia ella se dirigían, de volver sobre sus pasos: no se permitía ir a trabajar a esa ciudad, hasta tanto no se levantara el interdicto; pocos años antes de la revolución de 1789, la corporación de carpinteros *condenó* a Marsella, la que, durante cierto tiempo, careció de "*compagnons*" de ese oficio.

La organización de los *Caballeros del Trabajo* de los Estados Unidos intentó, en 1878, generalizar una huelga para obtener la jornada de ocho horas, inscripta como bandera de lucha del proletariado, por la Internacional. Aquella entidad se asemejaba, por sus ceremonias de iniciación a las organizaciones del "*compagnonnage*", distinguiéndose sin embargo, porque admitía a todos los trabajadores, sin distinción de profesión. En esa época contaba con cerca de setecientos mil afiliados. Durante muchos meses sus numerosos periódicos recomendaron a los obreros que hicieran acopio de víveres para una o dos semanas, ya que el 1º de mayo se suspendería el trabajo, hasta que los patrones acordaran la jornada de ocho horas.

La cesación del trabajo, aunque lejos de ser general, fue lo suficientemente generalizada en ciertos centros industriales de Illinois, Ohio, etc., como para que los patrones, sorprendidos por la simultaneidad del movimiento, consintieran en acordar la jornada de ocho horas: pero dejaron sin efecto su concesión, tan pronto como los obreros volvieron al trabajo. Que yo sepa,

esa fue la tentativa de huelga general más amplia y mejor combinada, que se haya realizado hasta el presente. Su falta de éxito asestó un golpe mortal a los Caballeros del Trabajo, y desde entonces, los obreros norteamericanos ya no hablan de huelga general. Pero los capitalistas, ellos sí hablan. Durante la campaña electoral de 1899, declararon que si Bryan resultaba electo como presidente de la República, ellos cerrarían sus talleres: esta amenaza de huelga general, contribuyó en gran medida a la derrota del candidato *populist* y bimetalista, y a la elección de Mac-Kinley.

La revolución social no puede surgir de una huelga, así fuera ésta general, como lo pretenden sus propagandistas, dado que, una vez obtenida la reforma económica o política que había movilizó a las masas obreras, éstas se sienten satisfechas y vuelven a retomar mansamente su yugo, tal como fue el caso en los Estados Unidos y en Bélgica. La huelga general no puede gestar la revolución, sino que por el contrario, es la revolución la que habrá de producir la huelga general.

Durante años, la revolución de 1789 ocasionó una interrupción del trabajo, más o menos general, en las ciudades y en los campos: si la guerra no hubiera reclutado y enviado a las fronteras, por centenas de miles, a los obreros sin trabajo, una revolución obrera hubiera complicado la revolución burguesa.

Las naciones capitalistas están maduras para una revolución social, y una crisis política o económica puede hacerla estallar: su primer resultado será una cesación del trabajo en las regiones industriales y en las grandes ciudades. Cuando los acontecimientos instauren la dictadura social, los hombres destinados a liderarla —como lo fueron los convencionales de 1792— tendrán que tomar medidas revolucionarias para alimentar, alojar y vestir a la masa de desocupados, y para que la clase obrera comprenda que un nuevo orden está surgiendo: si, sin vacilar, nacionalizan los medios de producción ya centralizados por los capitalistas (bancos, fábricas, ferrocarriles, bienes raíces importantes, etc.); si aseguran a los trabajadores que los hacen producir, los beneficios que antes iban al bolsillo de los parásitos del capital; si toman posesión de víveres y mercaderías en depósito y las distribuyen a medida que van surgiendo las necesidades; si desalojan a los capitalistas de sus departamentos, mansiones y casas de recreo, para alojar allí a los trabajadores, la revolución se habrá salvado, y la transformación del trabajo asalariado en trabajo asociado podrá cumplirse sin demasiadas fricciones ni choques.

3. Edouard Vaillant

Diputado por París

Por razones de tiempo, me veo obligado a enunciar simplemente, más que a fundamentar, el juicio que me solicitáis.

La experiencia demuestra que una huelga generalizada de toda una corporación, que paralice en su totalidad a la industria correspondiente tiene o puede tener, en función de la meta económica que se ha fijado, un valor muchísimo mayor que una huelga parcial, por sostenida que ésta sea. Cabe recordar la ansiedad del capitalismo francés, en la época de la última huelga de los mineros del Norte y del Paso de Calais, cuando la federación nacional de los mineros, intentaba extenderla a todas las minas de Francia. Su espanto hubiera sido mayor, y más justificado, si una organización internacional efectiva superponiéndose a una organización nacional real, hubiera podido, si no suprimir, al menos reducir la importación del carbón extranjero.

El gremio de los mineros y los gremios que trabajan y producen las materias primas de la industria cuentan, en mayor medida que los demás, con actividades que les están subordinadas; la generalización del paro voluntario, en uno o en muchos gremios, en el momento propicio, es un poderoso medio de combate cuya eficacia está en relación directa con su extensión, su preparación, y con el tiempo que pueda mantenerse. El éxito de la huelga supone, por lo tanto: un buen análisis para fijar su delimitación o su extensión, elegir el momento propicio, recursos suficientes, y el concurso solidario de los demás gremios, determinado por motivos y metas de interés general proletario. Es decir, una organización sin la cual se va a una derrota probable, cuando no inevitable, que se generaliza y agrava. Es observando estas condiciones de preparación y de conducta organizada, como puede calcularse de antemano la eficacia de una huelga, que será tanto mayor cuanto más generalizada resulte ésta.

¿Puede convertirse en una huelga general, es decir total, en uno o en varios países? Esto es difícil de imaginar en las condiciones actuales; pero si esto fuera a realizarse ulteriormente, en las condiciones orgánicas indicadas, en función de una meta económica cualquiera, sería el caso de preguntarse por qué, con vistas a un resultado relativamente mínimo, el proletariado habría esperado tanto tiempo: ¿Por qué, nos preguntamos, en lugar de formar y mover este pesado aparato, no habría el proletariado concretado mucho antes su revolución por vía política, sin tanta espera, sin tantas miserias y esfuerzos?

Tengo entendido que en Newcastle, luego del fracaso de la gran huelga de los mecánicos ingleses reivindicando la jornada de ocho horas, el congreso de los trade-unions reconocía que, obtener una modificación de la legislación y, a través de ella, una disminución de las horas de trabajo, costaría a la clase obrera inglesa menos dinero y esfuerzos, que lograr el triunfo de una huelga semejante, en una sola corporación. Es ésta una verdad que se hará

cada vez más evidente a los trabajadores, a medida que se realice la posibilidad de que la apliquen y concreten en los hechos; es decir con el progreso de su organización y de su lucha de clase, en función de la cual habrán de sustituir, siempre en mayor medida, métodos inferiores por métodos superiores de emancipación.

A partir del momento en que la huelga más o menos generalizada apunta el interés total de la clase obrera, y tiene como objetivo la resistencia de ésta a la opresión, o su marcha liberadora, se evade de la esfera puramente económica, para convertirse en una huelga política, en un arma política.

Sus condiciones cambian de inmediato. En tal caso la huelga es: o bien el complemento de una acción política directa que ella desarrolla y secunda; o bien, en los casos en que esta acción política no puede manifestarse, la huelga la reemplaza, y después la vuelve a generar.

La huelga a favor del sufragio universal, declarada a instancias del Partido Obrero Belga, ha mostrado el aporte decisivo que a través de su movilización podría brindar a la acción política socialista el sector organizado de la clase obrera, arrastrando al sector no organizado. En este caso, ya no se trata de sitiar a la patronal de una o de muchas industrias, sino de concentrar rápidamente para un supremo esfuerzo, a todas las fuerzas proletarias movilizadas bajo dirección socialista.

Supongamos por el contrario un país donde, mediante un golpe de estado, el poder hubiera arrancado a un proletariado y a un partido socialista organizados y fuertes, sus armas de combate público y legal; para resistir, luchar y vencer, sólo les quedaría a éstos aquella movilización indirecta, efectuada mediante la huelga generalizada, con el fin de reconquistar contra el poder, desorganizado y debilitado por ese medio, sus armas políticas perdidas. La lucha se vuelve nuevamente más pareja, y la relación de las fuerzas reales en presencia, decide por o contra el golpe de estado.

Las huelgas generalizadas —o si se prefiere generales— así definidas, económicas o políticas, pueden por lo tanto ser, y sin duda serán, uno de los modos de combate de la clase obrera. Su efecto será tanto mayor, cuanto mejor sea el análisis precedente y su organización.

Sería difícil predecir exactamente el papel que habrán de jugar; pero sería tan erróneo negarlo como pretender incluir todo en él. Estas huelgas habrán de producirse sobre todo en determinadas circunstancias cuando, por carecerse de otros medios más eficaces, terminarán imponiéndose.

No ha alcanzado actualmente la organización obrera un nivel tal que le permita —mediante una huelga general— dislocar el modo de producción capitalista, y vencer el capitalismo, cuyo brazo armado es el poder, pero, en casos excepcionales, bajo el impulso y la dirección socialistas, esta forma de acción puede, por ejemplo, impedir una guerra, resistir un golpe de estado, prevenir medidas de reacción, obtener determinados resultados económicos y políticos, que respondan a aspiraciones populares. En ese caso, constituye una forma secundaria de una acción política y revolucionaria; esta última, hubiera podido ser ejercida directamente con vistas a un efecto más seguro,

por parte de un proletariado económico y políticamente más libre, más consciente y mejor organizado.

Al combate se lo libra como uno puede, y con los medios de que uno dispone. Demasiado a menudo, en nuestro estado de libertad incompleta y de organización embrionaria, es el ataque del enemigo reaccionario y capitalista, dirigido a aniquilar o reducir las fuerzas en formación del proletariado organizado, lo que obliga a éste a una acción defensiva, para la cual empuña cualquier arma que esté a su alcance.

Dejo ahora el dominio donde me ubiqué, respondiendo a vuestra invitación, y vuelvo a los hechos positivos del momento presente, para concluir que: si bien debe perfeccionarse una organización sindical enteramente diferenciada de la organización política socialista, es menester que aquélla se encuentre íntimamente penetrada por el espíritu socialista, esté formada y dirigida por militantes surgidos del socialismo, y sepa combinar y coordinar su acción con el partido socialista. Su actividad económica cotidiana se hará de este modo más segura; y se convertirá así en un elemento integrante de la acción total del partido socialista.

Mejor organizado, más consciente, más fuerte, el proletariado sindicalizado y socialista ya no estará reducido a la mera acción defensiva; podrá tomar libremente la ofensiva y, sin renunciar a ninguna de las armas posibles, dejará aquellas inciertas, propias de la no organización y del pasado, para preferir cada día más las armas certeras, políticas, socialistas y revolucionarias, es decir emancipadoras. Porque su organización, la organización de sus fuerzas totales, lo facultará a elegir las y manejarlas.

4. Debates del Congreso de Lille

El Congreso del Partido Socialista de Francia, reunido en Lille del 9 al 11 de agosto de 1904 tenía en su orden del día el tema de la huelga general. No se publicó un acta analítico oficial de esa discusión. Pero el ciudadano Kritchewsky, corresponsal del Vorwärts ha suministrado, en dicho periódico, un resumen bastante completo.

Reproducimos aquí ese resumen. El ciudadano Kritchewsky tuvo la gentileza de proporcionarnos él mismo la traducción.

Primera jornada. Sesión de la tarde. 9 de agosto.

VAILLANT insiste sobre la necesidad de precisar la actitud del partido respecto a la huelga general, en el sentido de reconocerla como uno de los medios revolucionarios.

LAFONT (París) fundamenta brevemente el proyecto de resolución siguiente, adoptado por la Federación del Sena:

“El ps de F, partido de clase y de revolución que desarrolla la lucha anticapitalista en todos los terrenos, no puede menos que estimular la propaganda a favor de la huelga general, que es una forma de acción revolucionaria adaptada a las condiciones económicas modernas, y a la organización corporativa del proletariado.”

Este proyecto de resolución es apoyado también por la Federación de Lorena.

GUESDE: Antes de pronunciarse sobre la huelga general, es necesario saber lo que este término significa. Propiamente hablando, la huelga general es de origen patronal. Primitivamente, es en Inglaterra donde los patrones transformaron ciertas huelgas parciales de las trade-unions en huelgas generales por medio del *lockout*, con el fin de quebrar la acción obrera. Si la huelga general significa una huelga corporativa generalizada, el partido no podría, de ninguna forma, comprometer en ella su responsabilidad. Corresponde solamente a los obreros decidir al respecto, bajo su propia responsabilidad. ¿Significa un medio para la revolución social? Los socialistas holandeses ya respondieron a esto: la suspensión del trabajo sería la suspensión de la existencia para los obreros, su condena a muerte.

En Francia, en 1895 (durante el Congreso Sindical de Tours), se empezó por recomendar la huelga general como un medio legal que podría sustituir la revolución política. Desde el comienzo por lo tanto, la huelga general se reveló como un medio dirigido contra la acción política, como una verdadera maniobra contra el método político del Partido Socialista, método que, comparado con la huelga, representa el arma de artillería del proletariado. Más tarde, la huelga general fue proclamada un medio revolucionario, un medio de la revolución social: 4 ó 5 millones de trabajadores —se afirmaba— abandonarían los talleres y reducirán de ese modo a la impotencia a los 400 ó 500 mil soldados dispersos por doquier. ¡Es un sueño! Resulta inadmisibles que millones de obreros estén dispuestos a morir de hambre por su clase, cuando ni siquiera consienten en poner en una urna una papeleta de voto en favor de esa misma clase. Por último, se concebía la huelga general como el resultado de una huelga general en un solo gremio importante, que forzaría a los obreros de los otros gremios, a entrar en el movimiento. ¡Cuidado! Tal concepción equivale a querer violentar al proletariado. Pero, si se los violenta, los obreros serían capaces de hacer causa común con la patronal. (Aplausos.)

Además, también debe tomarse en consideración la actitud de los campesinos. Vulnerados en sus intereses por la huelga general, ¿no se volcarían al campo de la burguesía? Y sin embargo, no podemos hacer la revolución contra la voluntad del campesinado. La huelga general considerada como un medio para la revolución, levantaría contra ésta las horquillas de los campesinos, junto con los fusiles de los soldados.

El término “huelga general” ya ocasionó mucho daño. ¡Huelga general! y ya nadie se organiza. ¡Huelga general! y ya no se vota. ¡Huelga general! y se desprecia a los políticos, a quienes se acusa de explotar a los trabajadores. El término “huelga general” sirve como un arma contra todas las escuelas del socialismo, tanto contra el ps de F como contra el psf. Actualmente, la

frase huelga generalizada, hace más daño al socialismo que el ministerialismo. Este se desacredita cada vez más a los ojos de los trabajadores, mientras que el fantasma de la huelga general se presenta bajo una forma misteriosa y milagrosa, que deslumbra a los trabajadores, fascinándolos. Además, el obrero que se aparta del partido para alinearse por la huelga general, cree haberse vuelto más revolucionario. ¿Y nos están pidiendo que reforcemos con nuestras propias manos ese fantasma peligroso?, ¿que destruyamos nuestra obra?, ¿que minemos nuestro partido, incluso en Amsterdam, en el plano internacional? ¡No puedo concebir semejante cosa! (Vivos aplausos.)

Una Voz: Según Usted, ¿cómo se hará la revolución?

GUESDE: Las revoluciones siempre se hicieron del mismo modo, siempre con el ejército, nunca contra éste. Es de ese modo como también nosotros venceremos. En lo que a nosotros respecta, siempre hemos considerado la acción electoral como un medio para preparar la revolución, un medio para desalojar a la burguesía de su ciudadela legislativa, penetrando en ella. (Salvo de aplausos.)

La ciudadana SORGUE: Si suprimimos la huelga general de nuestra táctica, los trabajadores se alejarán cada vez más del partido y pasarán a las filas del anarquismo.

LANDRIN: También yo rechazo la huelga general considerada como el medio absolutamente único de hacer la revolución. Pero debe ser reconocida como uno de los medios revolucionarios. Los argumentos del ciudadano Guesde contra la huelga general, bien podrían estar dirigidos contra la revolución en general. Los campesinos se verán perjudicados por la revolución, cualquiera sea la forma que ésta adopte. Los mismos trabajadores que no se animan a poner en la urna una papeleta de voto socialista, se exponen sin embargo a sufrir de hambre al hacer la huelga contra su patrón. Del mismo modo, los trabajadores atrasados desde el punto de vista político, bien podrían participar de la huelga general.

Si nos pronunciamos en contra de la huelga general, los libertarios habrán de confundirnos con los ministeriales, en mayor medida y más eficazmente que antes. Todos lamentamos que nuestra acción sobre la masa no sea más importante. Para acrecentarla, es necesario en primera instancia acercarnos a los sindicatos. Sin embargo, la condenación de la huelga general haría aún más profundo el foso entre el partido y los sindicatos.

Una huelga general que abarque de 4 a 5 millones de obreros, es una imposibilidad, bien es cierto; pero una huelga general puede igualmente impulsar la revolución, como consecuencia, por ejemplo, de un conflicto entre el ejército y los huelguistas. No está dicho que las revoluciones deban hacerse siempre del mismo modo. En 1848 no existían todavía los sindicatos y casi no había huelgas. En ese tiempo el fusil y la barricada eran, por fuerza, el medio absolutamente único para hacer la revolución. Desde entonces, las cosas han cambiado. Todos nos alegramos con la adhesión de la Federación de Saône-et-Loire al partido. ¡Y bien! Los mineros de esa región lograron formar una poderosa organización política, precisamente como resultado de una serie de huelgas. El ciudadano Guesde ha descripto con precisión, para

combatirlas, diversas formas de la huelga general. Eso no prueba nada. Es imposible prever la evolución futura en una forma tan precisa como la empleada por el ciudadano Guesde. Del mismo modo, nada prueban los ejemplos de huelgas generales fracasadas. También hubo muchas insurrecciones armadas que fracasaron, mientras que otras, en cambio, lograron triunfar. Para terminar, el orador apoya la proposición de Vaillant. (Aplausos.)

GUESDE asegura que, al combatir la huelga general, estuvo muy lejos de querer separar al partido de los sindicatos y de la acción sindical.

VAILLANT: Estoy de acuerdo con el ciudadano Guesde en afirmar que nosotros, como partido político, debemos dar preferencia a la acción política. Pero la huelga general puede favorecer, bajo la forma corporativa, un profundo entrenamiento revolucionario popular. Es imposible predecir el futuro en todos sus detalles y en una forma precisa. Es lícito suponer que la huelga podría servir de medio para conquistar derechos políticos, para repeler atentados reaccionarios. En cada época los revolucionarios emplearon armas diferentes.

Concordando con Landrein, el orador pone al Congreso en guardia contra las consecuencias de una condenación de la huelga general, que no sólo serviría para favorecer la acción libertaria: debemos combatir la huelga general si se la considera como una panacea; no podemos concebirla ni como el único medio, ni como el medio principal; pero debemos declararla como uno de los medios revolucionarios posibles.

Segunda jornada. Sesión matutina, agosto 10.

Restan 16 oradores inscriptos. El Congreso decide cerrar la lista y limitar el tiempo de cada orador a 5 minutos.

DREYFUS (Belfort), del Consejo de Administración de la Bolsa de Trabajo de Belfort, habla en favor de un proyecto de resolución aprobando la huelga general.

DOZIE (París), considera que el punto de partida de los argumentos esgrimidos por los partidarios de la huelga general, es el temor de los sindicalistas. ¡No deben hacerse concesiones a una opinión falsa y peligrosa para el partido! Por otra parte, la corriente favorable a la huelga general, dentro de la Bolsa de Trabajo de París, es completamente superficial. Los obreros hablan de la huelga general, sin asignarle una importancia especial. No es más que una frase.

LANDRIN: Los obreros hablan en los talleres de la revolución social ¿También en ese caso se trataría meramente de una frase?

MARCEL CACHIN (Burdeos) habla en el mismo sentido que Dozié.

VAILLANT aclara que de ningún modo quiso hacer concesiones a una opinión que no es la suya. Se trata de votar a favor de la huelga general una resolución que sea socialista, y no anarquista.

GHESQUIERE (Lille) rechaza la huelga general, en razón de la experiencia de la reciente huelga textil del Norte. Por otro lado, ¿por qué se quiere declarar como medio revolucionario precisamente a la huelga general y no a otra cosa? ¿Estamos acaso en tren de elaborar medios precisos para llegar a la revolución social? Lo que necesitamos es esclarecer a los trabajadores, organizarlos, ponerlos en guardia contra las huelgas que tan a menudo fracasan. Lo que necesitamos, es organizar a los trabajadores dentro de sus sindicatos, no para que hagan la huelga, sino para que ejerzan una presión eficaz sobre los poderes públicos.

Al terminar, Ghesquière propone el orden del día, sin ningún agregado.

CHERADAME (París) argumenta a favor de la huelga general, en el mismo sentido que Vaillant y Landrin: no podemos eliminar el tema con nuestro silencio, porque volverá una y otra vez, y terminará por imponerse. Quien es partidario de todos los medios revolucionarios, debe reconocer como tal, también a la huelga general. Nos ocupamos de esta discusión en todos nuestros congresos. Es necesaria zanjarla de una buena vez. Por otra parte, el Congreso de Japy (1899) ya decidió, y por unanimidad, incluir a la huelga general dentro de los medios revolucionarios.

LAFARGUE: El ciudadano Cheradame ha afirmado con exactitud que el centro de la corriente propicia a la huelga general se encontraba en París. En provincia, no se ve nada de esto. ¿Quiénes son los promotores de la idea de huelga general? Se trata de los señores Briand y Pelloutier, dos hombres que intentaron fundar un partido propio, en contra del partido socialista. El término "huelga general" no tiene un significado preciso; por consiguiente, es peligroso. Las simpatías de los obreros me resultan tan preciosas como a los demás. Pero esta consideración no debe lanzarnos hacia una vía peligrosa. Para los socialistas, la huelga general no podría tener más valor revolucionario que las huelgas parciales. Siempre hemos defendido y ayudado a los huelguistas, pero no hemos tomado nunca la iniciativa de una huelga. ¿Debiéramos acaso, desde ahora, cambiar esta táctica en detrimento de la acción política? —Si determinadas huelgas condujeron a resultados favorables desde el punto de vista político, fue gracias a la acción consciente del partido socialista, que perseguía idéntico fin. No ocurriría lo mismo con la huelga general, la cual se basa en una concepción anti-política. Lo único que podemos decir en nuestra resolución es lo siguiente: Si estalla una huelga general, debemos ubicarnos del lado de los trabajadores, del mismo modo que en el caso de una huelga parcial. Una resolución en este sentido sería un medio para ponernos de acuerdo, para llegar a un voto unánime.

GUESDE: Es un hecho que una huelga puede traer resultados revolucionarios. ¿Pero es ésta una razón para que nosotros sistematicemos las huelgas o asumamos la iniciativa de realizarlas? En determinados países y bajo ciertas condiciones, también una bomba puede tener efectos revolucionarios. ¿Pero sería esto una razón para que nos pusiéramos a tirar bombas? La tendencia a la generalización de la huelga y el socialismo son incompatibles. En los lugares donde el proletariado está privado de los derechos políticos y

donde, por consiguiente, no está en condiciones de actuar políticamente, la huelga puede sin duda ser utilizada como un medio de presión. Lo hemos visto en Bélgica. Del mismo modo en Alemania, en el caso en que el sufragio fuera suprimido, nuestros camaradas se verán obligados a emplear la huelga como arma de defensa, si no son lo suficientemente fuertes como para hacer la revolución. La huelga general, ya se ha dicho, es la barricada de los zánganos. Es el sucedáneo de la barricada. Nuestro deber consiste en liberar a los trabajadores sindicados de la nebulosa idea huelga-generalista. Una revolución a favor de la huelga general, no aumentaría la influencia del partido en la masa obrera, sino que la destruiría, ya que significaría la condenación de la acción política. Por el contrario, debemos educar y organizar a los trabajadores para la acción política, y es solamente con ese objetivo, como debemos penetrar en las bolsas de trabajo. El éxito es posible. La consigna: "¡No hacer política en las bolsas de trabajo!", se explica demasiado a menudo en función de las subvenciones acordadas a las bolsas por municipalidades burguesas, y no en función de las propias convicciones de los obreros sindicados. Los argumentos en contra de la huelga general no son válidos en contra de la revolución. Esta puede hacerse con una minoría; no así la huelga general. Nuestra resolución debiera indicar la forma violenta, insurreccional de la revolución.

TANGER (París): recuerda las resoluciones a favor de la huelga general adoptadas por anteriores congresos del partido: no puede decirse por lo tanto, que queremos cambiar de táctica. La huelga general es muy popular entre los obreros y ha contribuido a impulsar a los sindicados hacia una concepción revolucionaria. Los militantes sindicales partidarios de la huelga general, nada tienen que ver con los mendigos de subvenciones de que nos hablara el ciudadano Guesde. No podemos votar una resolución que nos impidiera toda acción dentro de los sindicatos. La idea de la huelga general de ningún modo es anti-socialista en sí misma: lo es solamente en la medida en que los libertarios la pregonan y la utilizan para sus fines propios. El partido puede utilizarla para un objetivo socialista. Una resolución en contra de la huelga general desembocaría en lo siguiente: a nuestros compañeros que militan en los sindicatos, se los consideraría de la misma laya que los oportunistas.

JOURNOUD (Montceau-les-Mines), pide aclaraciones sobre el significado de la huelga general, y sobre los medios para realizarla. En el departamento de Saône-et-Loire —muy industrializado, sin embargo— fue imposible organizar una huelga general, ni siquiera en algunas fábricas. La experiencia del Creusot demuestra el efecto destructivo de la nebulosa concepción de la huelga general. Un sindicato que contaba, durante cierto tiempo, con 600 adherentes, dejó de existir. En Montceau la gente ya se desencantó del entusiasmo por la huelga general y, desde entonces, contamos en ese lugar con sindicatos fuertes y con una fuerte organización política.

RAPPAPORT: Lo que se ha dado en llamar huelga general, es algo que no tiene ningún sentido. Si la huelga es general, ya no es una huelga. Por cierto que es necesario atraer a los sindicalistas al partido. Pero no es buen

método para ello halagar a la masa obrera, consintiendo en todas sus manías. Por otra parte, nos resulta imposible votar una resolución que satisfaga a los partidarios de la huelga general, permaneciendo al mismo tiempo fieles a la concepción de nuestro partido. Nuestra acción sobre la masa obrera tiene el éxito asegurado a largo plazo, porque nuestra concepción es más amplia y más verídica. Se habla de la popularidad de la huelga general. El reformismo, el jauresismo, son aún más populares, ¿deberíamos acaso por ello hacerles concesiones? Nuestra misión histórica consiste en combatir las corrientes temporarias y peligrosas que pueden manifestarse entre los trabajadores.

RENARD (Lille), secretario de la Federación Textil, se refiere a la experiencia de la huelga textil del Norte: Fueron precisamente los partidarios de la huelga general, quienes se mantuvieron fuera de este movimiento, mientras que nosotros cumplimos con nuestro deber. La mayoría de la Federación Textil opina que si los obreros hubieran hecho tantos sacrificios por la acción política, como los realizados en favor de la acción económica, se hubiera llegado, desde hace bastante tiempo, a resultados mucho mejores. La huelga general es posible solamente, en el caso de ser un movimiento de varios gremios importantes, cuyo objetivo fuera obtener reformas o hacer triunfar determinadas reivindicaciones. En tal caso, el partido tendría naturalmente el deber de apoyar a las organizaciones sindicales. El orador mociona una resolución en el sentido indicado.

BRACKE: Las huelgas, tanto parciales como generales o generalizadas, constituyen un arma inferior, menos eficaz que la acción política. Y esto, debemos decirlo a los obreros. Además, cuanto más sólidamente organizada esté la clase obrera sobre el terreno político, será tanto más seguro que triunfe una huelga. En el Congreso de Amsterdam habremos de encontrar una disposición de espíritu suscitada en diversos partidos socialistas, por el hecho de que éstos sufren en cierta medida la desigualdad política. Desde hace algún tiempo, los alemanes discuten sobre algo que se resisten a llamar huelga general, porque este término se vincula a la concepción anarquista. Hablan de una *huelga de masas* y esto, eventualmente, con el fin de reconquistar el sufragio universal. Se sienten impulsados a ello por el éxito de la huelga sueca en favor del sufragio universal. Sin embargo, ésta última triunfó, porque tomó de sorpresa a la burguesía. Para triunfar, la huelga de masas no debe estar organizada de antemano. ¿Cómo se llega entonces a ella? Parvus y Kautsky dieron la siguiente respuesta: mediante la organización política. Y es esta concepción la que debemos defender en Amsterdam. El arma moderna es la acción política, no es la huelga.

LEFEVRE aboga en favor de la resolución propuesta por la Federación del Sena. Recuerda que el antiguo POF no tenía ninguna influencia en París: en razón de haber sido hostil a la huelga general. Sin embargo, para conquistar el poder político, es necesario tener fuerza en París, ganarse los trabajadores parisinos.

CHAUVIN (París): Si es cierto que la debilidad del POF en París se explica por la causa que se acaba de mencionar, propongo poner la huelga general

en el programa electoral. (*Risas.*) Los delegados del interior ya os lo han dicho: donde existen sindicatos poderosos, no se oye hablar de la huelga general; y, por otra parte, donde la gente está entusiasmada por la huelga general, los sindicatos son débiles. El orador se pronuncia enérgicamente en contra de cualquier concesión a los huelga-generalistas: Nosotros, los adversarios de la huelga general, somos los más activos partidarios de la organización gremial. Yo mismo organicé en París uno de los sindicatos más fuertes. Si hubiera en París sindicatos fuertes, se acabaría la influencia de los partidarios de la huelga general. En Francia, el camino de la revolución sigue pasando por el fusil liberador.

BOUVIER (Montceau-les-Mines), cuenta y comenta unas tentativas fantásticas realizadas por dos partidarios de la huelga general, en el departamento de Saône-et-Loire. El orador pide una resolución clara, que pueda servir de guía a los militantes. En principio —dice— los obreros de Montceau son partidarios de la huelga general.

OSMIN (Troyes), habla en contra de la huelga general, en el mismo sentido que Guesde.

MORIZET: Se trata de un problema espinoso. La encuesta del *Mouvement Socialiste* respecto de la huelga general ha provocado, por parte de eminentes representantes del socialismo internacional, respuestas imprecisas y vagas. Y, teniendo en cuenta la discusión que se acaba de desarrollar, quizás tampoco estemos aquí en condiciones de tomar decisiones precisas. La Federación del Sena sólo pide una cosa: que el Congreso no condene la huelga general en forma categórica. Más vale no votar ninguna resolución, que condenar brutalmente la huelga general. El orador pide que se nombre una comisión.

LAFARGUE se adhiere a esta proposición.

La discusión queda cerrada.

Se adopta la moción de Morizet y Lafargue. Para integrar la comisión se designa a Guesde, Lafargue, Lafont, Dubreuilh, Journoud y Delaporte.

Tercera Jornada. Sesión matutina, agosto 10.

DUBREUILH, relator de la comisión: La comisión se ha puesto de acuerdo sobre una resolución que resume aquellos puntos que habían suscitado la adhesión unánime del Congreso, en el curso de la discusión. Es obvio, por lo tanto, que la resolución propuesta por la comisión no podría satisfacer por completo ni a unos ni a otros. Sin embargo, la comisión espera un voto unánime de la resolución.

Texto de la resolución

“Considerando que el paro colectivo o huelga es la única arma que la legalidad capitalista haya dejado en el campo del salariado a disposición de los proletarios, para la defensa de su pan o de su dignidad;

Considerando que, por evidenciar violentamente —hasta para los más ciegos— el antagonismo de intereses que caracteriza al orden capitalista, es propio de la huelga despertar el interés de clase en los trabajadores, volcándolos así a la conciencia de clase, que puede y debe ganarlos para el socialismo;

El ps de F recuerda a todos sus miembros que tienen la obligación de incorporarse a su respectivo sindicato y, en igual medida, de solidarizarse con los camaradas en huelga, colaborando con todas sus fuerzas para el triunfo de sus reivindicaciones;

Considerando por otra parte que, cuando la organización obrera y las circunstancias son propicias, una huelga más o menos general puede determinar una explosión revolucionaria; y considerando al mismo tiempo que, en aquellos lugares donde los proletarios no poseen los medios de acción política, o existe la amenaza de despojarlos de los mismos, esta suspensión en masa del trabajo puede imponerse a ellos como la vía para conquistar o conservar dichos medios.

El ps de F, sin que esto signifique tomar la responsabilidad de conflictos que escapan a su acción propia, se declara dispuesto, en dicha circunstancia, a cumplir plenamente con su obligación.

Pero afirma con más fuerza que nunca que, puesto que la conquista de los medios de producción por parte de la sociedad depende de la conquista del poder político por parte del proletariado organizado, todos los trabajadores, a medida que adquieren conciencia de clase, deben volcarse al socialismo revolucionario, única instancia capaz de asegurar el bienestar y la libertad de todos, mediante la expropiación política y económica de la clase capitalista.”

TANGER (París) propone, en nombre de la Federación del Sena, que los términos *huelga más o menos general* sean sustituidos por *una huelga* parcial, generalizada o general. En este punto, el texto de la comisión —afirma— adquiere un tono irónico.

Esta enmienda provoca debates bastante extensos y por momentos apasionados, de los que toman parte Journaud, Vaillant, Lafont, Levasseur, Grousier, Lafargue, Cachin, Guesde, Chauvin y otros. En el curso de los debates, Tanger modifica su enmienda, proponiendo que se sustituya el texto de la comisión por los términos: *una huelga más o menos extendida o general*. La comisión acepta la enmienda Tanger así modificada. Se entablan nuevos debates. Los adversarios de la huelga general ven en la enmienda Tanger así modificada, una adhesión a la huelga general, que ellos juzgan inadmisibles. *Chauvin* protesta contra el cambio de actitud de la comisión y señala que el voto de la enmienda Tanger significaría la abdicación de la mayoría, hostil a la huelga general, frente a la minoría que es favorable a ésta.

La votación sobre la enmienda Tanger y al mismo tiempo sobre toda la resolución, se efectúa por mandatos.

Resultado de la votación: se adopta la resolución modificada por la enmienda Tanger por 114 mandatos contra 19 y 2 abstenciones.

DR. BORIS KRITCHEWSKY
corresponsal del *Vorwärts*.

V. PARTIDO SOCIALISTA FRANCÉS

1. Aristides Briand

Diputado por Saint-Etienne

Discurso pronunciado en el Congreso General de las Organizaciones Socialistas Francesas, reunido en París, del 3 al 8 de diciembre de 1899, según las actas taquigráficas oficiales, p. 266 y ss.

Ciudadanos, la huelga general es una concepción cuya paternidad en cierto modo he echado sobre mis hombros. Esta situación me crea ciertos deberes, y os ruego tengáis la gentileza de dejar que los cumpla sin interrumpirme demasiado...

...Ciudadanos, por paradójica que esta declaración os parezca, quiero declarar, antes de atravesar el umbral de esta discusión, que personalmente soy hostil a la huelga. No soy un predicador de huelgas... (*Ruidos.*) Ciudadanos, no interrumpáis tan pronto; tengo argumentos, escuchadme... No soy partidario de la huelga, quiero significar, de la huelga bajo la forma en que actualmente se la realiza. Para expresarme con mayor claridad, no soy partidario de la huelga parcial; la considero nefasta e, incluso cuando da resultados, opino que éstos no compensan nunca el esfuerzo de los sacrificios consentidos. La huelga parcial está casi siempre consagrada a la impotencia, porque los obreros comprometidos en un conflicto, nunca se enfrentan, en realidad, a patrones aislados. Los huelguistas, ellos sí, están realmente aislados por completo; incluso cuando éstos cuentan con la ayuda moral y material del proletariado, ¿qué significa este apoyo, comparado con el que los patrones encuentran por parte de los poderes públicos? El patrón nunca está solo: cuenta siempre, a su favor, con los medios de represión de que dispone su clase, es decir el conjunto de las fuerzas sociales organizadas: magistratura, funcionarios, soldados, gendarmes, policías. (*Vivos aplausos.*)

UNA VOZ - Y el ministerio ¡Y Millerand!...

El ciudadano BRIAND... en un tema especial como es el de la huelga general, contened vuestra animosidad, os lo ruego: no mezcléis la persona de uno de nuestros camaradas en una discusión, en la cual aquél ya no tiene más que hacer. (*Vivos aplausos.*) Ciudadanos, dada la siguiente situación: por una parte la patronal, empeñada a fondo en cada huelga y de una manera muy efectiva; por otra parte el proletariado, siempre aislado en los conflictos económicos, ¿qué es lo que sucedió? Después de cierto número de experiencias, sucedió que los trabajadores conscientes se han dado cuenta de la inutilidad, o al menos de la insuficiencia de sus esfuerzos. Sin más comenzaron a

preguntarse si no sería posible sacar mejor partido de la organización sindical. El resultado de sus reflexiones no podía ser otro: los condujo instintivamente a la concepción de la huelga general; de modo que me bastó —ya sea en conferencias o en congresos— destacar esa concepción, concretarla bajo una forma precisa, para sentirme inmediatamente en comunión de ideas con todos los representantes del proletariado organizado. El secreto de la fuerza de esta idea de huelga general, reside en el hecho de haber sido introducida en el mundo del trabajo por la propia evolución económica. Y de antemano afirmo que es imposible —entiéndaseme bien— desde el punto de vista económico al menos, no ser partidario de la huelga general, cuando uno lo es de la organización sindical. (*Vivos aplausos.*)

En efecto, ¿cuál es el punto culminante de la organización sindical? ¿Debe limitarse a la creación de sindicatos, o inclusive de federaciones, más o menos numerosos? No ¿no es cierto? Cuando aconsejáis a los trabajadores que se agrupen en sindicatos, a los sindicatos que se agrupen entre ellos, estáis encarando una vasta organización del trabajo, en la cual se encontrarían representadas todas las fuerzas del trabajo. No os figuráis que dicha organización habrá de detenerse en la federación de mineros, de metalúrgicos, de carpinteros; por el contrario, vosotros esperáis que en un momento dado, todas esas federaciones de gremios habrán de federarse a su vez entre ellas, formando una confederación general del trabajo...

... Podéis prever que en un momento dado un conflicto entre el patrón interesado y un sindicato puede volverse agudo, al punto que para solucionarlo, será necesario recurrir necesariamente a la huelga. No os corresponde comprometer a los trabajadores a que la hagan, pero los invitáis, y tal es vuestro deber, a que analicen la posibilidad de antemano, como una eventualidad que puede imponerse a ellos.

Si admitís este principio, quedáis comprometidos. A partir de ahora, os resulta imposible zafaros, es necesario que agotéis la cosa. (*Vivos aplausos.*) Imagináos en efecto, que en vez de dirigiros a nuestros sindicatos en formación, tengáis que hablar frente a los representantes de la confederación general de todas las fuerzas laborales organizadas; al analizar las diversas formas de acción que pueden imponerse a ellas, ¿no os veréis fatalmente impulsados a decirles lo siguiente?: Cuando hayáis intimidado a la patronal, cuando hayáis comprobado que ésta se mantiene irreductible frente a la legitimidad de vuestras reivindicaciones, en ese momento, así como en una circunstancia semejante, se impone al examen del sindicato la penosa eventualidad de la huelga parcial, se impondrá también a vuestro examen la eventualidad más temible, pero más fecunda, de la huelga general (*vivos aplausos*); de la huelga general que entonces levantará frente a la patronal el proletariado en su totalidad. (*Vivos aplausos.*)...

... Espero que los adversarios de la huelga general vengán a exponer las razones que, desde su origen, les hicieron considerar esta idea como una utopía, susceptible de germinar solamente en el cerebro de un soñador. Por mi parte considero que, por el contrario, esta idea es esencialmente práctica. Es utópica, afirmáis; pero si persistís en juzgarla tal, os veréis

obligados a declarar aquí que también consideráis como utópica la asociación de todos los trabajadores, y a decir que el movimiento sindical está condenado a no alcanzar jamás su completo desarrollo, y que estimáis que los trabajadores son demasiado inconcientes como para formar, en un momento dado, una confederación general. (*Vivos aplausos.*)...

... No insisto sobre este punto especial del problema, y llego al segundo punto de vista, que constituirá probablemente el alimento principal de la discusión, y sobre el cual pueden hacerse reservas, y levantarse objeciones: el punto de vista político y revolucionario. Hace un momento, mientras yo hacía entrever la posibilidad de una batalla semejante, entablada entre los asalariados y la patronal, oía que unos camaradas decían: ¡pero eso sería la revolución! Pues sí, lo afirmo y lo creo firmemente, la huelga general sería la revolución... (*Vivos aplausos.*)

Sé perfectamente que se me hará la objeción siguiente: "Pero, si la huelga general es la revolución, ¿por qué no ir directo al fondo, preconizando de inmediato la revolución?" Otros dirán: "La revolución no se organiza ni se decreta, y no depende de la voluntad de los individuos; ella es el resultado de circunstancias, el punto culminante de la evolución: se impone a los hombres"... Ya véis que no intento esquivar las objeciones, puesto que salgo a su encuentro.

Estoy de acuerdo ciudadanos, que la huelga general, la revolución, no pueden ser decretadas a fecha fija; estoy de acuerdo que la revolución, lamentablemente, no depende de algunas buenas voluntades —de no ser así, la habríais hecho desde tiempo atrás. No niego el papel preponderante que juegan la evolución y las circunstancias. (*Vivos aplausos.*) Pero creo —es una reserva que quiero hacer, porque no soy fatalista— que la voluntad humana puede apresurar la marcha de la evolución y contribuir poderosamente a que las circunstancias den su fruto...

... Decid a los trabajadores: ¡Haced la revolución!... No desean otra cosa, y si dependiera solamente de ellos, se volcarían rápidamente a la calle. No van, porque preven cómo se los recibiría... (*Vivos aplausos*) porque saben perfectamente que sus esfuerzos se ahogarían en sangre...

Una voz: ¡Como en 1871!... (*Aplausos.*)

El ciudadano BRIAND: Comprenden que la revolución del mañana, la que habrá de emancipar al proletariado, ya no puede responder a los viejos procedimientos revolucionarios. No es que los repruebe, camaradas. Me cuento entre quienes tienen escrúpulos en desalentar los esfuerzos revolucionarios, sean cuales fueren. (*Aplausos.*)

Id a la batalla blandiendo la papeleta del voto, si lo juzgáis conveniente, nada tengo que replicar. Por mi parte, yo también fui como elector, y fui como candidato, y volvería sin duda mañana. Id empuñando picos, sables, pistolas, fusiles: lejos de desaprobaros consideraré una obligación, si se da el caso, ocupar mi lugar en vuestras filas. Pero no desalenteis a los trabajadores cuando intentan unirse para realizar una acción que les corresponde y en cuya eficacia creen firmemente, porque en fin, ciudadanos, en el estado actual de la cosas de qué depende el éxito de una revolución? (*Una voz: ¡de la*

anárquica). Por supuesto que no. Depende, al igual que el éxito de las guerras modernas, de un problema de movilización. Si hoy día estallara una revolución en la forma antigua, primero en París, luego sucesivamente en cada una de las ciudades donde tenemos amigos, donde nuestras ideas han progresado, la clase burguesa, gracias a los medios de transporte de que dispone, con su ejército fácilmente transportable, tendría muchas posibilidades de ahogar sucesivamente nuestras tentativas de insurrección, a medida que se fueran produciendo. (*Una voz: ¿Y la Comuna?*) Pues sí, ciudadano, si se derrotó a la Comuna, fue sobre todo porque ésta quedó aislada en París. (*Aplausos.*) Con la huelga general, no es de temer un inconveniente de ese tipo. La batalla se entablaría casi simultáneamente en todos los puntos del territorio. La movilización de los trabajadores sería casi tan rápida como la de los soldados, y la burguesía tendría que hacer frente al peligro, en todas partes a la vez.

Además, la huelga general presenta una ventaja innegable sobre los demás procedimientos revolucionarios. Infunde a los trabajadores mayor confianza y valor. Hay que tener en cuenta la debilidad humana. El hombre nunca se vuelca a la insurrección con el corazón alegre. En el momento en que abandona su casa para tomar parte en la lucha y exponerse a la muerte, está tironeado por sentimientos que lo disputan a la insurrección y lo retienen en el hogar. Debe soportar las súplicas de su mujer y de sus hijos. Entre él y la calle que lo llama, se interponen graves responsabilidades. A pesar de la buena voluntad, a menudo la vacilación lleva la mejor parte y consigue que el hombre permanezca en su hogar. (*Vivos aplausos.*) La huelga general presenta al militante esta ventaja: lo atrae porque en definitiva constituye el ejercicio de un derecho incuestionable. (*Vivos aplausos.*) Se trata de una revolución que comienza en la legalidad, con la legalidad. Al rechazar el yugo de la miseria, el obrero se rebela en la plenitud de su derecho; la ilegalidad la cometería la clase capitalista, como una provocación, si intentara violar un derecho que ella misma consagró...

... En caso de huelga general, el ejército ya no sería un instrumento tan flexible entre las manos de la burguesía. (*Vivos aplausos.*) En ese ejército serían muchos los hijos, sobrinos o parientes de los obreros en huelga. Cuando se ordenara al soldado que hace su servicio en el Norte, pero que dejó en el Mediodía una familia de trabajadores, que tire sobre los huelguistas, bien podrá el pistolín hacerse esta reflexión: "Como soy meridional, me dicen que tire sobre estos obreros, que me presentan como extranjeros. Pero, a los soldados de los regimientos que sirven en mi provincia, se les ordena, quizás en este mismo momento, que fusilen a mi padre, a mi hermano, a alguno de los míos..." (*Vivos aplausos y aclamaciones entusiastas.*) Y entonces, si persistiera la orden de tirar, si el oficial tenaz pretendiera en todas formas presionar la voluntad del soldado, cuando ésta se encuentra invadida por preocupaciones de esta naturaleza, ¡ah! detonarían los fusiles, pero no sería tal vez apuntando en la dirección indicada. (*Aplausos prolongados.*) Esta posibilidad de debilitar de este modo al ejército, entre las propias manos de la clase capitalista ¿no es acaso un argumento favorable a la con-

cepción de la huelga general? Por otra parte, el ejército sería insuficiente para enfrentar un peligro de esta envergadura. Ya habéis podido comprobar en qué forma trastornaron a la burguesía las grandes huelgas del mes pasado; a partir de los esfuerzos considerables que tuvo que hacer para contener el movimiento de solidaridad que ganaba, una tras otra, todas las corporaciones de París, habéis podido juzgar los esfuerzos que de ella exigiría, una huelga general de los trabajadores franceses...

2. Jean Jaurès

Diputado por el Tarn

Extracto de dos artículos aparecidos en la *Petite République* los días 29 de agosto y 1º de setiembre de 1901.*

Quando se habla de huelga general, es necesario primero definir perfectamente el significado de estos términos. No se trata, por supuesto, de la huelga general de una sola corporación. Por ejemplo, si los mineros de toda Francia deciden, por mayoría, que es el momento de declarar la huelga para obtener la jornada de ocho horas, una jubilación más elevada y un salario mínimo, esa será una huelga muy importante y podrá llamársela huelga general de los mineros. Pero no es eso lo que entienden por huelga general quienes ven en ella el instrumento decisivo de emancipación. Dentro de su concepción, no se trata de un movimiento limitado a una corporación, por más importante que ésta sea.

Por otra parte, sería pueril decir que sólo habrá huelga general si la totalidad de los asalariados, en todas las categorías de la producción, cesan simultáneamente de trabajar. La clase obrera está demasiado dispersa para que semejante unanimidad en una huelga sea posible, o ni siquiera concebible.

Pero el término huelga general tiene un significado a la vez muy preciso y muy extendido. Significa que las corporaciones más importantes, las que dominan todo el sistema de la producción, habrán de ir al paro al mismo tiempo. Si por ejemplo, los ferroviarios, los mineros, los portuarios, los metalúrgicos, los textiles, los obreros de la construcción de las grandes ciudades, declararan el paro simultáneamente entonces habría huelga general. Quienes gustan de los juegos de palabras, nada conseguirían, en este caso.

Para que haya huelga general no es necesario que se pliegue la totalidad de las corporaciones, y ni siquiera, que la totalidad de los obreros haga la huelga, en aquellas corporaciones que participan del movimiento. Basta que las corporaciones donde el poder capitalista está más concentrado, donde el

* El folleto del *Comité de la huelga general* polemiza precisamente con estos artículos de Jaurès.

sistema económico, decidan la suspensión del trabajo, y basta que esta orden sea acatada por un número tal de obreros que, prácticamente, el trabajo de la corporación quede suspendido.

No se puede objetar a la huelga general concebida de este modo, ni que es quimérica, ni que resultaría ineficaz.

A medida que la organización obrera se extiende, estos movimientos de conjunto se hacen posibles. Y de producirse, están en condiciones de ejercer sobre las clases dirigentes un efecto profundo. Ya no es una sola corporación, por poderosa que sea, la que va al paro, sino todo un conjunto de corporaciones. Ya no se trata por lo tanto de un movimiento corporativo: es un movimiento de clase. Pero entonces, un movimiento general de la clase esencialmente productiva, de aquella que es irremplazable ¿podría no tener efecto?

En este tema, nada debe quedar en el equívoco. No hay que imaginarse que el término de huelga general tiene una virtud mágica y que la propia huelga general tiene una eficacia absoluta e incondicional. La huelga general es efectiva o quimérica, útil o funesta, según las condiciones en las que se produce, el método que emplea y el objetivo que se propone.

En mi opinión, hay tres condiciones indispensables para que una huelga general pueda resultar útil: 1) es necesario que el objetivo en vista del cual se declara la huelga apasione verdaderamente, profundamente, a la clase obrera; 2) es necesario que un sector importante de la opinión esté preparado para reconocer la legitimidad de dicho objetivo; 3) es necesario que la huelga general no aparezca como un disfraz de la violencia, y que sea simplemente el ejercicio del derecho legal de huelga, pero más sistemático y vasto, y con un carácter clasista más marcado.

En primer término, es necesario que el conjunto de los obreros organizados, asigne un valor muy alto al objetivo en vista del cual se declara la huelga. Ni las decisiones de los congresos corporativos, ni las consignas de los comités obreros, bastarían para arrastrar a la clase obrera a una lucha que siempre despierta temores. Para afrontar privaciones y miseria, incluso para escapar a las influencias del medio donde uno vive, se necesita una gran energía. Pero no puede suscitarse tal energía en el seno de toda una clase, si no es mediante una gran pasión. Y a su vez la pasión no se excita en las almas, al punto de convertirse en una fuerza activa y combatiente, si no es a impulso de un interés muy grande, pero muy cercano, que despierte un objetivo de gran importancia y cuya realización parezca inmediata.

Se comprende perfectamente, por ejemplo, que los gremios mejor organizados, más conscientes, bajo la acción de una propaganda extendida y precisa, lleguen a apasionarse en favor de la jornada de ocho horas, de las pensiones por vejez e invalidez, de un seguro serio y suficiente contra la desocupación. Es comprensible que si los poderes públicos resisten o eluden estos reclamos que nacen en lo más profundo de su conciencia, la clase obrera acumule la suficiente energía y pasión como para declarar una huelga extendida y perseverante. En ese caso, lucha por objetivos vastos y precisos; por reformas extendidas, claras e inmediatamente realizables. Entonces, la orden que lanzan las organizaciones obreras será acatada; en caso contrario, no.

poder obrero está mejor organizado, y que constituyen como el nudo del

Pero no basta que el proletariado se sienta realmente animado y apasionado. No basta que obedezca a su propio impulso interior, y no a una consigna exterior. Es necesario además que haya demostrado a una fracción considerable de la opinión, que sus reivindicaciones son legítimas e inmediatamente realizables.

Toda huelga general producirá necesariamente disturbios en las relaciones económicas; habrá de contrariar muchos hábitos, y vulnerará muchos intereses. La opinión del conjunto del país —e incluso de ese sector muy importante de asalariados de todas las categorías, que no haya entrado en el movimiento— se pronunciará entonces terminantemente contra quienes se hagan responsables de la prolongación del conflicto.

Pero, la opinión responsabilizará a la clase capitalista, y se volcará con vigor en su contra sólo si, mediante una propaganda fervorosa y fundamentada, se le demuestra la equidad de las reivindicaciones obreras, y la posibilidad práctica de satisfacerlas inmediatamente. Entonces, se pronunciará contra el egoísmo de los grandes propietarios, contra la rutina o el egoísmo de los poderes públicos, y la huelga general logrará un éxito notable. Por el contrario, si no se hubiera advertido de antemano —y en parte conquistado— a la masa indiferente, ésta se pronunciará en contra de los huelguistas. Y como no hay fuerza, ni siquiera si es revolucionaria, que pueda prevalecer contra la opinión del conjunto del país, la clase obrera sufriría un desastre muy importante.

Por último, afirmo que si se presenta y se concibe la huelga general, no como el ejercicio del derecho legal de huelga, en la forma más vasta y coherente en que pueda darse, sino como el pródromo y la puesta en marcha de una acción de violencia revolucionaria, aquélla provocaría de entrada un movimiento de terror y de reacción, que terminaría barriendo con la resistencia de la fracción militante del proletariado.

Sin embargo, algunos de los teóricos de la huelga general adoptaron esta última concepción. Creen que la huelga general de los gremios más importantes bastará para determinar la revolución social, es decir, la caída de todo el sistema capitalista y el advenimiento del comunismo democrático y proletario. La vida económica del país quedará suspendida; las vías férreas desiertas; la hulla necesaria para la industria permanecerá sepultada bajo tierra; las naves no podrán ni siquiera atracar en los muelles, donde no habrá obreros para descargar las mercaderías. Por doquier, paro de la circulación, de la producción.

Obviamente, habrá un gran malestar. Las masas obreras, al parar la producción y el intercambio, se habrán condenado a sí mismas al hambre; se verán de este modo forzadas a recurrir a la violencia, para alimentarse, para apoderarse de víveres y mercaderías, donde sea que estuvieren. No tendrán otra salida, más que aterrorizar a los privilegiados, amenazados en sus personas y en sus bienes por la inevitable cólera del proletariado, cuyos sufrimientos seculares habrán de exasperarse, en cierto modo, por la crisis de miseria y por el hambre. Surgirán de ello inevitables conflictos entre la clase obrera y

los guardianes del sistema capitalista, que estarán como enloquecidos. De tal situación derivará, al cabo de pocos días, el carácter revolucionario de la huelga general. Y como la fuerza capitalista se encontrará dispersa por la misma necesidad de vigilar un movimiento vasto y diversificado al extremo, como el ejército de represión, en especial, se encontrará diseminado, ahogado en la profunda ola, el proletariado habrá disuelto el obstáculo contra el cual se quebraba hasta el presente, y, dueño al fin del sistema social, instalará la soberanía del trabajo.

Tal es la concepción. No pretendo que tenga este grado de nitidez, en todos los teóricos de la huelga general. No digo que todos cuantos la aclaman, le asignan este significado. Pero digo que para todos aquellos que ven en ella el instrumento decisivo de liberación, significa necesariamente esto, o nada.

Sin embargo, tomada en este sentido revolucionario, creo que se trata de una idea falsa. Primero, una táctica es singularmente peligrosa, desde el momento en que no puede fracasar UNA SOLA VEZ, sin acarrear a la clase obrera inmensos desastres.

Los partidarios de la huelga general entendida de esta forma, se ven obligados —y esto conviene destacarlo perfectamente— A TRIUNFAR LA PRIMERA VEZ. Si una huelga general fracasa, después de haber desembocado en la violencia revolucionaria, dejará en pie el sistema capitalista, pero además, lo habrá armado de un furor implacable. El miedo de los dirigentes, e inclusive, de una parte importante de la masa, se dará rienda suelta durante una larga seguidilla de años de reacción. Y el proletariado permanecerá por mucho tiempo desarmado, aplastado, inmovilizado.

Pero las posibilidades de éxito ¿existen? No lo creo. En primer término, la clase obrera no irá a la insurrección movida por una fórmula general, como sería el advenimiento del comunismo. La idea de revolución social no bastará para impulsarla. La idea socialista, la idea comunista, tiene el poder suficiente como para guiar y ordenar los esfuerzos sucesivos del proletariado. Este se organiza y lucha para ir aproximándose a ella cada día, para realizarla gradualmente. Pero, para suscitar un gran movimiento, es necesario que la idea de revolución social se encarne en reivindicaciones precisas.

Para que la clase obrera se decida a abandonar en masa las grandes fábricas y a emprender una lucha a fondo, erizada de incógnitas y de peligros, contra las fuerzas del sistema social en su totalidad, no basta decir: ¡Comunismo! Porque inmediatamente los proletarios preguntan: "¿Cuál? ¿y qué forma adoptará mañana, si resultamos vencedores?" Porque los grandes movimientos no se producen con vistas a un objetivo demasiado general, cuyo contorno sea demasiado impreciso. Necesitan un punto de apoyo sólido y un punto de llegada preciso.

Los más esclarecidos teóricos de la huelga general revolucionaria lo saben perfectamente. Por lo mismo, quieren en primer término movilizar a la clase obrera en pos de reivindicaciones precisas, concretas. Y esperan que ese movimiento, al convertirse forzosamente en revolucionario, habrá de ampliarse por sí mismo, hasta desembocar en el comunismo total.

Pero es ése precisamente, el vicio esencial de esta táctica: UTILIZA A LA CLASE OBRERA. Se propone arrastrarla, como si fuera por el efecto irresistible de un mecanismo, más allá del punto que le fuera indicado al principio. Se la decide a emprender la gran operación de la huelga general, utilizando el atractivo de algunas reformas concretas, precisas, inmediatas, y se piensa que una vez agarrada en el engranaje, la clase obrera habrá de llegar, casi automáticamente, a la revolución comunista.

Por mi parte, afirmo que en una democracia, esto es contrario a la mismísima idea de revolución. Afirmo que la revolución sólo se da, y sólo puede darse, allí donde hay conciencia: quienes construyen un mecanismo para catapultar al proletariado hacia la revolución, casi sin que se dé cuenta, quienes pretenden conducirlo a ella como por sorpresa, van a contramano del verdadero movimiento revolucionario.

Si no se advierte a la clase obrera claramente, desde el origen, que se lanza a la huelga en pos de la revolución comunista en su totalidad; si ignora, al abandonar las minas, las estaciones, las fábricas, las canteras, que no deberá volver a ellas hasta tanto haber realizado toda la revolución social; si no está preparada y resuelta a hacerla, desde el primer momento, y hasta lo más hondo de su conciencia, se sentirá desconcertada en el curso del movimiento por la tardía revelación de un plan que no le fuera sometido antes de la acción. Y no habrá artificio ni prestidigitación que pueda sustituir el objetivo confesado en el primer momento, por aquel otro oculto y descubierto súbitamente.

Imaginar que una revolución social puede ser el resultado de un mal entendido, y que el proletariado puede ser arrastrado más allá de sí mismo, equivale, si se me permite el término, a un infantilismo. La transformación de todas las relaciones sociales, no puede ser el efecto de una maniobra.

Por el contrario, si se advierte a la clase obrera, y se le dice claramente, que debe abandonar los talleres y no volver a ellos hasta después de haber abolido el capitalismo como totalidad, su instinto y su pensamiento habrán de advertirle también que una sociedad tan complicada como la nuestra, en modo alguno se renueva mediante un levantamiento de varios días, sino por un inmenso esfuerzo de organización continua y de continua transformación. En ese momento, reculará frente a una empresa tan indeterminada y tan hueca, tal como uno recula frente al vacío... Pero hay otro artificio en la táctica revolucionaria de la huelga general. Algunos de sus teóricos, dicen lo siguiente:

"Habría quizás dificultad en arrastrar al proletariado a una acción de fuerza liberada. Hace muchos años que ha perdido esa costumbre, y no se largaría quizás de sopetón, a partir de la primera señal dada por organizaciones militantes. En cambio, la huelga ha entrado en la práctica de la clase obrera, y las huelgas se extienden cada vez más. Por lo tanto, no será difícil obtener que la clase obrera entre en un movimiento de huelga general. Originariamente, se tratará sólo de una ampliación de sus hábitos de combate. Además, y esto es muy importante, será un movimiento legal. La ley permite la huelga; no le asigna, y no puede asignarle límite alguno. Por consiguiente, cuando el proletariado declara la huelga general, sabe que está

ejerciendo un derecho legal; de ese modo, entra en el movimiento con todo el poder que confiere la legalidad, y muchos trabajadores que se hubieran negado al empleo premeditado de la fuerza y a la acción deliberadamente revolucionaria, no vacilarán en manifestar su irritación contra las injusticias sociales mediante un procedimiento amenazador, pero que no los arroja, desde el primer momento y a sangre fría, fuera de la legalidad.

“Además, lo que podría llamarse represión preventiva del poder capitalista no puede aplicarse por la forma inicialmente legal del movimiento. Pero poco a poco, esta huelga general, esta huelga clasista, se afirmará necesariamente como una gran batalla social, como un combate revolucionario. A través del sufrimiento, de la miseria, de los inevitables conflictos que, en muchos puntos, enfrentarán a la fuerza obrera con la fuerza capitalista, los espíritus se enardecerán, las justas cóleras se encenderán, e incluso aquella parte del proletariado que hubiera reculado, antes de la declaración de huelga, frente al empleo sistemático de la fuerza, se verá poco a poco llevado, bajo el fuego de los acontecimientos, de la lucha y de los sufrimientos, hasta la temperatura revolucionaria. En ese momento, el viejo mundo hará explosión.”

Es esta, si vamos al fondo de las cosas, la concepción y el espíritu de algunos de los que ven, en la huelga general, un medio de revolución. La consideran un método de entrenamiento revolucionario aplicado a un proletariado cuyas fuerzas permanecerían inertes en una proporción excesiva, sin la excitación brutal de los acontecimientos.

Ya no se les dice a los proletarios: empuñad el fusil. Pero se espera que la huelga general, legal al principio, terminará rápidamente armándose con fusil o con cualquier otro instrumento de fuerza. Significa esto, contar con la fuerza revolucionaria de los acontecimientos, para suplir o completar la insuficiente fuerza revolucionaria de los hombres.

Tengo todo el derecho de decir que se trata de un artificio de revolución. Y como todo mecanismo que no pudo probarse mediante repetidas experiencias, antes de darle a su empleo un carácter decisivo, éste expone a grandes frustraciones a los hombres de buena fe que todo lo esperan de su aplicación. Crear a través de un medio artificial una excitación revolucionaria que la simple acción de sufrimientos, miserias e injusticias no hubiera llegado a provocar, constituye una empresa aleatoria en extremo.

Se ha dicho que la revolución no se decreta. Con mayor razón aún puede decirse que no se fabrica, y que ningún mecanismo de conflicto por vasto e ingenioso que sea, puede suplir la preparación revolucionaria de las cosas y de los espíritus. Plantear primero la huelga general, para hacer que, acto seguido, la revolución triunfe, no puede dar resultado.

Es muy probable que los proletarios, si en un primer momento y para entrar en la acción grande, tuvieran necesidad de un pretexto, o incluso de una ilusión de legalidad, retrocedan frente al empleo de la fuerza, cuando ese pretexto desaparezca, o se disipe esa ilusión. Los dados han sido echados. De la jugada puede salir efectivamente la violencia; pero también puede salir la inercia. Y ya no será posible retomar el cubilete

y volver a empezar indefinidamente el juego. Puede ocurrir, de todas formas, que en ese movimiento, cuyos jefes habrán esperado más de la fuerza inconsciente y oscura de las cosas, que de la fuerza deliberada de las conciencias, se den muchas fluctuaciones, con fusión e incoherencia.

En determinado lugar, el conflicto desembocará efectivamente en la acción revolucionaria; en otro, conservará su forma legal, y se agotará en la inmovilidad.

Por no extraer su principio y su punto de apoyo de la voluntad reflexiva de los hombres, el movimiento revolucionario estará supeditado al azar de los incidentes locales y el mecanismo de revolución no tendrá la misma influencia en todos lados. El resultado será discordancia, desaliento y derrota. Es muy cierto que a menudo en la historia, acontecimientos que al principio aparecen como restringidos e inofensivos, desemboquen en vastas conclusiones imprevistas. Pero no hay seguridad alguna de que tal extensión se dé, y ningún procedimiento, ni siquiera el de la huelga general, puede hacer surgir con certeza la revolución, a partir de un primer movimiento de legalidad.

Por otra parte, y allí reside sobre todo la ilusión de gran número de militantes, no está en absoluto demostrado que, aún cuando en efecto tome un carácter revolucionario, la huelga general haga capitular al sistema capitalista. La sociedad burguesa habrá de oponer una resistencia proporcional a la magnitud de los intereses en juego. Es decir, que a la huelga general de revolución, que le exigirá la destrucción completa, hasta de sus principios, habrá de oponer una resistencia total.

Porque, ni el paro de la producción y de la circulación, ni tampoco las violencias extendidas contra bienes y personas, bastan para tumbar una sociedad. Por más poder que se le asigne a los efectos de la huelga general revolucionaria, no será superior al de los efectos de grandes guerras o invasiones. También las grandes guerras interrumpen o trastornan la producción, suspenden o dificultan la circulación, y perturban la vida económica en un grado que puede parecer mortal. Sin embargo, las sociedades resisten con una elasticidad extraordinaria a crisis que podían considerarse funestas, a males que parecían agobiantes...

... Supongamos incluso que una huelga general revolucionaria logre obstruir los puertos, inmovilizar las locomotoras, destruir las vías férreas, tomar el poder en algunas regiones particularmente obreras, amenazar y reducir el abastecimiento de algunas ciudades importantes y de la capital: entonces la necesidad, que tiene cara de hereje, hará que aparezcan innumerables recursos ocultos. Si es menester, la vida social y el consumo se reducirán en proporciones enormes, y la naturaleza humana se adaptará a esas trágicas privaciones del mismo modo que, al final de un sitio prolongado, se adapta a un régimen cuya sola mención hubiera hecho estremecer a los más valerosos, sólo algunos meses antes. Y si la sociedad burguesa y la propiedad individual no quieren capitular, si la gran mayoría de los ciudadanos se opone al nuevo orden social que la huelga general pretende instaurar mediante un golpe sorpresivo, la sociedad burguesa y la propiedad individual encontrarán la forma de vivir, de defenderse, de agrupar poco a poco —en medio de

ese mismo desorden, y de la confusión provocada por la brusca perturbación de la vida económica— a las fuerzas conservadoras y reaccionarias.

Algunos imaginan que la huelga general, al estallar en muchos puntos a la vez, obligaría al gobierno capitalista y propietario a diseminar la fuerza armada sobre una extensión tal, que la misma quedaría como absorbida por la revolución. Es ésa una concepción de una ingenuidad extrema.

El gobierno burgués se preocuparía, ante todo, por proteger a los poderes públicos, a las asambleas, en las que residiría, por la propia voluntad de las mayorías, la fuerza legal. En caso necesario, si no pudiera al principio dar a basto para todo, abandonaría a la huelga las vías férreas; las regiones donde la revolución estuviera organizada más poderosamente; se preocuparía por el contrario de concentrar sus fuerzas, y con el poder enorme que le daría la voluntad de los representantes legales de la nación, no tardaría en asestar algunos golpes importantes, en recuperar las regiones que había abandonado al principio y en restablecer las comunicaciones, tal como se las restablece en un país que acaba de evacuar el enemigo, después de haber hecho saltar las vías férreas y los puentes.

Inclusive si los poderes públicos perdieran momentáneamente París, tal como ocurrió en 1871 —y con los elementos sociales que componen París, no es de ningún modo seguro que tal cosa ocurra— les bastaría tener un punto de reunión y esperar en un lugar seguro, tal como lo hizo el rey de Francia en Bourges o Thiers en Versalles, que las fuerzas conservadoras se movilizan. Y éstas no tardarían en hacerlo espontáneamente.

No olvidemos que hoy en día, con las asociaciones de tiro y gimnasia, donde dominan tantas influencias reaccionarias, con los hábitos deportivos de la alta y mediana burguesía, con el entrenamiento militar de las clases poseedoras, los privilegiados, los burgueses, los grandes y pequeños capitalistas y los comerciantes exasperados, serían inclusive capaces de una acción física extremadamente vigorosa.

¿Qué haría en el ínterin la revolución? En las regiones donde al principio hubiera parecido victoriosa, sólo le quedaría devorarse sobre su propio terreno, agotándose en violencias inútiles. Las revoluciones liberales o democráticas de 1830 y de 1848, tenían un objetivo perfectamente especificado: volar el poder central y remplazarlo. Los golpes revolucionarios de Blanqui estaban siempre calculados para golpear la cabeza y el corazón. No disminuían sus fuerzas; por el contrario las concentraban para asestarlas en determinados puntos vitales del sistema político y gubernamental.

El método revolucionario de la huelga general es justo lo contrario. Al darle, en un primer momento, una forma económica al combate, no asigna a las fuerzas obreras un punto de encuentro, único y central, donde puedan converger. Estas permanecerán donde estaban: en los bordes del pozo de mina desierto, en el umbral de las fábricas abandonadas. O bien, si los proletarios toman posesión de la mina o de la fábrica, será una toma completamente ficticia. Los obreros habrán ahogado a un cadáver; porque

cuando la producción se ha detenido y la circulación económica está suspendida, la mina o la fábrica no son más que cuerpos sin vida. Hasta tanto una clase no posea y gobierne al conjunto del aparato social, de nada le vale apoderarse materialmente de algunas fábricas y canteras, es como si nada poseyera: el tener en sus manos algunos adoquines de la ruta desierta, no significa ser el dueño de la circulación.

A las fuerzas obreras, asombradas de su impotencia en medio de una victoria aparente, no les quedaría otro recurso que la destrucción. ¿Pero de qué servirían estos actos destructivos, fuera de darle un carácter de salvajismo al levantamiento proletario?

Obsérvese bien que la táctica revolucionaria de la huelga general tiene por objeto y por efecto descomponer la vida económica y social, atomizarla. Parar las locomotoras, inmovilizar las naves, privar de hulla a las máquinas industriales, equivale a sustituir la vida general y unificada de la nación, por la vida dispersa, de innumerables grupos locales. Y esta atomización de la vida, **ES PRECISAMENTE LO CONTRARIO DE LA REVOLUCION.**

La revolución burguesa fue realizada por federaciones relacionadas entre ellas, y cuyo núcleo estaba en París. Toda gran revolución supone una exaltación de la vida, y esta exaltación sólo es posible a través de la conciencia de una vasta unidad, dada por la ardiente comunicación de las fuerzas y de los entusiasmos. La revolución del proletariado se llevará a cabo organizando una vigorosa representación y una acción de clase económica y política, que todo lo penetre e interrelacione. La atomización es un retroceso al estado feudal. Dentro de los grupos aislados que, por haberse suspendido la circulación, han vuelto a caer en una civilización inferior, las oligarquías poseedoras se vuelven soberanas, porque disponen de medios de substistencia acumulados, lo cual les permite además asegurarse la dependencia de una importante clientela pasiva.

En muchos cantones y comunas, son los ricos quienes se convertirán momentáneamente en reyes, jefes sociales y amos del feudo. Y poco a poco, todos esos pequeños dominios, todas esas pequeñas oligarquías, van a coordinar sus esfuerzos para aplastar y rodear a la revolución inmóvil y vergonzante la cual, mientras creía estar privando al gobierno de todo medio de comunicación, se habrá aislado y disgregado a sí misma...

¿Significa esto que la idea de huelga general es vana, que se trata de un elemento sin ningún peso dentro del vasto movimiento social? De ningún modo. En primer término, he mostrado con qué condiciones y bajo qué forma podía acelerar la evolución social y el progreso obrero. En segundo lugar, para una sociedad constituye una terrible señal y una advertencia decisiva el solo hecho de que semejante idea pueda surgir en el seno de una clase obrera, que lleva todo el peso del orden social: es ella la que produce y crea. Si se para, todo se detiene. Y puede decirse de ella la magnífica frase que Mirabeau, primer pregonero de la huelga general, decía del conjunto del Tercer Estado, que reunía aún a obreros y burgueses:

“¡Tened cuidado! —gritaba a los privilegiados— no irritéis a este pueblo

que todo lo produce y que, *para ser terrible, le bastaría con permanecer inmóvil.*"

La clases poseedoras y dirigentes no han sabido acordar hasta el presente sino una parte demasiado exigua de potencia positiva a este proletariado dotado, sin embargo, de tan terrible potencia negativa. Dejaron a la clase obrera prácticamente sin posibilidad de confiar en la evolución legal; de ahí que aquélla se sienta como fascinada, y esto cada vez en mayor medida, por la idea de parar el trabajo totalmente. El paro general a punto de declararse, el corazón a punto de pararse: mirad a qué crisis interior y profunda nos han conducido los egoismos y la ceguera de los privilegiados, la ausencia de todo plan de acción. Es hacia el abismo de la huelga general revolucionaria donde el proletariado se siente impulsado cada vez con mayor fuerza, a riesgo de quebrarse cuando se precipite en ella, pero arrastrando consigo, durante muchos años, riqueza y seguridad de vida.

La huelga general —impotente como método revolucionario— es sin embargo, por el solo hecho de surgir como idea, un índice revolucionario de la mayor importancia. Se trata más de una advertencia prodigiosa para las clases privilegiadas, que de un medio de liberación para las clases explotadas. En el propio seno de la sociedad capitalista constituye como una sorda amenaza, la cual, aún cuando desemboque en última instancia en accesos impotentes, atestigua un desorden orgánico que solamente puede curarse mediante una gran transformación.

En fin, si los dirigentes cometieran la locura de atentar contra las pobres libertades adquiridas y contra los medios de acción del proletariado, ya por demás débiles; si amenazaran o violentaran el sufragio universal; si el derecho sindical y el derecho de huelga se volvieran ilusorios a causa de la persecución patronal y policial, la huelga general violenta sería ciertamente la forma espontánea de la insurrección obrera, considerada como un recurso supremo y desesperado, como un medio de golpear al enemigo, más que de salvarse a sí mismo.

Pero la clase obrera sería víctima de una funesta ilusión y de una especie de obsesión enfermiza, si tomara como un método de revolución lo que no puede ser más que una táctica de desesperación. Fuera de los sobresaltos convulsivos que escapan a toda previsión y a toda regla, y que son a veces el recurso supremo de la historia, cuando no queda ya otra salida, para el socialismo hay un solo método infalible: conquistar legalmente la mayoría...

La cuestión de la huelga general fue objeto, en los medios obreros y socialistas de Holanda, de ardientes controversias. La oposición se ha manifestado vivamente sobre este punto entre el Partido Obrero Socialdemócrata, cuyos principales representantes son Van Kol, Troelstra, Vliegen, Polack, etc., y las agrupaciones revolucionarias, antiparlamentarias, anarquistas, etc., representadas por Domela Nieuwenhuis y sus amigos.

1. Es el Partido Obrero Socialdemócrata de Holanda quien, concurrentemente con el Partido Obrero Socialista Revolucionario de Francia, ha tomado la iniciativa de inscribir en el orden del día del Congreso de Amsterdam a la huelga general. En el interior del Partido Obrero Socialdemócrata surgieron dos tendencias respecto de este problema: una desfavorable a la huelga general, cualesquiera fueran sus formas y sus propósitos, la otra acepta a la huelga general como arma política. La primera tendencia está representada en nuestra encuesta por Van Kol y Vliegen. La segunda tiene por intérpretes a la ciudadana Roland-Holst y la revista De Nieuwe Tijd. Esta última opinión es la que agrupó a la mayoría del POSD holandés en el congreso realizado en Dordrecht, en las Pascuas de 1904. El documento que publicamos más adelante, con la firma de Roland-Holst, es el resumen de la discusión que suscitó el informe presentado por la autora.

2. Christian Cornelissen, que nos da la opinión de las agrupaciones revolucionarias es, junto a Domela Nieuwenhuis, uno de los protagonistas más conocidos de la lucha llevada a cabo contra el socialismo parlamentario. Su respuesta formula con claridad el punto de vista que sostienen los propagandistas de la huelga general en Holanda.

I. PARTIDO OBRERO SOCIALDEMÓCRATA

1. H. Van Kol

Diputado en el Parlamento holandés

Durante las Pascuas, el Partido Socialista de Holanda discutió ampliamente el tema de la huelga general en el Congreso de Dordrecht. De antemano fue formulada una resolución, resultado de un compromiso entre los grupos que sostenían ideas divergentes. Aunque hubo acuerdo unánime de que en Holanda era imposible una huelga general por el momento y lo sería aún durante muchos años, había que tener en cuenta la situación en los demás países y no se quería descartar ese medio de lucha en casos imposibles de prever de antemano. Pese a una fuerte oposición que se basaba en una experiencia adquirida con gran sacrificio y en la perspectiva de las fuerzas actuales, el Congreso votó la siguiente resolución para ser sometida al Congreso Internacional de Amsterdam:

“El Congreso Socialista Internacional de Amsterdam,
Considerando:

Que es inútil tomar posición frente a la huelga general;

Que para el éxito de una huelga en gran escala son absolutamente indispensables una fuerte organización y una gran disciplina;

Que una huelga realmente general, en el sentido de que en un momento dado todos los obreros dejen de trabajar, es imposible porque impide toda existencia material, o sea también la del proletariado;

Considerando:

Que la liberación de la clase obrera no puede ser el resultado de ese esfuerzo repentino sino que en lugar de ello una huelga que abarcara algunos oficios importantes para la vida económica o sostenida por un gran número de sindicatos puede ser, en algunos casos, el único y último medio para obtener grandes transformaciones sociales o para defenderse contra atentados reaccionarios que amenacen los derechos de los obreros;

El Congreso advierte a los trabajadores para que nunca más se dejen arrastrar por la propaganda anarquista de la huelga general económica, cuyo resultado sería el debilitamiento de la lucha cotidiana, cuyas armas son proporcionadas por la acción sindical, política y cooperativa;

Y recomienda a los obreros socialistas el fortalecimiento de su unidad y su influencia en la lucha de clases para el desarrollo continuo de su organización porque sólo de ello dependerá el éxito de una huelga política que podría ser útil y necesaria en ciertos momentos y ciertos países, para alcanzar un objetivo determinado.”

Esta es la resolución aceptada por la mayoría y ahora diré lo que yo pienso:

Cuando no se quiere jugar con las palabras, la huelga general sólo es una utopía anarquista, una idea que surge en los países donde el movimiento socialista es débil o recién se inicia, una fantasía peligrosa de obreros mal organizados. Pues una huelga general económica exige una poderosa organización de clase, una solidaridad inquebrantable, una disciplina invencible y además sindicatos poderosos, que dispongan de fuertes sumas de dinero así como numerosos recursos de ricas sociedades cooperativas. Y el día en que el proletariado disponga de todos esos medios de combate, una huelga general será el peor de los medios porque se dispondrá de otras armas más eficaces y menos peligrosas para la clase obrera y más terribles para la clase capitalista. Mientras la burguesía tenga a su disposición la fuerza armada, la policía, la justicia y la legislación, este sueño anarquista no podrá realizarse y mucho menos logrará remplazar por ese medio la producción capitalista por el régimen socialista que sólo puede ser la consecuencia de grandes transformaciones sociales, de una evolución económica más o menos acelerada.

Y pese a todo, pese a las duras experiencias del pasado y del presente, esta idea, vieja como el socialismo, siempre reaparece. A pesar de los mayores esfuerzos realizados, ninguna huelga general (ya sea política o económica) triunfó, terminando en una inevitable transacción o en una derrota lamentable. Para Holanda sobre todo, que es un país comercial donde se deberían afectar los medios de transportes, una huelga, aún de grandes dimensiones, de los trabajadores portuarios o de ferrocarril, sería imposible, aún en un futuro bastante lejano. Con los obreros agrícolas no se puede contar, y los obreros industriales en Holanda sólo forman una pequeña minoría.

Además nunca debe olvidarse que una huelga general que merezca ese nombre debe imperiosamente terminar en la revolución violenta y ésta en las condiciones más malas que se pueda imaginar. Pues no es la clase poseedora la que más sufrirá la carencia de alimentos, la escasez de vestimenta y de combustible. No es ella la que primero se verá privada de cuidados médicos o de remedios y cuyos barrios se hallarán en un estado de suciedad peligrosa para la salud de los habitantes. Ella dispondrá, mediante su dinero y su influencia, de todas las reservas acumuladas en los negocios y quizá tenga tiempo de aprovisionarse para los malos días... Todo el peso de la escasez y la miseria caerá sobre la clase obrera sin recursos en estos días de carestía, mientras la burguesía vaciará, armas en mano, los negocios de las pocas sociedades cooperativas que deberían proveer a las necesidades de centenares de millares de familias obreras. Los ricos pueden abandonar el país cuando estalle la huelga, los obreros deben permanecer en sus casas y sufrir atrozmente la miseria. La clase gobernante no vacilará en ese caso, donde se cuestiona su existencia, de forzar a los mecánicos para que conduzcan sus máquinas con el revólver en la espalda y los sufrimientos exasperantes de los pobres provocarán inevitablemente pillajes que serán reprimidos con fusiles y ametralladoras. Es inexacto hablar de "una revolución con las manos en los bolsillos", pues los conflictos sangrientos serán inevitables.

Y estos conflictos se producirán sin que el proletariado esté preparado para esta lucha de vida o muerte, pues ésta se producirá en las peores circunstancias. Ya la amenaza de una huelga general impulsará a la clase tapón, es decir a la pequeña burguesía, en brazos de nuestros enemigos, pues esta clase es tan numerosa que recibirá los primeros golpes y tomará odio al proletariado, causa de sus desgracias. Todo lo que no sea decididamente socialista, o sea ahora y durante largo tiempo la mayoría de la nación, se colocará contra nosotros y fortalecerá a nuestros enemigos que ya disponen del ejército y del poder. Es cierto que seguramente la última lucha por el poder será violenta, pero es más cierto todavía que se llevará a cabo sin huelga general, en un momento en que, por el contrario, nos espera una dura labor. En todo caso, una huelga general con cualquier objetivo y sobre todo cuanto se trata de la conquista del poder es infinitamente más peligrosa que la rebelión a mano armada, de por sí tan difícil a partir de la invención de las armas modernas. La burguesía será forzada a emplear todos sus instrumentos de lucha cuando la miseria la amenace y su poder, su existencia misma, sean lo que está en juego en la lucha.

Por lo tanto, repudiamos con todas nuestras fuerzas a la huelga general, esta arma perjudicial y asesina para la clase obrera de antemano condenada a la derrota; repudiamos ese medio de lucha que aumenta la miseria del proletariado, diezma sus fuerzas y los llena de impotencia. Repudiamos la huelga general tanto cuando tiene un objetivo económico en la lucha contra la clase capitalista, como cuando detenta un carácter político y trata de conquistar el estado. Rechacemos esta idea nefasta que disloca toda la acción socialista democrática y apuesta todo a un solo golpe de dados, jugándose al todo o nada con la seguridad de perder.

Cuando llegue el día en que tengamos junto a nosotros a la mayoría del pueblo, aún sin tener una mayoría en el Parlamento y en el gobierno, cuando las organizaciones obreras formen un bloque revolucionario invencible, ese día venceremos sin huelga general, que desde el momento en que sea posible se tomará superflua. Pues cuando dispongamos de esa fuerza la clase obrera reorganizará el estado y la producción y la hora de la liberación habrá llegado. Pero mientras esperamos ese momento, no debemos transigir ante una consigna ruidosa pero vacía que data de los primeros tiempos del movimiento obrero, y debilita nuestros viejos medios de lucha, que ya han sufrido la prueba de fuego. Nuestro deber consiste en desenmascarar ese método anarquista, esa tragedia nefasta y advertir a la clase obrera contra ese medio de lucha que es peligroso, perjudicial e impotente.

Pese a todo ello, el congreso socialista holandés no ha creído conveniente descartar totalmente la huelga general de su plan de combate para *todos* los países, en *todos* los casos y en *todo* momento, para *todas* las generaciones futuras. Al pretender usar todos los medios lícitos en nuestro poder, el partido holandés, aunque casi unánime en su reprobación a la huelga general para su país, no quiso prescribir su táctica a todos los obreros del mundo.

Una resolución de un congreso internacional debe tener en cuenta que

pueden producirse casos excepcionales en que una acción similar a la huelga general sea inevitable y que no hay que rechazar ningún arma que pueda servir de amenaza contra la clase enemiga.

Cuando se hayan usado todos los medios disponibles para vencer la resistencia de la burguesía contra reformas políticas o económicas de interés para la clase obrera, una huelga temporaria en un sector importante de la vida, como el trabajo en las minas, por ejemplo, podrá ser útil durante un enfrentamiento.

Una demostración de corta duración puede arrancar a la clase gobernante algunos derechos políticos tales como el sufragio universal que de otro modo no se hubiese conseguido, pese a que una gran parte del pueblo está de parte de los obreros. Ese fue el caso de Bélgica, en 1893, cuando sólo la corta duración de la huelga evitó una derrota.

En ciertos países donde un poder político menos desarrollado, donde una organización militar más democrática ofrece menos obstáculos que en la mayoría de los demás países, una huelga demostrativa puede ser el último método extremo para defenderse contra las veleidades reaccionarias del gobierno, que sólo se siente apoyado por un sector de la población.

Esto se previó para no atar las manos a los socialistas de los demás países en casos que siempre constituirán una gran excepción, en un futuro donde se enfrentarán otras fuerzas. Aunque el congreso de Amsterdam acepte la resolución mencionada anteriormente, eso no significa que la huelga política será en lo sucesivo uno de los puntos del programa de lucha para el proletariado, junto a la lucha política, la acción sindical o las empresas cooperativas. Nuestro programa no tiene necesidad de mencionar casos tan excepcionales que probablemente nunca ocurrirán.

La resolución propuesta no quiere cerrar totalmente y en todos los casos posibles e imposibles la puerta a la huelga general, pero ubica frente a la puerta entreabierta tres guardianes: la prudencia, la sangre fría, el poder sobre sí mismo del proletariado. Y éste no puede ni pensar en ese medio sin antes haber conseguido, mediante un paciente trabajo, una organización fuerte, uniendo, mediante el sentimiento de lucha de clases, a la masa trabajadora que formará entonces una fuerza irresistible, inspirada por una convicción inquebrantable del poder revolucionario de la clase obrera.

“No podemos prever, decía Troelstra, lo que puede suceder, pero no es la generosidad de la burguesía lo que nos dará lo que debemos obtener.” Es necesario que sepa, entonces, que cuando nos impida combatir con nuestros medios ordinarios, el proletariado mantendrá siempre por encima de su cabeza esta espada de Damocles.

Pero el Congreso de Dordrecht coincidió unánimemente en que esta espada amenazadora no debía estar suspendida de un hilo de seda sino de una sólida sogá difícil de cortar. Pero sobre esto un futuro, aún lejano, decidirá.

2. Henriette Roland-Holst

Publicista

Para juzgar la resolución del congreso socialista holandés, no puede uno basarse exclusivamente sobre los acontecimientos que han marcado la huelga política del año pasado en Holanda. El Buró Internacional nos ha solicitado una resolución para el Congreso Internacional. Por consiguiente, en la medida de lo posible, debemos encarar el problema desde el punto de vista general: se trata de que nosotros precisemos la posición que debe tomar al respecto el socialismo internacional.

En primer lugar, la idea anarquista de la huelga general se plantea en oposición a la nuestra, y esto por tres razones. La huelga general absoluta, en el sentido que en un momento dado todos los obreros abandonen su trabajo, en forma tal que toda producción se paralice, ha sido considerada como imposible: no hay que caer en la ilusión de que la sola huelga puede producir una revolución brusca y completa en las fuerzas de las clases. En consecuencia, debe condenarse todo esfuerzo a favor de la huelga general, fuera de los medios de lucha experimentados por el proletariado (acción y organización sindicales, políticas y cooperativas). La concepción anarquista de la huelga general es por lo tanto diametralmente opuesta a la resolución; no se hace a los anarquistas la menor concesión.

Examinemos ahora la parte positiva del tema: la huelga contra los poderes públicos, la huelga política. Esta idea ha sido cabalmente adoptada por numerosos obreros que no son anarquistas. Nosotros rechazamos la huelga utópica; ¿no debemos entonces rechazar cualquier huelga política? La respuesta está estrechamente relacionada con nuestra concepción del desarrollo de la sociedad, y de la situación de las fuerzas sociales. ¿Habrà de reservarnos el futuro un crecimiento lento y propicio de la democracia y del socialismo? En el momento actual hay solamente un país, Francia, donde los acontecimientos nos dan la impresión de que el porvenir habrá de desarrollarse de la manera anotada.*

Pero, por ejemplo, en Alemania, Bélgica, Inglaterra y en nuestro país, comprobamos lo contrario: una reacción creciente y una lucha de clases cada vez más aguda. Considerando esto, planteo la siguiente pregunta: ¿puede el proletariado abandonar el único medio de fuerza que posee?

* Consideramos que la ciudadana Roland-Holst se hace una idea singularmente inexacta de la situación del socialismo en Francia, y de las relaciones de éste con la democracia: no se da un crecimiento paralelo, sino una tendencia de la democracia a absorber el socialismo. La acción de Millerand, Jaurès y sus partidarios, tiende cada vez más a sustituir los puntos de vista específicamente socialistas, por puntos de vista puramente democráticos. De hecho, replazan la noción de lucha de clases por la de colaboración entre las clases, y paz social. Esa es precisamente la idea esencial de la democracia más vulgar: no es en absoluto del socialismo. (H. L.)

El término "medio de fuerza" ha provocado una cierta conmoción en el seno del Congreso. Sin embargo, Troelstra, al hablar en su informe sobre las tarifas aduaneras, se refirió a los trusts y a los derechos de aduana, como a "medios de fuerza". No por ello debe pensarse en bombas; el término significa: medios a través de los cuales una clase fuerza a la otra.

En la hora actual, el único medio de fuerza que posee la clase obrera es la huelga; la negativa a pagar los impuestos, aplicada a menudo por la clase burguesa en su lucha, carece de valor para la clase obrera. Sin embargo, el proletariado puede encontrarse en una situación en la cual deba usar un medio de fuerza, ya sea para oponerse a atentados reaccionarios, ya sea para hacer aceptar reformas de mucha importancia. El compañero Vliegen apela a nuestros "viejos medios ya experimentados". La resolución apela a lo mismo. Pero ¿estamos seguros de que no nos despojarán de esos viejos medios experimentados? En Alemania se anuncia la posibilidad de un atentado contra el sufragio universal. En Sajonia, éste sería suprimido para el Landtag, en el caso de existir la posibilidad de que la socialdemocracia llegara a obtener la mayoría.

En Holanda, despojaron a un gran grupo de obreros del derecho de huelga, por utilizarlo de un modo que resulta peligroso para la clase capitalista.

Algunos dicen: ¡ese medio de lucha es peligroso hasta para nosotros mismos! No significa esto sin embargo, que nos sea perjudicial desde todo punto de vista. No es que quiera atenuar el peligro; cuanto mayores derechos adquieren los obreros, más pueden perder, y tanto más prudentes deben mostrarse en el empleo de este medio de acción. Pero el peligro no reside solamente en el carácter político de la huelga. El peligro de provocar un conflicto con el poder gubernamental, se encuentra en cada huelga importante, que afecte profundamente a la vida económica y social, inclusive cuando su objetivo no es más que la obtención de salarios más elevados, etcétera.

Cada huelga importante de mineros, trabajadores del transporte o portuarios, produce un disturbio en la vida social y proporciona al gobierno pretexto para intervenir. ¿Deben por ello los líderes de las diversas ramas sindicales decir a sus adherentes que se abstengan de toda huelga?

Vliegen dice: "Sí, pero en una huelga política, los obreros tendrán siempre a toda la opinión pública en contra." No siempre ocurre tal cosa. Ese fue el caso en Holanda, en 1903; ¿pero habrá de ser siempre así? Hay otras circunstancias probables —por ejemplo con relación al creciente poder de los trusts— que pueden volcar de nuestro lado a una parte importante de la clase media. O bien, si por ejemplo el gobierno pretendiera declarar una guerra impopular para sembrar la división en el país, es muy posible que la opinión pública se vuelque al campo del proletariado. En 1893, en Bélgica, una gran parte de la opinión pública era favorable a los obreros; muchos patrones liberales mandaban ellos mismos de vuelta a sus obreros, para hacerlos participar de la huelga.

Se apela a la experiencia adquirida a través de la huelga política, para condenarla. Pero cuando se hace mención solamente de la experiencia holandesa,

su mayor enseñanza consiste en lo siguiente: donde la organización sindical es débil, donde el proletariado está escasamente iniciado a la vida política, y tiene resistencias interiores, una huelga contra el estado no puede tener éxito. Si todavía hubiera entre nosotros algunos camaradas que confiaran demasiado en la eficacia de la lucha económica contra el estado, la espantosa miseria que la huelga de abril de 1903 desencadenó entre los obreros, les muestra claramente su error. La experiencia general, sin embargo, está muy lejos de ser tan desfavorable.

En Bélgica, la huelga tuvo como resultado la institución de un sufragio general, si bien todavía muy restringido. En Suecia, causó una impresión profunda. Fue en Holanda solamente donde la huelga tuvo como resultado un gran número de víctimas, una confusión de las organizaciones. Vliegen habla de la huelga sueca como de una "demostración con abandono parcial del trabajo". Pero, durante tres días, no hubo ni luz ni pan en Estocolmo. ¡Los trenes no anduvieron y los diarios no aparecieron! ¡Se trataba de una demostración de un carácter muy particular!

Además de los problemas de peligro y de hostilidad de la opinión pública, se ha planteado una tercera objeción importante: el problema de los medios de existencia. Es éste quizás el argumento más débil, cuando se refuta la huelga política; sin embargo, debemos tomarlo en consideración. Es cierto que el proletariado sufrirá las carencias antes, y más intensamente que nadie ¿pero no sucederá lo mismo en el caso de una huelga contra la patronal? Cuando por ejemplo los panaderos o los mineros declaran la huelga por un problema de salario, ¿no es acaso el proletariado el que primero sufre la falta de pan y combustible para calefacción?

Por otra parte, no se puede predecir cuál será la organización de una huelga política. ¿Podrían quizás las cooperativas de consumo suministrar alimentos? O bien, podría declararse la huelga por un lapso determinado, y los obreros podrían proveerse de alimentos para ese período. Aún más, de ser previsible que la clase capitalista pueda acaparar todos los alimentos de determinada industria, si esos productos son indispensables para el proletariado, cuando la huelga general estalla, no debe declararse en esa industria.

Nuestra resolución no se ocupa del tema de la extensión de la huelga. Tampoco se pronuncia sobre la posibilidad de la huelga política en Holanda.

Pero lo que no es posible en este momento puede serlo, por ejemplo, como resultado del desarrollo de la gran industria. Por lo tanto, nuestra resolución deja lugar libre a la huelga política, la acepta como un procedimiento de lucha al que el proletariado se verá obligado a recurrir en los casos excepcionales.

Sin embargo, frente al acceso a este medio de lucha, colocamos tres centinelas: la sangre fría, la sensatez y el dominio que de sí misma debe tener la clase obrera. Verdad es que el partido de oposición regula nuestra táctica, pero no completamente; demos tomar las precauciones necesarias para no caer en una emboscada. Nuestra resolución dice al proletariado: "No podéis pensar en una lucha económica contra el Estado, antes de acceder a un alto grado de fuerza y de unidad". Esta unidad reposa en la convicción

socialista y revolucionaria, en la conciencia de clase, en el reconocimiento de la unidad entre las diferentes partes del movimiento obrero.

Es necesario formar y educar a las organizaciones; todo debe actuar dentro de un conjunto perfecto y funcionar sin obstáculos; las cooperativas de consumo deben estar en condiciones de proporcionar la munición; la disciplina voluntaria debe ser aceptada con tal profundidad que, en caso de caer prisioneros todos los jefes, la lucha debe poder continuar con la misma calma y la misma sangre fría. La resolución se opone a las tendencias anarquistas, tanto más cuanto que insiste en que la organización y la lucha cotidiana continúen bajo todas sus formas, considerando que esto es el único medio de preservar, para el futuro, algunas posibilidades de éxito a una huelga contra el estado. Nos asegura el derecho de decir: "Habláis de la huelga contra el estado; realizamos el trabajo mediante el cual esa huelga se volverá posible, es decir, creamos la organización." Y nuestra resolución dice a la burguesía: "No nos dejaremos atrapar por vosotros en una emboscada; no renunciamos a ningún medio. Y si, ahora o más adelante, tenemos la ocasión de asestaros un golpe decisivo, gracias a nuestra fuerza económica, no la dejaremos pasar."

3. V. H. Vliegen

Redactor del Het Volk

No sé si puedo ser considerado una autoridad en el tema porque fui miembro de un comité que proclamó y dirigió una huelga general. En todo caso, quiero dejar de lado este hecho, olvidarlo en la medida de lo posible. Es ya bastante extraño que esta experiencia me haya transformado en adversario la huelga general, dado que yo era partidario de ella. Además, mi opinión no está determinada por las circunstancias secundarias que causaron el fracaso del movimiento en el que desempeñé un papel, sino que se basa en hechos que atañen directamente a la huelga general en sí misma y que se reproducirán, en consecuencia, en *toda* huelga general.

Se dirá: "La tentativa llevada a cabo en Holanda está lejos de corresponder a lo que se entiende por una huelga general; no estaba planteado el objetivo, el momento no era favorable y se carecía de los elementos orgánicos."

Pero estimo que se debe comenzar por considerar la idea de la huelga general tal como fue difundida por nuestros padres y hasta ahora y preguntarse si se la acepta así. En caso negativo, hay que preguntarse si no se puede extraer alguna enseñanza de esta concepción. Con frecuencia es posible tornar realizable una concepción que surgió bajo una forma impracticable. Basta con haber descubierto su defecto esencial.

La pregunta que se plantea ante todo es la siguiente: ¿Qué hemos

observado hasta el presente con referencia a este tema? Es difícil establecer en qué país la idea de la huelga general fue formulada por primera vez. En cuanto al primer ensayo de aplicación, tuvo lugar en Bélgica en 1893, utilizándolo el proletariado socialista en la lucha por el sufragio universal. Fueron principalmente los mineros los que imprimieron a esta tentativa un fuerte impulso. Sería ocioso preguntarnos cómo hubiera terminado si el gobierno hubiese resistido resueltamente el asalto proletario. Una nueva tentativa, la de 1902, fracasó lamentablemente, mientras la clase obrera había estado fortificada por casi diez años de propaganda y de organización.

En Francia, los mineros iniciaron algunos intentos de huelga general. En España, los trabajadores de Barcelona intentan cada tanto un movimiento de ese tipo.

Más importante fue la huelga general que siguió en Suecia a la agitación de 1902. Pero en este caso no era cuestión de éxito ni de fracaso propiamente dicho puesto que sólo se trataba de una demostración de la voluntad de los trabajadores y no se pretendía obtener un éxito directo.

También tuvimos en Holanda, a comienzos del año anterior, un ensayo de huelga general para obligar al gobierno a retirar un proyecto de ley que suprimía el derecho de huelga para los ferroviarios y para los obreros de los servicios públicos y que también contenía disposiciones draconianas destinadas a "proteger la libertad de trabajo". Por una parte, es indudable que el proletariado holandés no se manifestó entusiasta de cruzarse de brazos: en todo el país pararon alrededor de sesenta mil hombres, de los cuales treinta mil eran de Amsterdam. Pero por otra parte, el movimiento abarcaba precisamente a aquellos obreros cuyo trabajo es indispensable para el funcionamiento económico de la sociedad, tales como los ferroviarios, los portuarios, etcétera.

Al igual que en las dos experiencias belgas y en la experiencia sueca, en la experiencia holandesa se trataba del empleo de la huelga general como arma en la lucha política.

En Francia, lo que los mineros exigían de la huelga general era que decidiese al Parlamento y al gobierno a otorgarles cierto tipo de reformas. Y recientemente, en París se volvía a hablar de una huelga general para obtener una ley que suprimiese las agencias de colocaciones.

No examinaremos aquí una huelga general de orden económico, es decir aquella a la cual se unen los trabajadores que no tienen intereses en juego pero se solidarizan moralmente con sus camaradas en lucha, como ocurrió por ejemplo en Ginebra. No la estudiaremos puesto que no constituye un ejemplo de aplicación de la huelga general a la lucha política.

Pero en Francia, los anarquistas y los sindicatos consideran a la huelga general de manera distinta a los ensayos de realización que acabamos de describir. Los anarquistas creen haber hallado en la huelga general el tipo de acción mediante el cual se puede *reemplazar la acción política*. En ninguna parte esta concepción de la huelga general se propagó tan fácilmente como en Holanda, donde el movimiento anarquista, que languidecía desde 1896

y 1897 debido a la falta de medios de agitación y de lucha, se reanimó gracias a esta panacea y adquirió una nueva fuerza expansiva.

No es necesario extraer de los textos anarquistas una exposición de esta idea. Aquí en Holanda, todo miembro de un sindicato conoce el tema de memoria. Cada vez que una huelga no posee por sí misma la fuerza necesaria para triunfar, se recurre a una huelga de solidaridad para poder obtener la victoria. Debido a esta idea fundamental se produjo la huelga declarada en los ferrocarriles holandeses el 31 de enero de 1903. Como los portuarios estaban en huelga, los ferroviarios se negaron a transportar mercancías provenientes de los puertos y destinadas a ellos, donde sólo podrían haber sido desembarcadas o embarcadas por esquiroleos.

La aplicación de esta idea de solidaridad incluirá en el movimiento a un número cada vez mayor de gremios, de modo tal que finalmente todas las huelgas siempre triunfarán. Se recurrirá de ese modo a la huelga general, en la cual los trabajadores se negarán sobre todo a transportar tropas y paralizarán por todos los demás medios el mecanismo gubernamental. De este modo no se *conquista* los poderes del estado sino que se los *elimina* y se expropian los medios de producción. El desarrollo completo de la tesis puede leerse en *La conquista del pan* de Kropotkin.

¡Además, hay hombres que se dicen realistas que ven en la extensión del sistema cooperativo de producción el comienzo del nuevo orden social, el cual deberá indudablemente organizarse tal como lo expone Emile Zola en su novela *Trabajo!*

Esa es la idea que parece prevalecer en Francia en las Bolsas de Trabajo, entre los partidarios de la huelga general o al menos es la concepción aparentemente más difundida, pues en estos temas nunca hay unidad de pensamiento. Pero esta es la idea que se ha desarrollado ante mí muchas veces, tanto en París como en Amsterdam. La reproduzco para demostrar que la idea fundamental se contradice en forma absoluta con el socialismo.

Por más tonta que aparezca esta quimera a los ojos de los proletarios que tienen cierta educación política, por más violentamente que sea rechazada por todo aquel que conoce el desarrollo normal de la sociedad, sin embargo para los sindicatos, esta idea es muy seductora. Es imposible negar la existencia de una cierta desinteligencia entre los dos movimientos obreros, el político y el gremial. Este último desearía ser totalmente independiente del primero. En Francia y en Holanda, las organizaciones políticas viven en estado de perpetua hostilidad con un sector de las organizaciones sindicales. Si no me equivoco, en Alemania ocurre algo parecido. Y en Inglaterra, desde hace alrededor de diez años las organizaciones políticas se esfuerzan por adquirir influencia sobre las trade-unions pero su éxito, en este sentido, es mediocre. Esta oposición, que constato sin tratar de dilucidarla, explica por qué los sindicatos francés, holandés y otros consideran a la idea de huelga general como excelente caldo de cultivo, a esta idea que debe permitir a las organizaciones corporativas conducir a la clase obrera hacia el nuevo orden social, sin ninguna otra ayuda y que, en consecuencia, torna inútil el movimiento político.

Hay que reconocer que en las concepciones de los trabajadores de todos los países persiste una gran dosis de utopismo y la idea de la huelga general es muy conveniente para alimentar las imaginaciones inclinadas a la utopía. La resurrección del movimiento anarquista que se produce en Francia y en Holanda como así también en Bélgica y Suiza, para no hablar de España, es atribuible en gran parte al poder de atracción de la idea de huelga general tal como lo expuse anteriormente.

Y si los medios socialistas tienden a estudiar la idea de la huelga general, si se la comienza a considerar con atención, ello se debe a que también se comienza a dudar de la eficacia de la táctica observada hasta ahora y se piensa del siguiente modo: "Somos fuertes mientras la lucha con la clase dominante se mantiene en el terreno legal, pero el proletariado ya no tiene ningún medio de combate desde el momento en que la clase dominante está dispuesta a violar la legalidad o a modificar las leyes de acuerdo con sus intereses." Aquí hay un vacío a llenar en el arsenal de la clase obrera, y se lo llena con la huelga general.

Ahora bien, existen dos modos de aplicación de la huelga general a la lucha política. Uno, que puede ser calificado de inmediato, consiste en su aplicación en un momento en que el proletariado militante aún se halla en minoría. La huelga general es empleada entonces para la conquista del sufragio universal, para la resistencia contra una restricción del derecho del sufragio, para la salvaguardia del derecho de coalición, etc. . . . Este es el tipo de huelga general que ya hemos tenido en Holanda.

Puede suceder, como por ejemplo en Bélgica en 1893, que la reivindicación por la cual se moviliza el proletariado sea tan popular que el gobierno no tarde en capitular porque ve reunidos en su contra al proletariado no socialista y a la pequeña burguesía y no se siente seguro de ser apoyado con firmeza por la burguesía propiamente dicha. En esas circunstancias, la huelga general puede triunfar, pero no es necesaria. En 1893, el parlamento belga, al que se quería intimidar, era ya en los hechos una constituyente. La revisión de la constitución estaba decidida. Los delegados de los trabajadores se consideraban tan poco dueños de la situación que se conformaron con el sufragio plural. A mi criterio, el actual sistema electoral habría podido ser obtenido sin huelga general.

Además, un hecho muy elocuente es que desde ese momento el gobierno belga no retrocedió ni ante una amenaza de huelga general ni aun ante una huelga general. En 1896, los trabajadores se preparaban ostensiblemente para la huelga general para anular la ley relativa a las elecciones comunales y en 1902 declararon la huelga general. En el primer caso, los diputados socialistas pudieron, gracias a una astucia parlamentaria, obtener una concesión, que era sólo aparente, pero que bastó para que inmediatamente finalizara la huelga sin que nadie se preguntase qué repercusión había tenido este aborto sobre la organización de la clase obrera. En el segundo caso, el gobierno se decidió a resistir y la lucha terminó con la derrota de los trabajadores.

Y en Holanda, donde hay muchas más cosas a eliminar que a conquistar, tampoco tuvimos éxito. *Contra un adversario resuelto, que tiene detrás suyo*

a todas las fuerzas de la burguesía, la huelga general no puede hacer nada. Todo conflicto de este tipo se convierte en una lucha a la cual en última instancia, sólo resta plantear la siguiente cuestión: "¿Quién es el más fuerte, el gobierno o el movimiento obrero?" Ahora bien, éste es el más débil y lo seguirá siendo mientras permanezca en una situación de inferioridad con respecto a la clase dominante desde el punto de vista del número y de la organización de los partidarios. Toda lucha que tiene por objeto obligar al gobierno, por cualquier medio extraparlamentario a hacer o deshacer algo no tarda en poner en juego los poderes del estado.

Yo no sé aún por qué en semejante circunstancia, el movimiento obrero es siempre el más débil. Quiero ante todo examinar la nueva concepción vigente en la actualidad en materia de huelga general, que el camarada Hilferding expuso recientemente en la *Neue Zeit*¹ y a la que he respondido. Si entiendo bien, el camarada Hilferding imagina la situación del siguiente modo:

—Hemos conquistado la mayoría parlamentaria y la mayoría del pueblo está con nosotros, pero la clase dominante, fortalecida con el apoyo del ejército, permanece en el gobierno, conserva los poderes públicos.

—O bien: Contamos con la mayoría de los sufragios, pero las circunscripciones electorales son distribuidas de tal modo que el capitalismo conserva la mayoría parlamentaria.

—O también: La burguesía realiza un golpe de Estado, anula el sufragio universal y gobierna contra la mayoría del pueblo.

Lejos de mí la intención de afirmar que esas situaciones no se darán nunca. Por el contrario, las considero muy probables. Pero este no es el problema que debo resolver ahora. Lo que no llego a comprender totalmente es la utilidad que podría tener la huelga general en una de las tres situaciones referidas.

Ahora quiero abordar el examen de algunas características comunes a todos los tipos de huelga general.

¿Qué es la huelga general? ¿Cómo intimida a la clase dominante? Se nos responde: mediante la paralización de la producción.

Cuando la producción se detiene, toda la vida social se torna imposible. No se fabrican alimentos, los transportes son interrumpidos, aparece el hambre. Si es invierno, tampoco hay calefacción. Y así sucede en todos los órdenes.

De acuerdo, ¿pero quién será el primero en sufrir el hambre? El proletariado. ¿Y quién sentirá frío? El proletariado.

Evidentemente, toda la sociedad se debate en medio de una crisis terrible. Pero como en todos los tipos de crisis, sólo el proletariado sufrirá más duramente.

Hemos podido comprobar esto en Amsterdam, en abril del año pasado. Los portuarios se hallaban en huelga y el transporte de los productos por ferrocarril estaba totalmente paralizado. Los panaderos tampoco trabajaban. ¿Qué sucedió? Los burgueses enviaron a sus criados a comprar víveres hasta

¹ Véase más adelante, en la parte dedicada a *Austria*, la opinión de Hilferding.

en los barrios obreros con lo cual los precios de los alimentos en esos lugares subieron velozmente.

Los gasistas estaban en huelga. Como la reserva de gas ya estaba casi agotada, hubo que conseguir petróleo y bujías. ¿Pero quién estaba en condiciones de adquirir estos elementos y quién tuvo que quedarse sin luz?

En resumen, si la huelga general torna imposible la vida para todo el mundo, es al proletariado a quien la muerte amenaza primero.

Cualquier sector de la producción que se inmovilice, perjudicará ante todo al proletariado. En su propio beneficio, el proletariado se verá obligado a retomar el trabajo.

Nuestros utopistas de la huelga general declararon en varias oportunidades: "La razón de ser de nuestras cooperativas es justamente que producirémos para nosotros y no para los capitalistas."

Admitiendo que la clase capitalista cuente aún con el apoyo del ejército —cosa muy probable porque si el ejército no estuviese con la clase capitalista la huelga general sería totalmente inútil—, entonces no hay que ser muy perspicaz para reconocer que el gobierno se apoderará de los negocios proletarios y pondrá los productos en circulación, aunque más no sea para ganarse el apoyo de los menesterosos, del subproletariado.

Pero aún en el caso en que los acontecimientos no se produjesen de ese modo, es imposible creer que sólo los trabajadores dispondrían de provisiones. Cuando la huelga general sea preconizada durante años y la clase capitalista y el gobierno consideren la posibilidad de que se produzca, ya vamos a ver quién estará en condiciones de acumular más provisiones.

Además, no todo el mundo abandonará su trabajo. Suponiendo las circunstancias más favorables, seguirán trabajando un número considerable de obreros. En nuestro país, los alumnos de la escuela politécnica se apresurarán a ofrecerse como mecánicos y como choferes. Todos pueden llegar a saber hacer su pan. La navegación y el transporte por ferrocarril seguirán funcionando gracias al ejército. Las grandes fábricas ya no funcionan pero es imposible que la producción sea totalmente interrumpida. Pese a la más ardiente de las propagandas, siempre habrá distritos donde se trabajará a ultranzas; hasta aumentar la media de rendimiento. Sí, en el corazón de cada ciudad, la industria continuará, en cierto modo, viviendo. Y cuando sea preciso, los capitalistas no vacilarán en emigrar hacia los lugares adonde no ha llegado la huelga.

¿Y quién comprará los productos cuyos precios se han elevado aceleradamente? ¿Lo hará el proletariado?

Cuando en abril de 1903 las organizaciones obreras de Holanda emprendieron la lucha (debo aclarar que desde un principio me opuse a esta huelga general pero, al hallarme en minoría, acepté la decisión de la mayoría) me pregunté o, más bien, nos preguntamos qué condiciones debía cumplir un movimiento de este tipo para tener éxito. No encontré la respuesta. Cada ampliación del movimiento era un paso en falso más.

Creo que la emancipación socialista no depende felizmente de las condiciones que podrían ser creadas o eliminadas por un acto brusco del proletariado

o de la clase dominante. Muchos gobiernos reaccionarios fueron obligados a realizar reformas sociales y muchos gobiernos antisocialistas deberán realizar actos socialistas cuando las circunstancias económicas así lo exijan.

La victoria del socialismo sólo será la resultante de un desarrollo económico, sobre el cual los gobiernos no podrán ejercer influencia, en muy pocas ocasiones decisivas; entonces será conveniente acelerar o frenar muy poco ese proceso. La huelga general sólo puede llegar a trastornar por un tiempo la vida económica. Y en esa situación, el socialismo siempre va a perder.

En cuanto al caso de que la burguesía impida al proletariado el acceso a los poderes públicos por la vía legal, es tan lejano que todavía es imposible hablar de él. De lo que sí estoy seguro es de que la huelga general no es el remedio para esa situación.

4. De Nieuwe Tijd

Revista socialista mensual holandesa

Informe de la redacción de *De Nieuwe Tijd* al Comité Directivo del Partido Obrero Socialdemócrata de Holanda

La huelga general que es el tema de este informe es la huelga política, la huelga contra el estado. No es la huelga de un gremio aislado contra un patrón, o contra varios o contra una asociación de patronos; no es tampoco la huelga de varios gremios en solidaridad con una huelga declarada contra la patronal en otro sector. Es toda huelga dirigida contra el estado como medio de demostración o de constricción, cualquiera que sea su amplitud o su condición de defensiva u ofensiva.

La calificación de huelga *política* es la mejor para esta categoría. La huelga política interesa directamente a la socialdemocracia en su condición de partido político. El otro tipo de huelga sólo afecta a los sindicatos. Sin embargo, toda gran huelga económica perturba indiscutiblemente la vida pública y adquiere así figura de huelga política. Todo lo dicho en este informe es aplicable a este tipo de huelga.

Para la socialdemocracia, la huelga política no es un medio llamado a remplazar a la acción política o parlamentaria. No creemos en una táctica consistente en incitar incesantemente a una acción defensiva u ofensiva contra *el gobierno a los trabajadores libremente agremiados, y más aún sin haberlos* entrenado, educado, organizado por y para la lucha parlamentaria.

Estamos persuadidos de que esa táctica haría del proletariado el perdedor en cada conflicto. Para nosotros, el único medio de vencer definitivamente y en todas partes a la burguesía o de enfrentársele con éxito consiste en preparar una organización socialista lo más sólida posible, federaciones sabias

y largamente instruidas y disciplinadas. Por esa razón no imaginamos que una huelga general o política pueda derrotar al capitalismo. Su organización con su producción económica y mental y sus armas políticas es tan vasta y poderosa que es imposible trastocarla con un único y simple procedimiento, destruirla con un solo golpe. Si alguien cree en este medio aislado, ello se debe a que no conoce las fuerzas del enemigo y su propaganda desvía a la clase obrera de su ruta normal.

Ante todo es preciso que en el mismo seno del proletariado se desarrolle la potencia de las organizaciones. La revolución burguesa fue una guerra de poseedores contra poseedores, de dirigentes económicos contra dirigentes económicos. Y luego sólo tendió a constituir una sociedad de individuos. Los proletarios, por estar aislados, son muy débiles, y quieren fundar una sociedad de colectividades. Por lo tanto, no pueden obtener la victoria ni aún arriesgarse a luchar antes de que el proletariado no posea nuevos organismos de lucha.

La desorganización del capitalismo es imposible sin esos organismos. Pretender la desorganización del régimen actual no es querer la desorganización total sino la *organización del nuevo régimen*. La lucha corporativa, la lucha política, las cooperativas, son medios o instrumentos con ayuda de los cuales se crean nuevos organismos junto al viejo organismo. Del mismo modo, los trusts y la gran industria son también jóvenes órganos cuyo crecimiento puede hacer estallar el cuerpo que los contiene.

Además, ¿quién conoce la evolución futura con suficiente seguridad como para arriesgarse a afirmar que ese "es el medio radical", y más aún, el único medio radical para lograr la realización del socialismo? Los anarquistas piensan de este modo cuando declaran que "la acción sindical se basta a sí misma" o que "no existe ningún otro procedimiento excepto la huelga general, que abarque también la de los soldados".

Sin embargo, sólo hay que observar al trust, esa esfinge tan inquietante y multifacética, para preguntarse si no se trata de un instrumento destinado a frustrar la acción sindical y, en consecuencia, a imposibilitar toda huelga. Por otra parte, ya es sabido que el estado sólo necesita una ley para destruir el movimiento corporativo. La socialdemocracia se cuida muy bien de formular profecías tan utopistas como detalladas. Busca sus armas en la evolución normal del mundo, sin pretender que sean las únicas buenas, ni que sean buenas siempre y en todas partes.

Los reclamos que los trabajadores formulan contra el estado se multiplican con el desarrollo de su conciencia de clase y de su organización. Pero los grandes financistas, que día a día se convierten en los dirigentes de la política capitalista, estiman siempre insuficientes sus ganancias, se niegan cínicamente a que la población obrera se beneficie con los gastos no obstante enormes del estado y se ingenian para que la deuda pública aumente en proporciones vertiginosas.

Por una parte, el militarismo y el imperialismo, el proteccionismo, la decadencia del liberalismo, el despertar de la reacción; por otra parte, el hecho de que no se elabore una legislación obrera o que se la trate con

demasiada negligencia, todo esto no puede sino determinar una ampliación y una agudización continuas de la lucha en el terreno político.

Simultáneamente, vemos cómo la clase obrera es consciente del aumento de riqueza y de poder del enemigo, y también de sus propias fuerzas y busca nuevas armas que le permitan luchar con mayor eficacia, con más probabilidades de éxito y quizás victoriosamente.

Entre esas nuevas armas, la huelga general es la que más se menciona actualmente y ya ha sido empleada en algunos lugares. En todas partes aparece en el primer plano de la discusión, y ello debido no tanto a los esfuerzos de sus defensores, los anarquistas, sino a consecuencia de la continua ampliación de los conflictos.

Todo aquel que pertenezca a las filas del proletariado consciente debe esperar con curiosidad el juicio que nos merece esta arma y congratularse de que el curso de los acontecimientos nos haya llevado a experimentarla. La ampliación de los conflictos preanuncia golpes decisivos muy próximos, preanuncia la victoria.

La socialdemocracia condena igualmente los tres criterios según los cuales el capitalismo puede ser vencido por el cooperativismo solamente, o por el sindicalismo, o por la acción parlamentaria únicamente. No creemos en una apoteosis ni de los cooperativistas, ni de la huelga general, ni de una mayoría parlamentaria. Hay algo que siempre debemos tener muy presente: el enorme poder de nuestro adversario le permite suprimir nuestras armas e inutilizarlas. Por eso limitémonos a utilizar los procedimientos que, en una circunstancia dada, nos parecen más convenientes, estando además siempre dispuestos a cambiar esos procedimientos por otros, persuadidos de que tarde o temprano se corroborará la eficacia de esa modificación.

En el *Manifiesto comunista*, con el título de "Burgueses y proletarios", Marx describe la expansión de la lucha de clases. Al comienzo, los trabajadores combaten aisladamente, luego la lucha engloba a todos los trabajadores de una fábrica, después se extiende a los trabajadores de todo un sector de la industria. Más tarde el fenómeno aún ha ganado en profundidad y amplitud. Las ligas patronales enfrentan a las coaliciones obreras de un extremo al otro de un gran país, y la interdependencia de la industria y de los medios de transporte determina la explosión de huelgas simultáneas en muy diversos sectores de la industria. Ya se piensa tanto desde la derecha como desde la izquierda en huelgas internacionales. Es imposible que las cosas ocurran de otro modo. La producción y los medios de transporte se concentran incesantemente, la división del trabajo progresa infinitamente, cada industria tiende cada vez más a responder a las necesidades del mercado mundial, y el proceso de la producción tiende a armonizarse universalmente, aunque con bastante incoherencia aún. Por lo tanto, es ineludible que la lucha entre el capital y el trabajo englobe a pueblos enteros.

Pero no solamente en el terreno económico se dan hechos de este tipo. Los enfrentamientos entre el estado y la clase obrera son cada vez más violentos. A medida que se desarrolla el capitalismo, el estado —que protege a la sociedad burguesa con ayuda de la burocracia y del militarismo pero que,

gracias también a estas dos fuerzas, se ha convertido en una potencia autónoma— exige siempre más para sí mismo. Las cargas que pesan sobre la población obrera y la parte de plusvalía social que reivindica el estado aumentan constantemente y superan ampliamente lo que se le restituye a los trabajadores en forma de seguros, jubilaciones, etcétera.

Antes de entrar en consideraciones teóricas generales sobre este nuevo medio de lucha, debemos plantearnos esta pregunta: ¿existen otros medios del mismo tipo? Es evidente que la huelga política es un medio extremo y peligroso, al menos para este momento. ¿Por qué? Porque con ella se afecta al estado, es decir al más amplio y alto organismo de la sociedad capitalista. Se afectan todos los intereses de la burguesía y entonces, ante sus ojos, la mínima concesión hecha ante este procedimiento violento equivale a una abdicación parcial de su dominación, a una primera confesión así formulada: el proletariado es decididamente más poderoso que la clase poseedora. De modo que debemos preguntarnos si no existen otros medios de coerción a los que pueda recurrir la clase obrera y que le ofrezcan mayores garantías de éxito. Ahora bien, si recorremos la historia nos hallamos con:

1) *El levantamiento en armas*. Pero no hay ni que pensar en él mientras el ejército siga siendo una herramienta pasiva en manos del gobierno.

2) *La negativa a pagar impuestos*. Pero el proletariado paga tan pocos impuestos directos que esta medida es ineficaz.

3) *La negativa a cumplir con el servicio militar*. Pero esta decisión conduce a la prisión en épocas de paz y a la pena de muerte en tiempos de movilización.

El único medio que queda es la huelga política. El proletariado no tiene otro procedimiento de coerción a su disposición, al menos para comenzar.

Aquí hay un punto esencial sobre el cual llamamos la atención de nuestros camaradas. Pues se deduce que, al alcanzar pura y simplemente esta forma de lucha suprema, tanto para el ataque como para la defensa, se niega al proletariado el recurso de la fuerza. El sindicato, el derecho del voto, la cooperativa pueden ser suprimidas simultáneamente mediante una acción legislativa. El desarrollo progresivo legal deseado por la socialdemocracia puede ser obstaculizado por un golpe de estado. ¿Entonces qué sucederá si para hacer frente a estos procedimientos violentos no contamos con ningún medio de lucha también violento? No recomendamos ahora la huelga general pues es demasiado evidente que en este momento constituye un instrumento muy peligroso de manejar. Solamente planteamos a los camaradas la siguiente pregunta: ¿qué harían ustedes en el caso de que rechazaran totalmente el empleo de este medio?

Algunos creen que poco a poco un sector considerable de la burguesía engrosará nuestras filas, que los liberales y los progresistas se verán cada vez más obligados a contraer compromisos y alianzas con nosotros, *que en esas coaliciones seremos los más fuertes* y que éstas no nos dividirán temporariamente, ni debilitarán a la masa del proletariado otorgando concesiones insignificantes a solamente un sector de la clase obrera y que nuestros pretendidos aliados no nos volverán la espalda cuando se trate de intereses positivamente

importantes. En otros términos, algunos piensan que el abismo entre poseedores y no poseedores no es tan profundo, que finalmente la burguesía no empleará la violencia contra nosotros y que nosotros destruiremos la propiedad individual, *cosa que la evolución histórica nos obligará a hacer*. Los que piensan así pueden afirmar: rechazamos la huelga política porque existe una vía mucho más segura.

Pero no existe ninguna manifestación de tal pacificación de los espíritus en un sector realmente notable de la burguesía. Por el contrario, en todos los países predomina la reacción. Proteccionismo, militarismo, imperialismo, esos son los medios que en todas partes emplea la burguesía para fortalecer su poder y al mismo tiempo la opresión de los trabajadores. En comparación con esto, nuestras migajas de legislación obrera son lo que una rebanada de pan en un banquete. En Francia e Italia, es decir los dos únicos países donde los radicales se han visto obligados a buscar el apoyo de los socialistas, éstos llegaron a establecer un balance entre los beneficios y las pérdidas de sus intereses de clase. La escisión determinada en el proletariado por la alianza Millerand-Galliffet y la confusión provocada entre los trabajadores por los votos de Jaurès en favor de los fondos secretos, del envío de tropas contra los huelguistas, etc., todo ello compensa ampliamente las ventajas de la ley Millerand sobre la jornada de diez horas.

Si decimos todo esto, no es para tomar partido sino para citar simplemente lo que puede servir para demostrarnos que, aún en las mejores condiciones, no se trata sin embargo de atenuar la oposición de las clases y con mayor razón de inmovilizar temporariamente al partido en un problema determinado.

Es preciso que los camaradas nos comprendan bien. No negamos dogmáticamente la posibilidad de que un sector de la burguesía adopte el socialismo como el único remedio ante los males crecientes del capitalismo. También es posible indicar hechos que tornan sensible, aunque débilmente, la *probabilidad* de que ocurra algo de ello. Pero afirmamos que mientras esperamos observamos lo contrario, es decir, de una manera general, una expansión mucho más rápida del poder político y económico de la burguesía que del proletariado y, en particular, un reverdecimiento de las ideas reaccionarias.

Dado el visible crecimiento de las fuerzas de la gran industria y de las altas finanzas, creemos que el antagonismo de las clases se agravará aún más. Por lo que se puede juzgar, el proletariado se verá frecuentemente obligado a oponer la coacción a la coacción. Por lo tanto, estimamos que es absolutamente indispensable continuar observando nuestra táctica tradicional previendo siempre las eventualidades menos favorables, es decir descontando la incesante agudización del antagonismo de clases, y estimamos que, en consecuencia, no hay que rechazar el empleo de la huelga política con el pretexto de que la evolución económica bastará para conducirnos hacia nuestros objetivos.

Si ahora nos ocupamos de la posibilidad de una huelga dirigida contra el estado, debemos comenzar por comprobar que, de las experiencias realizadas hasta este momento, es bastante difícil deducir algún argumento que hable en favor del empleo de esta arma de lucha.

En los países donde el proletariado, la clase obrera, no tiene nada que perder y todo por ganar, la huelga general es seguramente el medio que se impone. El proletariado, que frecuentemente se ve obligado a tomar la ofensiva y que hasta se ve privado, en ciertas oportunidades, de la libertad de expresión y de asociación, aprende, mediante la huelga general, a conocer su propia fuerza, su importancia en el proceso de la producción. Pero en la Europa occidental, el proletariado tiene algo que perder, aunque más no sea su organización y algunos derechos obtenidos. Por eso la experiencia demuestra que el arma en cuestión debe ser manejada con mucha prudencia. Los belgas la utilizaron una vez con éxito pero en una segunda oportunidad, como el gobierno estaba prevenido desde algunos meses atrás, se llevaron un fiasco. En Holanda la huelga política fracasó totalmente. En Suecia, la huelga llevada a cabo para conseguir el sufragio universal triunfó, pero el camarada Branting, en su informe a la comisión especial nombrada por el comité directivo del partido sueco, afirmó que si se recomenzaba las posibilidades de éxito serían infinitamente menores. La burguesía no esperaba esta huelga, que por otra parte sólo era una demostración. Y luego el movimiento duró muy pocos días y no tuvo ningún objetivo positivamente directo.

Esos ejemplos no son demasiado optimistas. Demuestran que la huelga general, organizada como forma de demostración, tiene posibilidades de éxito cuando estalla por primera vez en un país determinado, pero cuando es emprendida por segunda vez, y más aún si el gobierno sabe que se está preparando, corre el riesgo de terminar en una derrota.

El argumento de Liebknecht según el cual la huelga general es inútil porque si puede ser realizada es porque están dadas las condiciones para expropiar a la burguesía, no nos parece correcto. Solamente mediante la práctica puede manifestarse la fuerza con la que se cuenta, más aún cuando la propia práctica es, a su vez, un factor de crecimiento o de disminución de la fuerza.

Pero otras objeciones muy importantes han sido formuladas. La principal consiste en afirmar que la burguesía está en condiciones de soportar durante un mayor tiempo que el proletariado una paralización del transporte de productos. Por cierto que en toda huelga siempre hay un punto crítico.

En todo caso, este argumento es muy grave en lo que respecta a la huelga general de *todos* los trabajadores, tal como la sueñan los anarquistas.

También hay otras objeciones de peso, tales como las referidas al debilitamiento temporario de las organizaciones, los sacrificios necesarios, la reacción que sucede a la derrota, etcétera.

Es imposible desconocer las dificultades de este tipo de huelga, y la socialdemocracia, si quiere adoptar una resolución al respecto, tiene, en consecuencia, el deber de comenzar por aconsejar a los trabajadores la mayor prudencia posible.

¿Hay que rechazar la huelga política? ¿Su realización es absolutamente imposible? ¿Debemos conformarnos con este reconocimiento desesperado de que no tenemos a nuestra disposición ningún medio de coacción? No creemos que sea así. Creemos que si pensáramos esto cometeríamos un error equiva-

lente al de los anarquistas cuando, por el contrario, pretenden que la huelga política es la única arma.

Consideramos a la huelga política como verosímelmente necesaria en un futuro y como posible en ciertas condiciones.

En primer lugar, como demostración pacífica, para el 1º de mayo por ejemplo. En segundo lugar, como demostración ofensiva o defensiva, por ejemplo en pro o en contra de una ley, demostración de pocos días de duración como la de Suecia. En tercer lugar, cuando sólo abarca a un sector relativamente restringido de la clase obrera como los portuarios, los ferroviarios o los mineros, y los camaradas son enérgicamente apoyados por el resto del proletariado. Es cierto que el argumento según el cual la burguesía estará en condiciones de prolongar el conflicto sin verse perjudicada es válido en este caso, pero tampoco es absolutamente seguro que no se vea obligada a ceder. Eso dependerá de las condiciones temporales y de lugar. Es imposible instituir reglas absolutas, pues la derrota del proletariado no es fatal. Por otra parte, hay equivalencias entre este conflicto y la huelga económica que afecta a todo un sector importante de la industria.

En cuarto lugar, en el caso en que el proletariado, en un momento de extrema tensión, se levante como un solo hombre, la burguesía será tomada por sorpresa y no tendrá más remedio que ceder. Esta eventualidad será posible cuando hayamos logrado progresos considerables. Por eso no debemos rechazar esta arma, la única con que contamos.

Por otra parte, ¿quién se atreverá a afirmar que puede predecir el futuro con la suficiente claridad como para afirmar ahora lo que pueda triunfar o no, o los medios que serán empleados más adelante? Repetiremos aquí lo que al comienzo de este estudio dijimos sobre la táctica anarquista.

Hacer profecías de este tipo sería rivalizar en irracionalismo con el anarquista que declara que "ese es el único medio cuyo efecto es seguro". Vemos claramente, en sus grandes lineamientos, el desarrollo general del capitalismo, podemos hasta indicar algunas de las particularidades que seguramente presentará el mundo futuro, pero nos es imposible precisar en qué medida las clases aumentarán o disminuirán sus efectivos, su propiedad, su fuerza moral, y por eso mismo no podemos afirmar que un determinado procedimiento nunca va a ser necesario.

Percibimos la *posibilidad* de su empleo y de un éxito total o parcial. Por lo tanto, debemos admitirlo.

Todos estos argumentos nos inducen a extraer las siguientes conclusiones: el partido socialdemócrata, que se esfuerza por abarcar a la totalidad del proletariado en acción hacia el objetivo socialista, por mantenerlo en esa orientación y descubrir para él las vías más cortas y seguras, debe aconsejar el manejo sólo con una extrema prudencia de esta arma peligrosa pero debe hacerle un lugar en medio de todo el arsenal de que dispone para su lucha.

En cuanto al problema de saber en qué caso una huelga política —ya se trate de una demostración pacífica u hostil (ofensiva o defensiva) de una duración considerable, de una huelga política de un gremio o de varios

o finalmente de una huelga declarada por una súbita explosión popular en un momento de gran perturbación— tendrá posibilidades de éxito, su solución depende de una sola condición, la misma, por otra parte, de la que depende todo el movimiento obrero: la fuerza de los sindicatos, de la organización política y de las cooperativas. Y en lo que respecta a la oportunidad de una huelga política, es imposible establecer una regla uniforme, habrá que atenerse absolutamente a las decisiones que resulten de cada caso en particular. Pero hay algo que sabemos con seguridad: que la lucha será peligrosa, que la derrota provocará consecuencias graves, que la victoria nunca es segura y que sólo puede serlo si las organizaciones implicadas en la lucha saben marchar como un solo hombre y arrastran a buena parte de la población obrera. Y debemos levantarnos con gran energía contra los anarquistas que, sin preocuparse por organizar sólidamente al proletariado, impulsan a las masas a experiencias que exigen enormes sacrificios y no ofrecen ninguna posibilidad de éxito.

Hay todavía un punto sobre el cual queremos insistir vivamente. Para que una huelga política triunfe, sólo puede hacerse gracias a una estrecha unión, a un íntimo acuerdo entre los sindicatos y el partido político. Es imposible el éxito de ningún tipo de huelga política que no sea apoyada por todo el proletariado. Aún cuando sólo un sindicato declare la huelga política, será necesario que cuente con el apoyo de toda la población obrera. Ahora bien, la organización de conjunto de la población obrera es el partido político, y no existe partido político posible sin conciencia política. Es indispensable que los militantes se introduzcan en el corazón del estado y de sus órganos de acción, que vigilen de cerca el funcionamiento de los partidos permanentes y de los grupos temporarios mientras esto sea posible sin que traiga como consecuencia la existencia de muertos y heridos o de hacer un papelón irremediable. Un gran sector de la población obrera debe estar preparado mediante un año de educación continua. El proletariado debe tener la firme convicción de su cohesión, la conciencia de su fuerza, la certidumbre de su victoria, en el examen de los aspectos generales de la lucha de clases, ya se manifieste en la vida política o encuentre su expresión en el parlamento. De ninguna otra forma podrá adquirir la confianza en sí mismo. Por eso protestamos resueltamente contra el anarquismo respecto de todas sus ideas sobre la huelga general.

Reprobamos todos los procedimientos a los que apela para llevarnos a la huelga general, que es la única táctica que preconiza. No queremos que sea hecha una propaganda aparte de la huelga general, no queremos que ésta sea declarada toda vez que sea posible, no creemos en la virtud milagrosa de este medio aislado.

Observamos que en este momento la clase poseedora aún dispone de un poder muy grande y que el proletariado se halla demasiado disperso para que pueda ser emprendida una lucha decisiva. En consecuencia, exigimos que ante todo se realice una activa propaganda en favor de la idea socialista, de la lucha política y de la lucha sindical. Y sin estar en condiciones de formular prescripciones precisas, exhortamos al proletariado a actuar sólo

con extrema prudencia cuando llegue el momento en que la evolución de la lucha pueda determinar un choque inevitable, si esta hora debe sonar antes de que haya llegado a la plenitud de sus fuerzas.

Si las organizaciones gremiales obtienen una fuerza muy poderosa, si se hallan imbuidas de la conciencia socialista y si están unidas íntimamente a un partido político fuerte, entonces la huelga política podrá ser útil y realizable y quizás asestará a la burguesía golpes terribles, quizás contribuirá a obtener la victoria general y no es totalmente imposible que sea la forma bajo la cual se desarrolle el conflicto supremo entre la burguesía y el proletariado. Pero éste sólo deberá ir a la batalla cuando disponga de organizaciones poderosas y se encuentre sólidamente educado y disciplinado. El partido obrero socialdemócrata debe considerar a la huelga general bajo su doble aspecto de arma necesaria pero también y sobre todo de arma muy peligrosa.

II. SOCIALISTAS REVOLUCIONARIOS

Christian Cornelissen

Publicista

Para darle mi opinión sobre la huelga general, comienzo por aclarar que entiendo por tal una huelga que se extiende a varios países y que abarca a una misma categoría de obreros, o también a varios sectores importantes de la producción y del transporte en un solo país o en varios países a la vez. Tomada en ese sentido, la idea de la huelga general, a mi criterio, deriva tan natural y rigurosamente de la organización, de la producción y de la distribución en la sociedad capitalista como la idea de la huelga simple. Lejos de ser una "utopía" tal como se pretendió, la huelga general proviene necesariamente del *interés colectivo* de la clase obrera y del *contrato colectivo* que comenzó a remplazar y remplaza cada vez más en nuestra sociedad al *interés del obrero como individuo* y al *contrato individual* entre patrón y obrero.

Frente a los capitalistas, que aparecen como poseedores de todos los medios de producción y de transporte, los obreros modernos sólo disponen de sus brazos productivos, creadores de riquezas. Los obreros pueden negarse a trabajar a fin de someter a los capitalistas a su voluntad.

Esto es conciso y categórico. Todo lo demás, derechos políticos, jurisdicción, etc., está subordinado a este poder económico de los obreros. Por eso cuando la lucha entre la patronal y la clase obrera franquea los límites de la fábrica, es decir, de la esfera de la producción aislada, es natural que la huelga franquee igualmente poco a poco los límites de la comuna o también las fronteras del país y que comience a extenderse cada vez más a diversos sectores de la producción y del transporte y en varios estados a la vez. Su desarrollo futuro en esta misma dirección seguirá siendo una necesidad social mientras dure la lucha de clases. Nadie podrá asombrarse de que las pequeñas escaramuzas, los conflictos locales y nacionales se extiendan siempre y se confundan en una lucha internacional, lucha formidable de la *huelga general* en toda la línea. La "utopía" de ayer se convertirá en la "necesidad" de mañana. Esta es una opinión clara que me dicta la evolución de la sociedad capitalista.

Para nosotros, socialistas, la *huelga* y la *huelga general* son en la misma medida el arma temible en nuestra lucha contra las clases poseedoras. La *huelga*, y más aún la *huelga general*, es no sólo una lucha por la defensa o el mejoramiento de los intereses materiales inmediatos o por la abolición de

los abusos más escandalosos; tal como lo expuse en otro lugar,* es desde un comienzo (y se convierte cada vez más), una *lucha tendiente a la conquista del control supremo de todo lo referido a la fijación de las relaciones de trabajo*.

El más mínimo conflicto entre patrones y obreros plantea ya en principio el problema: ¿quién tendrá la dirección del trabajo y con ella la dirección de la producción, el capitalista poseedor de los medios de producción o el obrero poseedor de la fuerza de trabajo? Es por ello que la *huelga* caracteriza económicamente el período de transición que deberá preceder a la abolición total de la propiedad personal del suelo y del capital. La *huelga general* como fenómeno social sólo marca una fase especial en este período. Por eso yo creo que con una *huelga general* y con un abandono total del trabajo se anunciará un período decisivo de la lucha de clases y de la *revolución social*. La *revolución social* no será otra cosa, según mi opinión, que la consecuencia inmediata de una *huelga general* victoriosa.

Además, yo veo en la *huelga*, y también en la *huelga* ampliada, la llamada *huelga general*, un arma directa que deben poseer las organizaciones obreras frente a los gobiernos, ya se denominen éstos liberales, conservadores, radicales o socialdemócratas. El nombre interesa muy poco, puesto que aquí se trata de un principio. Frente a los gobiernos, la *huelga* y la *huelga general* debe seguir siendo un arma dependiente de la iniciativa propia de las masas representando una forma de *acción directa* que debemos valorizar en manos de las organizaciones obreras y cuyo buen uso debemos difundir con todas nuestras fuerzas.

Mi opinión sobre las *huelgas generales* de alcance restringido y de objetivo inmediato se deriva fácilmente de todo lo que ya dije.

Mientras esos movimientos huelguísticos surjan directamente de la lucha social de la clase obrera contra las clases poseedoras, deben ser aprobados en principio por todos los socialistas y revolucionarios. Poco importa si en ese caso una *huelga general* es emprendida por los obreros para obtener un aumento de salarios o bien para impedir que un gobierno reaccionario quite a las clases obreras sus derechos adquiridos, para evitar una guerra internacional, etc. Solamente importa que las masas obreras consideren por sí mismas el objetivo inmediato como lo suficientemente importante para que corran todos los riesgos de la lucha económica a fin de obtenerlo.

Pero, en todo caso, la *huelga general*, como la *huelga* simple, debe crecer en razón del desarrollo de las relaciones sociales. La *huelga general* no podría ser hecha artificialmente por un partido político cualquiera en beneficio de objetivos particulares de ese partido.

Si un partido político quisiera hacerlo, se lanzaría en tentativas peligrosas y *abusaría de la huelga general como arma de lucha social*.

Ese tipo de abuso no es gratuito. Veremos por ejemplo cómo los obreros que ni siquiera son llevados fácilmente a las urnas para que depositen sus votos —tal como lo prueban los millares de abstenciones— no arriesgarán su

* *En marche vers la société nouvelle*, París, Stock, cap. IV.

pan cotidiano por la conquista de un derecho político tal como el sufragio universal cuya utilidad no es demasiado evidente. En general, los obreros sólo iniciarán la *huelga general* por una causa más directa, que permita una ventaja más neta. La *huelga general* que presenta siempre su carácter de *acción directa* no puede ser fácilmente empleada para la *acción representativa* y para los *asuntos de gobierno*. Por ello sería necesario que una calamidad general tal como una guerra antipática, por ejemplo, amenace al país o que un gobierno cometa un abuso tan atroz de su poder que las masas obreras sientan la necesidad inmediata y decidan rebelarse. Desde ese punto de vista, es algo distinto que un gobierno se niegue a dar un derecho como el sufragio universal a que quiera *abolirlo* una vez adquirido.

Un partido político que quisiera impulsar a las masas a la *huelga general* por intereses partidarios corre el riesgo no sólo de fracasar estrepitosamente sino también de comprometer seriamente esa arma formidable que es la *huelga* y la *huelga general*.

Por ello, las organizaciones obreras deben oponerse con todas sus fuerzas a ese tipo de tentativas, toda vez que se trate de movimientos realizados artificialmente y que no deriven de los intereses inmediatos de las masas.

BELGICA

Dentro del movimiento internacional, los socialistas belgas han sido, junto con los socialistas franceses y holandeses, quienes más se preocuparon por la huelga general. Pero la encararon solamente como medio inmediato de lucha política y la pusieron en práctica dos veces, en 1893 y en 1902 —la primera vez exitosamente, la segunda con menos fortuna.

El Partido Obrero Belga parece estar unánimemente de acuerdo sobre el tema de la huelga general, concebida bajo la forma única de arma política. Esto surge de la deliberación del Consejo General del Partido, que transcribimos a continuación según Le Peuple del 14 de julio de 1904, y que corresponde a la sesión del 13 de julio:

VANDERVELDE: Hay dos tendencias: la que pretende organizar la revolución social mediante la huelga general de todos los gremios, lo cual linda con la utopía; la otra, más práctica y ya experimentada en Bélgica y Holanda, que consiste en recurrir a la huelga general solamente en caso de necesidad extrema, desde el punto de vista político o social. Nosotros estamos evidentemente a favor del segundo método.

ANSEELE: Se trata de saber si el socialismo debe pretender organizar la huelga general para arrancar al régimen capitalista inclusive aquello que no puede darnos en este momento. ¡Evidentemente, no! En 1893 y en 1902, nosotros, los belgas, hemos organizado dos huelgas generales con un objetivo determinado. Ambas marcaron un movimiento hacia adelante de la organización obrera; es el proletariado que asciende y evoluciona lentamente. Las únicas huelgas generales que debemos organizar, son de ese tipo.

Rechazamos la huelga general utópica, sabemos dónde vamos y queremos llegar a la meta segura y estoicamente, con la conciencia de las dificultades que se originen en nuestra ruta. Tal es la concepción belga de la huelga general. (Adhesión general.)

Las opiniones que damos a continuación de Louis de Brouckere, Destrée, Vandervelde, Octors, no hacen sino confirmar, con algunas variaciones, ese punto de vista.

I. PARTIDO OBRERO BELGA

1. Louis de Brouckere

Profesor en la Universidad Nueva

Para muchos teóricos antiparlamentarios, la huelga general se opone al sufragio universal: difundirla contribuye, según ellos, a curar a la clase obrera de lo que consideran como el error político. Pero es muy notable que de hecho, la huelga general tuvo casi siempre como objetivo la conquista del derecho de voto, y siempre la obtención de una reforma legislativa.

Las dos grandes huelgas de 1893 y de 1902 —la primera movilizó 250.000 y la segunda 300.000 trabajadores— tendían únicamente a la adquisición del derecho electoral, igual y generalizado. Y es para defender el sufragio universal que nuestros camaradas alemanes discuten, ellos también, el eventual empleo de esta arma terrible.

En 1903, en Holanda, se trataba de impedir un atentado contra el derecho de huelga y de coalición. Creo que en Francia nunca hubo una huelga general propiamente dicha, sino solamente tentativas de generalizar huelgas que estallaban en un gremio determinado, como la de los mineros en 1901 o la de los panaderos hace algunos meses. Aún en estos casos se trataba esencialmente de obtener de las cámaras el voto de determinadas leyes, estableciendo la jornada de ocho horas o las jubilaciones, o suprimiendo las oficinas de empleo. No conozco ningún ejemplo de una huelga realmente general, es decir dirigida indistintamente a todas las profesiones, que tuviera un fin propiamente económico, o, si se prefiere, que tendiera a obtener ciertas ventajas directamente de los empleadores.

¿Se trata de una coincidencia fortuita? ¿Puede a pesar de todo mantenerse la regla general, considerando a todos los casos particulares como excepción o, por el contrario, debemos aceptar que el objetivo político es uno de los caracteres esenciales de este medio de acción tan particular? Vale la pena al menos plantear la pregunta.

Unos diez años atrás, la respuesta hubiera podido parecer dudosa. En esa época se creía firmemente en la existencia de la huelga de masas, de la que la huelga general parecía no ser más que una extensión nueva. La huelga masiva era el paro del mayor número posible de obreros de la misma industria o de industrias similares, que dirigían a sus empleadores idénticos reclamos. Incluía a veces la extensión del movimiento a industrias diferentes, donde había que luchar por iguales reivindicaciones, o que, simplemente, emprendían una huelga por simpatía. Se atribuía cualquier fracaso sobre el terreno económico al hecho de que no hubiera una cantidad

suficiente de hombres comprometidos en la acción. Se consideraba como una certidumbre de victoria, la movilización de importantes batallones.

Hoy día los militares ya no creen que los ejércitos más numerosos sean necesariamente los mejores. También los sindicatos han dejado un poco de lado su confianza ciega, absoluta, incondicional, en las huelgas masivas. Huelgas profesionales, limitadas a uno o a varios gremios, ya lograron reunir en Inglaterra, en Alemania y sobre todo en los Estados Unidos, contingentes formidables sostenidos por inmensos recursos; fracasaron a pesar de su extensión. Y de buena gana diría yo, a causa precisamente de ella. Además, se ha hecho notar que muy a menudo, y cada vez con mayor frecuencia, la patronal busca extender los conflictos restringidos mediante un lock-out, obligando así a nuestras organizaciones a repartir, entre un número mayor de personas, los recursos obtenidos gracias a la solidaridad obrera. Ya nadie piensa que sea invariablemente necesario oponer columnas profundas y compactas a los golpes del capitalismo: se reconocen más las ventajas de las compañías ligeras de tiradores, hábilmente conducidas y sólidamente disciplinadas.

Por supuesto, todavía se hacen huelgas masivas, y tienen sus ventajas; pero cada vez parece menos necesario cargar con el lastre de gente reclutada por doquier, que no contribuye tanto a reforzar el movimiento, como a entorpecer la marcha. Salvo casos excepcionales, se prefiere que los sectores del proletariado que no estén directamente comprometidos en la acción, mantengan su trabajo y coticen para la huelga, antes de verlos dar y consumir inútilmente por simpatía, una parte de los fondos reunidos. Por supuesto que en el plano económico, no volverá a recurrirse a la huelga parcial y esporádica practicada tiempo atrás, pero está persuadido de que también se dejarán de lado las grandes huelgas amorfas que las siguieron, para encarar huelgas que estén tan cuidadosamente *delimitadas* como organizadas.

La huelga general se opone diametralmente a esta concepción; se comprenderá por lo tanto, que no pueda ser utilizada ventajosamente sobre el terreno económico. Pocos son los problemas directamente negociables entre empleadores y asalariados, que se presenten en condiciones análogas para todos los oficios, y nunca ocurre que el momento más favorable para arrancar concesiones a la patronal, sea el mismo en todas las industrias. La huelga general, entonces, sólo se justifica por razones de interés general, en las cuales todos los proletarios están igualmente comprometidos: vale decir, por propia definición, las cuestiones políticas. De allí viene el carácter político que encontramos en todos estos conflictos, tales como realmente se han producido, y que volvemos a encontrar también, si se mira con atención, en la huelga general ideal, tal como la proclaman los anarquistas, la misma que los alemanes llaman habitualmente, romántico-revolucionaria. ¿No es acaso su objetivo una transformación radical de las bases jurídicas de la propiedad y de la sociedad moderna? ¿No consiste en una acción del proletariado que actúa en conjunto y como clase? ¿No es por lo tanto, y en su mayor expresión, un acto de la política revolucionaria del proletariado organizado y conciente? En verdad puede decirse, parodiando una frase célebre, que la propaganda

que hacen en favor de la huelga general, es un homenaje inconciente que los anarquistas rinden al socialismo.

La huelga general es un arma política; se trata de una verdad muy simple, que se olvida demasiado a menudo, como tantas otras verdades elementales. A raíz de ello, muchas discusiones pierden claridad, y se registran muchos errores. Una vez admitido este punto de partida, corresponde en realidad que la experiencia especifique el papel que habrá de jugar la huelga general, frente o al lado de ese otro instrumento importante de acción política que posee la clase obrera: el ejercicio del derecho de sufragio.

Algunos asignan a la huelga general tal poder fulminante, que la creen capaz de arrancar —directamente y de un solo golpe— todos los privilegios económicos o sociales a la clase poseedora, y de instaurar sin transiciones, la nueva sociedad. Es el equivalente de esa otra opinión, bastante extendida en ciertos medios hace algún tiempo, según la cual bastaría conquistar una mayoría parlamentaria, para que el primer gobierno socialista organizara de inmediato, apaciblemente y sin conmociones, el mundo comunista, y estableciera la felicidad universal. Ya no se cree en esta última posición, y del mismo modo los entusiastas de hoy, dejarán de creer en aquélla. A medida que los acontecimientos se precipitan, los socialistas concientes se vuelven más profundamente revolucionarios, pero lo son de un modo diferente. Ya no ven a la revolución como un bloque indivisible, porque, por el hecho de estar más próxima, pueden distinguir fases y momentos.

Una huelga general emprendida con el objetivo de aplastar a la burguesía capitalista en su conjunto, fracasaría sin duda alguna. Esto podría explicarse fácilmente por razones de detalle, casi técnicas, mostrando cómo los obreros serían los primeros en sufrir por la escasez de abastecimiento, y de cuántas reservas disponen las clases altas, así como otras circunstancias del mismo orden. Pero todos estos argumentos se resumen en uno solo: todavía el capitalismo es el más fuerte, y por mucho. De no ser así, no podría, como lo hace, mantener artificialmente un poder vigoroso y casi juvenil: ninguna combinación más o menos ingeniosa de fuerzas proletarias puede vencerlo artificialmente.

Será absolutamente necesario por lo tanto, dirigir a la clase gobernante sucesivos ataques, en forma de arrancarle cada vez concesiones que la debiliten, al tiempo que nos fortifican, y que nos aseguran sobre todo condiciones de lucha más favorables para los asaltos posteriores. Si la huelga general debiera ser el arma política principal, sepamos al menos que sería necesario un gran número de huelgas generales sucesivas, para conducir a una emancipación integral.

La huelga, de cualquier tipo, ya sea política o económica, limitada o general, se hace menos frecuente aunque no desaparezca, a medida que los conflictos se hacen más agudos, y que los partidos que se enfrentan conocen mejor sus fuerzas recíprocas. Del mismo modo que la guerra, se transforma en una amenaza cuyo peso determina esencialmente el resultado de las negociaciones, pero de hecho, estalla sólo muy rara vez. Cuando ambos adversarios

singularmente confusa. Veo en ella una forma modernizada de la revolución a través del levantamiento callejero y las barricadas, forma que ya nadie hoy día se anima a defender, no por temor a los soldados, sino al ridículo: La oigo envuelta en palabras sonoras, en frases llenas de ostentación, en todo un ilusionismo ruidoso, pero no encuentro en ella ninguna indicación práctica. En efecto, no podemos evadirnos de este dilema: o bien la huelga será absoluta, y entonces es inútil, puesto que los trabajadores pueden, al contar con la unanimidad, hacer lo que quieren, o bien la huelga pretendidamente general, lo será sólo en algunos lugares, en los cuales habrá de degenerar rápidamente en disturbios, que la burguesía aterrorizada reprimirá con masacres.

No creo por lo tanto que la huelga general sea una panacea revolucionaria digna de ser recomendada; como sabéis, soy profundamente revolucionario; pero poco me gusta el "revolucionarismo" que se contenta con palabras. Un acto, una obra, siempre valdrán más que meras palabras.

Pero si la huelga general no parece capaz de construir eficazmente la nueva sociedad, ¿no se la puede al menos preconizar para ciertos objetivos definidos? ¿tendrá éxito en ese caso? No vacilo en contestar que sí.

Pueden presentarse circunstancias en las cuales no le quede a la clase obrera más que ese medio para manifestar una voluntad, hasta el momento desoída. El medio es sin duda extremo, y no se debe recurrir a él, más que a ciertas horas, por completo solemnes. Sería pueril declarar la huelga general cada quince días, y a propósito de reformas accesorias. Sólo puede hablarse de ella teniendo en cuenta el sentimiento grave de los sufrimientos que puede acarrear, de sus secuelas de miseria y privaciones para los obreros, sus mujeres e hijos; de las represiones terribles que pueden alcanzarlos.

En Bélgica, la clase obrera ya se lanzó por dos veces a esta huelga. La primera vez, fue en 1893. Desde hacía 20 años, los trabajadores pedían tener representación en las asambleas legislativas. Los representantes de la burguesía sujeta a impuestos, vacilaban en sacrificar su privilegio, y en transformar el derecho público nacional de un modo tan completo. Concentraciones, conferencias, peticiones, manifestaciones: se había agotado todo. Ya no quedaba más que la insurrección. Bélgica la evitó mediante la huelga general. Casi absoluta por parte de los mineros, la suspensión del trabajo no fue completa en los otros gremios. Pero el movimiento reveló un poder suficiente como para impresionar a los gobernantes, quienes concedieron el sufragio universal, atenuado y restringido por el sistema plural.

Nueve años más tarde, el Partido Obrero quiso hacer desaparecer las restricciones injustificables de este sistema, y consagrar definitivamente la igualdad política. Después de una formidable campaña propagandista, recurrió nuevamente a la huelga general. Esta huelga —sin ser general— fue colosal. Trescientos mil trabajadores suspendieron, durante una semana, todo trabajo. Pero esta vez, el gobierno resistió y la huelga abortó.*

* Pormenores de ambos movimientos pueden encontrarse en la segunda edición del *Socialisme en Belgique*, por Destrée y Vandervelde. [Véase

A pocos años de distancia, se trata de dos ensayos prácticos de "huelga general", uno feliz, el otro sin éxito.

Estas movilizaciones extraordinarias contribuyen, incluso cuando fracasan, a despertar la conciencia de clase del proletariado, a mostrarle su fuerza y las razones de su debilidad, a persuadirlo de la necesidad de la organización y de la educación...

Siempre que no se abuse de ellas, pueden mantenerse como un recurso supremo para la manifestación de la voluntad de la clase obrera.

Pero, siempre que no se abuse...

3. Emilio Vandervelde

Diputado en el Parlamento Belga

El debate sobre la huelga general en el Congreso de Amsterdam estará necesariamente condicionado por el triple fracaso de las grandes huelgas antigubernamentales que, desde hace dos años, tuvieron lugar en Bélgica, Holanda y Hungría.

Es obvio que el Congreso habrá de rechazar, más unánimemente que nunca, la utopía anarquista de la "revolución de brazos caídos" que traería el derrumbe de la sociedad burguesa, mediante la interrupción del trabajo de todos los proletarios.

Pero, ¿debemos ir más lejos y reconocer, a partir de la experiencia concreta, que inclusive las huelgas llamadas generales, que se extienden a los principales gremios, y que tienen como objetivo, ya sea resistir a una tentación reaccionaria del gobierno, ya sea imponer a la burguesía una reforma determinada, sólo pueden desembocar en ruidosos fracasos, y comprometer hasta la propia existencia de las organizaciones proletarias?

Al término de un doloroso fracaso, la respuesta de nuestras camaradas holandesas a esta pregunta fue que, a pesar de todo, la clase obrera no podía renunciar a la huelga política, cuando debía defenderse contra las agresiones de los gobiernos, a arrancar a la clase capitalista ciertas reformas.

Como es sabido, el Congreso Socialista reunido en Dordrecht durante la última pascua, ha votado la siguiente resolución:

"La condición necesaria para el triunfo de una huelga masiva, es la vigorosa organización y la disciplina severa del proletariado.

"La huelga general absoluta, en el sentido de que, en un momento determinado, todos los trabajadores abandonen el trabajo, es impracticable, puesto que imposibilitaría toda existencia, empezando por la del proletariado. La liberación de la clase obrera no puede ser la consecuencia de este brusco levantamiento de todas las fuerzas, pero es posible que una huelga, que

la polémica entre Rosa Luxemburg y Vandervelde sobre ambos movimientos en el Cuaderno de Pasado y Presente, nº 22. N. del E.]

se extienda a un gran número de industrias, o a industrias particularmente importantes para la vida económica, sea un medio extremo para obtener transformaciones sociales importantes, o defenderse de tentativas reaccionarias."

Por mi parte, llego a conclusiones análogas, basándome fundamentalmente, en la experiencia que hemos vivido en Bélgica, desde la constitución del Partido Obrero.

Si la clase obrera no hubiera recurrido a la huelga general por dos veces consecutivas, en 1892 para imponer al parlamento la reforma constitucional, y en 1893 para obligar a la constituyente a cumplir su cometido, sea como fuere, es infinitamente probable que las cámaras no hubieran cedido.

Del mismo modo, en 1899, cuando el ministerio Van den Peereboom intentó agravar el carácter reaccionario de nuestras leyes electorales, es incuestionable que el triunfo de la oposición parlamentaria se debió sólo a la intervención de la calle y, para tomar la calle, los obreros debieron necesariamente salir de los talleres.

Muchos dirán, sin duda, que la huelga de los trescientos mil, en 1902, constituyó para la democracia socialista belga una derrota, cuyos efectos aún experimenta en la actualidad.

En primer término, sería pueril condenar un medio de acción por el hecho de que su empleo, en circunstancias desfavorables, no desemboca en una victoria. Y, por otra parte, no debe olvidarse que la huelga de abril de 1902 no fue el resultado de una decisión que se haya tomado, preparado y anunciado con muchos meses de anticipación y para una fecha fija, tal como el camarada Kautsky parece creer erróneamente. Ocurrió que a raíz de los fusilamientos de Bruselas y de Houdeng, y bajo la presión de los acontecimientos, con una espontaneidad admirable, la clase obrera, al comprobar que los clericales sólo buscaban la ocasión de una masacre, recurrió al único medio de acción que le quedaba: la cesación del trabajo.

La experiencia de 1902, en Bélgica, prueba sobre todo que en circunstancias graves y excepcionales, el levantamiento en masa del proletariado no es imposible y que, en un país donde la conciencia proletaria está muy desarrollada, puede realizarse un levantamiento masivo, y también puede dársele por terminado, sin provocar por eso la disolución o la desorganización de las fuerzas obreras.

Pero la experiencia belga, al igual que las experiencias holandesa y búlgara, nos enseña también que la huelga política es un medio que sólo debe emplearse como recurso extremo; que fracasa casi fatalmente si las clases dirigentes se unen en un solo bloque; que es de suma importancia prevenir al proletariado contra su empleo irreflexivo.

Al igual que los motines callejeros, la huelga política sólo puede triunfar cuando el gobierno es débil, y se encuentra dividido y abandonado por la opinión pública; pero igual que aquellos motines, es impotente cuando la minoría conciente del proletariado se enfrenta contra todas las fuerzas de la burguesía, resuelta a soportar los inconvenientes que le causan algunos días de disturbios y huelgas, más bien que ceder en un punto que considera fundamental.

II. COMISIÓN SINDICAL DEL POB

Alphonse Octors

Secretario de la Comisión Sindical del Partido Obrero belga

Creemos firmemente que el Partido Obrero Belga rechaza la idea de la huelga general, en el sentido en que la conciben algunos hermanos de lucha, y muy particularmente algunos amigos franceses.

No pensamos que el fracaso de nuestra huelga general de 1902 pueda tener la menor influencia sobre la opinión de nuestros camaradas, puesto que en realidad el movimiento de entonces, espontáneo y grandioso, no ha revestido ni una sola de las características que los insurreccionales "a ultranza" quisieran asignar a la huelga general.

En efecto, nuestros movimientos de 1893 y de 1902 —triumfante el primero y derrotado el otro— se fijaron como objetivo solamente un punto de nuestro programa práctico. Y a pesar de esa limitación, pudimos ver a los reaccionarios por interés, oponerse con la fuerza de las bayonetas, fusiles y revólveres; a los reaccionarios por ignorancia, desinteresarse del mismo; a los comerciantes, muchos de los cuales eran partidarios del S.U., indignarse porque les rompían las vidrieras; a los 300,000 huelguistas, por último, cansarse demasiado pronto: por la fuerza de las circunstancias, los menos entusiastas arrastraron a los más enérgicos hacia los talleres, para retomar el trabajo.

¿Qué hubiera sucedido, dios mío, si la huelga general hubiera estallado para "expropiar" a los capitalistas, es decir, para hacer efectivo el primer punto de la declaración de principios que encabeza nuestro programa: *Las riquezas en general y esencialmente los medios de producción, son o bien agentes naturales o bien el fruto del trabajo manual y cerebral de las generaciones anteriores, tanto como de la generación actual; por consiguiente, deben ser consideradas como el patrimonio común de la humanidad?*

¿Qué camaradas osarían asumir la responsabilidad de huelgas nacionales e internacionales de todos los gremios, en el estado actual de la organización obrera, con vistas a un objetivo como el que se propondrían alcanzar, que resulta, por el momento, tan vasto como utópico?

¿Quiere esto decir que debemos renunciar por siempre jamás a la huelga general? Un socialista nunca pensará en eso, porque sabe que todas las riquezas provienen del trabajo cerebral y manual, y que bastaría que éste se interrumpiera algunos instantes —si ello fuera posible— para ocasionar el más formidable de los cataclismos sociales; pero también comprende que en ese caso no habría más que destrucción infecunda, y que es mucho más conveniente sustituir progresivamente los viejos engranajes por nuevos, en lugar de destruirlo todo, sin provecho inmediato para la humanidad. Com-

prende también que la revolución de las ideas *debe* preceder a la revolución de hecho, es decir, a la revolución social; sabe por lo tanto que todas las acciones, políticas y económicas son buenas para que alcancen ese resultado, puesto que, al producir la primera de ellas, están preparando inevitable y victoriosamente la segunda. Y quizás, hasta pacíficamente.

Por ello, los militantes belgas se contentan con decir: *Organicemos ante todo a la masa de trabajadores; démosle la conciencia de clase*, y si entonces es necesario recurrir a movimientos de huelga general para quebrar los obstáculos, hagámoslo; pero ataquemos solamente un obstáculo por vez, con vigor, con aguante, y teniendo cuidado, cada vez que sea posible, de ganar a nuestro campo la opinión pública.

I. SOCIAL-DEMOCRATIC FEDERATION

1. H. M. Hyndman

Redactor de Justice

Si bien la idea de la huelga general no encuentra mucho eco en la clase obrera inglesa —desprovista de todo idealismo revolucionario— sin embargo es en Inglaterra donde, con el movimiento cartista de 1837-48, la huelga general adquiere por primera vez en el siglo XIX el valor de una noción esencialmente proletaria.

En la actualidad, las trade-unions no parecen querer retomar esta idea revolucionaria, y los socialistas ingleses comparten ese punto de vista. Ya pertenezcan a la *Social Democratic Federation* como Hyndman y Quelch o al *Independent Labour Party* como Keir Hardie, ninguno es partidario de ella. Las respuestas siguientes lo demuestran claramente.

No creo que se deba distinguir el caso en que la huelga general tiene como objetivo inmediato la revolución social de aquella que se propone únicamente arrancar a los gobernantes algunas reformas políticas. En los dos casos el resultado es el mismo. Si la huelga general está bien organizada, los líderes obreros y sus bases se encontrarán empeñados en una guerra de clases de la especie más terrible y que sólo finalizará con la victoria total o con la destrucción de la clase obrera.

Pero si los trabajadores están lo suficientemente bien organizados como para triunfar en una huelga general, ¿no es obvio que pueden, sin recurrir a ella, realizar la revolución social, dando por sentado, por supuesto, que la evolución económica esté lo suficientemente avanzada y su inteligencia lo suficientemente desarrollada como para comprenderla? Pues sin la realización de estas dos condiciones, podrían obtener una victoria temporaria pero serían incapaces de cosechar sus frutos en cuanto que *clase*. Por otra parte, los recientes acontecimientos ocurridos en Bélgica y Holanda probaron que la simple amenaza de una huelga general tendiente a obtener una reforma política o los preparativos previos impulsan a la clase dominante y su gobierno a emplear la fuerza contra el pueblo.

Una huelga general, es decir un cese total del trabajo, en un momento dado, por parte de toda la población obrera de un país, culmina necesariamente en el empleo de la fuerza bruta, primeramente por la clase dominante y el gobierno y luego por la clase obrera obligada a defenderse.

Es preciso observar la realidad tal cual es. Los que imaginan que una huelga general puede triunfar pacíficamente desconocen, a mi criterio, las lecciones de la experiencia, no consideran las probabilidades y no evalúan

en su valor exacto la inteligencia y los recursos de la burguesía. Evidentemente, si los trabajadores están preparados para la huelga general, también lo están para la revolución social. Si no están dispuestos para la revolución social, tampoco lo están para la huelga general. Sólo un proletariado fuertemente organizado, perfectamente educado y que posee una sólida conciencia de clase, armado, disciplinado y entrenado para la conquista definitiva de los poderes públicos podría lograr el éxito en una huelga general.

Pero ¿por qué una huelga general? En realidad sólo es una reactualización de la vieja idea cartista de un cese del trabajo durante un mes. Ahora bien, un cese total de trabajo durante un mes en las circunstancias actuales debe culminar, tarde o temprano, en una hambruna general o al menos en una pobreza tal que sólo los individuos muy ricos podrán no sentir sus efectos gracias a su dinero y a su crédito. Pero qué ocurrirá con los obreros que —suponiendo por supuesto que se trate de una huelga pacífica— no tengan acceso a los depósitos y graneros y no posean reservas en víveres o dinero? Evidentemente las mujeres y los niños deberán llevar a una capitulación.

Esta es mi opinión. Considero a la huelga general como un remedio propuesto por hombres que nunca reflexionaron sobre la situación económica y las condiciones sociales. Es una suerte de tentativa sentimental de apresurar arbitrariamente el desarrollo de la humanidad. Y, como todas las tendencias sentimentales, ésta también es vana.

Comprendo y aprecio a los revolucionarios puros, aunque no comparto totalmente sus criterios. Ellos declaran que con un pueblo bien armado y entrenado se puede apresurar, en cierta medida, la evolución social, puesto que la revolución no es, en suma, sino una educación política. Por el contrario, me parece que los partidarios de la huelga general son pueriles, ilógicos, temerosos de extraer todas las consecuencias de los principios que plantean. Además creo que en el Congreso socialista internacional el vacío de sus tesis será despiadadamente puesto en evidencia.

Una acción política organizada que culmine, si es preciso, en un fuerte ejército organizado para asegurar el control del proletariado sobre todo el mundo industrial, ese es, a mi criterio, el único programa admisible para los socialdemócratas revolucionarios.

2. Henri Quelch

Redactor de Justice

En respuesta a sus preguntas sobre la huelga general, creo que la huelga general es un arma que debemos conservar en el arsenal socialista pero cuyo empleo debe ser muy cuidadoso. Con ella ocurre lo mismo que con otros medios a los que podemos recurrir en ciertas circunstancias. Iríamos demasiado lejos

si afirmáramos que la huelga general nunca puede prestar ninguna utilidad, pero hay que emplearla como un último recurso.

Una huelga general no es una pequeña acción, no se puede hacer de ella un juego ni un medio de intimidación. Si se lanza una huelga general es sólo como un esfuerzo supremo, donde toda retirada se torna imposible y donde no puede haber otro final que una victoria total o una derrota aplastante.

Esto se aplica a la huelga general, de cualquier forma que la consideremos, ya sea como un movimiento de todos los trabajadores de una organización o de una industria particular o bien de todas las industrias de un país determinado, con un objetivo político o económico preciso. O también como una rebelión de todos los trabajadores para realizar la revolución social. Tanto en uno como en otro caso, la huelga general es un arma de uso muy incierto y a la cual hay que recurrir sólo cuando todos los demás medios fracasaron y existe prácticamente una resolución unánime para combatir hasta el fin.

La huelga general no tiene nada de novedoso y siempre ejerció gran fascinación en los revolucionarios de todo tipo, quienes reconocían que una rebelión total del trabajo debería detener todo el mecanismo social. Algo similar fue propuesto por algunos cartistas con el nombre de *Holy Mouth*.

A la idea de huelga general siempre se le objeta que los propios obreros serían las primeras y principales víctimas pues si todo el trabajo se detuviera serían los primeros en sufrir necesidades. Pero los cartistas respondían a esta objeción proponiendo que cada familia de la clase obrera debía, ante la proximidad de la huelga, procurarse una reserva de víveres. Los trabajadores, habituados a una escasa alimentación, podrían subsistir un mes con esos víveres. Los ricos, incapaces de hacer nada por sí mismos y al no poder satisfacer sus numerosas necesidades, se verían obligados a capitular rápidamente.

Esos proyectos no dieron ningún resultado debido, creo yo, a lo que debe ser la causa principal del fracaso de toda huelga: la falta de organización. Organización y disciplina son indispensables para el éxito de toda huelga. Pero una huelga general exigiría la mayor y más perfecta organización y la disciplina militar más estricta si quiere ser una lucha seria.

Es dudoso que una huelga general, confinada a una sola industria, pueda triunfar en las circunstancias actuales, frente a una oposición determinada. Una huelga general de una industria productiva cualquiera sería mejor soportada por los patronos que por los obreros. Es tan grande la masa de productos fabricados que siempre están disponibles que serían necesarios varios meses de huelga para ocasionar a los empleadores algún perjuicio serio, mientras que durante ese lapso los obreros se verían reducidos a morir de hambre.

Una huelga general, para ser efectiva debe ser *general*, debe tener por efecto suprimir realmente a los empleadores los medios de vivir y es por eso que debe abarcar a todas las categorías de trabajadores, especialmente los dedicados a la distribución de productos. Asegurar ese resultado sería una empresa gigantesca, una empresa casi imposible. Además, como ya lo dije,

sin afirmar que nosotros nunca recurriremos a una huelga general, debemos reconocer que la tarea de organizarla con éxito es una empresa tan formidable que quizás nunca pueda ser llevada a la práctica.

En Inglaterra, la idea de una huelga general no cuenta con partidarios fuera de algunos anarquistas cuyo número es ínfimo. La desastrosa experiencia de las huelgas durante los últimos años ha impulsado cada vez más a nuestros Trade-Unions a participar en la acción política y desconfiar de las huelgas.

Aunque nuestro sistema electoral sea muy defectuoso y haya millones de trabajadores privados del derecho de voto, sin embargo hay bastantes electores obreros como para modificar totalmente la representación parlamentaria actual, si desean hacerlo, y es o podría ser más fácil organizar a los obreros para el escrutinio que para la huelga. Si no quieren votar en favor de un cambio político o económico, es muy difícil que soporten las privaciones y sufrimientos de una huelga realizada con el mismo fin. En cuanto a una huelga general de una sola industria, nuestra experiencia pasada es totalmente opuesta, y sin embargo tenemos las Trade Unions mejor organizadas del mundo. Lo que nuestras organizaciones no pueden hacer, no puede ser intentado con éxito por las organizaciones de los demás países.

Antes, la huelga general de una industria era un método eficaz, aun cuando tuviese un objetivo local o particular. Los empleadores se hallaban divididos, algunos podían verse obligados a ceder y los demás también lo hacían por temor. Pero ahora los empleadores están organizados y por lo tanto, en una huelga, tratamos de mantenerla lo más localizada posible. En una huelga parcial los obreros que continúan trabajando pueden apoyar a los huelguistas por un tiempo indeterminado. Pero los patrones también lo saben y, tal como ocurrió en la última huelga de mecánicos, no permitirán que la huelga sea local o parcial. Por el contrario, dejan a todos los obreros en la calle y así agotan los recursos de la Unión y obligan a su personal a ceder. Los mecánicos constituyen uno de los gremios mejor organizados del mundo. Recibieron testimonios de activa simpatía y de ayuda de todo el movimiento obrero internacional, resistieron algunos meses y, sin embargo, finalmente fueron derrotados. Lo mismo ocurrió, en cierto modo, con la última gran huelga de los mineros. Los obreros se rebelaron ante una reducción de salarios del 23%. Fue una huelga general de todos los obreros afectados y se extendió a todos los centros mineros de Inglaterra, excepto los de Durham y Northumberland. Trescientos mil hombres se declararon en huelga durante seis semanas. Sin embargo, cuando se llegó a un arreglo, cuando los patrones vendieron su stock de carbón a precios elevados obteniendo enormes ganancias mientras que los obreros con sus mujeres y niños carecían de alimentos, los obreros debieron aceptar una reducción del 10% pese a su heroica lucha. Estos dos ejemplos nos muestran que nada se puede esperar de una huelga general en una sola industria, aun cuando los obreros se hallan bien organizados y cuentan relativamente con recursos.

Necesariamente debemos extraer la conclusión de que cuando hay una fuerte oposición por parte de la clase patronal toda huelga general en una sola industria está condenada al fracaso. Los empleadores pueden resistir mucho

más tiempo que los obreros y en muchos casos los primeros ganan con una gran huelga o un lockout, pues los precios suben y las ganancias son mucho más elevadas.

Por otra parte, una huelga general que abarque a todos los obreros de todas las industrias requiere una organización más completa y una disciplina más perfecta de la que existe en la actualidad. Aquí en Inglaterra el trade-unionismo es indudablemente más poderoso que en cualquier otro país. Sin embargo, aún aquí, no tenemos más del 25% de obreros adultos en nuestras uniones. En una huelga, son los trabajadores que están dispuestos a ocupar el lugar de los huelguistas los que generalmente provocan la derrota. Pero cuánto más poderosos serían en el caso de una huelga general. En una huelga general, si una minoría de trabajadores decide seguir trabajando, ello bastará para paralizar todo el movimiento. Con sólo una minoría organizada, el peligro reside en que sea la mayoría la que quiera volver al trabajo. Esto sería fatal pues para que la huelga triunfara sería necesario que hubiese un cese total del trabajo. Yo dudo de que sea posible crear una organización capaz de lograr el cese total del trabajo en un día determinado y con un objetivo determinado. Sería algo magnífico que pudiésemos conseguir una organización y una disciplina tal entre los obreros como para decidir: "Un determinado día, digamos el 1º de mayo próximo, arrojaremos las herramientas y nunca más las retomaremos para beneficio de nuestro amo sino en nuestro propio beneficio". Eso sería magnífico.

Pero cuando los obreros estén lo suficientemente organizados, determinados y disciplinados como para hacer una declaración tal y para ejecutarla de esa manera, no habría ya necesidad de una huelga general: ellos serán los dueños de la situación. Es por esto que yo pienso que aun cuando no podamos descartar a la huelga general como arma posible en el futuro, es poco probable que tengamos jamás la oportunidad de servirnos de ella.

II. INDEPENDENT LABOUR PARTY

AUSTRIA

Keir Hardie

Diputado en la Cámara de los Comunes

No tengo ninguna objeción que hacer contra la huelga general en cuanto que medida empleada para secundar un movimiento político. Pero creo que la huelga general sólo puede emprenderse en ciertas condiciones que pueden resumirse del siguiente modo: es preciso, ante todo, que la mayoría de los trabajadores adhieran a sus organizaciones corporativas; además, la huelga, desde el momento de su iniciación, debe evidenciar un carácter internacional y también es importante que el proletariado comprenda a fondo el objetivo en función del cual se ha declarado la huelga.

Además creo que una huelga, aun si es preparada de ese modo, sólo puede ser empleada como recurso último y —insisto nuevamente sobre ello— debe ser el auxiliar de un fuerte movimiento político. Los fracasos en que han culminado los ensayos de huelga general (en estos últimos años los producidos en Holanda y Bélgica) prueban que la huelga es un arma de doble filo, un arma que, en manos torpes o faltas de experiencia, puede infligir serios perjuicios a quien la utilice.

El fracaso de una huelga general puede comprometer y retardar por varios años la acción política. Por lo tanto, repito que un movimiento de ese tipo debe ser desencadenado solamente cuando el éxito esté prácticamente asegurado mediante una cuidadosa preparación, cuando hayan sido tomadas todas las precauciones esenciales contra las principales posibilidades de fracaso.

Las grandes huelgas generales corporativas, que se han producido en el curso de estos últimos años en Austria-Hungría, han suscitado el problema de la huelga general en el interior del Partido Obrero Socialdemócrata austríaco.

Sin embargo, hasta ahora el examen se ha reducido al análisis de la huelga general como un arma política. Es así como fue planteada la cuestión en el último Congreso General de los socialistas austríacos, realizado en Viena en diciembre de 1903 (véase *Mouvement Socialiste*, 15 de marzo de 1904, p. 402 y ss.). La discusión fue planteada, sin que diera lugar a un debate más o menos profundo, por el informante del problema del sufragio universal, el delegado checo Vanek. Este preconizaba la huelga general como el único medio de obtener el sufragio universal.

Este punto de vista está desarrollado aquí, tanto por Rudolf Hilferding como por Hueber.

I. PARTIDO OBRERO SOCIALDEMÓCRATA

Rudolf Hilferding

Publicista

En el prefacio de *La lucha de clases en Francia*, Federico Engels ha dado una definición —que hoy es clásica— de la táctica actual del proletariado, y de su necesidad. Y los éxitos que obtenemos con esta táctica se multiplican sin cesar. En efecto, nosotros ganamos mucho terreno, y nuestros adversarios gritan desesperados: ¡La legalidad nos mata, la legalidad es la muerte para nosotros! Pero Kautsky hizo notar en una oportunidad, que Engels modificó la conclusión que él mismo había formulado en una primera redacción; las ideas revolucionarias allí expresadas, habían parecido inoportunas a los amigos alemanes del autor.

Efectivamente, queda en pie una pregunta: ¿Qué hacer el día en que nuestros adversarios, al encontrar intolerable su situación, terminen queriendo eliminar esta legalidad que los mata, por otra capaz de sustentarlos? Para responder a este interrogante, conviene destacar que la legalidad no es un regalo generosamente arrojado como una manzana en el mandil del proletariado sino que, por el contrario, es un producto necesario de las relaciones sociales y de la división de poderes en la sociedad. La legalidad, que favorece al proletariado de un modo tan inquietante para sus enemigos, engloba los derechos políticos y ante todo, el más importante, que es el derecho de sufragio. La forma como el proletariado utiliza este derecho de sufragio, condena a la burguesía a mortales zozobras; de allí que el pensamiento de los dirigentes esté hoy día dominado por el temor de vernos conquistar los parlamentos.

Porque el parlamento es, por excelencia, el medio de gobierno de la burguesía. El proletariado erige su poder para arrancárselo. ¿Puede la burguesía dejar que, con toda tranquilidad, tal cosa se cumpla? ¿Y cómo podría impedirlo?

Sólo puede hacerlo mediante la supresión de esta "legalidad mortal". El inconveniente es que detrás de ella se encuentra el proletariado. El poder de quienes poseen se enfrenta al de la multitud que acciona los medios de producción. ¿Y de qué armas defensivas dispone esta multitud?

La primera respuesta que suscita esta pregunta es la siguiente: el poderío del proletariado reside en su organización. Pero la organización en sí misma no es poderío. No puede ser sino una concentración de poder, aun cuando, como consecuencia de tal concentración, el poder anteriormente latente se manifiesta con energía, se convierte en un factor de acción expansiva. Por lo tanto, la organización del proletariado es simplemente la

organización del poder de éste, donde cada proletario constituye por sí mismo, un poder inmediato, en función del papel que juega en el proceso productivo, por ser el trabajador la condición necesaria, para que el proceso vital de la sociedad siga su curso normal. Al parar el trabajo, el proletario detiene el proceso productivo, y del mismo modo, si el proletario de los medios de producción se negara a hacerlos funcionar, pararía la propia producción, —¡un lock-out general! Y es precisamente por ser indispensable a la sociedad en su conjunto, que el proletariado dispone de un verdadero poder y que sus diversas organizaciones pueden ejercer influencia. Esta se manifiesta perfectamente en materia de acción gremial; pero el valor de la conquistada en el dominio político no es menor. Hay sin embargo una diferencia: en las luchas sindicales, el poder del proletariado se presenta inmediatamente como una dimensión mensurable, a la cual está subordinada, en forma absoluta, el resultado de la lucha; en cambio, las cosas ocurren de manera muy diferente, inclusive opuesta, cuando está en juego la acción política. Una de las características de la sociedad burguesa es que el poder económico y el poder político no coinciden de ningún modo, aun cuando ocurre que en última instancia el poder político deriva del otro. En el estado moderno, el poder político, la organización de los poderes de compulsión que aseguran el funcionamiento social, se ha vuelto independiente del poder económico que es su "sustrato" y goza de una existencia totalmente aparte.

Las cosas ocurrían en forma muy diferente en la sociedad feudal. Allí, ambos poderes no estaban separados. El poder económico del señor, la dimensión de sus posesiones inmobiliarias, podía ser evaluada a partir del número de sus vasallos, de la importancia de su séquito, y también, del poder de compulsión de que disponía. Sobre su territorio, él era el dominador absoluto, y la extensión de aquél correspondía rigurosamente a la extensión de su dominio. Un estado —si es que en ese momento puede hablarse de la existencia de estados— no era más que un manajo de estados de segundo grado, cada uno de los cuales tenía su señor, quien, considerado aisladamente detentaba sobre su territorio todos los derechos necesarios como para poder proclamar: —"El estado soy yo." Porque efectivamente, si se examina la vida de esos manajos de estados de mediana envergadura del medioevo, en el tiempo del feudalismo puro, surge que entonces, sin excepción alguna, todos los señores tenían sobrado fundamento para decir: "El estado somos nosotros." Y como no había división entre los poderes económico y político, se los podía comparar absolutamente uno al otro, es decir, "comensurarlos". Cada señor dispone de poder político en razón directa con la dimensión de su poder económico; ahora bien, esa dimensión correspondé a la de sus posesiones inmobiliarias: es algo patente, algo que salta a los ojos. Una vez planteado el principio que rige esta sociedad, ocurre que el poder de cada uno de estos señores en particular, es independiente del de cualquiera de los demás. Su propio territorio es para cada uno su estado, un estado del cual él es amo supremo. Dentro de sus límites, nada ni nadie puede inferiorizarlo.

Durante la alta Edad Media, los miembros de los Estados Generales se

asignan teniendo en cuenta la dimensión de los feudos, y este reparto es puramente cuantitativo; las preocupaciones de calidad datan de la entrada en escena de las comunas, elemento ajeno que no tardaría en hacer estallar el viejo organismo.

Pero mientras éste subsiste, la autonomía del individuo se mantiene íntegra. En ningún lado esto se manifiesta con mayor claridad que justamente allí, donde los estados generales revisten la forma parlamentaria. En la vieja constitución inglesa está planteado el principio de que si un representante, por ejemplo, no ha dado su aprobación para un nuevo impuesto, no está obligado a oblarlo. En el parlamento polaco existía el *Liberum veto*, y esto tenía exactamente el mismo valor que se le asigna hoy en una conferencia intergubernamental. Cuando un diputado inglés o polaco tenía una opinión divergente de la de los demás, no existía ningún medio legal para compelirlo a someterse a la decisión tomada por la mayoría: era soberano en su territorio. Su poder propio no podía diferenciarse del poder del estado; él era parte integrante del estado, es decir, un co-dominador, y co-soberano. El principio de la mayoría no tenía ningún sentido.

Impotencia del estado y omnipotencia del individuo: ambas correspondían perfectamente a la estructura agraria de una sociedad basada sobre la economía natural. La única preocupación del señor feudal era su territorio. Los límites eran al mismo tiempo los límites de sus intereses, que se oponían forzosamente a los intereses de los demás; debía estar siempre listo, celosamente, hostilmente, para resistir a las tentativas de usurpación. Del mismo modo que el suyo, el poder de sus pares sólo podía acrecentarse mediante una extensión inmobiliaria, y ésta sólo podía operarse en detrimento de la suya propia.

La victoria de la burguesía determinó una modificación radical de estas relaciones. El interés económico de la nueva clase dominante, exigía la organización del estado nacional. Aquélla dependía enteramente de éste, y de su política —política fiscal e industrial, política colonial, aduanera y comercial. Tenía una necesidad vital de adquirir influencia sobre la política: la existencia se hacía imposible para ella, si no disponía del poder público.

El poder político se forma durante la decadencia de la antigua nobleza y el crecimiento de la burguesía. La primera expresión de su autonomía se encuentra en la supremacía del monarca absoluto, a quien la lucha entre las dos clases garantiza una situación independiente. En lo que respecta a poderío político, la burguesía sólo posee fuerza de organización, que su influencia política le permite aplicar a los poderes públicos. Pero no podría emplear ese poderío político, si no es merced a una organización previa de su acción de clase. En efecto, frente al señor feudal rodeado de sus vasallos y de su séquito, el burgués aislado se encuentra en desventaja: no dispone de ningún poderío político, de ninguna fuerza de coerción. Porque así como la burguesía tiende ante todo a eximirse de cualquier tipo de trabajo, del mismo modo se apresura a descargarse de la preocupación de defender su propio poderío. Esta defensa recae en un órgano que depende sólo indirectamente de la colectividad burguesa, sin depender en modo alguno de ninguno de los miembros de la misma. Se podría dar cuenta con toda facilidad de la fuerza física del

burgués aislado. El poder económico y el poder físico-político están separados; el segundo se ha vuelto autónomo. Por su parte, los individuos son independientes de este último, y cada uno de ellos lo es en idéntica medida. El principio de la igualdad de derechos, que era una imposibilidad bajo el régimen feudal, resulta la lógica consecuencia de esta evolución.

El individuo, inclusive siendo "rico", es políticamente impotente. Lo que asegura a la burguesía su predominio sobre los órganos esenciales del estado es, en primer término, la hegemonía de clase, el acaparamiento de los medios de producción, el manejo de la producción, —mientras no existe un proletariado capaz, por su preparación, de suspender el curso de la misma—, para llegar luego al poder económico organizado y, en fin, a afirmar su voluntad de emplearlo en imposibilitar el funcionamiento del poder político. De ahí que la acción de la burguesía termine convirtiéndose en una acción de clase —que reemplaza a la acción individual, predominante bajo el régimen feudal— y que su instrumento de dominio termine expresando, por su naturaleza, una voluntad colectiva, muy distinta de las voluntades individuales. Surge entonces la necesidad de crear un sistema de representación de la burguesía, y es a través de sus representantes como impone su hegemonía al organismo del estado; a través de ellos también, ella aplica su dominio político a consolidar y acrecentar su poder económico.

La representación del feudalismo era un mero agregado, la suma bruta de los medios de poder y de las expresiones de voluntad de los individuos, medios y expresiones homogéneas, yuxtapuestos bajo la forma de elementos simplemente cuantitativos y directamente conmensurables. También los representantes, por otro lado, eran meramente individuos; hablaban y actuaban sólo en nombre de sus propios intereses; bien es verdad que éstos coincidían con los intereses de cada uno de los demás miembros de la asamblea. El parlamento burgués no es un agregado; las fuerzas individuales no se encuentran sumadas; por el contrario, luchan a menudo unas contra otras, y el parlamento expresa el desenlace de este conflicto, la resultante del paralelogramo de fuerzas. Estas distan mucho de ser directamente conmensurables. No sólo el poder económico nada tiene que ver aquí con el poder político, sino que se dan también, en la realidad, profundas diferencias entre poderes económicos iguales en apariencia, inclusive si estos poderes se traducen a través de iguales facultades. Estas diferencias dependen del grupo del que surge cada representante dentro de la clase dominante, y del tipo de capital —financiero, comercial, industrial o agrícola— del que extrae sus riquezas. La única conmensurabilidad practicable es artificial; deriva del modo en que está constituída la representación del régimen electoral.

Puesto que el parlamento es el instrumento de dominación de la clase poseedora, es lógico que ésta ocupe el primer puesto en la constitución de dicha asamblea; de allí que la hegemonía de la burguesía encuentra su expresión natural en el régimen electoral censatario. El poder económico de los diversos grupos puede entonces evaluarse según el número de voces recogidas por cada uno de ellos. La mayoría es el órgano de la mayor potencia económica, porque la preponderancia económica asegura la preponderancia

electoral. El poder económico de mayor importancia dispone, en efecto, del número mayor de adeptos en el cuerpo electoral. La institución del sufragio universal en nada cambia estas relaciones, hasta tanto el proletariado no haya adquirido su conciencia de clase, hasta tanto la fuerza organizada de la burguesía no se vea enfrentada, por consiguiente, a la fuerza organizada de otra clase. En efecto, hasta que la burguesía no haya visto erigirse frente a sí la oposición reflexiva de otra clase, hasta que los intereses proletarios hayan adquirido un valor propio e independiente, los ciudadanos económicamente sujetos a cualquiera de los grupos de la burguesía, no pueden evitar realmente el servir a los intereses del grupo en cuestión, en contra de otro grupo. La expansión de la esfera de influencia de aquél, e incluso la de su círculo de actividad, van desarrollando paralelamente la posibilidad de que sus vasallos económicos extiendan, también ellos, el campo de sus preocupaciones, y mejoren consecuentemente su situación, en la medida y por el tiempo que sea. Así se explica la protección que diversos clanes de la burguesía aseguran a sus socios, en el curso de la lucha emprendida contra otros clanes, hasta que esta concordancia tan artificial de intereses se desvanezca, para dejar vía libre al antagonismo de clases. Gracias a esa protección, los mencionados clanes obtienen un gran número de sufragios, correspondientes a ciudadanos que, por definición, debieran ser sus enemigos.

Así como el grupo mayoritario de electores corresponde, absolutamente, a la más poderosa potencia económica, la influencia de ésta aparece con la misma nitidez en la formación de la mayoría parlamentaria. Todos los recursos de la corrupción capitalista-parlamentaria se aplican a esta formación. Actualmente, personeros de los trusts americanos son maestros incuestionables en esta práctica.

Por lo tanto, el parlamento cumple dos misiones. En primer término, vuelve conmensurable la potencia económica de cada burgués considerado aisladamente, es decir hace que los burgueses sean directamente comparables unos con otros, puesto que en la elección de los representantes, el mayor número de sufragios corresponde a la potencia económica más fuerte.

En segundo lugar, unifica las diversas potencias económicas representadas, contribuye a la organización del poderío de esa clase y constituye el instrumento gracias al cual la burguesía transmuta en poder político sus fuerzas económicas, cuya expresión parlamentaria se traduce en la aprobación del presupuesto. Pero es muy evidente que esta transmutación no equivale a una supresión de la división de poderes político y económico, puesto que ésta ha surgido de la evolución moderna y es una de sus características.

Por otra parte, esta división permite llegar a una modificación en la propia esencia del parlamentarismo, y pasar, del parlamentarismo burgués, instrumento de la burguesía para dominar el estado, a un parlamentarismo que sea el instrumento de la dictadura del proletariado. "El parlamentarismo —decía Liebknecht en Erfurt— es efectivamente el sistema natural de la representación del pueblo. Si el proletariado no logró aún que el Reichstag corresponda a esta representación, la responsabilidad no es del parlamentarismo; ocurre simplemente que nosotros, no disponemos en este momento en el país, en el

seno del pueblo, del poder requerido. Tengamos atrás nuestro tantas voces y tantas fuerzas como tienen los partidos burgueses: el Reichstag ya no será estéril para nosotros, así como tampoco lo es ahora para otros. La máquina de legislar trabajará tan ventajosamente para nosotros, como ahora lo hace para nuestros adversarios.”

Pero la razón de ser del parlamentarismo *burgués* —y en esto Lasalle tiene incuestionablemente razón— es el sufragio censatario. Si el parlamentarismo debe ser el medio de dominación de la burguesía, es necesario que a su vez esté dominado por ella; pero esta supremacía se ve amenazada cuando otras clases adquieren influencia sobre la asamblea. De allí la continua tendencia a mantener o restablecer el censo. Ejemplo: Francia. Fue la feroz represión de la Comuna lo que dio a la tercera república la valentía de recurrir al sufragio universal para garantizar el mantenimiento de una mayoría conservadora, con la ayuda del interior, hostil a París, así como la masacre de Junio se la había dado a Bonaparte. Desde entonces, efectivamente, el sufragio universal nunca puso en peligro la hegemonía de la burguesía en Francia. Por eso, no existe allí ninguna tendencia fuerte para modificar el derecho electoral. Del mismo modo, en Inglaterra y América el sufragio universal está sólida y durablemente establecido en función de que, en esos países, el proletariado no ha accedido todavía a la conciencia de clase. La democracia anglosajona no pasó todavía por la gran prueba. Habrá de ponerse en guardia, solamente, cuando un movimiento obrero autónomo se esfuerce en utilizar las instituciones democráticas a favor de los intereses de clase del proletariado. En la mayoría de los estados europeos, las cosas ocurren en forma muy diferente que en los tres países que acabamos de mencionar. En ninguno de aquéllos hay sufragio universal para las elecciones comunales, ni para las elecciones correspondientes a los landtags y asambleas, del mismo nivel. Existe para el parlamento alemán, pero bajo una forma falsificada, dada la manera en que se han recortado las circunscripciones; por otra parte, cuenta con poderosos adversarios. La causa de esta situación está perfectamente clara.

La eliminación del censo indica la posibilidad de eliminar la hegemonía burguesa. El sufragio universal otorga al proletariado una representación cada vez más numerosa, a medida que la clase obrera se libera del engaño de la armonía entre los intereses, y se afirma en la conciencia de su independencia. El poderío económico ya no le basta a la burguesía para asegurarse una mayoría durable; los ciudadanos que están sujetos a ella, lejos de seguir brindándole su apoyo se han convertido en sus peores enemigos, y tienden precisamente a terminar hasta con esa sujeción. Por otra parte, la influencia de la burguesía sobre los poderes públicos está en camino de declinar, ya que éstos se organizan, durante cierto tiempo, en una forma más independiente que nunca, gracias al servicio militar personal. A pesar de la enorme diferencia que puede comprobarse entre la forma de servicio personal vigente al comenzar la hegemonía burguesa, y la forma que prevalece hacia el final de dicha hegemonía, el servicio personal resulta, como todo absolutismo, del equilibrio temporario entre diversas clases antagónicas, y constituye el prodromo más certero de la desaparición de la autocracia de una clase, y del advenimiento

de otra clase. De este modo, el parlamentarismo de la burguesía se ve perturbado por el sufragio universal. Es entonces cuando la fórmula: *La legalidad nos mata*, se transforma en una realidad para ella, y comienza a buscar ávidamente los medios que modifiquen dicha legalidad, en forma tal que ya no resulte mortal para la influencia de la clase dirigente y que, por el contrario, lo sea para la influencia del proletariado.

Una vez que el poderío económico de la burguesía ha sobrepasado su apogeo, reviste un interés cada vez más urgente para esta clase, el tener a su disposición exclusiva y completa los poderes públicos, con vistas a utilizarlos para la protección y expansión de su poder económico. Los intereses de la burguesía se encuentran siempre mucho más supeditados al problema de saber en qué medida el estado se subordinará a ellos. La vieja concepción del estado como guardián nocturno ha sido abandonada desde hace tiempo; es la burguesía la que ahora desempeña piadosamente el papel de Vestal a cargo del fuego sagrado de la “civilización”; está sobrentendido —y ese es el trasfondo de su religiosidad—, que las funciones esenciales de dicho fuego sagrado, consisten en calentar las calderas de la burguesía, y fundir sus lingotes de oro. Hasta ese momento, el funcionamiento de los órganos nacionales sólo interesaba a la clase, y los individuos no se interesaban más que en forma muy indirecta y displicente, como ocurría por otra parte, con todo lo que hubiera debido despertar la atención de la colectividad burguesa. Ahora, los problemas de orden gubernamental inquietan a cada uno en particular; y sobre todo constituyen una obsesión para el pequeño grupo de burgueses de mayor poderío, que se ingenian para que el estado se convierta en su cosa privada, es decir, un instrumento al servicio de la organización moderna de las finanzas y el comercio, al servicio también de los cárteles y de los trusts. La competencia sobre el mercado mundial se persigue con el concurso cada vez más activo de los poderes públicos. La burguesía, que antiguamente no quería oír hablar de un estado fuerte, y que lo soportaba apenas como un mal necesario, hoy se consagra fervorosamente a reforzar los medios de acción gubernamentales. ¡Adiós la oposición al militarismo, adiós el odio a la burocracia! La burguesía debía en parte su influencia a su lucha contra los órganos del estado; hela ahí que, para utilizar esa influencia contra el proletariado ascendente, se encarama precisamente a esos órganos, y secunda los esfuerzos de éstos para su continuo desarrollo. Los intereses de los clanes que detentan las funciones públicas, de la burocracia y del militarismo, coinciden con los de la burguesía, sin cuyo apoyo les sería imposible a aquéllos extender su esfera de actividad. Por su parte, el proletariado tiene un interés vital en oponer la más áspera resistencia a la expansión de la fuerza gubernamental, porque hoy en día, ésta sirve únicamente para consolidar la potencia económica de la burguesía.

Hemos visto de qué modo el parlamentarismo hace posible la organización de la acción de clase, de qué modo permite a las diversas clases encontrar la expresión de su poder económico y utilizarlo a fin de influir sobre el poder político. Hemos visto luego que el poder político tiene intereses análogos a los de la burguesía, y que ésta no puede ser sino hostil al proletariado, cuya victoria habrá de comportar la supresión de la independencia conferida por la

sociedad burguesa al poder político. Burguesía y poder político coinciden pues en un interés común: que el proletariado siga sin tener influencia, que se lo tenga apartado del parlamento, y, como consecuencia, que se mantenga o se restablezca el sufragio censatario, ya que ese sistema es el único que pueda impedir al parlamentarismo, instrumento de la hegemonía burguesa, convertirse en instrumento de la dictadura del proletariado. Por su parte, el proletariado, nada puede desear tan ardientemente como la transición regular y pacífica, tal como ésta puede realizarse gracias a la conquista del parlamento; pero sólo el mantenimiento del sufragio universal puede garantizar una evolución continua y sin convulsiones. Ese régimen permite al poder creciente del proletariado, encontrar su expresión exacta, la expresión correspondiente a sus efectivos, al grado de conciencia por él alcanzado, y a la medida en que está resuelto a utilizar el derecho de voto para la elección de socialistas. Por otra parte, el sufragio universal obliga a los dirigentes del día, a multiplicar las concesiones, en un intento por que no llegue jamás la hora en que la minoría habrá de transformarse en mayoría o, al menos, por retardar lo más posible este momento. Ciertas conquistas de la burguesía no pueden mantenerse, aún cuando el sistema electoral está combinado en modo tal que la mayoría no se desplace jamás, o incluso que los dirigentes se enfrentan siempre con una minoría renovada sin cesar. Se dan eventualidades que deben favorecer al partido representado por la minoría, si éste se mantiene siempre firmemente adherido a la integralidad de sus principios. Favorecer, en el sentido de hacer que los miembros de dicho partido se entreguen cada vez con mayor fervor a la lucha, y que su colectividad crezca en poder y en influencia. Además, el parlamentarismo, por definición, obliga a fundamentar todas las medidas legislativas y administrativas, a producir todos los argumentos a favor o en contra de cada detalle, a comparar las razones del partidario y del adversario de cada acto público; constituye por lo tanto el mejor medio de educación política del pueblo; ningún otro le es comparable, para preparar en la clase obrera la voluntad y la capacidad de realizar por las vías políticas, su propia emancipación. Ofrece también el mejor procedimiento ofensivo o defensivo, con vistas a la concentración de todas las fuerzas de la clase sobre un punto determinado. Es por ello que reviste una importancia vital para el proletariado el reservarse siempre la posibilidad de conquistar la predominancia parlamentaria. Es indispensable que el sufragio universal e igualitario esté inquebrantablemente garantizado contra cualquier asalto; su posesión es la meta más interesante para el presente, y la condición del progreso en un futuro próximo. La posibilidad para el proletariado de convertir su poder económico en influencia política está siempre vigente sólo sobre el terreno parlamentario.

Pero toda la táctica parlamentaria del proletariado organizado, lo llevará evidentemente a un callejón sin salida si, justo después de haber logrado decisivos progresos, debe sufrir la inquietud de sentir bruscamente cómo el terreno comienza a temblar bajo sus pasos, y si tiene que reconocer que hasta las propias bases sobre las cuales se había establecido, están en vísperas de su derrumbe. El derecho de sufragio se convierte en un arma inútil, si hay que vivir con el temor de verlo esfumarse justo en las circunstancias en que

más se lo necesita. Por lo tanto, es importante consolidar las bases de toda nuestra posición de combate; y solamente llegaremos a ello enfrentando el poder económico organizado del proletariado, contra el poder económico de la burguesía, y, al mismo tiempo, contra los poderes públicos sometidos a la influencia de ésta, ya que su existencia no puede ser completamente independiente —al menos en sus orígenes— y que les resulta imposible dejar de solidarizarse con la clase dominante.

Pero, el poder económico del proletariado reside en el hecho de que éste es indispensable para la producción, y sólo puede manifestarse a través de la posibilidad de paralizarla.

El paro de la producción constituye efectivamente el único medio decisivo de coacción de que disponga el proletariado contra los poderes coercitivos del estado, desde que la lucha directa en las barricadas se ha vuelto imposible. El paro de la producción demuestra que el proletariado es indispensable a la sociedad actual, y que cualquier evolución vital de ésta, depende del trabajo de aquél. El hecho de que el proletariado sea indispensable, le proporciona una fuerza irreductible, y le asegura fatalmente la victoria final. Debe utilizarlo como garantía contra cualquier intento de quebrantar las bases de la acción obrera moderna. Por supuesto, nuestros adversarios no habrán de lograr que la práctica parlamentaria, que hasta el presente nos llevó de triunfo en triunfo, se vuelva impracticable súbitamente y sin transiciones. Puede por lo tanto el proletariado prepararse a defender el sufragio universal, con la última arma de que dispone. *Detrás del sufragio universal, es necesario que se haga sentir la voluntad de organizar la huelga general.*

La huelga general debe convertirse en la idea reguladora de la táctica socialista. Reguladora en el sentido de que cada proletario debe tener conciencia de lo siguiente: solamente logrará completar y proteger todas sus conquistas, sus posiciones y sus esfuerzos, si está dispuesto a defenderlos junto con sus compañeros de clase, en las circunstancias más graves, del único modo posible, es decir gracias a la dependencia en que el proceso vital de la sociedad entera se encuentra respecto a él.

Reguladora también en el sentido de que la huelga general no puede ser encarada como un medio aislado, recomendable para el ataque o la defensa, en el curso de la lucha normal. ¡No! no debe sustituir a esta otra táctica que hemos empleado hasta el presente. Su meta debe ser únicamente que dicha táctica vuelva a ser practicable, cada vez que sus propios triunfos la ponen en peligro. Lejos de remplazar al parlamentarismo y a las otras acciones, ha sido concebida más bien para proteger la libertad de acción política del proletariado contra toda limitación. Por último, debe ser una idea reguladora en el sentido de que, dentro de lo posible, debe conservarse al estado de idea pura. La idea de la huelga general debe ser tan vívida y clara en la conciencia y en la voluntad del proletariado, que todo aquél que sustente el propósito de intentar un ataque contra las bases de nuestra actividad política, retroceda espantado a la vista de las consecuencias que su golpe de audacia va a suscitar contra sí mismo.

Sin duda, esta concepción de la huelga general difiere, y mucho, de

la quimera propuesta por la fraseología latino-revolucionaria, y contra la cual Jaurès se alzó muy recientemente. Tal como la presentamos aquí, la huelga general no es un medio para provocar alguna de esas escaramuzas pseudo-revolucionarias que, en última instancia, sólo logran reforzar los poderes contra-revolucionarios. Es más bien el medio de asegurar el desarrollo continuo del proletariado y, en la medida de lo posible, de garantizar su marcha progresiva contra toda perturbación violenta. No se trata de un recurso que deba utilizarse a diestro y siniestro, aquí para apoyar una reivindicación económica de un grupo de trabajadores, allí para evitar una guerra, más lejos para obtener el despido de un jefe de fábrica o de taller, en otro lado, hasta para derribar un gobierno. Constituye un procedimiento destinado a un objetivo nítidamente delimitado: conquistar o consolidar las bases que permitan al proletariado una acción continua y progresiva, más enérgica y fecunda en resultados.

Por último, no se trata de un "truco" mediante el cual podría pasarse sin transiciones de la sociedad actual a la sociedad del mañana, y al que habría que recurrir lo antes posible, porque está hecho para remediar todas las enfermedades sociales. La huelga general es simplemente un arma defensiva a emplear contra el poder que imposibilitara una evolución pacífica.

Pero ¿es posible acaso la huelga general? No es éste el lugar para responder detalladamente a tal pregunta. En primer término, porque es necesario considerar que la posibilidad en cuestión está a merced de la diversidad de condiciones de tiempo y lugar. * Pero lo que está claro, es que la huelga general es realizable, porque la victoria del proletariado es posible. En efecto, la huelga general es el único medio directo de coerción de que dispone el proletariado. Lo que las barricadas y la huelga de impuestos significó para la burguesía, eso mismo significa la huelga general para el proletariado. Es la *ultima ratio* que entra en escena después del agotamiento de todos los demás medios. Negar la posibilidad de la huelga general, cuando no traduce la ineptitud para la reflexión, equivale a aconsejar el renunciamento al proletariado. Por los intereses naturales de su situación de productor, se han aconsejado al proletariado todas las posiciones de combate consideradas muy fuertes. La violencia del adversario puede poner en peligro a cualquiera de ellas. Pero aquello que no podría ser aniquilado sin que la propia sociedad se derrumbe, es el proletariado en su condición de productor. Es necesario que la clase obrera se compenetre perfectamente de esta idea, y esté siempre dispuesta a emplear su poder —agente indispensable de la producción— utilizándolo ya sea para la intimidación, ya sea para la coerción, ni bien corresponda desbaratar los planes de quienes quisieran retrotraer a la condición

* Queremos insistir en esto para que nadie imagine que pretendemos aconsejar a un grupo cualquiera del proletariado internacional, por ejemplo al proletariado alemán que, sin una preparación profunda, responde inmediatamente mediante la huelga general, a una situación del tipo de la creada por la supresión del sufragio universal. No entra en el marco que no hemos fijado el examen de las condiciones concretas en las cuales la huelga general es realizable.

de hilotas al proletariado moderno, el cual en posesión de su conciencia de clase, comienza a levantar cabeza.

El Congreso Socialista Internacional tendrá que discutir el tema de la huelga general. En nuestra opinión, su tarea deberá ser doble. Por una parte, deberá tomar posición categóricamente contra la ilusión pseudo-revolucionaria y semi-anarquista, en virtud de la cual bastaría provocar una huelga general para obtener el derrumbe de la sociedad capitalista y su remplazo por el régimen socialista, a favor de la conmoción provocada por dicha huelga. Por otra parte, el Congreso deberá declararse contrario a ese despilfarro de esfuerzos constituido por lo que se ha dado en llamar huelga general de una ciudad o de una provincia, huelgas éstas que casi siempre terminaron por una derrota, en detrimento de una política lógica y metódica.

También deberá guardarse bien de querer eliminar de la táctica socialista, deliberadamente, la idea de la huelga general, que es un producto espontáneo de las condiciones de lucha proletaria. Si gracias al sufragio universal e igualitario, es posible seguir una política obrera independiente y enérgica, que sirva constantemente los intereses de clase del proletariado, y sea una amenaza cada vez mayor para la dominación de la burguesía, entonces, habrá de hacerse evidente, tanto para los amigos como para los adversarios, que el proletariado está resuelto a recurrir a los medios extremos para mantener esta legalidad, la cual terminará matando a la burguesía.

II. "COMISION GENERAL" DE LOS SINDICATOS

A. Hueber

Secretario de la "Comisión General" de los sindicatos austríacos

En respuesta a vuestra encuesta, empiezo por haceros notar que en este momento no estoy en condiciones de tratar a fondo, por escrito, el tema de la huelga general, que es de la mayor importancia. Sólo puedo pronunciar-me muy brevemente, desde el punto de vista sindical, sobre la posibilidad práctica de una huelga de ese tipo.

1. Estoy persuadido de que una *huelga general de los obreros de una rama de la industria es posible*, con vistas a intentar obtener con *lucha abierta*, mediante la interrupción completa de la producción, un mejoramiento en las *condiciones de duración del trabajo, y en las de salario*. Pero, para estar *segura* de alcanzar la victoria, es necesario que la organización gremial en cuestión esté fuertemente centralizada, que englobe al menos el 60 por ciento de los trabajadores de la respectiva rama industrial, y que sus adherentes hayan tenido el cuidado de preparar, en tiempos de paz, un *poderoso tesoro de guerra*.

Si no se dan las condiciones de lucha que acabamos de indicar, una huelga general que se declare a pesar de todo en una industria, por ejemplo —tomemos la hipótesis más favorable— en un servicio público, podrá revestir cierto interés para los trabajadores, pero *no reforzará en modo alguno* la posición económica de éstos, ni los ayudará a elevarse cada vez más alto en la vía de los progresos materiales. Además, entraña el peligro de hacerles perder, en pocas semanas o meses, la totalidad o una parte de lo que hubieran conquistado con anterioridad; incluso, en determinado número de casos, la reacción procurará retrotraerlos a condiciones de trabajo *peores* que las que se daban antes del conflicto. Sea como fuere, los militantes de los sindicatos austríacos, tienen la *convicción* de que la huelga de los trabajadores de toda una industria es algo muy *riesgoso, incluso en las condiciones más favorables*, dada la situación de las diversas organizaciones, las posiciones ocupadas por la administración, y el estado de los negocios. Según ellos, vale más atenerse al método ya *experimentado*, entablar luchas *parciales*, proceder por *etapas*, para lograr el triunfo de las reivindicaciones tendientes a que las condiciones de trabajo de nuestros camaradas obreros, se eleven constantemente, y a que nada de lo que pudieron obtener se les arranque luego.

II. Sin embargo, una huelga general puede constituir una *dura necesidad* en una localidad o en un distrito donde las organizaciones interesadas la hubieran declarado con pleno conocimiento de causa. Entiendo con esto una huelga de solidaridad, emprendida por los sindicatos de todos los oficios en una ciudad o en un distrito industrial, donde una organización hermana se ve obligada a una *lucha defensiva*, con vistas a forzar la intervención de los poderes públicos, cuando se trata de afrontar una agresión de la patronal de esa localidad. En un caso de ese tipo, considero que la huelga general es la mejor arma que pueda manejar el proletariado.

III. Voy a referirme ahora a la huelga general encarada como medio de obtener derechos políticos, o de defender los derechos ya adquiridos, en fin, de ejercer una influencia política sobre los poderes públicos o sobre los partidos burgueses.

Este género de huelga general constituye uno de los problemas tácticos más graves que se ofrecen a la clase obrera. Sobre este tema, no puedo dar una opinión como teórico realmente culto, pero voy a decir lo que pienso al respecto, en mi condición de "hombre práctico" y de obrero.

La huelga general política, puesto que se quiere emplear tal expresión, *uno es una utopía* como muchos declaran, y tampoco hay que descartarla como inútil. Por otra parte, nunca se la representó bajo la forma de una panacea; se trata de una herramienta que el proletariado debe mantener siempre en reserva, pero *siempre disponible*.

Aunque nadie podría predecirlo con seguridad, puede ocurrir que la inepta clase burguesa llegue a crear, en un país determinado, las circunstancias merced a las cuales la comunidad social se vea momentáneamente sumergida en un caos político, nacional y económico, donde el proletariado pueda, e incluso deba, cumplir su misión histórica.

Llegada esa hora, si *el socialismo maduró suficientemente en las ideas, los sentimientos y las costumbres*, dependerá de las organizaciones políticas y económicas del proletariado, e incluso también de esa parte de la población que vegeta entre los obreros y los patrones de la industria, o en torno de éstos, dependerá de todos ellos, —repito— que puedan asestar a sus adversarios un golpe decisivo, sobre todo si el bloque reaccionario de la burguesía manifiesta la pretensión de suprimir o de restringir el derecho al sufragio.

Una vez que la idea socialista esté bien arraigada en la mayoría del pueblo, y que éste comprenda por consiguiente cuál es su fuerza real, habrá llegado el momento de apartar los obstáculos que se oponen a la emancipación de la multitud, y esto *sin preocuparse por ninguna doctrina en particular*, y con la aquiescencia de los dirigentes del momento, o sin ella. Estimo por lo tanto, que debemos reservar la huelga general política a guisa de arma, tanto ofensiva como defensiva, según la circunstancia.

IV. A la pregunta de saber si la huelga general es útil para producir la revolución social y, consecuentemente, el régimen socialista de la producción, respondo tajantemente por la negativa.

La revolución social no es un grito de guerra, una divisa de moda; es la manifestación última de una fase de desarrollo económico, fase para cuya culminación trabajamos en el propio seno del mundo capitalista. Sin embargo, la huelga general no tiene como objetivo inspirar a las masas la idea de la revolución social; de ese modo, deja de lado lo esencial de nuestra obra presente.

Establezcamos, para todos los oficios, poderosos organismos centrales, aptos para hacer frente a cualquier eventualidad; ocupémonos de coaligar los sindicatos con las cooperativas de consumo; lleguemos, para empezar, a que la producción cooperativa que resulte de esta coalición, satisfaga las necesidades cotidianas de nuestros adherentes, y esforcémonos al mismo tiempo en ganar para nuestra causa las asociaciones de productores rurales: habremos facilitado de ese modo el pasaje del actual régimen de intercambio, al régimen que el futuro nos promete. Actuemos, paralelamente, sobre todos los terrenos políticos. Resumiendo, apoderémonos de todas las posiciones que se ofrecen, en tanto son útiles y accesibles, y de esa forma habremos adelantado en la tarea socialista revolucionaria, a través de actos y no de palabras.

ALEMANIA

Las controversias sobre la huelga general adquirieron, en estos últimos tiempos, una importancia creciente en la socialdemocracia alemana. El reciente Congreso de Bremen (setiembre de 1904) ha discutido, más exhaustivamente que los congresos precedentes, la inclusión en el orden del día de este tema tan inquietante. Y la emoción que se produjo en el socialismo alemán por la agitación suscitada en torno de este problema, permite prever que las discusiones respecto del mismo se harán cada vez más frecuentes, en un futuro inmediato.

Por otra parte, no es la primera vez que el tema se le plantea a la democracia socialista de Alemania. Los movimientos de opinión que se manifestaron en el partido a partir de 1890, después de la supresión de las leyes de excepción, incluyeron a partidarios decididos del sindicalismo revolucionario y de la huelga general. Una fuerte corriente se manifestó a favor de las nuevas ideas: folletos, polémicas, etc., dieron a las discusiones una amplitud innegable. En 1891, en el Congreso de Erfurt, en el cual revisó su programa, la socialdemocracia alemana tuvo que discutir —con una resonancia que no se ha olvidado aún— la huelga general. Y la condenó.

El fracaso de las primeras tentativas de celebración del 1º de mayo, asestó un golpe funesto a la propaganda a favor de la huelga general. En particular, en el Congreso de Hannover de 1893, el tema del 1º de Mayo fue identificado al de la huelga general, y ambos fueron rechazados por una enorme mayoría.

Sin embargo, la hostilidad que los sindicalistas alemanes manifestaron con respecto a la huelga general, no fue absoluta. Legien, presidente de la Comisión General de los Sindicatos Alemanes, no la rechazaba radicalmente; pero el sindicalismo revolucionario, y la correspondiente concepción de la huelga general, ello sí fue casi unánimemente condenado.

En el curso de estos últimos años, pareciera que la opinión de los partidarios de la huelga general, se haya puesto de acuerdo en considerar solamente la huelga general política, oponiéndose a la huelga general económica revolucionaria. Kautsky, en artículos publicados en Die Neue Zeit, en 1900 y 1902, ha defendido esta noción de "la huelga de masas secundando una acción política". Rosa Luxemburg, en un estudio sobre la huelga general belga de 1902, Bernstein, sobre el mismo tema —una en Die Neue Zeit y el otro en Die Socialistische Monatshefte— adhirieron a los mismos puntos de vista. Parvus, con una nota más revolucionaria, ha defendido la huelga general política en artículos del Die Neue Zeit y del Aus der Weltpolitik. Algunos periódicos del partido, como el Die Leipziger Volkszeitung han adherido al mismo principio de la huelga de masa, en el sentido de una vasta demostración política. Pero recientemente se hizo oír una nota nueva, que recuerda las concepciones sindicalistas revolucionarias de 1890-1891. El Dr. Friedeberg en una conferencia reciente, ha desarrollado la concepción revolucionaria de la huelga general, y la conmoción producida por su propaganda está lejos todavía de haberse calmado.

La concepción de la huelga general política está expuesta en este volumen por Kautsky y Parvus. Hemos reproducido la intervención de Legien en el

Congreso Socialista Internacional de 1900. Pero hemos querido sobre todo reproducir, en su texto íntegro, la conferencia del Dr. Friedeberg, así como en los Congresos de Hannover (1902) y el de Dresch (1903), el tema fue distribuido en el Congreso Socialista Internacional de Amsterdam, en agosto de 1904.

Por último, en el reciente Congreso de Bremen, tal como lo había sido en los Congresos de Hannover (1902) y el de Dresch (1903), el tema fue planteado incidentalmente. Los debates indican el estado actual de la opinión socialista alemana sobre el tema: los hemos reproducido con toda fidelidad.

PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA ALEMÁN

1. Karl Kautsky

Director del Die Neue Zeit

I. La Huelga

Si es verdad que debemos excluir de nuestros cerebros la idea del pueblo que resiste, con la fuerza de sus armas, a las armas de la fuerza pública, ¿debemos aceptar por ello que el proletariado jamás resistirá por la fuerza a los golpes de fuerza de sus adversarios? Frente a un golpe de estado ¿nos quedaremos indefensos? ¿No existe para nosotros otra arma política, fuera de la papeleta del voto?

Desde el punto de vista político, el proletariado militante se ve beneficiado, a una medida perfectamente satisfactoria, por una constitución como la que posee el imperio alemán. No existe el menor motivo para querer modificar esta Constitución por vías legales, por la violencia. Pero justamente por eso, a medida que se desarrolla su poder político, el proletariado debe considerar que es cada vez más inminente la hora en que sus adversarios suprimirán por la fuerza la constitución actual, para remplazarla por un régimen de implacable represión del proletariado y supresión radical de las organizaciones obreras, un régimen de violencia, que habrá de requerir una resistencia enérgica.

Es imposible pensar que un régimen de este tipo incite al pueblo a un levantamiento armado, en lugares donde las masas están penetradas por el pensamiento socialista. Si el proletariado se encuentra finalmente arrinconado, sin más salida que defenderse por la fuerza sólo podrá entonces emplear un *solo* medio de acción, que ya hoy emplea como arma suprema y decisiva en sus luchas económicas: la *huelga*.

Y si un día hubiera de aceptarse que ese medio perdió eficacia, y que por consiguiente es tan inoperante como la insurrección armada, no por ello deberá inferirse que ya no queda esperanza alguna para la causa del proletariado. Inclusive en ese caso, no cabría dudar del triunfo final. El proletariado representa, hoy día, no sólo el porvenir de la nación, sino también sus intereses vitales en el presente. Un gobierno no podría perseguirlo sin comprimir y paralizar en su conjunto la actividad de toda la nación, y tarde o temprano se produciría una catástrofe económica o política, una de esas crisis que no perdonan a ningún estado. Ciertamente, en medio de circunstancias semejantes, el porvenir del proletariado sería azaroso, dependería más de acontecimientos exteriores, que de las fuerzas de la clase obrera; pero no por eso su victoria sería menos posible.

En todo caso, el proletariado sentirá acrecentarse su confianza en sí.

mismo y su energía, así como su conciencia de clase, y verá cómo sus adversarios lo respetan cada vez más, cuando sepa que está en posesión de un arma gracias a la cual puede, con sus propias fuerzas, derrotar a los medios de coerción del capitalismo. Se comprende así la gran importancia que han adquirido actualmente las discusiones sobre la huelga política o, como se dice con una exactitud muy discutible, la huelga general.

II. Las diferentes clases de huelga

Por divergentes que sean las conclusiones a las que han llegado hasta el momento los camaradas que tomaron parte en esta discusión, todos se pusieron de acuerdo al menos en hacer resaltar un punto: la huelga política es un arma a la cual no puede recurrirse en cualquier momento y sin preparación, hasta tanto la organización del proletariado no sea lo suficientemente sólida. Esta huelga puede tener éxito en general, pero solamente dentro de determinadas condiciones particulares.

No se puede estudiar dichas condiciones en las huelgas ordinarias emprendidas con un objetivo económico, porque la huelga política y la huelga económica son dos cosas totalmente diferentes.

En la huelga económica, una parte importante de la fuerza de los trabajadores viene del hecho de que al empleador le resulta indispensable reanudar la producción; por otra parte, los trabajadores pueden contar con la competencia que enfrenta a los capitalistas, mientras que éstos ya no pueden contar con la competencia entre obreros.

El capital constante del fabricante, —edificios, máquinas, etc.— se deteriora si no se lo utiliza; inclusive a veces, una huelga absoluta significa una amenaza de ruina desde los primeros momentos; por ejemplo, en las minas, se da el peligro de inundación cuando las bombas no funcionan. A menudo, las materias primas se ven afectadas en su valor de uso, cuando quedan mucho tiempo almacenadas —por ejemplo, la remolacha en la fábrica de azúcar.

Pero a estas causas técnicas que hacen que una interrupción de la puesta en valor se convierta en un perjuicio para el capitalista, se agregan aún motivos económicos. La tasa de beneficio anual no depende solamente del grado de explotación al que se ven sometidos los trabajadores; depende también de la rapidez de renovación del capital.

Supongamos que, sobre un capital de 2 millones de marcos, 400.000 marcos corresponden a los salarios, y 1.600.000 al capital fijo representado por el capital constante durante un período de renovación. Para mayor simplicidad, diremos que el capital fijo es igual a cero. Si la tasa de la plusvalía se eleva a 100%, resultan 400.000 marcos por cada término de renovación. Si el capital se renueva una vez en el año, produce un beneficio de 400.000 marcos. Por lo tanto, la tasa de beneficio es de 400.000 sobre 2.000.000 o sea del 20%. Si el capital se renueva dos veces por año, el monto de la plusvalía se eleva a 800.000 marcos, y la tasa de beneficio al 40%, sin que se haya agravado la explotación de los trabajadores. Dicha explotación

se mantuvo en el mismo nivel, pero el total de los salarios se multiplicó por dos ya que, pese a mantener más o menos el mismo número de obreros, se ha aumentado el rendimiento del trabajo, velando por la regularidad de la tarea, imponiendo horas suplementarias y suprimiendo el descanso hebdomadario. Por lo tanto, cuanto más rápido se renueva el capital, tanto más se eleva la ganancia, pero toda interrupción de la producción determina una prórroga en el período de renovación del capital.

Además de la necesidad que tiene que su capital se renueve lo más rápidamente posible, en caso de huelga, el patrón se ve acosado por el temor de la competencia de sus colegas, y por la solidaridad de los obreros entre ellos.

El resultado de esta competencia es que los colegas, en cuyos establecimientos no hubo paro, le soplan la clientela por una parte, y sus mejores obreros por la otra. Es éste un factor cuya influencia se manifiesta más allá de la duración de la huelga. En cuanto a la solidaridad proletaria, se manifiesta en que los camaradas sin trabajo se guardan muy bien de venir a ofrecerle al patrón el refuerzo de sus brazos; además, los huelguistas reciben socorros materiales, a los que contribuyen no sólo los obreros del mismo gremio, sino también todo el proletariado y sus simpatizantes.

Cuando la huelga se conduce con vigor y eficacia, todos estos factores actúan en beneficio de los intereses obreros. En estas circunstancias, cuando los capitalistas tienen más carencia de mano de obra, cuando el número de desocupados traidores a la solidaridad es más restringido, cuando las suscripciones se reciben copiosamente, cuando el capital pierde rápidamente su valor y todo atraso en reanudar la producción equivale a una disminución de la ganancia más sensible aún: es entonces cuando por fin, puede volverse más ventajoso acordar un aumento de salarios que soportar que siga interrumpida la producción.

Todo esto es notorio, y si lo he expuesto aquí una vez más, es sólo para ilustrar el contraste entre huelga económica y huelga política. Los diversos factores económicos que aseguran el éxito a los obreros, se encuentran tanto más ausentes en una gran huelga, cuanto que ésta se vuelve más extendida, y toma más nítidamente la forma de una huelga general. Y cuando la huelga es positivamente general, faltan en forma total. Puesto que el curso de la producción fue suspendido bruscamente en el conjunto de la sociedad, el fabricante ya no puede colocar sus productos, ni tampoco procurarse materias primas ni combustible. Entonces ¿qué interés podría tener en intentar que sus obreros volvieran a la fábrica? No tiene por qué temer que la competencia se los lleve, ni que su clientela le sea infiel, puesto que ésta no podría surtir mejor en ningún otro lado. ¿Y los trabajadores? Salvo en circunstancias excepcionalmente favorables, la posición estratégica de los obreros de una fábrica es inferior a la de su patrón, inclusive cuando todos actúan de común acuerdo. Si no tienen la suerte de alcanzar el éxito con el primer intento, si se ven acorralados por un sitio pertinaz, pocas veces salen victoriosos, al menos que, siendo obreros de un solo establecimiento, cuenten con el apoyo de sus camaradas de los establecimientos vecinos, o también que, siendo

obreros de la misma rama industrial en toda una localidad, los auxilien sus camaradas de la misma rama en todo el país o, por último, que siendo obreros de la misma rama en todo un país, cuenten con el apoyo de todo el proletariado de ese país y, llegado el caso, del mundo entero. Salvo la última hipótesis, no se puede contar con el éxito de semejantes manifestaciones de solidaridad, si se trata de una huelga de todas las ramas, que abarque a un país en su conjunto.

Sin duda, la idea de inmovilizar bruscamente la vida económica de toda la sociedad capitalista y, como consecuencia de ello, volver imposible dicha vida, es una idea muy atractiva. Sin embargo, no debe olvidarse que una huelga general no solamente interrumpe la producción capitalista: mientras dura, interrumpe toda producción. Pero los trabajadores tienen mucho más interés que los capitalistas en que la producción siga su curso, porque los capitalistas no están simplemente en posesión de los medios de producción; disponen también de todos los grandes depósitos de productos de consumo. Por lo tanto, pueden soportar durante mayor tiempo que los trabajadores un paro general de la producción. Los trabajadores no tienen ninguna posibilidad de reducirlos por el hambre. Es totalmente imposible que una gran huelga nacional dure tanto como, por ejemplo, la huelga de Crimmitschau.

Si la victoria no llega durante la primera semana, las provisiones de los trabajadores se agotan, así como las de los pequeños comerciantes que les dan crédito. Y entonces, el único camino es someterse, o bien salir de la legalidad, apoderarse por la fuerza de los medios de subsistencia. Pero entonces, se abandonaría el terreno de la huelga económica, de la revolución de brazos caídos, para abordar el de la insurrección.

Incluso hoy mismo, existen huelgas que dejan de ser puramente económicas, que ejercen sobre la patronal una presión indirecta, social, en una palabra política, luego de demostrarse que la presión directa, económica, resultaba ineficaz. Huelgas de este tipo tienen lugar sobre todo en los países donde la clase obrera debe luchar contra poderosos monopolios. La posición de éstos es demasiado fuerte, como para que la huelga baste para quebrantarla. Pero la huelga, precisamente, acarrea tantos males para todas las partes de la sociedad, y la situación excepcional de los acaparadores les ha granjeado tantos enemigos en los medios burgueses, que el estado o la comuna encuentran en la huelga la ocasión jamás soñada para combatir a los monopolistas, y toman las medidas legislativas o administrativas necesarias para imponer a éstos la aceptación de las reivindicaciones obreras, y evitar así que se extiendan y se prolonguen los perjuicios sociales causados por la huelga.

Un ejemplo de esta eventualidad se dio en la gran huelga de los mineros de carbón austríacos, durante el invierno de 1900. Desde el punto de vista económico, fracasó. Los barones de la mina la soportaron con una tranquilidad perfecta. Pero la huelga ocasionó una perturbación industrial tan profunda, y las ganancias que realizan todos los años los propietarios de las minas en detrimento de la población son tan escandalosamente enormes, tan exasperantes, les han granjeado tal odio hasta en los medios burgueses, que el parlamento austríaco terminó por mostrarse dispuesto a intervenir para evitar la repetición

de una huelga de ese tipo y acordó a los mineros de carbón la jornada de nueve horas. Fue éste un notable resultado de lo que puede obtenerse al hacer que concuerden la acción política y la acción sindical. Cada una de ellas empleada con exclusión de la otra, hubiera desembocado en un fracaso. En el Reichstag, la fracción socialdemócrata hubiera podido preconizar la disminución de la jornada de trabajo en las minas de carbón, hasta enronquecerse; sin la huelga, hubiera sido como predicar en el desierto. Y, por otro lado, la huelga no hubiera vencido si los diputados del partido no la hubieran secundado hostigando al gobierno y a la mayoría, hasta que se cumplieran, al menos parcialmente, las promesas hechas en el momento de la gran escasez de hulla.

Se buscó un objetivo análogo en muchas huelgas de solidaridad y en muchas tentativas anarquistas de huelga general. Cuando una determinada porción de la clase obrera no es lo suficientemente fuerte como para dar cuenta de sus patrones por sí sola, a menudo los camaradas de otras corporaciones hacen abandono del trabajo, en forma tal que el paro de la producción en los establecimientos originariamente afectados se vuelva más eficaz: tal es el caso, por ejemplo, cuando los trabajadores del transporte de niegan a realizar la expedición de productos elaborados por rompeshuelgas. Pero la huelga de solidaridad puede apuntar más lejos, y revestir un carácter de un interés más general, un carácter político, cuando tiende a multiplicar las dificultades y los perjuicios contra la sociedad burguesa, hasta obtener que ésta se vea en la necesidad de ejercer una presión sobre la patronal recalcitrante.

A menudo la gente confunde estas huelgas generales con la gran huelga política. Sin embargo, sólo tienen de común con ésta un carácter exterior; en ambos casos, importantes masas de obreros de las más diversas corporaciones abandonan el trabajo. Pero los objetivos están muy lejos de ser idénticos. En la huelga de solidaridad generalizada poco a poco, se trata de llegar a que la presión económica ejercida por los huelguistas sobre un sector determinado de la patronal, se vea secundada por una presión de la clase burguesa y del Estado burgués, presión que se da por descontada, porque cuando la comunidad burguesa abandona a un número pequeño de patrones, no tiene nada que perder, pero sí algo que ganar. Durante la gran huelga política, cuando se ejerce una presión económica sobre la patronal, no es su capitulación ante el proletariado lo que se busca: se pretende obligar al estado, a la propia clase burguesa a capitular. La huelga política constituye por lo tanto una categoría completamente aparte, para la cual no podemos utilizar las experiencias de los otros paros voluntarios. Fuera de los ejemplos belga y holandés, no disponemos de ningún objeto de estudio concreto. Pero el arma es demasiado peligrosa para que se pueda aconsejar su utilización a título experimental. Por lo tanto, debemos indagar si los hechos conocidos hasta el presente, bastan para que extraigamos de ellos conclusiones precisas. Y sería sumamente provechoso ver si un examen de la guerra callejera no nos muestra cuál debe ser la función de la huelga política.

III. La potencia de organización

Al comparar la huelga política con la guerra callejera, lo primero que llama la atención es que tienen un punto en común: ni una ni otra actúan mediante el factor que podía parecer decisivo sobre el terreno en el cual la lucha ha sido llevada. No es la presión económica ejercida por la huelga política, lo que le asegura a ésta perspectivas de éxito, y nunca fue una superioridad táctica lo que ha permitido que insurgentes resistieran a sus adversarios y, a veces, los vencieran. Evidentemente, las tropas regulares tienen, sobre la insurrección popular, la ventaja de contar con mejor armamento; pero su superioridad reside sobre todo en su *organización*, que comporta tanto una disciplina como una dirección metódicas. La superioridad que sobre una masa inorgánica tiene una masa organizada es enorme, incluso a igualdad de armamento. Si los 10.000 soldados griegos que se immortalizaron a raíz de su retirada bajo las órdenes de Jenofonte, pudieron constantemente resistir con éxito a medio millón de asiáticos, no fue a causa de la superioridad de su armamento, o al menos, lo fue sólo en una ínfima proporción: fue gracias a su sólida organización. Y fue por la misma razón que los lansquenetes de 1525 dieron cuenta de los campesinos rebeldes.

La base de toda potencia preponderante reside en el perfeccionamiento organizativo de los medios de dominación, mucho más que en la superioridad objetiva. El ejemplo más impactante está dado por la situación que la iglesia católica adquirió dentro de la vida del estado, situación que ella mantiene sin la fuerza de las armas, y contra esta fuerza.

Cuanta más independencia con respecto a la sociedad adquiere el poder del estado, tanto más éste tiende a lo absoluto y tanto más áspidamente se ingenia en privar a los súbditos de toda posibilidad de organizarse en forma seria y autónoma. Pero lo consigue únicamente en aquellos países donde las fuerzas sociales no reaccionan contra dicho poder, porque al reaccionar, terminan siempre por ser más fuertes que éste. En los lugares donde el sistema de producción en sí mismo aísla y disemina a la población, y por consiguiente entorpece su organización, pero en cambio favorece al estado en su trabajo de organización propia, allí prospera el absolutismo. Es lo que ocurre en los grandes estados agrarios formados sobre vastas llanuras: el campesino no supera el estadio de organización de aldeas. Por otra parte, donde el modo de producción tiene como consecuencia estadios menos primitivos y sobre todo, una centralización de la población; donde en un pequeño número de localidades se acumulan grandes masas dominadas por idénticos intereses, y que practican activamente el intercambio de ideas; donde los problemas vitales de una nación se resuelven sobre un escenario restringido: allí es difícil impedir que la población se organice. Si está prohibido organizarse formalmente y en superficie, la gente lo hace silenciosa y secretamente, con tanta más energía —incluso fanatismo— cuanto que el problema de la organización se vuelve vital para la clase en cuestión. La presión política, la disolución por vía policial de todas las asociaciones, puede, en determinadas circunstancias, crear muy rápidamente un vínculo que una a los oprimidos

mucho más estrechamente que cualquier otro tipo de asociación manifiesta; un vínculo gracias al cual la unidad de pensamiento y de voluntad, así como la libre sumisión a las órdenes de los militantes de primera fila, se propague en la forma más amplia, fuera de todo control posible por parte de los dirigentes.

La más sólida de todas las formas de organización es la que se basa en la abnegación espontánea y entusiasta; es gracias a ella, precisamente, como la iglesia ha obtenido sus más brillantes triunfos. A igualdad de medios de acción, la organización obligatoria está lejos de ser tan coherente y vigorosa. A este último tipo corresponde, cada vez más acentuadamente, el estado moderno, el cual va dejando de ser una organización de las propias clases dirigentes para convertirse, en forma progresiva, en una organización de elementos a su servicio: elementos a sueldo, y en general mal pagos; elementos reclutados en su mayoría compulsivamente, y entre los cuales se propaga poco a poco la hostilidad hacia las clases dirigentes.

Consideremos, por ejemplo, el ejército tal como éste está constituido a partir del servicio obligatorio. Los elementos más seguros para la clase dirigente, son los hombres de extracción campesina; desde tiempos inmemoriales, ignoran cualquier tipo de organización, a causa de su tradicional régimen de producción y de la lentitud intelectual que su aislamiento engendra; además, como resultado de condiciones civiles muy particulares, en especial las costumbres sucesorias vigentes, se encuentran aún bloqueados por las concepciones patriarcales, por la veneración de toda autoridad que se les presente como tutelar. Por el contrario, los soldados menos seguros son los obreros propiamente dichos, los proletarios: éstos se han visto impulsados a organizarse a instancias de la gran industria y de la vida urbana, que los llenan del sentimiento de su independencia, y los incitan a una intensa actividad intelectual; esos proletarios que se han vuelto desdefiosos, inclusive recalcitrantes frente a cualquier tipo de autoridad, en función de su precoz autonomía económica. De allí que resulte inquietante en extremo para los

Según una memoria de la cancillería alemana, la siguiente era la distribución profesional de los reclutas alemanes en 1902:

Grupos profesionales	% de aptos correspondientes a c/grupo.	% de aptos s/100 reclutas de cada grupo.	número de aptos
I. Originarios del campo			
A. Agricultores o silvicultores	75.606	25,72	58,64
B. Otras profesiones	110.389	37,55	58,40
Total	185.995	63,27	58,50
II. Originarios de la ciudad			
A. Agricultores o silvicultores	10.697	3,64	58,52
B. Otras profesiones	97.263	33,09	53,52
Total	107.960	36,73	53,27
TOTAL DE AMBAS CATEGORÍAS	293.955	100,00	56,75

poderes del estado moderno, que la proporción de elementos rurales esté en franca disminución tanto en los ejércitos, como en el resto de la sociedad.

Como consecuencia de la pauperización determinada por el industrialismo capitalista había, sobre 100 reclutas originarios del campo, y cuya ocupación había sido la agricultura y los oficios análogos y conexos, 58,64 jóvenes aptos; sobre 100 reclutas originarios de la ciudad, con profesiones ajenas a la agricultura, sólo había 53,52 aptos para el servicio. A pesar de ello, sobre 100 reclutas aptos, sólo 29,36 provenían de la agricultura. Esto es tanto más notable, cuanto que en 1895, la población agrícola representaba aún el 37,74 % de la población total. Si en 1902 la agricultura proporcionaba solamente el 29,36 % de los jóvenes aptos para el servicio militar, debe atribuirse este hecho, en parte, a la disminución considerable de la población agrícola acaecida desde 1895 (en 1882 representaba aún el 42,51 %), y en parte, al apuro que tienen los elementos más vigorosos en abandonar la agricultura. Los menores de edad y los viejos son proporcionalmente mucho más numerosos en el campo que en la ciudad. Sobre la población masculina ocupada en la industria en 1895, el 27,01 % tenía entre 29 y 30 años, y la misma categoría de sexo y de edad no representaba más que el 18,96% de la población dedicada a la agricultura. De estas cifras se deduce que el número de proletarios industriales predomina en el ejército, mucho más de lo que cabría suponer teniendo en cuenta la magnitud proporcional de este grupo. Y en este caso constatamos nuevamente que la diferencia va agravándose en detrimento del elemento agrícola. En 1882, sobre 100 hombres dedicados a la agricultura, el 20,19% correspondía al grupo de 20 a 30 años; en 1895, este porcentaje había descendido, tal como acabamos de verlo, al 18,96%. En cambio, el porcentaje de obreros industriales de 20 a 30 años pasó de 26,76% en 1882 a 27,01% en 1895.

La tendencia de este movimiento se manifiesta además a través de otros signos, cuando se comparan los cuerpos de tropas reclutados en las regiones donde la industria se desarrolla muy lentamente, con aquéllos que surgen de las regiones donde la industria progresa muy rápidamente, por ejemplo, el 1º cuerpo del ejército bávaro, reclutado en la región denominada Vandée alemana, es decir la baja Baviera, la alta Baviera y la Suavia, con el 7º cuerpo prusiano, surgido de la Westfalia y de la Provincia Renana, y el 2º cuerpo sajón, surgido de los círculos de Leipzig, Chemnitz y Zwickau.

He aquí lo que resulta de estas comparaciones :

Cuerpo de Ejército	Aptos	Aptos provenientes de oficios agrícolas por cada 100 aptos
1º Bávaro	11.041	4,560
7º Prusiano	34.959	5,810
2º Sajón	11.884	1,847

Las últimas cifras se hacen inquietantes para quienes depositan toda su confianza en "las cabezotas antiolectivistas de los campesinos".

El ejército se vuelve cada vez menos seguro para los dirigentes no solamente desde el punto de vista de su composición social.

Cada día, el mecanismo gubernamental moderno se encuentra más claramente a merced de las clases que trabajan por un salario. Todo el adelanto económico y político conduce a la progresiva estatización de las ramas de la industria o del comercio, y toda la vida nacional tiende a subordinarse cada vez más a la regularidad del funcionamiento de las empresas estatizadas. Este es el caso, sobre todo, para los transportes. Cuanto más se desarrolla la producción, tanto más cada trabajador se ocupa de producir, no aquello que necesita, sino mercaderías que venderá para satisfacer necesidades ajenas, y en la misma proporción se incrementa la cantidad de objetos de consumo que deben ser transportados antes de llegar a manos del consumidor. La división del trabajo entre las diversas ramas, arroja idénticos resultados. El número de establecimientos que tienen que elaborar un producto desde su estado de materia prima hasta convertirlo en objeto listo para su uso, aumenta sin cesar. Por lo mismo, las profesiones que más se desarrollan son el comercio y los transportes y comunicaciones. En Alemania, el número de personas dedicadas al conjunto de estas profesiones ha aumentado un 45 % entre 1882 y 1895, mientras que el crecimiento proporcional era del 29 % en la industria, y se registraba una disminución, si bien muy ligera, del 0,23 % en la agricultura. En especial, el aumento ha sido del 53 % en los ferrocarriles, y del 89 % en los postes y telégrafos.

Es precisamente en los ferrocarriles donde por primera vez se produce el fenómeno de la moderna empresa colosal, sujeta a las altas finanzas. Donde el dominio de éstas encuentra sus propios límites, el estado no tarda en esforzarse por acaparar dichas empresas, a causa de la primerísima importancia que revisten para toda la vida nacional y, particularmente para la expansión del poderío militar. Es notable que en Francia, el tema de la nacionalización de los ferrocarriles haga tan pocos progresos como el del impuesto a la renta; ocurre que, pese a la presencia de socialistas en el "bloque ministerial", las altas finanzas dominan autocráticamente a este país.

Pero la regularidad del funcionamiento de los ferrocarriles —ya sea que éstos constituyan una empresa privada o un servicio público— tiende cada vez más a convertirse en un problema vital para el Estado moderno: por ese motivo, sus empleados se ven sometidos a una disciplina cuya severidad va en continuo aumento y, al mismo tiempo, se entrena a un número creciente de efectivos del ejército para que puedan, eventualmente, reemplazar a dichos empleados. Como consecuencia de ello, de todas las categorías de asalariados, el personal ferroviario es —después de los obreros de las minas estatizadas— la categoría que está más directamente interesada en que el gobierno caiga bajo la dependencia del proletariado; se trata efectivamente de la categoría que sufre en forma más directa a causa de la enemistad que un gobierno puede demostrar al proletariado.

Por otra parte, a igualdad de condiciones, un gobierno habrá de comportarse tanto más como una potencia capitalista, cuanto que el número de servicios nacionalizados y de empleados explotados en dichos servicios sea más

considerable, y que su vitalidad dependa más estrechamente de las ganancias a realizar.

Por lo tanto, los progresos efectuados en la vía de la nacionalización de ciertas ramas de la industria o del comercio, no equivalen en absoluto a una penetración pacífica del socialismo. Significan simplemente que los modernos antagonismos de clase, es decir la lucha de clases, han penetrado hasta en el interior del mecanismo gubernamental, y han vuelto más áspera la resistencia natural que éste opone al surgimiento del proletariado.

En la época de la guerra callejera el estado estaba lejos de depender de la clase obrera para sus servicios públicos y su ejército, en la medida en que hoy depende de ella; estaba lejos también de mostrarse tan excitable en lo que a ésta respecta. Y sin embargo, ya en ese momento, el éxito de toda la lucha estaba determinado mucho más por la acción desorganizadora, que por la táctica de quienes defendían las barricadas. Era precisamente a causa de lo súbito y de lo amplio de su explosión, que el furor popular perturbaba y paralizaba la cabeza y los brazos del gobierno, al tiempo que lo enfrentaba a una situación en la que éste hubiera necesitado todas sus fuerzas, toda su sangre fría y toda su homogeneidad. Cuando el levantamiento no alcanzaba este resultado, y sobre todo cuando había sido previsto e incluso provocado por el gobierno, los insurgentes eran infaliblemente vencidos. En 1848, ¡qué contraste entre el París de febrero y el de junio, entre la Viena de marzo y la de octubre!

En la actualidad, y en función del armamento moderno, se ha vuelto imposible voltear un gobierno mediante un golpe popular. No solamente las armas mortíferas que utilizan hoy los soldados son mucho más temibles que hace cincuenta años, sino que también la población dispone de menos medios de defensa. Ya no se trata ni siquiera de oponer fusiles a otros fusiles, y no bastaría con apoderarse de fusiles en un arsenal: éstos no servirían para nada, si no se dispusiera al mismo tiempo de cartuchos especiales.

Gracias a la conciencia de esta superioridad en la técnica militar, los gobiernos carentes de todo escrúpulo encaran serenamente la eventualidad de un levantamiento popular armado; y aquellos que conservan algún respeto, tampoco tienen nada que temer en tal sentido, ya que no se enfrentan a las masas en conflictos agudos y no se entregan a exacciones, susceptibles de provocar violentas explosiones, debidas a la desesperación. No cabe esperar, por lo tanto, que una insurrección armada pueda desencadenar en lo sucesivo, esa potente acción moral requerida para que los dirigentes pierdan su serenidad y se debiliten sus instrumentos de defensa.

La *desorganización gubernamental*, que la guerra de barricadas ya no puede producir, será desde ahora el fruto de la huelga política: ésta obliga al mismo tiempo a los gobernantes a un despliegue extremo de fuerza, habilidad y vigilancia, y en última instancia puede, como antes la guerra callejera, obligarlos a retroceder, o forzarlos a abdicar. La huelga política se

* El hecho que la huelga política actúe, como la guerra de barricadas, a través de la desorganización gubernamental, fue puesto en evidencia por

convierte en una prueba de fuerza entre la organización del estado y la del proletariado.* Por doquier, toda la producción queda suspendida simultáneamente; las masas obreras se vuelcan a la calle; la masa de la pequeña y de la gran burguesía queda sumida en una angustia loca, angustia por su vida, angustia por sus propiedades; las fuerzas de seguridad se ven obligadas a una actividad continua, extenuante, ya que todos los propietarios del país reclaman su protección, y la masa de trabajadores en huelga está por todos lados y en ninguna parte, evita todo encuentro con las tropas y se reúne sólo donde aquéllas no están. Cada día de huelga aumenta la tensión general, asegura la propagación del conflicto a nuevas regiones del conjunto del país o al menos, a aquellas regiones donde existe industria y grandes propiedades; cada jornada multiplica el número de puntos críticos, agrava el agotamiento de las tropas, lleva al extremo los sufrimientos y la exasperación de los huelguistas, el terror de los propietarios, la confusión de los gobernantes. En efecto, en algunos lugares, el gobierno se ve arrastrado a cometer las brutalidades más absurdas y feroces, mientras que en otros no puede menos que poner de manifiesto la más cobarde de las debilidades; por todos lados lo presionan, lo conminan a terminar cueste lo que cueste, siendo que no tiene medio alguno para vencer la resistencia pasiva que encuentra, ni para apresar un adversario que no le ofrece flanco, pero que sin embargo lo paraliza por todas partes a la vez. Y nada menos que al gobierno.

Si el gobierno es lo suficientemente sólido como para hacer frente a una situación de ese tipo, sin que sus órganos defensivos lo traicionen o el mecanismo directivo se desquicie, puede, en medio de la interrupción general de la vida social, conseguir asegurar el funcionamiento regular de todos los sectores del poder público, hasta que los trabajadores, después de agotar sus fuerzas, se vean acorralados entre estas dos opciones: o someterse nuevamente al yugo, o buscar, mediante un desesperado golpe de violencia, el éxito que no pudieron obtener mediante la revolución de brazos caídos. En ese caso, es verosímil la victoria del gobierno, victoria que por otra parte, en semejantes circunstancias, sólo habrá de conseguirse a un precio demasiado elevado. Todas las calamidades que la burguesía temía fueran acarreadas por la victoria de la huelga, serán desencadenadas en la misma medida por la derrota de ésta.

Por el contrario, si los huelguistas logran conservar su cohesión, así como su pasividad reflexiva, hasta que hayan desorganizado el poder gubernamental en un punto cualquiera, ya sea porque logren ganar para su causa a ciertos elementos indispensables al gobierno, o bien porque éste, a fuerza de órdenes y contraórdenes, y por consiguiente de desorden, se convierta en el mismísimo

primera vez y con una claridad meridiana por el camarada Parvus en su serie de artículos sobre "Golpe de estado y huelga política", *Neue Zeit*, XIV, 2, p. 199 y sig. Quien quiera estudiar el problema de la huelga política, debe referirse a dicha serie. [Los artículos de Parvus son incluidos en el tomo II de la presente recopilación. *PyP.*]

motivo de la indecisión, la debilidad o el descorazonamiento que se manifiestan entre sus partidarios, entonces, el proletariado se encuentra en el camino de la victoria. La clase poseedora pierde toda esperanza de ver que el gobierno sea capaz de defenderla; aumenta sin cesar su temor de estar arriesgándose a grandes males, si continúa resistiéndose a la arremetida obrera; conjura a los gobernantes a ceder; finalmente los abandona para pactar con el nuevo poder y salvar lo que puede salvarse. El gobierno siente que el terreno cede bajo sus pies, y los poderes públicos van a parar a la clase que, a lo largo de esta crisis, ha sabido guardar durante más tiempo su cohesión organizativa; esa clase que, por permanecer calma y segura de sí, ha sabido infundir más respeto a la gran masa indiferente; esa clase que ha desarmado a sus adversarios por la sola virtud de su prudencia: el proletariado educado, la social-democracia.

IV. Las condiciones de la huelga política

Para que la huelga política asegure la victoria del proletariado es indispensable, en primer término, que éste constituya la masa preponderante de la población, masa inteligente, cuya porción mayor debe estar organizada en forma lo bastante sólida como para que sepa conservar disciplina y cohesión, inclusive en el caso en que sus asociaciones de superficie fueren disueltas. Es necesario también que el proletariado siempre esté listo para encontrar en sus propias filas nuevos líderes, que sean aceptados sin resistencias, tan pronto como hubieren caído presos los jefes habituales. Por último, es necesario que el proletariado no se deje arrastrar por eventuales excitaciones o seducciones, a cometer actos irreflexivos o imprudentes, a explosiones de furia, a pánicos, etc., y que nunca sacrifique sus objetivos fundamentales en función de ventajas accesorias. Sin embargo, sólo accederá a la mentalidad que acabamos de describir cuando la industria se haya desarrollado enormemente y cuente detrás suyo con una larga experiencia en luchas políticas y sindicales.

Por otra parte, habrá de esperarse que el gobierno presente indicios seguros de que existe la posibilidad de removerlo mediante la huelga. En ese caso, no podría tratarse en modo alguno de un gobierno elegido por el pueblo y que contara con el apoyo de la mayoría de ese mismo pueblo, en vez de apoyarse sobre instrumentos de acción ajenos a éste, cuya naturaleza fuera susceptible de desorganizarse mediante una huelga. En Suiza por ejemplo, se iría a un fracaso seguro y se crearía un conflicto superfluo al echar mano a una huelga general para conmocionar y conquistar el poder político. La huelga política sólo puede triunfar mediante la acción desorganizadora que ejerce sobre el gobierno, y no mediante la presión económica que ejerce sobre la sociedad. Por lo tanto, sólo es oportuna cuando el poder gubernamental ha llegado a tener cierta independencia con respecto a la mayoría del pueblo, tal como ocurre en todos los grandes estados modernos. Pero en dichos estados, inclusive, el proletariado en huelga sólo tiene perspectivas de victoria si se enfrenta a un gobierno radicalmente débil e

inepto, pese a sus brutalidades, que no tienen más que la apariencia de la fuerza; un gobierno que ha perdido la confianza de los ricos, y hasta de la burocracia y del ejército. En cambio un gobierno realmente sólido e inteligente, que impone respeto a todas las categorías de la población, podrá muy difícilmente ser derrocado por la huelga política.

Por fortuna para el proletariado, en todas partes la evolución moderna acusa la tendencia de los gobiernos a debilitarse y a crear descontento unánime en todas las clases. Y esto no se da en forma casual. Mientras que el estado alienta vastos proyectos que comprometen el interés de la masa de la nación, las luchas que entabla ponen de relieve a personalidades de amplia envergadura, tras de las cuales se levantan grandes partidos. Todo ocurre en forma muy diferente, ni bien el estado y las clases que lo sostienen han conquistado casi todas aquellas cosas que necesitaban: tal es el caso en la actualidad. Ya no existe ningún gran interés común, susceptible de operar una fusión de las clases dirigentes; los pequeños intereses particulares, intereses locales o intereses profesionales, pasan a primer plano, y los partidos de las clases pudientes se atomizan en bandos cada vez más numerosos, más diminutos y más miopes. Por ese motivo, los gobiernos son ahora casi exclusivamente gobiernos de coalición; su misión ya no consiste en realizar un programa importante, sino en mantener bajo el mismo gorro varias cabezas que por naturaleza no pueden llevarse bien. Lo logran solamente persuadiendo a cada elemento de que renuncie a una parte importante de su programa tradicional. El resultado de estas coaliciones es que la incapacidad legislativa del gobierno se agrava cada vez más, debiendo concentrar todas sus fuerzas en una medida cualquiera de corto alcance. Todo queda postergado en beneficio de una tarifa aduanera o de la expulsión policial de un puñado de frailes y de monjas.

Semejante clima no favorece la aparición y desarrollo de personalidades fuertes, enérgicas y con visión de futuro. Eleva a un primer plano a camanduleros tan flexibles como los invertebrados, maestros en el arte de adoctrinar y de adormecer, dispuestos a formular al primero que llega las promesas más contradictorias, preocupados por asegurarse el mañana a fuerza de pequeños negociados, sin inquietarse nunca de las posibles consecuencias de éstos. Se trata de los mejores diplomáticos, a menudo bastante inteligentes, siempre muy amables, que seducen de entrada a toda persona que tratan, pero incapaces de vencer cualquier resistencia seria, o de satisfacer en forma duradera cualquier interés serio; incapaces también de imponer respeto a la masa en función de su superioridad. Excelentes pilotos cuando el tiempo es bueno y sopla un suave céfiro. Pero ni bien se desencadena la tempestad la gente se dará cuenta de que ya agotaron toda su autoridad tratando de disimular los problemas, en lugar de esforzarse en resolverlos.

Cuanto más imprevista sea la tormenta, menos preparados se encontrarán para afrontarla. Y en este punto encontramos la segunda analogía entre la guerra de barricadas y la huelga política. Hemos visto que en ambos géneros de conflicto se trata de influencia moral, de súbita desorganización gubernamental. Es eso y no la superioridad táctica lo que resulta decisivo

en la guerra callejera. Por lo tanto, la insurrección sólo tiene perspectivas de éxito cuando estalla de improviso, sin que el gobierno haya tenido tiempo de desbaratar los preparativos. Y eso es lo que ocurre generalmente en los levantamientos *espontáneos*, donde el pueblo, a instancias de un brusco impulso, se lanza por propia determinación a construir barricadas.

Por otra parte, esto mismo no siempre se produce al margen de toda preparación y dirección. En Francia, las insurrecciones fueron en gran parte obra de las sociedades secretas. Pero cada vez que éstas, en lugar de contentarse con utilizar y dirigir el movimiento, lo habían preparado y puesto en marcha con anticipación, resultaba demasiado fácil reprimirlo, ya que la policía política tenía espías por doquier, que mantenían al gobierno oportunamente informado sobre el momento en que se produciría la explosión. Además, ese momento no siempre coincidía con una fuerte ofensiva de las masas populares, tal como se había esperado, al fijar día y hora.

Lo mismo ocurre con la huelga política, si se admite que no triunfa merced a su presión económica sobre la clase capitalista, sino gracias a su acción paralizadora y perturbadora sobre el mecanismo gubernamental.

Cuanto más inesperada y espontánea es la huelga, más rápidamente ejerce su acción. Y lo que es verdad para toda huelga, lo es de alguna manera para la huelga política; lo mejor de su eficacia se pierde si se ha fijado previamente una fecha precisa para la explosión. Si no se tiene la firme intención de realizar la huelga, la fijación de una fecha valdrá lo que puede valer una amenaza. Pero tales amenazas se gastan muy rápido, y si nunca son reafirmadas por un acto positivo siembran el desaliento y la desconfianza en los medios proletarios.

Para que las probabilidades de éxito de la huelga política sean mayores, es necesario que surja espontáneamente de una situación en virtud de la cual la masa del pueblo en su conjunto se encuentre transportada por las más viva sobreexcitación —por ejemplo, una gran iniquidad que la ataque directamente, un golpe de estado, o algo análogo. El pueblo se siente entonces dispuesto a atreverse a todo, y una consigna como la de cesar el trabajo, circula entre sus filas como un reguero de pólvora. Todo cede y el adversario se siente sacudido, conmocionado, vencido, por lo súbito de la erupción, por su amplitud y su violencia.

Nada hay más erróneo que la concepción según la cual la huelga política no puede ser encarada antes que la totalidad de la clase obrera se haya organizado sindicalmente. Nunca habrá de realizarse un hipótesis semejante. Su aplicación se limitaría al caso en que se pretendiera dar cuenta del adversario mediante la presión económica de una huelga de *larga duración*.

Si se trata de vencer con la ayuda de un impacto moral, entonces lo que se requiere no es la *organización* general sino la *agitación* general de las masas proletarias, que brindan su apoyo en el mismo sentido que la huelga. Es obvio por otra parte que tal agitación se manifestaría a pura pérdida si no se viera sostenida por una organización, o por una clase obrera instruída en la escuela de la organización; esta última desempeña el papel del cerebro y de la espina dorsal.

Aquello que Marx escribía en 1852 sobre la insurrección armada se puede decir respecto de la huelga política, modificando apenas algunas expresiones:

"Ahora bien, la insurrección es un arte, lo mismo que la guerra o que cualquier otro arte. Está sometida a ciertas reglas que, si no se observan, dan al traste con el partido que las desdenea... La primera [regla] es que jamás se debe jugar a la insurrección a menos que se esté completamente preparado para afrontar las consecuencias del juego. La insurrección es una ecuación con magnitudes muy indeterminadas cuyo valor puede cambiar cada día; las fuerzas opuestas tienen todas las ventajas de organización, disciplina y autoridad habitual; si no se les puede oponer fuerzas superiores, uno será derrotado y aniquilado. La segunda es que, una vez comenzada la insurrección, hay que obrar con la mayor decisión y pasar a la ofensiva. La defensiva es la muerte de todo alzamiento armado, que está perdido antes aún de medir las fuerzas con el enemigo. Hay que atacar por sorpresa al enemigo mientras sus fuerzas aún están dispersas y preparar nuevos éxitos, aunque pequeños, pero diarios, mantener en alto la moral que el primer éxito proporcione; atraer a los elementos vacilantes que siempre se ponen del lado que ofrece más seguridad; obligar al enemigo a retroceder antes de que pueda reunir fuerzas; en suma, hay que obrar según las palabras de Danton, el maestro más grande de la política revolucionaria que se ha conocido: *de l'audace, de l'audace, encore de l'audace!* [Audacia, audacia y una vez más audacia]" (*Revolución y contrarrevolución en Alemania*, pp. 117-118 [de la edic. alemana].).

Mutatis mutandis [con todas las adecuaciones necesarias], todo esto es verdad también para la huelga política. Que no se juegue con ella, que no se prometa su puesta en escena para tal o cual fecha. Cuando haya sonado su hora, cuando las masas obreras se arrojen enérgicamente a la huelga y cuando se entable la lucha contra el poder, la victoria habrá de sonreír tanto más rápido cuanto más inmediata haya sido la resolución de hacer huelga, sin vacilar, ni parlamentar ni arrastrar las cosas alargándolas; y sin esperar sobre todo que el enemigo haya reunido sus medios de defensa y elaborado su plan de campaña. El triunfo será tanto más arrasador cuanto menos tiempo se haya dejado al enemigo para reconocerse y respirar.

La huelga general belga de abril de 1902 constituye al respecto un ejemplo notable de cómo no debe hacerse una huelga. En primer término, se previno al gobierno que en determinada fecha iban a desafiarlo a una lucha a muerte. Luego, una vez que se le dejó el tiempo de prepararse, armarse, reunir sus fuerzas defensivas y completar todos sus aprestos, se declaró a pesar de todo la anunciada huelga.

Distaba mucho de ser mi intención reprochar este error a los camaradas belgas. Pese a todo, se batieron tan brillantemente e hicieron una retirada tan ordenada que debemos considerar que han redimido su falta en la mayor medida posible. Porque, sin duda, siempre le es más fácil al espectador descubrir los errores que al interesado evitarlos. Pero el deseo de ahorrarse toda crítica a nuestros camaradas belgas no puede llevarnos al extremo de silenciar sus faltas, en la medida en que corramos el riesgo de reiterarlas. No tenemos

ningún motivo para incriminar a los camaradas belgas, que avanzaron bravamente sobre un terreno tan espinoso y, por otra parte desconocido por ese entonces; debemos solamente aprender de ellos a no recorrer, cuando nos llegue el momento, un camino que los llevó al fracaso.

Si nos instruimos en la escuela de la gran huelga belga, llegamos a la convicción de que en Alemania sería nefasto para nosotros pretender habituarnos a la idea de que, dadas determinadas circunstancias, deberemos proclamar la huelga política. Por ejemplo, en el caso en que hicieran más inaceptable el sistema electoral que rige actualmente para el Reichstag.

Existe además otro argumento que impugna dicha concepción de la huelga política. Y esto nos lleva a considerar la tercera analogía entre la guerra de barricadas y la huelga política.

Sea cual haya sido el punto de partida de cualquiera de las guerras de barricadas, siempre y en todos lados ellas tuvieron por objetivo derrocar al poder dominante y no simplemente arrancarle una concesión aislada. Nada resulta más natural. En la guerra callejera, lo que se arriesga es la propia vida. Semejante riesgo se asume sólo en función de grandes proyectos. Lo único que podía inspirar a las masas el coraje y el ardor que necesitaban para arrojarse al encuentro de la fuerza armada, era la conciencia de ser capaz de sacudir un yugo que se había vuelto insoportable.

Pero, por otro lado, para que dicha fuerza armada vacilara, resultaba indispensable que tuviera la impresión de que el derrumbe del régimen existente era inminente. Mientras que el soldado pudiera decirse que mañana sus superiores serían los mismos que los de hoy, incluso en el caso en que su rebelión contra éstos lograra éxito, se guardaba muy bien de cometer una insubordinación a cuyo castigo le parecía imposible escapar, cualquiera fuere el desenlace. Había un solo sentimiento capaz de conmovérselo: la conciencia de que al pasar a las filas del pueblo, o al hacer gala de excesiva blandura en la represión del movimiento, determinaría la caída del gobierno: en ese momento, su crimen de insubordinación se transformaría en un acto del más noble civismo.

Por último, también intervenía como un elemento no menos indispensable la perturbación mental de los gobernantes, quienes comprobaban que todo paso en falso —ya fuera en el sentido de la debilidad o, al contrario, en el de la brutalidad sería sancionado no solamente con una disminución de poderío o de prestigio, sino hasta con la pérdida de su propio poder.

Consideraciones del mismo orden se imponen en materia de huelga política. También allí es de suma importancia lo que está en juego; si bien cada uno de los combatientes no arriesga directamente su vida, se trata sin embargo de su existencia económica, en una medida muy diferente que durante una huelga ordinaria, donde los trabajadores de determinada rama de la industria en una sola localidad tienen tras de ellos al proletariado en pleno, con sus organizaciones enormemente vigorosas y sus múltiples medios de asistencia a los camaradas en lucha. En una huelga política, cuando las hostilidades fueron impulsadas al extremo, la derrota equivale a la derrota de toda la clase obrera, al aniquilamiento de todas sus asociaciones políticas y económicas,

es decir a la completa incapacidad para el proletariado de retomar la lucha antes de que transcurran varios años.

En el último congreso general del partido austríaco, Víctor Adler declaró que la huelga general se le había vuelto más simpática desde que la "gloriosa retirada" de los camaradas belgas había demostrado que, "para terminar una huelga general, hacía falta mucha sensatez, circunspección y habilidad". El contexto indica que con esta frase Adler quiere evidentemente expresar la posibilidad de alcanzar la victoria a fuerza de sensatez y de prudencia, pero también, la posibilidad de parar la lucha sin esperar la derrota, ni bien haya desaparecido toda perspectiva de éxito. En lo que a mí respecta, no me confiaría en la segunda posibilidad. Un general se expondría a experiencias muy tristes si, en el curso de una batalla, se dejara llevar por la idea de que en cualquier momento puede dar media vuelta a voluntad, ni bien haya reconocido que el enemigo es el más fuerte. Cuando se inicia una lucha, es necesario estar dispuesto a resistir hasta el fin, sin dejar de tener en cuenta la posibilidad de una derrota. En todo movimiento importante que emprendamos, sólo el comienzo depende de nosotros. Lo que ocurrirá a continuación ya no está supeditado exclusivamente a nosotros, sino, en gran medida, a nuestros adversarios.

Por otra parte, la posibilidad de una derrota no debe inducirnos a rechazar la batalla. Lastimoso sería el guerrero que sólo aceptara la lucha con la condición de tener de antemano la victoria en el bolsillo. Pueden incluso darse circunstancias tales en que sea necesario ir al combate con todas las probabilidades de ser derrotado, ya que una retirada sin disparar un tiro, equivale a una completa bancarrota moral.

Pero cuanto más graves prometen ser las consecuencias de una posible derrota, más obligado está uno a evitar que las hostilidades se inicien sin necesidad, y más importante debe ser la causa por la cual se aborda la lucha.

Sería superfluo demostrar que un gobierno está tanto más expuesto a perder la cabeza —ya sea en caso de huelga general como en caso de guerra callejera— cuanto menos sólido y auténtico sea. Al punto tal que el único en correr peligro sería un gobierno vacilante en descomposición. En cuanto a un poder que sabe lo que quiere, que es homogéneo y realmente fuerte, que hunde sus raíces en las masas profundas de la población, el peligro lo engrandece. En síntesis, no se ha descubierto aún el medio para derrocar un poder de tal naturaleza.

Por su parte, el mecanismo gubernamental se desquicia con tanta mayor dificultad cuanto más amenazado se encuentra el poder. La guerra callejera lo ha demostrado en cuanto al ejército, y esto se cumple también en lo concerniente a los asalariados de los servicios públicos. Más arriba hemos explicado que el personal ferroviario tiene más interés que casi todas las demás categorías de trabajadores en el advenimiento de un régimen proletario. Pero precisamente una huelga entraña para ellos también riesgos mayores; es más nefasta cuando termina en un fracaso, sin que nada se modifique en los medios gubernamentales. Una victoria momentánea puede incluso convertirse en la causa de una derrota, cuando se trata de obtener una

concesión aislada, y no de imponer la transformación del sistema gubernamental en el sentido proletario. Esto se vio perfectamente en ocasión de la huelga general de Holanda. En la mayoría de los países, los camaradas ferroviarios, antes de plegarse a una huelga política, deben examinar cuidadosamente si tal movimiento abre la perspectiva de la instauración de un régimen dominado por el proletariado.

Lo mismo ocurre con todas las demás categorías de personal que el estado necesita para el funcionamiento de sus servicios.

Debemos buscar en ese hecho, inclusive, una de las causas del fracaso sufrido por la última huelga general belga. Los ferroviarios, los soldados, etc., se habrían solidarizado de buen grado con los huelguistas, si hubieran entrevisto la posibilidad de que el movimiento desembocara en el remplazo del gobierno ultramontano por un ministerio Anseele-Vandervelde.

Las posibilidades de éxito de una huelga política son mínimas en todos aquellos lugares donde la socialdemocracia no es lo suficientemente fuerte, ni está lo bastante entrenada como para empuñar el timón en caso de triunfo.

Si todas las observaciones formuladas aquí se justifican, llegaremos a la conclusión siguiente: la huelga política es un arma que puede brindar eminentes servicios en determinadas circunstancias, pero para cuyo empleo fecundo no ha llegado aún el tiempo oportuno. No es un medio infalible ni para arrancar concesiones aisladas a las clases dirigentes, ni para asegurar en cualquier circunstancia el mantenimiento de las libertades y derechos adquiridos.

Pero en los lugares donde el proletariado no dispone de ningún instrumento de acción política legal, y donde en materia política tiene poco que perder y enormemente que ganar, la huelga general, si estalla en circunstancias favorables, en momentos en que el gobierno atraviesa una crisis de debilidad o dificultades económicas, entonces y allí la huelga general puede convertirse en un instrumento para que el proletariado entable la batalla suprema y decisiva con vistas a la conquista del poder. Se trata de un medio verdaderamente revolucionario y, como tal, sólo es oportuno cuando suena la hora de la revolución, es decir cuando está en juego la totalidad del poder político, y no tal o cual mejora aislada, como el derecho al sufragio, o la libertad de coalición, o algo por el estilo.

Por lo tanto, la huelga política no es oportuna en medio del conjunto de circunstancias actuales. Pretender lo contrario, sería afirmar que debe recurrirse a ella en cualquier circunstancia. Hemos visto que no es posible establecer qué formas asumirá la próxima lucha por el poder público. Ciertos acontecimientos exteriores —hemos indicado a propósito un levantamiento en Bélgica, una guerra perdida en Rusia, una guerra civil en los Estados Unidos— podrían tener en Alemania la repercusión requerida para que la conquista del poder político se cumpla sin ninguna catástrofe, por la vía pacífica. Como si esto fuera poco, la solidaridad y la fuerza de resistencia de los instrumentos de acción política que el proletariado tiene actualmente a su disposición no fueron aún sometidas a pruebas extremas. Por último, el progreso puede reservarnos todavía muchos imprevistos.

Por consiguiente, nada sería más desatinado que comprometerse a declarar la huelga política, en caso en que surgieran tales o cuales eventualidades. Pero por otra parte, tampoco tenemos el menor motivo para descartar la idea de que cualquier eventualidad puede provocar una huelga general. Estoy plenamente de acuerdo con Adler cuando afirma, en el discurso que ya mencioné: "Pienso que no debemos darle a nuestros adversarios la seguridad, tan tranquilizadora para ellos, de que no habrá huelga general. Sería alimentar peligrosas ilusiones. No queremos renunciar a la huelga general. Lo único que, saber cuándo cómo y por qué habrá de estallar, es un tema que pertenece al dominio del futuro."

V. Utilidad de las discusiones sobre la huelga política

Puesto que no podemos todavía pronunciarnos en forma precisa sobre el futuro empleo de la huelga política ¿qué interés hay en discutir sobre este método de combate, al cual quizás no tendremos nunca necesidad de recurrir y que de ser necesario, habrá de ejercer una acción tanto más enérgica, cuanto más imprevisto haya sido el movimiento? Porque, polemizar sobre este tema, ¿no equivale acaso a incubar huevos que todavía nadie puso y, por otro lado, a permitir que nuestro contrincante mire prematuramente las cartas que tenemos en la mano?

Por supuesto que sería ocioso romperse la cabeza escrutando el porvenir, si no fuera que nuestros actos de hoy contribuyen precisamente a forjarlo, y si nuestras ideas sobre el futuro no influyeran de alguna forma sobre nuestra conducta presente. Puesto que esta acción recíproca es incuestionable, resulta no solamente lícito, sino por así decirlo incluso obligatorio, preocuparse por las cosas futuras. Y si bien no parece que el recurso a la huelga política deba imponerse más adelante sin reserva, tampoco corresponde eliminarlo del marco de posibilidades. Debemos discutir públicamente dicha huelga porque precisamente para que sea eficaz, debe traducir la explosión espontánea de una profunda y unánime cólera del proletariado, en vez de ser la obra preparada para determinada fecha por cualquier pequeña asociación, con lo cual se convertiría en una escaramuza descabellada. Si la guerra callejera de 1848, que empezó de improviso, ganó las masas en forma inmediata y terminó con el triunfo de los defensores de las barricadas, fue porque una larga práctica de la insurrección armada —durante varias decenas de años desde la toma de la Bastilla— había familiarizado el espíritu del pueblo con este método de lucha.

Hoy día no es necesario, ni tampoco deseable, alcanzar ese nivel de entrenamiento. Los escasos derechos políticos que poseemos nos permiten discutir frente a todo el mundo la teoría de los medios de acción política, lo cual era imposible antes de 1848. En cierta medida, estamos en condiciones de remplazar la necesidad del aprendizaje práctico, por dicha discusión; seríamos insensatos si no aprovecháramos esta posibilidad. Por nuestra parte no creemos, como los revisionistas, que las grandes y decisivas luchas de clases por la conquista del poder político se hayan vuelto superfluas, en

función de las formas presentes de la democracia; pero al menos podemos ahorrarnos una buena parte de las tentativas, donde cada fracaso cuesta tan caro. Podemos dispensarnos de provocar batallas decisivas, antes de que llegue el momento en que las clases ascendentes posean la fuerza y la madurez requeridas, para asumir definitivamente las cargas del poder público y ejercerlas con éxito. Pero el hecho de que aspiremos a abstenernos de toda experiencia de huelga política no significa que debamos dejar de desarrollar su teoría. Por el contrario, necesitamos hacerla penetrar tanto más profundamente en el espíritu de los camaradas. Si alguna vez llegara a ocurrir que el proletariado empuñe —se lo obligue a empuñar— el arma de la huelga política, ésta sólo responderá a su objetivo cuando la clase obrera haya adquirido nociones precisas respecto de ella.

Por otra parte, la discusión pública de la huelga política no es solamente un procedimiento compensatorio destinado a remplazar la escuela de las experiencias positivas. Dicha discusión puede tener también una poderosísima repercusión en nuestra vida política.

En todo caso, la frase de Marx conserva intacta su verdad: la fuerza es la partera de toda nueva sociedad. Ninguna clase dominante renuncia de buen grado, espontáneamente, al poder. Pero no significa esto que la partera de toda sociedad nueva deba ser necesariamente la violencia. Una clase ascendente debe tener preparados todos los instrumentos de fuerza que podrían servirle para expropiar a la vieja clase dirigente, pero no está obligada a proceder sin condiciones al empleo de esos instrumentos. El hecho de conocer que éstos existen puede a veces bastar para que una clase descendente se decida a negociar pacíficamente con el adversario, cuando éste conquistó la superioridad.

Cuanto más numerosos y potentes sean los medios de acción del proletariado, cuanto más avanzada sea su cultura, mayores serán las probabilidades de que el paso del capitalismo al socialismo se opere pacíficamente. En cuanto a lograr que la revolución social asuma realmente esa forma, eso no habrá de ocurrir a fuerza de plácidas protestas, ni resignándonos a las seguridades o a cualquiera de esas concesiones que nunca se hacen seriamente, que deben considerarse como otras tantas hipocresías y cuya aceptación, interpretada como un signo de miedo, induce a nuestros adversarios a negarnos, cada vez con mayor energía, toda concesión digna de ese nombre. La única forma en que podemos imponer respeto a nuestros adversarios y sugerirles que traten de entenderse amistosamente con nosotros, está en función de nuestros medios de acción —y nosotros también formulamos votos por que ello ocurra de ese modo, mientras que la emancipación del proletariado se mantenga vigente, sin compromisos ni postergaciones. El antiguo precepto: "Si quieres la paz, prepara la guerra", tiene más valor en este caso que en cualquier otra materia. Si de nuestras discusiones debe resultar en primer término que con la huelga política nos hacemos dueños de un arma que aunque sea de doble filo y deba utilizarse solamente en casos extremos resulta siempre peligrosa para el enemigo, y formidable cuando se dan determinadas condiciones; en segundo término, que las posibilidades de recurrir finalmente

a dicha arma se afirman en razón directa de la medida en que el adversario desvirtúa y quiebra entre nuestras manos todas las demás armas políticas, entonces habremos mejorado singularmente nuestra posición de combate por la defensa de nuestros derechos civiles y en pro de la eliminación de catástrofes.

Evidentemente, no debemos dejar que todas nuestras esperanzas se eleven hacia la idea de una evolución pacífica. Siempre ocurre que si un ladrón acecha y ve que empuña un revólver, estará menos expuesto a que él me asalte y a que yo me vea obligado a matarlo para salvar el pellejo, que si escondo mi arma y él me creé indefenso. Y desde este nuevo punto de vista, también se impone una discusión pública de la huelga política.

Por último, tal discusión es necesaria hasta para la vitalidad del partido. Todas las disensiones que han surgido en nuestras filas durante los últimos años, en el fondo se originaban en la noción de que al persistir en nuestra táctica y continuar nuestros progresos nos veríamos rápidamente llevados a un enfrentamiento vigoroso —y decisivo— con las clases dirigentes. Pero si en el momento de esta batalla suprema no podemos contar con ninguna arma política, fuera de las que esas mismas clases nos acordaran, y especialmente el sufragio universal, es evidente que se abre la perspectiva de un futuro muy inquietante.

De ahí los intentos de descubrir una táctica que postergue hasta dentro de muchos siglos la lucha final, o que la diluya en una infinidad de combates minúsculos y carentes de gran repercusión o que, más grave aún, eluda a la manera proudhoniana el objeto del conflicto, es decir la conquista del poder público. Con todas estas tentativas de escabullirse frente al enemigo, o inclusive, de inspirarle una opinión halagadora de nosotros mismos, uno arriesga lisa y llanamente sacrificar en pro de la existencia del partido, todo aquello que constituye los principios y la justificación de esa misma existencia, mutilándolo e impulsándolo hacia una disolución más o menos lenta.

Todo cambia radicalmente si el proletariado tiene plena conciencia de poseer diversos medios de acción, que en nada se encuentran subordinados a la buena voluntad de las clases dirigentes, y merced a los cuales terminará por ser capaz de imponerse a sus adversarios, inclusive en los casos en que éstos recurrieran a los procedimientos más brutales.

En esa situación, proseguiré serenamente su marcha utilizando una vía cuyos aciertos verifiqué y a la cual debe el haber llegado tan lejos; no se dejará provocar por los cínicos que buscan solamente ahogar en sangre a la democracia obrera, pero tampoco se dejará perturbar por las amonestaciones de esos amigos tan líricamente tiernos, que desearían la victoria del proletariado, pero que condenan sus luchas.

Creo que el mejor medio para inspirar al proletariado el sentimiento profundo y vivo de su propia fuerza, y la convicción de su triunfo futuro, es una propaganda tendiente a demostrar la posibilidad final y la eficacia de la huelga general. Y precisamente para asegurar esta eficacia, es que se impone ante todo, y desde hoy mismo, el estudio de las posibilidades y del método de la huelga general.

2. Parvus

Redactor de *Aus der Weltpolitik*

Muchos representantes de la tendencia radical de la socialdemocracia se oponen encarnizadamente a la idea de la huelga general, basándose en argumentos muy poderosos y en experiencias hartamente desconcertantes. De allí que me empeñe en plantear inmediatamente el siguiente principio: ver en la huelga general un *medio de acción económico*, capaz de terminar con la *clase capitalista*, es como vivir de una *ilusión*.

Esta quimera puede ser más perniciosa que nunca para el partido, ya que nada resulta más indicado para distraer la atención del proletariado de las condiciones políticas de su desarrollo vital. Así lo demostró Julio Guesde en el Congreso de nuestros camaradas franceses, con una claridad rigurosa. Sin embargo, si bien lo que él ha dicho es verdad, es falso lo que él quiere.

Esto es lo que tiene de deplorable la huelga general: en el primer momento, parece de una realización extraordinariamente simple. El trabajador sabe que lo explotan. Y bueno, ¡que no se deje explotar! Si todos los trabajadores se niegan a dejarse explotar, el suelo cede bajo los pies de los explotadores y a los capitalistas ya no les queda ningún otro recurso más que abdicar. Si esta forma de lucha parece simple, no menos simple parece el método para llegar a ella. Se trata únicamente de difundir una idea entre los trabajadores. Pura cuestión de propaganda. Todo el resto pasa a segundo plano: en primer término, la acción parlamentaria, con sus esfuerzos vanos y sus repugnancias perpetuas; y también la agitación política, con sus trenzas, y los mil temas que pone sobre el tapete, y que a nadie benefician. Todo eso es tiempo perdido, y entraña un perjuicio directo, porque dispersa la atención del proletariado, en lugar de concentrarla en el único punto decisivo.

Ni siquiera la lucha sindical se salva de ser condenada implícitamente por la creencia en el poder *económico* de la huelga general. Históricamente además, ésta es sobre todo un producto de la debilidad sindical. En tanto los sindicatos no son todavía lo suficientemente fuertes en las diversas ramas de la industria, como para llevar adelante la lucha con los medios que les son propios, se ve surgir regularmente la idea de echar mano a la huelga general. De ello resulta, no menos regularmente, que el proletariado abandona la única vía que lleva a la expansión del poder económico, es decir el perfeccionamiento de la organización corporativa.

La más ingenua de las concepciones relativas a la huelga general es aquella según la cual se podría, mediante este movimiento, *rendir por el hambre* a la clase capitalista. En primer término, para realizar esta especie de competencia del hambre, sería necesario ganar para la causa de la huelga, no sólo a todos los trabajadores de todas las industrias y comercios de alimentación, incluyendo las panaderías militares, sino también a los obreros rurales, a los campesinos, a las sirvientas y empleadas domésticas de la pequeña burguesía,

tanto en el campo como en la ciudad. Además, sería necesario que la huelga fuera *universal*, que se extendiera simultáneamente a todos los países, sin lo cual los capitalistas no tendrían el menor problema en hacerse enviar artículos de consumo desde el extranjero o, mejor aún, en trasladarse al extranjero, para esperar plácidamente allí, que el hambre haga entrar en razones a los trabajadores.

La acción ejercida por la huelga general sobre la producción, merece ser encarada más seriamente. No es menos cierto que una huelga parcial muy importante perjudica con más seguridad a los fabricantes de lo que podría hacerlo la huelga general. En efecto, el peor perjuicio que una huelga pueda causar a los capitalistas es impedirles que cumplan sus contratos, entreguen la mercadería en el plazo convenido, y satisfagan sus compromisos financieros, ya que esto conduce a que la competencia les saque los pedidos. Pero si la totalidad de la industria está afectada por la huelga, los diversos capitalistas perjudicados pactarán entre ellos con respecto a sus compromisos de entrega y de pago, y toda competencia se eliminará por completo. Entonces, los capitalistas podrían esperar con tranquilidad el fin de la huelga, que será tanto más larga cuanto más extensión tenga. Sabrían que después de la huelga, a causa del alza de precios que resulta de una interrupción más o menos larga de la producción, podrían recuperar las pérdidas sufridas y, muy probablemente, tener inclusive ganancias.

El error fundamental de quienes ven en la huelga general un medio de aniquilamiento económico de la clase capitalista, proviene de considerar la relación entre Capital y Proletariado como una simple relación entre personas. Por un lado, un puñado de millonarios y, por el otro, millones de trabajadores quienes lo único que quieren es dejar de ser explotados. De esta forma se olvida que ambos partidos, el de los capitalistas y el de los proletarios, están englobados en un *sistema social de producción* que domina a unos y otros. Lo trágico en el destino del proletario —repito— no es que se lo explote, sino que, para existir en la sociedad capitalista, esté obligado a dejarse explotar.

La huelga general, concebida tal como acabamos de describirla, es una táctica de *pasividad*, y el proletariado, para su emancipación, tiene ante todo necesidad de *actividad*. No debe abstenerse de la agitación económica y política: muy al contrario, es a través de ella como debe conducir su lucha. Porque no es cruzándose de brazos y entregándose a un fatalismo sin esperanzas como obtendrá su liberación, sino marchando el puño en alto y haciendo gala de inteligencia y audacia extremas. La huida no es un medio apto para escapar a la explotación; apenas si la muerte lo es. Es necesario suprimir la explotación. No basta con quebrar la voluntad de la clase capitalista; es indispensable cambiar el modo de producción. El proletariado no puede paralizar la producción capitalista, pero debe conquistarla con la ayuda del *poder político*.

Si se considera a la huelga general *desde ese punto de vista*, es decir no como un medio de revolución social exterior a la política, sino como un medio de lucha del proletariado con vistas a la conquista del poder público,

aquella adquiere inmediatamente un carácter muy diferente y un alcance muchísimo mayor.

La huelga general, considerada como gran huelga política, se emplea no ya contra el poder económico de la clase capitalista, sino contra el poder político del estado capitalista. Debe tener tanta extensión como se requiera para reducir a la inercia los sectores más considerables de la producción, así como los medios de transporte y de comunicación. Su resultado más decisivo consiste entonces en la *desorganización del estado*.

La influencia que una cesación general del trabajo ejercería sobre el funcionamiento del estado, sería mucho más profunda y extendida que si se pudiera lograr, por ejemplo, una negativa general a pagar los impuestos. Sin dinero, el estado puede mantenerse durante mucho tiempo; no así sin ferrocarriles y telégrafos. Si los transportes por ferrocarril se ven interrumpidos por una huelga del personal, ya no se puede entregar el carbón, etc., pero sobre todo, ya no hay movilización posible. Las tropas quedan diseminadas en sus guarniciones habituales, ya no es posible concentrarlas en pocas horas, mediante una orden telegráfica, en determinada localidad, a elección de los gobernantes. El empleo del ejército contra el enemigo interior se vuelve así casi imposible. Y al mismo tiempo, el paro de los transportes y de la producción pone al gobierno frente a dificultades cada vez mayores, para el propio abastecimiento del ejército. Es fácil comprender que la administración, así como los servicios judiciales y fiscales, se ven también totalmente perturbados. El descontento y el desorden van ganando terreno entre los militares, mientras que la efervescencia aumenta en todos lados.

La huelga general ejerce una enorme *acción moral*. Merced a ella, todas las relaciones sociales se vuelven inciertas, el conjunto de la sociedad está conmocionado, la nación entera se ve sacudida por el furioso oleaje de la política. La huelga general desorganiza la rutina de la vida cotidiana. Lanza hasta a los más indiferentes a la discusión política y a la acción.

Así como la guerra sustrae a las preocupaciones económicas a cientos de miles de seres humanos y los obliga a mirar de frente los problemas políticos, del mismo modo, la movilización del ejército proletario a través de la huelga general, determina la confusión política por doquier, radicaliza todas las fuerzas de la vida civil, las opone unas a otras con la brutalidad más terrible, vuelve inevitable una solución que afecta hasta las propias bases de la sociedad. Dicha solución llega por fin a través de un aflojamiento de tensiones entre el pueblo y el ejército. En el seno de éste último, la disciplina se habrá debilitado tanto más, cuanto mayor haya sido la duración de la huelga y su desarrollo en el espacio. En ese momento, o bien la huelga general termina ahogada en sangre, o bien los soldados abrazan la causa del pueblo, y éste toma la dirección del estado, con vistas a realizar sus proyectos, apoyado por el poder público.

Desde ese punto de vista, la huelga general no es más que la *revolución sin armas*.

Pero lo que diferencia a la huelga general de las revoluciones que hasta el presente hemos aprendido a conocer, no es sólo el hecho de que aquella elude,

por sobre todo, resistir por las armas a la fuerza militar. La revolución apuntaba su mira contra el gobierno; la huelga general se lanza contra el estado. La revolución se concentraba en la capital; la huelga general estalla en el país en pleno. La revolución organizaba las masas al salir a la calle y montar las barricadas; la huelga general solamente puede cumplirse con masas previamente organizadas. La primera condición para la revolución era un descontento muy generalizado respecto de la política gubernamental; la huelga general requiere, además, el desarrollo de los sindicatos y de la socialdemocracia, y la difusión de ideas socialistas en el ejército.

La huelga general es la *revolución proletaria*.

3. Doctor Friedeberg

Publicista

Conferencia dictada en julio de 1901, en Berlín, bajo los auspicios de la "Unión libre de sindicatos alemanes"

Faltan pocos días para el Congreso Socialista de Amsterdam. De este modo, cada tanto, el proletariado internacional pasa revista a sus fuerzas, no sólo para mantenerse al corriente de la situación de los diversos socialismos nacionales, sino también para fijar las reglas de la táctica a seguir en el futuro. Es obvio que sólo se pueden preconizar reglas rigurosas de táctica después de un claro examen de cada *evolución* socialista, a partir de un exacto conocimiento de la situación política, enfocado con una visión realista, sin frases ni fantasmagorías. Y el proletariado alemán tiene más motivo que cualquier otro para informarse lo más exactamente posible acerca del estado del movimiento socialista internacional, dado que, al considerárselo siempre como el más avanzado, tiene frente a sí mismo el deber de evitar hasta el más pequeño error táctico.

Medir los progresos del socialismo equivale a determinar en qué medida éste se acerca a su objetivo final. El objetivo de todos los movimientos obreros consiste, como se sabe, en la supresión de los antagonismos de clase y en el libre desarrollo de la persona humana. Todo el resto —llámese como se quiera— no puede ser más que un medio. Por lo tanto, podrá decirse que el socialismo progresa si se puede probar que, desde ahora, logra restringir paulatinamente el poder clasista de la burguesía y realizar la liberación material e intelectual de la clase obrera, o al menos, acumular en ésta tantas energías, que esa liberación pueda realizarse a muy corto plazo. Pero, si nos vemos obligados a reconocer que no es ese el caso, deberemos aceptar que no hemos estado a la altura de nuestra misión, y que nuestra táctica no nos condujo al lugar donde queríamos llegar.

Existe dominio de clase cuando una clase tiene a otra bajo su dependencia económica, cuando un puñado de capitalistas posee todos los instrumentos de producción, mientras que la multitud de los desposeídos, es decir el proletariado, se ve reducido, para vivir, a venderle su fuerza de trabajo y bajo las condiciones que ese puñado de capitalistas se digna fijarle. Los proletarios no pueden producir, sólo pueden vender su fuerza de trabajo. De esta esclavitud económica deriva la esclavitud política y social, con todas sus consecuencias. Por este rasgo fundamental, se reconoce por lo tanto que existe el predominio de una clase: los productores están separados de los instrumentos de producción.

Cada uno de vosotros sabéis que este dominio de clase subsiste aún hoy día; y que no es necesario demostrar que todavía hoy los proletarios siguen separados de sus instrumentos de producción. Pero alguien podría objetar que, si bien el dominio de clase se mantuvo en ese sentido, pudo sin embargo asumir formas más atenuadas y la situación moral y material de la clase obrera alemana mejorar satisfactoriamente. Examinemos por lo tanto, tomando uno por uno los llamados derechos imprescriptibles del hombre, si aquél es realmente el caso, y si en verdad, el proletariado alemán ha llegado a esa situación a través de sus largas luchas.

El primero de estos derechos es la seguridad de la persona física. Desde el punto de vista de su salud, ¿se encuentra el proletario en una situación que compense su dependencia económica? Todos debemos morir por supuesto, y el proletario no es inmortal; sin embargo, para una época determinada, hay tasas medias de longevidad, y debemos preguntarnos si el proletariado —dado que la salud obrera está cada día mejor protegida— ha alcanzado esas tasas o, al menos, se ha acercado a ellas. Viene luego la seguridad del porvenir, que para cada individuo es como un primer signo y una condición sine qua non de bienestar y de satisfacción. Vivir como el pájaro en la rama, perpetuamente angustiado por el futuro, no es vivir en condiciones satisfactorias y felices; esto es innegable. Y, al lado de esta seguridad de la existencia material, o de las condiciones puramente físicas de vida, ya mencionadas, tendremos todavía que examinar si el desarrollo intelectual y moral del proletariado se encuentra asegurado. Una de las primeras necesidades de todo hombre culto consiste en poder trabajar sin cesar en su perfeccionamiento intelectual y moral: no habrá felicidad para él, si no logra satisfacer esta necesidad. Examinaremos también si los derechos individuales están garantizados, si cada persona, dentro de su condición y de su medio, puede defender sus derechos, o bien si está sometida a abusos o arbitrariedades, a los cuales no se ven expuestos los miembros de las demás clases.

Analizaremos por fin, —y no es éste el punto menos importante— si el proletariado dispone para sus hijos de medios de educación en relación con los progresos de la cultura general. También ésta es una de las necesidades esenciales de todo hombre culto; cuando en las actuales condiciones sociales le resulta imposible, en lo que a él respecta, gozar de los beneficios generales de la civilización, espera que sus hijos estén mejor situados en ese campo, y esta esperanza constituye el pivote de su vida moral.

El problema consiste en saber si inclusive bajo el persistente dominio capitalista —y a pesar del estado de dependencia económica al que está sometido y que constituye la característica esencial del régimen vigente— se garantizan al proletariado alemán, en la actualidad, todos los derechos que acabo de enumerar.

En lo concerniente a la seguridad de vida, que he señalado como una de las exigencias esenciales de la existencia humana, sabéis muy bien que esta seguridad no existe para el proletariado, que carece de ella inclusive antes de nacer, en el seno materno. Sabéis que, como un fenómeno creciente, el capitalismo ha precipitado a la mujer en el ciclo industrial, y que casi siempre ésta se ve obligada a continuar en su trabajo, aún estando encinta. Sabéis que hay oficios tan peligrosos para la salud, que ponen en peligro la vida del hijo, en el seno materno. Me refiero a determinadas industrias en las que se emplea mercurio, plomo y fósforo; me refiero al oficio de las costureras y a tantos otros, todos tan peligrosos para el niño en gestación. A partir de estudios sobre higiene y de informes estadísticos de médicos e higienistas, sabemos que en dichos oficios, la cantidad de abortos es considerable: en la industria del estaño, por ejemplo, en la que antiguamente se utilizaba mercurio, ninguna obrera llegaba a tener un parto normal. Sabemos que desde su infancia los obreros están condenados al raquitismo y a las escrófulas. Las condiciones de existencia de la infancia obrera son tan deplorables, que la mortalidad infantil es dos veces mayor en la clase obrera que en las otras clases y que, en general, sin considerar a los lactantes, mueren cuatro o cinco veces más niños en el proletariado que en las demás clases. Sabéis perfectamente también, que un proletario cada dos muere de tuberculosis, de tuberculosis pulmonar, y esto no ocurre al final de una larga vida consagrada al placer, sino en la flor de la edad, después de una corta existencia de duro trabajo. Las estadísticas de la Comisión Imperial de Seguros han mostrado que la tuberculosis pulmonar produce el mayor número de muertes y de invalideces entre los 20 y los 30 años y que mucho antes que la enfermedad desemboque en ese resultado, el obrero, débil y fatigado, no puede más que arrastrarse. Sabéis que, en relación a las demás clases, la duración media de la vida se ve reducida para el proletariado en 20 años. Y no se trata de una cifra denunciada por políticos demagogos, sino establecida por hombres de ciencia, por los propios especialistas en estadísticas del Imperio alemán, de manera que su exactitud es incuestionable. Pienso en las lamentables condiciones de vivienda a que están sometidos los obreros. En Berlín y en otras ciudades, a través de las encuestas realizadas por las cajas de socorro para los enfermos y particularmente, por las cajas locales de los comerciantes, se pudo comprobar en qué buhardillas, carentes de aire y de luz, deben amontonarse los obreros enfermos, condenados de este modo a sucumbir más pronto aún a los ataques de la enfermedad. Sabéis que el obrero enfermo no tiene más recurso que la asistencia privada o pública. Y sabéis también que el obrero llega muy de vez en cuando a la edad en que podría gozar de los presuntos beneficios de la legislación social, de la que tanto alarde se hace hoy día. Una estadística referida a un oficio ya muy

evolucionado, puesto que los obreros trabajan con instrumentos de precisión, establece firmemente que sobre los 40.000 obreros de esa profesión, sólo 28 han alcanzado la edad requerida para ser pensionados.

Por lo tanto, en lo concerniente a la seguridad de la existencia corporal, las condiciones son inexorablemente malas.

Y la existencia material ¿cómo se encuentra asegurada? Creo que raras veces ocurre que un obrero tenga trabajo regular durante todo el año, y cada uno de vosotros podría dar testimonio de ello. El trabajador se encuentra a merced del poderío del estado, o de la arbitrariedad y del capricho de los capitalistas privados, quienes lo despiden o lo conservan en el puesto, según se les ocurra. Muy a menudo, una simple palabra es suficiente para que el obrero, desprovisto de todo derecho al respecto, sea arrojado a la calle, cualquiera fuera el período de tiempo durante el cual hubiera trabajado con ese empresario. Podemos inclusive afirmar que, cuanto más tiempo haya trabajado un obrero en un taller, menos segura es su existencia, ya que se ha vuelto más viejo, y está más agotado. Resulta fácil remplazar un obrero; más fácil que una máquina; la reserva del ejército industrial pone incesantemente a disposición de los capitalistas fuerzas de trabajo cada vez más jóvenes y productivas.

Sabemos que la característica de nuestro estado actual, del modo actual de producción, consiste precisamente en la inseguridad de la vida económica. Las crisis económicas acompañan, diríamos casi fatalmente, al sistema capitalista. Es un hecho que, inclusive en los mejores períodos, cuando la industria marcha bien, hay siempre un excedente de fuerzas de trabajo, al punto que no todos los trabajadores —pese a que todos quisieran y podrían trabajar— pueden encontrar ocupación en alguna de las fuentes de producción del país: siempre existe una reserva del ejército industrial, la que durante las crisis que sacuden el mercado de trabajo puede elevarse a la cifra enorme de 100.000. Sabemos que algunos años atrás los desocupados sumaban 100.000 únicamente en la ciudad de Berlín, y que en toda Alemania había casi medio millón de hombres sin trabajo. Ni siquiera hoy día el derecho al trabajo existe. El obrero, ciudadano del estado, se ve sometido a todos los deberes; debe su fuerza de trabajo; debe derramar su sangre y su dinero si la patria está en peligro; —pero un derecho del trabajador, que le asegure trabajo y le garantice el sustento en la vejez, después de agotar su fuerza de trabajo al servicio del estado y de la comunidad: tal cosa no existe, ¡ni siquiera se la menciona!

Y la formación moral, el desarrollo intelectual, que son tan fundamentales para todo hombre culto ¿en qué forma están asegurados? Sabéis muy bien la situación de nuestras escuelas populares. Sabéis que el estado y las clases dirigentes no dan al pueblo más que la dosis de instrucción que resulte compatible con sus propios intereses, y sólo apuntan a una cosa: contar con trabajadores dóciles. Los debates de la cámara de diputados en Prusia han mostrado en su momento de qué manera los junkers, los propietarios de tierras del Este, comprenden la educación del pueblo. Saber escribir, leer y contar, les parece del todo suficiente, y dan prioridad a la enseñanza de la religión, para que los niños crezcan en el respeto de sus amos y de las

clases dirigentes. Lo único que quiere la propia burguesía, a través de la instrucción popular, es formar trabajadores hábiles y juiciosos; se opone a toda educación popular profunda: teme que el pueblo, más instruido, habiendo accedido a necesidades más elevadas y al conocimiento de su situación de clase, eche por tierra la sociedad actual. Hay que mantener una lucha perpetua con las administraciones municipales, inclusive las liberales, en favor de la instrucción gratuita y obligatoria.

Ya sabéis de qué forma, con las largas jornadas de trabajo —ese medio de mantener en la esclavitud a las masas proletarias, embruteciéndolas— quedan ahogadas las necesidades de cultura del pueblo y cómo, con el incremento de la división del trabajo y con el desarrollo del maquinismo, el hombre pierde su calificación profesional, ya no domina el conjunto de la producción, y pasa a menudo toda su vida ejecutando la misma pequeña tarea parcializada. Es así como se ven condenados al embrutecimiento, por el efecto combinado de esa división del trabajo y de las largas jornadas laborales.

Y los derechos individuales, el derecho de la persona, ¿está garantizado? En este caso, basta una simple frase para caracterizar la situación: justicia de clase. Sabéis perfectamente que vivimos en plena lucha de clases, que las clases dirigentes utilizan todos los medios para mantener su dominio, al cual no vacilan en presentar como un derecho divino, como una manifestación de la justicia divina. Sabéis que la ley se aplica de muy diferente manera, según que se trate de un miembro de las clases dirigentes o de un proletario. Sabéis que, dentro de nuestra organización militar, un delito cometido por un soldado raso, tiene consecuencias diferentes, que si fuera cometido por un superior. Sabéis de qué modo se ve amparada la libertad individual del obrero; me basta con recordaros los siguientes nombres: Essen, Lobtau, Heidelberg, sin hablar de Bruzewitz, Hussener, y otros casos. Tampoco tengo necesidad de recordaros la situación de los trabajadores agrícolas quienes, hasta el día de hoy, no pudieron obtener el simple derecho de coalición, es decir el primer derecho que debiera poseer en un estado la clase obrera, y que consiste en concertarse para mejorar su vida material y sus condiciones de trabajo.

Y la educación de los hijos ¿en qué forma está asegurada? Ya me referí a la escuela popular. Pero basta pensar en el trabajo de los menores para saber a qué atenerse al respecto. Sabéis que hoy día, el padre de familia no puede por sí solo, y a pesar de la longitud de la jornada laboral, proveer a las necesidades de su familia; si ésta quiere mantenerse a un nivel apenas humano, la mujer y los hijos deben trabajar a la par del hombre. Los hijos deben, desde su más tierna edad, y antes de alcanzar su madurez física y espiritual, subvenir también ellos al mantenimiento de su familia. ¿Y pueden tener esperanzas de elevarse sobre su clase? ¿Puede el hijo de un obrero aspirar a salir del proletariado? Todos sabéis que eso es casi imposible, y que apenas se presenta un caso sobre cien mil. Es esto precisamente lo que caracteriza nuestro estado social: el hijo del trabajador está excluido de la cultura; debe ser siempre obrero; debe trabajar eternamente para el ca-

pitalismo; está condenado para siempre a la miseria y a la suerte lamentable del proletariado.

Si consideramos los hechos que acabo de exponer, debemos confesar que la situación del proletariado ha mejorado muy poco desde que entablamos la lucha de clases. Y entonces nos planteamos la siguiente pregunta: ¿de qué depende que el proletariado alemán no haya podido conquistar todavía una situación más feliz?

Algunos dirán tal vez que por tener que movilizar a masas proletarias profundamente deprimidas, cuya vida era casi infrahumana, todo lo que el movimiento socialista pudo hacer, en cuarenta años de lucha, fue crear las premisas de una conciencia de clase. Pero no es este el caso: desde hace mucho tiempo el pueblo alemán es uno de los primeros pueblos civilizados, cuenta con un pasado revolucionario, ha mantenido importantes y difíciles luchas de clase, y hasta la propia revolución burguesa se llevó a cabo con la participación esencial de las clases obreras. Por lo tanto, no corresponde aplicar ese justificativo, pero podríais reprocharme quizás el haber pintado la situación en una forma demasiado pesimista. He de aceptar que se introdujo más de una mejora en la situación de clase del proletariado alemán. Por supuesto, hemos avanzado algunos pasos, contamos con una legislación que protege el trabajo, y que, por lamentable y miserable que sea, no deja de contener el germen indudable de un porvenir mejor. Por lo tanto, se ha dado una elevación del nivel de vida proletario. Pero en realidad ¿estos resultados se deben únicamente a la lucha de clases? ¿no han coadyuvado otras circunstancias?

Pienso en la oportunidad muy favorable abierta por este período de prosperidad, que se dio en Alemania durante años. Dicha prosperidad ha favorecido el gran desarrollo del capitalismo alemán. Derramó sobre el pueblo alemán una lluvia de oro, de la cual la clase capitalista se concedió a sí misma una parte importante, dejando para el proletariado muy poca cosa. La situación central de Alemania, la técnica y la ciencia alemanas, y —factor éste de ningún modo secundario— los gustos modestos de los obreros alemanes: todo ello nos permitió establecer una gran industria de exportación, la cual ha volcado mucho dinero hacia Alemania, dinero del que, por otra parte, el proletariado alemán no ha recogido más que una ínfima parte. Pero reflexionad por vosotros mismos. Si la situación hubiera sido menos satisfactoria para la clase capitalista, si la lucha por los beneficios hubiera sido más dura ¿hubiera el proletariado alemán obtenido lo poco que obtuvo? La única respuesta adecuada a esta pregunta es alzarse de hombros irónicamente.

Si consideramos que la clase capitalista mantuvo su forma de dominación, sin suavizarla en modo alguno; que la situación del proletariado alemán, en su conjunto, a pesar de circunstancias favorables y de los esfuerzos enormes que él mismo prodigó, ha mejorado sólo en una medida por completo irrelevante, entonces debemos preguntarnos si el método de lucha empleado por el movimiento obrero alemán no entraña determinados defectos y si no se cometieron ciertos errores tácticos: la táctica utilizada puede quizás haber fortificado y mejorado la situación del proletariado, pero puede también, bajo otro aspecto, haber consolidado la posición de las clases pudientes y

el dominio de la burguesía, proporcionándole medios de poder superiores aún a los conquistados por el proletariado. Por mi parte sostengo que, de hecho, esto es lo que ocurrió. La táctica que el proletariado utilizó hasta el presente era quizás la que debía emplearse pero, al menos, resulta insuficiente en la actualidad. La táctica del proletariado alemán se resume en una fórmula, "Conquista del poder político". Tal es la consigna que ha movilizó a las masas.

Para llegar a esta conquista, el único medio era el sufragio universal directo, igualitario y secreto. Nada hay más simple de comprender que las razones que llevaron al proletariado alemán a empeñarse en esta vía, puesto que tenía ante sus ojos el ejemplo de la burguesía. El tercer estado se había emancipado, había conquistado su participación en el poder político, mediante una revolución política. Había conquistado una parte de ese poder que, desde los tiempos más antiguos y por causas tales como el efecto combinado de la tradición, del poder económico, de la religión y de la monarquía, había pertenecido a las clases feudales, a los junkers, dueños del capital inmobiliario, poseedores del suelo. La burguesía había conquistado esa participación en el poder político gracias a su propio poder económico, ya que era la dueña del capital mobiliario y, en gran proporción, de los instrumentos de producción. Era lógico que una clase, que poseía ya el poder económico, pero que como resultado de ciertas trabas, se esforzara en conquistar el poder político y ligara su dominación —ya que de eso se trataba— a la de los antiguos dueños del poder, para aplastar mejor a las masas oprimidas del proletariado. Prueba de ello es que la burguesía utilizó la participación que bajo la forma de parlamentarismo adquirió en la administración, es decir en el poder político, para incrementar su poder económico, para fortificar su dominio de clase y, aliada a los junkers, para explotar a la clase obrera. Fue así como, cuando el movimiento obrero entró en escena, el concepto de estado adquirió un doble sentido.

Por un lado, el estado aparecía como una potencia imparcial, planeando por encima de las clases. Sabéis perfectamente que en los comienzos del movimiento ciertos conceptos abstractos como el de estado eran harto oscuros, que la escuela, la iglesia y la educación los habían introducido en la conciencia popular con un sentido favorable a las clases dirigentes. Se trataba todavía de un efecto de la antigua conciencia religiosa, una deducción de la justicia divina: el estado emanaba de ella, se lo concebía como algo trascendente, representaba los intereses generales de la sociedad y debía servir a conciliar los antagonismos de clases. Y en determinado sentido, muy restringido, el estado es en efecto precisamente eso. El estado tiene ciertos intereses que no concuerdan plenamente con los de las clases pudientes: por ejemplo, representa a la nación como totalidad, frente a las demás naciones, ya que la lucha por las ganancias se entabla también de nación a nación; y, frente a los simples intereses privados del capitalismo, el estado debe salvaguardar los intereses de la defensa nacional y de la cultura. Pero todos los que conocen algo de la realidad saben perfectamente que en esto también va el interés del capitalismo, y que cuando está en manos de las clases pudientes el

estado no es más que un instrumento destinado a mantener la dominación de aquéllas sobre el proletariado. Por eso, todas las ilusiones que hasta un Lasalle podía abrigar respecto del estado —cuando quería fundar cooperativas de producción con la participación de éste— fueron relegadas desde hace mucho tiempo por el proletariado, en el depósito de hierro viejo.

Pero queda en pie otra concepción del estado. Si bien se reconocía al estado como una institución hostil al proletariado, se creía sin embargo que era posible apoderarse de él. Se olvidaba así completamente que el estado, para hablar con propiedad, no es más que pura abstracción, que tiene sentido solamente en tanto subsistan oprimidos: con la organización socialista en la cual ya no hay oprimidos, el estado deja de existir. El estado es la quintaesencia de la dominación burguesa.

Lo que debemos hacer por lo tanto, no es conquistar el poder, sino organizar la vida económica y moral del proletariado en forma tal que cesen por completo la explotación y la dependencia. Comprobamos que en los estados democráticos, inclusive en los más libres, donde pareciera que el pueblo fuera plenamente capaz de plegar el estado a su servicio —como por ejemplo en Suiza, donde existen la iniciativa y el referendum— tal cosa no brinda utilidad alguna al proletariado, el cual se ve sometido a un pesado dominio de clase, porque su organización económica y su liberación moral no están aún lo suficientemente avanzadas. Y el estado, instrumento de dominación para las clases pudientes, cuya existencia está ligada al mantenimiento de la explotación por parte de aquéllas, no implica ninguna institución que pueda comprometer su propio poder, sino por el contrario, solamente instituciones destinadas a reforzarlo. Sin embargo, los parlamentarios se imaginan que el estado va a darles los medios y la posibilidad de destruirlo, si bien no de golpe, pero al menos paulatinamente, sin que pueda reaccionar y oponerse a su propia destrucción.

Es evidente, por lo tanto, que cuando buscamos la conquista del poder político emprendemos al menos un largo desvío. El pueblo no recibió el sufragio universal por haber sido lo suficientemente fuerte como para conquistarlo: al otorgárselo, Bismark hizo una jugada maestra en el partido de ajedrez de la política, y una jugada de doble alcance. En primer término, como buen junker que era, quiso lanzar al proletariado entre las piernas de la burguesía industrial y liberal, esperando paralizar a aquél, al tiempo que trababa a ésta; y por otra parte, con ese su fino conocimiento de los hombres, Bismark sabía perfectamente que si lograba encadenar al proletariado a una acción legal, canalizaría la energía revolucionaria del pueblo, que era lo que más temía. Y los acontecimientos justificaron plenamente sus previsiones. Si el proletariado conquistó algunas ventajas económicas, lo debe únicamente al espíritu y a la energía revolucionarios que, al comienzo, animaban el movimiento socialista e inspiraban temores tan grandes a las clases dirigentes.

El entusiasmo comunicativo de los jefes, el espíritu de sacrificio, la abregación a prueba de todo: es a estos sentimientos que animaban a los primeros militantes y se transmitían a las masas, que el proletariado debe

las pocas ventajas de que ahora goza; no a la cantidad de votos que se vuelcan al socialismo, pero que ya no representan ninguna convicción seria. Antes, votar por el socialismo o adherir a él, significaba creer reflexivamente en un nuevo orden de cosas; hoy, las masas se vuelcan hacia nosotros a menudo con un espíritu interesado; tenemos votos, porque en muchos lugares estamos en el poder. En Sajonia, conquistamos actualmente de 20 a 23 bancas, porque los impuestos aumentaron en un 25%, y este aumento atrajo hacia nosotros una masa de descontentos, y no porque la convicción socialista se haya implantado profundamente en el corazón de los trabajadores. Los tres millones de votos con que contamos en la actualidad, poco pesan a mis ojos. La mejor prueba de su escaso valor la ha dado la propia Sajonia. En esa Sajonia, que el *Vorwärts* triunfante llamaba el "reino rojo"; allí mismo, donde poco antes se habían desarrollado los acontecimientos de Lobtau, y donde las víctimas de éste estaban aún encarceladas; donde ya en las elecciones precedentes, la mitad de los votos eran socialistas, y donde —si se tuvieran en cuenta los trabajadores adultos que no son electores, por no haber cumplido los 25 años— el 60% de los obreros estaba animado por convicciones socialistas; en esa Sajonia, repito, donde en las últimas elecciones, con el 60% de los sufragios expresados, más las voces de los no-electores, las cuartas partes del proletariado eran socialistas. ¡La socialdemocracia se dejó arrancar, sin la menor tentativa de resistencia, ese sufragio universal, con el cual, según la táctica seguida hasta el presente, debíamos derribar la sociedad en su conjunto! ¡Ni una sola mano se levantó para defenderlo! ¡Con el agravante de que hay una diferencia entre un derecho que no se ha podido conquistar aún, por el que no se hace más que luchar, y un derecho que ya se posee, y que se deja arrebatar, sin poder defenderlo! ¿Dónde está entonces todo ese poderío y esa energía proletaria, de la que tan satisfechos estamos, si ni siquiera podemos conservar los derechos que ya son nuestros? Además —y estoy bien ubicado para decíroslo— si las amenazas de suprimir el sufragio universal se pusieran en práctica, el proletariado alemán no podría en modo alguno oponerse a ellas. ¿Habré de confesarlo? No deploraríamos la pérdida del sufragio universal, igualitario y secreto; por el contrario, admiraríamos más bien la estupidez de nuestros adversarios, cuya táctica es lo suficientemente mala como para abrirle precisamente los ojos a la clase obrera sobre el camino que ésta debe tomar.

Sin duda, muchos de vosotros no estarán de acuerdo conmigo. La táctica parlamentaria, la estima exagerada por el parlamentarismo, son cosas que están demasiado ancladas en las masas del proletariado alemán. ¡Y realmente, es tan cómoda esa táctica! Todo debe hacerse a través de la legislación; la legislación cambiará las relaciones sociales en su conjunto; la única actividad personal requerida es depositar, cada cuatro años, un voto socialista en cualquier urna. Si escuchamos a algunos defensores del parlamentarismo, ¡es de ese modo cómo paulatinamente, y sin demasiado esfuerzo, accederemos al paraíso del estado futuro! Quisiera proporcionaros algunas pruebas del serio perjuicio que esta táctica parlamentaria nos ha causado. Algún tiempo atrás, militantes muy experimentados pensaban también de este modo; algunos habrán podido

cambiar de opinión como consecuencia de ciertas influencias, cuando les pareció que el proletariado alemán podía, mediante esta táctica, obtener ventajas importantes. El viejo Liebknecht enfatizaba un día:

"Entendámoslo bien. A través de la palabra, no podemos ejercer ninguna influencia directa sobre la legislación. No podemos emocionar al Reichstag con nuestros discursos. Si con nuestros discursos, podemos difundir ciertas verdades en el seno del pueblo, lo haremos mucho mejor todavía cambiando de método. ¿Qué efecto práctico tiene un discurso en el Reichstag? Y hablar sin resultados es un placer de locos.

Ninguna ventaja y, por el otro lado, ciertos peligros: sacrificar los principios, degradar en escaramuzas parlamentarias la importancia y la seriedad de la lucha política, inducir al pueblo a la ilusión de que el Reichstag puede resolver el problema social.

¿Deberemos hacer "trabajo político" en el Reichstag? No será otra cosa que traición a nuestros principios, o empirismo de miras cortas.

Yo no rebajo la palabra. Pero en un tiempo de crisis, en momentos en que muere un mundo y otro mundo nace, el lugar de los defensores del pueblo está en medio del pueblo.

Pero admitamos que este sueño se cumpla, y que una mayoría socialista entre en el Reichstag. ¿Qué hace dicha mayoría? *Hic Rhodus, hic salta*. Ha llegado el momento de transformar la sociedad y el estado. La mayoría sanciona un decreto histórico y nace el mundo nuevo. ¡Ah! Pero no, una compañía militar arroja a la mayoría socialista fuera del templo, y si esos señores se resisten, algunos agentes de policía los conducen a la cárcel municipal, y allí tienen todo el tiempo necesario para reflexionar sobre su quijotismo."

El viejo Liebknecht tenía plena razón. El parlamento es una institución burguesa, destinada a combatir a la monarquía y al feudalismo. Hubiéramos querido apartarlo de su objetivo, y hacerlo servir la causa de la emancipación del proletariado. Pero el parlamentarismo conlleva necesariamente determinadas consecuencias, que han corrompido y paralizado al extremo al movimiento obrero. Lleva en su seno las causas de su irremediable esterilidad para mejorar la suerte de la clase obrera, esterilidad que se manifiesta con tanta mayor rapidez, cuanto más activamente parezca el parlamento ocuparse de las clases oprimidas. En primer término, cuando nuestros adversarios perciben que sus disensiones redundan en ventajas para nosotros, se apresuran a formar un bloque en contra nuestro, y no vacilan en cambiar ya sea el sistema de sufragio, ya sea el reglamento del Reichstag.

Pero el parlamentarismo aparece con mayor claridad aún como un medio para combatir al proletariado cuando uno considera la influencia que ejerce sobre la moral de las clases oprimidas. Me refiero a la incesante colaboración con el adversario, sobre aspectos que interesan a la sociedad actual. El 99% de los temas tratados en el parlamento, sobre los cuales nuestros representantes tienen que discutir, no nos conciernen, y ya no tendrán ningún objeto cuando el proletariado haya derrocado la dominación capitalista. La necesidad

de todos esos temas deriva exclusivamente de la organización social actual, y cuando nuestros representantes se ocupan de ellos deben ubicarse desde el punto de vista de nuestros adversarios y, naturalmente, abandonar en algo su independencia de pensamiento; quedan como encadenados; no pueden dar libre curso a sus opiniones, porque no es posible la más mínima comunión de ideas con sus adversarios, sobre quienes no podrían ejercer ni la menor influencia. ¿Y qué podría esperarse, en realidad, de tal influencia? Nuestros representantes sufren en su dignidad por no poder hablar tan libremente como quisieran, dado que no se los puede comprender. Surgen de ello perpetuos compromisos. ¿Y la libre propaganda? ¡Abandonada! Vosotros, los viejos militantes, sabéis perfectamente que cuando no teníamos diputados en el parlamento, todo el esfuerzo apuntaba a la agitación obrera, cada uno contribuía lo mejor que podía, y el ardor de las masas era muchísimo mayor. La palabra inflamada de un orador no puede remplazar la influencia directa: nada puede suplir la infusión directa de la energía revolucionaria en las masas. Y las actas de las sesiones parlamentarias menos que cualquier otra cosa, puesto que, si llegan al lector —lo cual no es frecuente— le llegan sólo truncas y desfiguradas por la prensa adversa.

Debéis convenir conmigo que en el curso de esta lucha por la conquista del poder nos vemos obligados a tener en cuenta los sectores cuyas voces pretendemos ganar. Nadie puede rebatirme que la preocupación por conseguir electores, por conquistar sufragios, ha mellado las aristas revolucionarias del movimiento obrero. Además de muchas otras pruebas, me basta con releer las actas del Congreso de Francfort, donde el propio Grilleberger confesó abiertamente esta preocupación por los electores retrógrados, y la justificó con todas sus fuerzas, como si fuera la cosa más natural del mundo. Poco a poco, partiendo de un gran movimiento de cultura general, el movimiento ha degenerado en uno puramente económico, en un problema de estómago.

Tal es el camino que hemos recorrido. Ya no reivindicamos la plena libertad, el desarrollo integral de la personalidad dentro de la verdad; ¡hasta hemos puesto en nuestro programa que la religión es cosa privada! Sin embargo, si nuestro ideal es la libertad personal, no necesitamos religión alguna. ¡Dios no existió jamás, Dios no existe, y jamás existirá! El hombre lleva en sí mismo las condiciones de su acción; y es como una persona libre, en virtud de su plena libertad interior, que él debe actuar, emancipado de todas las tiranías, cualquiera sea el nombre con que se pretenda adornarlas. Tan pronto como la socialdemocracia abandonó este punto de vista, alejó de ella a la mayor parte de los espíritus más nobles, se volvió reaccionaria. ¡Y todo esto para conseguir electores! ¿Y qué ha ocurrido con nuestro supuesto ideal en el problema del matrimonio, esta institución económica, que queríamos convertir en una institución moral, donde el hombre siguiera libremente su naturaleza —no sus bajas pasiones, sino su libre personalidad moral? ¿Qué encontramos, hoy día, entre nosotros? Las concepciones del proletariado y las de muchos de sus representantes, se han vuelto más filisteas que las de la burguesía. La consigna es respetar las conveniencias, no hacer ningún escándalo, para no sufrir el reproche de estar predicando el amor libre o

cualquiera de esos horrores. En la actualidad, dedicamos el tiempo a publicar los escándalos de la vida privada de la burguesía, a arrastrar por el fango, frente al proletariado, a personas que en general son simples víctimas de sus pasiones y de su temperamento, y descuidamos las discusiones verdaderamente libres, que desarrollan el sentimiento de la lucha de clases. Es por el poder, que hoy luchamos. Estoy convencido —y todos vosotros estaréis de acuerdo conmigo— de que el socialismo no habrá de realizarse a través del camino descripto.

Pero he aquí otro aspecto más importante, y aún más significativo: *Por el hecho precisamente de que el proletariado, por intermedio de sus representantes, participa en la forma más íntima de la confección de las leyes; por el hecho de que las leyes se sancionan gracias al concurso, y con la aquiescencia del proletariado, se fortifica el sentido de la legalidad en la clase obrera. ¡Y qué legalidad! La legalidad de un estado de clase, una legalidad que, lejos de responder a las aspiraciones profundas de la libertad, reposa únicamente sobre el gendarme y la policía.* Por eso, vemos cómo el movimiento socialista, lejos de crecer como un movimiento verdaderamente libre y fuerte, degenera; nadie tiene el valor de declarar franca y audazmente: ¡no, no queremos vuestra legalidad hecha de coerción, somos los adversarios irreductibles de vuestro estado clasista y de vuestras leyes! En Dresde, Bebel declaró que el socialismo estaba librando un combate a muerte contra la sociedad burguesa. ¿Pero cómo podemos creer en su palabra, cuando él mismo y todos los demás diputados, participan en forma creciente de la confección de leyes?

Pero hay algo peor. Los recursos del proletariado son limitados. El proletariado es una clase pobre y solamente a fuerza de privaciones cada uno de sus miembros logra realizar lo que está a su alcance, en pro del mejoramiento del destino de su clase y en favor de la lucha de clases. Por lo tanto, los recursos son escasos, y no podemos disimular que el parlamentarismo cuesta mucho dinero. Esto poco importaría, por cierto, y yo sería el último en utilizarlo como argumento en contra del parlamentarismo, pero cabe preguntarse si no se podría emplear mejor ese dinero. En mi opinión, dados los peligros del parlamentarismo, emplearíamos en forma más útil y fecunda nuestros recursos si los consagráramos a una acción directa sobre el proletariado. Además, es necesario que veamos con toda claridad lo siguiente: *en la lucha en la que estamos comprometidos, necesitamos individualidades fuertes y poderosas, necesitamos hombres que pongan toda su energía al servicio de nuestro ideal. Sin embargo, para cada uno de nosotros el parlamentarismo equivale a la alienación de nuestra acción personal; el parlamentarismo es un sistema de delegación; y, como para ser verdadero, requiere precisamente el voto secreto, no puede tornar a los hombres que nosotros necesitamos. He dado ejemplos de nuestra actual impotencia. Pienso también en esos derechos que legalmente poseemos, pero que existen sólo en el papel, porque no tienen tras de sí ningún poder real que pueda defenderlos. Pienso en el caso de Sajonia, pienso en el reglamento del Reichstag, trastocado con total desprecio de esta legalidad, que nuestros adversarios tanto alababan, pero que pisotearon*

ni bien fue cuestión de los intereses esenciales de las clases dirigentes y de los junkers.

Me diréis ahora que el parlamentarismo es un buen medio para llevar la crítica socialista hasta donde se encuentran nuestros adversarios. No digo lo contrario, pero afirmo también que la educación que el proletariado adquiere a través del parlamentarismo, tiene un valor puramente negativo, y no exige, no conlleva más que un desarrollo muy pobre de la personalidad; afirmo que es un mal medio de educación proletaria.

Puedo aceptar que el parlamentarismo tuvo su importancia en el desarrollo histórico del proletariado —y que podrá seguir teniéndola—. Pero no nos dio aquello que necesitábamos por encima de todo, y por su propia naturaleza no podía darlo: es esto lo que, después de todas mis observaciones, debe haberse vuelto evidente para vosotros ahora.

Felizmente, contamos con otras instituciones para llevar adelante la lucha de clases; instituciones supeditadas únicamente a la voluntad del proletariado, que no dependen, como el parlamentarismo, del capricho de nuestros adversarios. Me refiero sobre todo a los sindicatos. Desde ahora podemos apreciar, al comparar en su desarrollo al movimiento político con el movimiento sindical, cuál de los dos corresponde mejor al pensamiento y a los verdaderos sentimientos de la clase obrera. No nos ocupemos de los votos obtenidos en las elecciones, y consideremos solamente las agrupaciones políticas: vemos que en más de cuarenta años de luchas no llegaron a nuclear hasta la fecha, más de 200.000 hombres. ¡Es esto todo lo que el parlamentarismo representó! El movimiento sindical, por su parte, es mucho más reciente: al principio, el partido lo consideraba como una traba, como una competencia, y, en cierto modo, recién contó con el favor del partido en el congreso de Colonia; a pesar de todo, en poco tiempo agrupó más de un millón de obreros. Por lo tanto, hay que decirlo abiertamente: para la lucha de clases, la concentración obrera en los sindicatos es un instrumento más poderoso que la organización política, con sus cuadros agotados, y supeditada hoy, casi por completo, a los fines del parlamentarismo. El objetivo que perseguimos —la institución de una organización socialista— solamente podrá realizarse si los sindicatos se convierten en los factores esenciales de la producción. Ya desde ahora, los sindicatos llevan dentro de sí las premisas del nuevo orden social.

Sin duda —y lamentablemente, debemos reconocerlo— no es éste todavía el ideal que persigue el movimiento sindical en su conjunto. Sin duda, muchos de los afiliados carecen todavía de aspiraciones elevadas y ven en el sindicato una especie de alcancía: ponen las moneditas de la cotización, ¡y esperan que pronto saldrán de ella maravillas! Todo esto es evidentemente penoso, pero la misión del sindicalismo revolucionario, consiste precisamente en transformar a esos adherentes “prácticos” en militantes ilustrados, en socialistas conscientes. Debemos decirlo francamente: si bien el movimiento político emprendió una vía equivocada, se había propuesto al menos un alto ideal: en cuanto al movimiento sindical, se encuentra sobre la buena vía, y sus tendencias fundamentales están plenamente justificadas, pero a menudo, por reacción contra el partido político, se propone lamentablemente objetivos

estrechos y mezquinos, rebajando así su valor revolucionario. Hemos visto cómo el tradeunionismo inglés limitaba su horizonte a la lucha cotidiana por el mejoramiento de las condiciones de trabajo, y aún hoy día, con demasiada frecuencia, restringe su ideal a ese solo aspecto. El movimiento sindical alemán, en una forma más lamentable aún, toma la misma vía. Al principio, cuando se encontraba bajo la influencia del partido —los afiliados al sindicato eran precisamente los mismos que pertenecían a las agrupaciones políticas— su horizonte era más amplio; pero a medida que adquiría poder económico, limitaba cada vez más sus objetivos. Percibimos en el movimiento sindical alemán una desgraciada alteración de tendencias. También él restringe en forma creciente su tarea al mejoramiento de la situación presente, a obtener mejores condiciones de trabajo. Por el momento, ya no sustenta un elevado ideal o, al menos, lo vela de tal manera que pierde igualmente valor..

Pese a todo está destinado a organizar la sociedad futura, donde los sindicatos serán los factores económicos esenciales, y a formar las individualidades libres y fuertes que necesitamos. Mientras que el parlamentarismo, con el voto secreto, no desarrolla la personalidad, el sindicalismo capta al hombre en su plenitud. En una huelga, por ejemplo, quienes participan de las resoluciones comprometen toda su existencia en pos del triunfo de sus reivindicaciones. Por lo tanto, el movimiento sindical está en condiciones de formar caracteres fuertes, ya que las luchas lideradas por los sindicatos —la huelga, el boicot, el 1º de Mayo— requieren la total responsabilidad de cada uno. El 1º de Mayo tiene singular importancia dentro del movimiento sindical; quizás sea la única acción popular y revolucionaria que hoy practicamos.

En mi opinión, como puede juzgarse mejor en qué anda el movimiento obrero, es a través de la manera en que se festeja el 1º de Mayo. Acortad la jornada de trabajo, rebajadla de 12 a 11 y de 11 a 10 horas: nada habréis hecho todavía para quebrar la dominación de la clase capitalista. Pero si los trabajadores, aunque sea un día por año, osan lanzar un desafío al capitalismo, y si tienen la fuerza de declarar: No, en el día de hoy no seré un siervo, quiero determinar por mí mismo si trabajaré o no —están haciendo la denuncia de la esclavitud capitalista, y debemos ver en ello un signo del desarrollo de la conciencia de clase entre los obreros alemanes. Muy miopes son los sindicatos que, pretextando intereses materiales y para evitar algunos gastos ya no quieren celebrar el 1º de Mayo. Encontramos aquí la misma estrechez de criterio que en el movimiento político. También éste es víctima de una estima exagerada hacia los medios materiales. Uno y otros tienen solamente un objetivo en la actualidad: obtener ventajas económicas a cualquier precio. Quizá sea una consecuencia de la concepción materialista de la historia. La siguiente proposición de Marx y Engels: la conciencia está determinada por la situación social, por la situación económica, no es por cierto falsa; es exacta al menos para una buena parte de la historia humana; pero tuvo como consecuencia la propagación en el seno del proletariado de concepciones sin ningún vuelo, las cuales, lejos de exacerbar la lucha de clases, más bien la han trabado. Sin duda es necesario mejorar la situación material del proletariado; no creemos, por nuestra parte, en la teoría de la miseria

creciente, y sabemos que no es el lumpen-proletariado el que puede llevar adelante la lucha de clases. Pero también sabemos que antes el hambre era un buen factor revolucionario, que la ruptura con el cristianismo y con toda creencia en una vida futura había provocado, entre los primeros socialistas, un espíritu de sacrificio infinito y gozoso y un valor a toda prueba: es evidente, en cambio, que al poner el acento en el objetivo económico, se ha quebrado el esfuerzo del proletariado hacia conquistas morales. Es ésta una triste experiencia. Los obreros sienten menos, tal vez, el aguijón del hambre material; pero al mismo tiempo, no sienten en grado suficiente, el del hambre moral. Por lo tanto, debemos esforzarnos en desarrollar y despertar, en el corazón del proletariado alemán, la apetencia de ideales.

Lo que importa, no es tanto desarrollar el poder material del proletariado, como fortificar en éste la vida interior, las aspiraciones revolucionarias. Los revisionismos van tan lejos en su esfuerzo por conquistar a cualquier precio el poder económico que, por pocas migajas de reformas, se alían con la monarquía, con el Centro, con los reaccionarios más recalcitrantes; en el mismo sentido actúan los sindicatos cuando para obtener ventajas materiales, envían telegramas a ministros de estado y ponen en subasta empresas que traban durante mucho tiempo la lucha de clases.

El proletariado no se emancipa por esa vía, que lleva a forjarle nuevas cadenas. Lo que debemos hacer, es insuflar al movimiento sindical un vigoroso espíritu de resistencia revolucionaria. No queremos hacer de los sindicatos una dependencia del partido; por el contrario, consideramos al movimiento sindical como la espina dorsal, como el factor esencial de la lucha de clases. Creemos que el movimiento político debe, cambiando una vez más de método, incorporarse al movimiento sindical para darle su fuerza y su impulso. Necesitamos un movimiento obrero fuerte y muy homogéneo, cuyo pivote habrán de ser los sindicatos. Y el elemento que dará a ese movimiento un horizonte amplio y un carácter revolucionario, es la idea de *huelga general*.

La idea de huelga general no debe apartar a los sindicatos del combate cotidiano, el cual deberá proseguir, ya que obviamente, es menester mejorar la situación material del proletariado; pero necesitamos un horizonte más amplio, y los sindicatos deben tomar conciencia de su papel como células de la organización económica futura. En ese sentido, mucho es lo que pueden hacer. A través de las huelgas, educan a los trabajadores, les infunden fuerza moral, desarrollan el sentimiento de la solidaridad proletaria. La idea de la huelga general proporcionará a los sindicatos ese horizonte amplio que el movimiento político había sido el único en abrir frente a ellos, hasta ese momento. La huelga general no es una utopía; por el contrario, es el único medio de derrocar al estado de clase. En efecto, ¿sobre qué reposa el estado de clase? Sobre el hecho de que el proletariado es explotado como factor de la producción, y en función de ello, precisamente, es necesario para la existencia del estado de clase. El capital no es nada, es algo muerto si no hay brazos para darle vida y permitirle crear valor. Por lo tanto, si el proletariado toma conciencia de su propio rol y se da cuenta de que puede

retirarse del proceso de producción, el estado de clase habrá dejado de existir. Obviamente, no creemos en la posibilidad de la huelga general de un día para otro; la poderosa organización del estado actual, que dispone de recursos tan considerables, no va a caer por el solo hecho de que se pronuncie el término de huelga general; *pero la idea de la huelga general debe llevar al proletariado a concebir nítidamente la necesidad de fundar fuertes organizaciones, y cifrar en ellas todas sus esperanzas para el porvenir.*

Y sobre este punto, la situación es excelente. Nuestros sindicatos cuentan cada día con más adherentes; en algunas ramas de la producción, ya se ha afiliado más del 50%. Sólo en los últimos años, los sindicatos incrementaron el número de afiliados en un 21% y llegaron a abarcar más de un millón de trabajadores, al punto que puede predecirse con exactitud —dado que en este aspecto nos encontramos con factores cuya acción es, por así decirlo, automática— que dentro de tres o cuatro años contaremos con dos millones de afiliados y, dentro de diez años, con un número que irá de tres a cuatro millones. Y si la idea de huelga general se propaga en el seno de la clase obrera cada vez más y con mayor profundidad, la fuerza creciente del movimiento sindical podrá —así como el movimiento político fue capaz de nuclear en torno a las urnas, tres millones de votos— en menos tiempo aún, impulsar a la cesación del trabajo a más de cuatro o cinco millones de hombres, y de ese modo, voltear el estado de clase.

No se trata por supuesto de una tarea fácil, pero os pregunto: en cuarenta años de lucha ¿qué nos dieron el movimiento político y la actividad parlamentaria? ¿Cuántos de nuestros viejos camaradas, que se habían lanzado a la lucha con el ardor de la juventud y llenos de audaces esperanzas, cuentan todavía hoy con poder presenciar la caída del capitalismo y la emancipación del proletariado? La idea de huelga general vuelca una nueva esperanza en nuestros corazones, esperanza que desde hacía mucho tiempo sentíamos muy lejos de nosotros.

Este movimiento, que encuentra ante sí un terreno ya preparado, puede llegar a buen término antes de lo que nuestros adversarios, y hasta nosotros mismos, pensamos. No desconocemos las dificultades que deben vencerse. Es indispensable que el sentido de la responsabilidad sustituya a la irresponsabilidad, a la que el parlamentarismo nos acostumbró. Las huelgas, el 1º de Mayo y el boicot, habrán de formar ese sentido. Hay que desarrollar ante todo la personalidad. La lacra del parlamentarismo es que todo se lo espera de los adversarios, de la ley. Todo debe venir de los demás; hasta el momento, el parlamentarismo nada hizo para el desarrollo de la personalidad; y es por ello que el movimiento político ha atraído a tantas personas, si juzgamos al menos a través del número de voces recogidas. Pero si los obreros quieren derrocar el estado capitalista, si quieren instituir un nuevo orden social, tienen que volverse mejores que los hombres que ellos combaten y quieren destituir. Para eso, deben aprender a no dejar nada en ellos que sea bajo y vulgar, a arrojar lejos de sí toda inmoralidad. Porque la característica esencial de la idea de huelga general consiste, precisamente en ser un medio de combate de un alto valor moral.

La revolución política que se perseguía no podía realizarse sin efusión de sangre, sin violencias. La huelga general es un medio de lucha moral: transformamos en arma de combate la negativa consciente y libre a trabajar, legalmente garantizada por el derecho de coalición. Y ocurra lo que ocurra, nuestros adversarios pueden reducirnos al último extremo, pueden hambreamos; por el momento, no tenemos por qué ocuparnos de esa eventualidad, ni rompemos la cabeza pensando en ello. Por supuesto, no tendremos por qué respetar las leyes de la sociedad capitalista, leyes que un pasado de coerción nos ha legado, y los sufrimientos, si los hay, no serán para el inmenso ejército de proletarios que rompen sus cadenas.

El medio de lucha que preconizamos, tiene un gran valor educativo. Para negarse a trabajar —desde la plenitud de su propia responsabilidad— se requiere una alta conciencia moral, dado que es necesario entonces, saber elevarse por encima de sus intereses egoistas, y sacrificarlos en bien del porvenir de su clase, del progreso de la humanidad. Por lo tanto, debemos romper todos los obstáculos que se oponen a nuestra liberación moral. Ya he reprochado a la táctica parlamentaria de haber hecho que desaparecieran de nuestro programa todos los puntos relativos a la emancipación de la personalidad, a la supresión de la religión y de los demás obstáculos a nuestra liberación espiritual. Lamentablemente, nuestra prensa no cumple con su deber respecto de este tema. Si hoy día uno quiere leer un artículo de inspiración verdaderamente libre, un artículo que nos tenga agarrados hasta en lo más profundo de nosotros mismos y que acelere los latidos de nuestro corazón, no es en la prensa socialista donde habremos de buscarlo, porque difícilmente lo encontraremos, sino en la prensa anarquista. Nada mejor podría recomendaros: leed la prensa anarquista, leed los escritos de Piotr Kropotkin, de Juan Grave, de Elisée Reclus y de otros. Encontraréis allí los elementos para esa cultura libre y personal, que en la actualidad la Socialdemocracia ha descuidado en demasía. Debemos combatir las bajas pasiones que nos habitan; demasiado a menudo, hoy día, el proletariado aprovecha el mejoramiento de su situación para librarse a placeres groseros; y la lucha de clases podría llevarse con mucho más vigor, el desarrollo de la personalidad y el progreso moral podrían asegurarse mucho más rápidamente, si los recursos crecientes del proletariado se emplearan para su cultura moral. Obreros que vuelven borrachos del taller, y en su hogar le pegan a la mujer y a los hijos. semejantes obreros no pueden transformarse en buenos militantes para la lucha de clases. También en este aspecto, podría reprocharse a la Socialdemocracia el no haber actuado sobre las masas en forma suficiente. Es necesario despertar y desarrollar la necesidad de cultura; debemos trabajar para nuestro perfeccionamiento moral. Para poder convertirnos en temibles adversarios del estado capitalista, es menester que nuestro horizonte se amplíe incesantemente.

A quienes objetan que la huelga general es imposible, en razón del ejército que posee el estado, respondería que, precisamente, el deber del sindicalismo consiste en asegurar la educación antimilitarista del proletariado. En ciertos países, los sindicatos hacen llegar a las manos de cada uno de sus

adherentes, antes de que hagan el servicio militar, folletos antimilitaristas; también organizan instituciones especiales para proteger a los obreros durante su paso por el ejército y para reintegrarlos al sindicato, no bien los dan de baja. Sostenido de este modo, el obrero no pierde su conciencia de clase mientras está bajo bandera. Por lo tanto, los soldados serán lo que nosotros haremos de ellos. Que los trabajadores no les peguen a sus hijos y que les den una educación libre y verdaderamente moral, sin ahogar el sentimiento del respeto bajo los golpes: esos niños se convertirán en hombres que, cuando estén bajo bandera, no se dejarán insultar con bonhomía, y estarán listos para resistir la orden de tirar contra los suyos.

He terminado. Tomar hoy en día en nuestras manos la causa de la huelga general significa exponerse a la enemistad y a los ataques incluso de aquellos a quienes, hasta ahora, habíamos combatido hombro con hombro; pero tal es la suerte de todos los que abrazan una idea nueva. Estoy convencido de que la idea de huelga general se abrirá camino. La huelga general es el medio de abatir la dominación capitalista. Esta idea debe penetrar en todas las organizaciones obreras. Debe inscribirse en el orden del día de los congresos del partido: es necesario que no se renueve la vergonzosa comedia de Dresde, y que no vuelva a verse un partido —que cuenta con la fuerza de tres millones de votos, y que parece dispuesto a trabajar seriamente por el derrocamiento del estado capitalista— consagrar casi todo un congreso a la discusión, llevada con la intolerancia partidista más fanática, del caso de algunos periodistas culpables de haber colaborado en algunas publicaciones burguesas. Y sin embargo, la acción de esos hombres, como por otro lado la de toda la tendencia revisionista, es la consecuencia necesaria y natural del parlamentarismo. Porque si hay un culpable, es el propio partido, empeñado en no cambiar nada de su táctica, a pesar de los enormes cambios ocurridos durante los últimos años en nuestra situación y en la de nuestros adversarios. No, lo repito, la acción parlamentaria no es una acción de clase, una acción proletaria. La que debe convertirse en idea rectora del movimiento obrero, es la idea de huelga general: ella debe nuclear grupos políticos y sindicatos y servir de consigna a la totalidad de la clase obrera.

¡Huelga general! No se trata de una palabra vana, que hoy pronunciamos para olvidarla mañana, sino que constituye la prima a la organización sindical, la idea en cuyo nombre los obreros habrán de trabajar en pro de su cultura personal, la de sus hijos y la de sus compañeros de lucha, porque significa claramente: Proletarios, vuestra suerte, la suerte de vuestra clase, está entre vuestras manos, depende de vuestra fuerza moral. ¡Fundad fuertes organizaciones, tomad conciencia de vuestro poder, y haréis caer las cadenas! ¡Y superando las constituciones escritas, fruto de un pasado de coerción, vosotros haréis triunfar las leyes imprescriptibles de la libertad humana!

Resolución votada después de la conferencia del Dr. Friedeberg:

Una falsa concepción del estado, y sobre todo una estima exagerada por el parlamentarismo, apartaron paulatinamente al proletariado del terreno de la verdadera lucha de clases. La escisión del movimiento obrero en movimiento político y económico, que trajo como resultado la neutralización de los sindicatos y el abandono, por parte de éstos, de toda aspiración revolucionaria, ha asestado el golpe de gracia a la lucha de clases.

Con la actividad parlamentaria —y como una consecuencia necesaria de la misma— el ideal socialista perdió nitidez, ya no asume su oposición revolucionaria a las leyes del estado capitalista y ha dejado de reclamar la liberación integral de la persona humana. Además, el movimiento sindical ha limitado su horizonte a reivindicaciones carentes de dignidad, ya que también los sindicatos tienen excesiva estima por las ventajas materiales: por tal motivo, la educación sindical del proletariado alemán resultó enteramente falseada, y si bien ahora es un poco más rico, quizás en medios materiales, su poder real no ha aumentado.

Lo que da al proletariado su verdadera fuerza, es que el mayor número posible de militantes estén animados de un espíritu verdaderamente libre y revolucionario. Pero militantes de ese tipo no pueden formarse a través del parlamentarismo, sistema de delegación, sino participando de un sindicalismo penetrado por el espíritu socialista.

“Desarrollo intelectual y moral de la personalidad;

“Organización autónoma del consumo y, de ser posible, de la producción;

“Acción directa, con plena responsabilidad de cada uno: huelgas, primero de Mayo, boicot.”

Tales son las condiciones previas para la emancipación del proletariado. La emancipación en sí misma —es decir la supresión del estado de clase— se cumplirá mediante la huelga general. El proletariado derrocará la dominación capitalista y su instrumento, el estado, no a través de una revolución sangrienta y violenta, sino por un medio de lucha de un alto valor moral: la negativa concertada, libre y consciente a trabajar.

Por las razones antedichas, la *Unión Libre de Sindicatos Alemanes* declara:

Que, visto que a su criterio, el parlamentarismo no arroja más que una utilidad indirecta y exige un gasto, tanto en fuerzas materiales como morales, desproporcionado a los resultados, es necesario consagrar todos los esfuerzos a la educación del proletariado y a la lucha económica, y que, en consecuencia, es menester desarrollar las organizaciones económicas e infundirles un alto ideal revolucionario, para hacer posible, en breve plazo, una huelga general victoriosa.

La moción que antecede fue distribuida en el Congreso Socialista Internacional de Amsterdam.

4. Karl Legien

Secretario de la “Comisión General de los sindicatos alemanes”

Informe presentado al Congreso Socialista Internacional de 1900, en nombre de la décimosegunda Comisión (Comisión de la huelga general). Versión del acta taquigráfica publicada por los Cahiers de la Quinzaine, p. 199.

[...] Sobre el tema de la huelga general, los representantes austríacos y alemanes propusieron retomar la resolución ya votada por el Congreso Internacional de Londres. Es verdad que la forma de dicha resolución no es perfecta; pero la Comisión adhirió sin embargo a ella por mayoría, dado que expresa perfectamente la manera como la mayor parte de nosotros enfoca todavía hoy este problema. No hemos cambiado de objetivo; por lo tanto, no hay motivos para cambiar de resolución.

Se opusieron a la resolución una minoría formada por delegados franceses e italianos, así como algunos delegados que no representan a sindicatos; el congreso tendrá ocasión de escuchar la opinión de esa minoría. Para la mayoría, el tema de la huelga general no debe ser objeto de discusión en este momento por la simple razón de que, cuando se quiere librar una batalla, es necesario primero empezar por formar los batallones que podrán participar en ella. Mientras el proletariado no disponga de sindicatos fuertemente organizados y numerosos, solamente los intereses de la burguesía saldrían beneficiados si se declarara la huelga general, porque la única consecuencia de la misma sería entregar al proletariado a la burguesía, la cual lo fusilaría o lo hambrearía.

Por otra parte la resolución del congreso de Londres me satisface, así como a la mayoría de la comisión, porque de ningún modo excluye la idea de una huelga general; pero eso sí, insiste en las condiciones necesarias e inevitables de ese tipo de acción, es decir en la organización sindical. Resumiendo, vosotros, franceses e italianos que queréis la huelga general, no tenéis más que empezar por formar vuestros batallones, y las demás nacionalidades os apoyarán.

He aquí la resolución adoptada por la mayoría de la comisión:

Teniendo en cuenta los congresos internacionales de París y de Zúrich, el Congreso Socialista Internacional de París reitera la resolución votada en el Congreso Internacional de Londres de 1896, referente a la huelga general.

Dicha resolución establece lo siguiente: “El Congreso opina que las huelgas y los boicots son medios necesarios para la realización de los objetivos de la clase obrera, pero no ve la posibilidad en la actualidad de una huelga general internacional.”

* En las notas que escribió a pie de página de la versión taquigráfica de los debates del Congreso de 1900 publicados por los *Cahiers de la quinzaine*,

En cambio lo que sí se necesita en forma inmediata es la organización sindical de las masas obreras, puesto que de la extensión de la organización depende la extensión de las huelgas de industrias enteras o de países en su totalidad."

5. Wilhelm Kolb

Colaborador de Die Socialistische Monatshefte

Mientras que en el movimiento obrero de los países llamados latinos se ocupan de la huelga general al punto de haber intentado ya su realización a diestra y siniestra, el proletariado organizado de Alemania, lejos de prepararse prácticamente para tomar tal medida, no le consagró hasta este momento más que una atención mediocre, inclusive, desde el simple punto de vista teórico. La mayoría de nosotros cree que es sensata la ocurrencia del camarada Auer: "¿Huelga general? ¿Inercia general? ¿Inepcia general?"

Recién en una fecha muy reciente, nuestro Partido se vio impulsado por primera vez, a ocuparse seriamente de este tema. Hace algún tiempo, durante una primera reunión desarrollada en Berlín, nuestro camarada, el doctor Friedeberg, abogó a favor de la huelga general; luego, en el Congreso de Dresde, el mismo camarada desarrolló una proposición tendiente a que se incluyera en el orden del día del próximo Congreso, una discusión sobre ese tema. Y contó con el apoyo de un número bastante considerable de miembros del partido.

En todos los congresos internacionales, los representantes de la socialdemocracia alemana, así como los representantes de los sindicatos de ese país, siempre se pronunciaron categóricamente contra la idea de huelga general. Cuando Kautsky y los demás protagonistas de la tendencia llamada radical

Sorel observa, a propósito de esta resolución, que el texto inglés, que el lector encontrará en *Report of the proceedings of the workers Congress held in London* (p. 35) y en *International socialist and trade union Congress, Report of proceedings* (p. 48), no menciona lo referente a la imposibilidad de la huelga general.

En cambio, nosotros tomamos como referencia el acta alemana: *Verhandlungen und Beschlüsse des Internationalen sozialistischen Arbeiter-und Gewerkschafts-Kongresses zu London* (Berlín, Vorwärts, 1896), p. 29, y hemos encontrado en términos idénticos a los de la resolución citada más arriba, esa afirmación sobre la imposibilidad actual de una huelga general internacional.

Como comparación, véase el acta alemana del Congreso de París, 1900, p. 32 (Berlín Vorwärts, 1900) [H. L.] [Puede verse otra versión de la resolución del Congreso de París en el anexo documental, al final del tomo III de nuestra recopilación. P y P.]

apoyaron con sus votos la moción de Friedeberg, eran perfectamente consecuentes con sus principios. Lo que resulta más difícil de comprender es la actitud de la mayoría del congreso, que rechazó la moción después de haber aprobado sin embargo las declaraciones de Kautsky referentes a la táctica que, según él, se impone a nuestro partido.

Si la interpretación de nuestra táctica, tal como la diera Kautsky en Dresde, fuera en efecto rigurosamente exacta, y si pudiera creerse que la profecía que formuló frente al congreso —en el sentido de que el triunfo de la socialdemocracia se encuentra muy próximo— está basada sobre realidades tangibles, entonces la mayoría radical del Congreso de Dresde no hubiera debido rechazar la proposición Friedeberg. Porque, si algún medio posee el proletariado para destruir la hegemonía de clase del capitalismo, para abatir a su temible adversario, ese medio es realmente la huelga general.

Al rechazar la proposición de Friedeberg y sus seguidores, la mayoría radical ha demostrado, a mi criterio, no darse cuenta en absoluto de las contradicciones en que nos debatimos, cuando se trata de nuestra táctica y del catastrofismo. Bajo la influencia de efectos oratorios, esa mayoría ha olvidado recapacitar sobre las consecuencias que puede tener para la táctica la idea de una revolución súbita y violenta. Es imposible que el espíritu elabore friamente un juicio o una opinión objetiva, cuando uno cede al látigazo de un apasionamiento como el que se produjo en Dresde, y que pronto habría de costarnos contratiempos tan desagradables.

La poderosa elocuencia de Bebel había hecho que se aclamase la teoría catastrófica, pero cuando el doctor Friedeberg intervino luego con su moción sobre la huelga general, la efervescencia se calmaba, y se estaba deliberando dentro de una relativa calma. Pero el Congreso de Dresde rechazó, por una mayoría aplastante, una medida táctica que se adecuaba perfectamente a la teoría del derrumbe. Fue realmente lamentable. Si se hubiera adoptado la proposición de Friedeberg y sus seguidores, y si en el siguiente congreso, reunido en Bremen, se nos hubiera pedido que nos ocupáramos del tema de la huelga general, hubiéramos oído con toda seguridad a Bebel pronunciar un discurso del más puro revisionismo. De cualquier modo, un debate sobre la huelga general hubiera sido una perfecta demostración del siguiente hecho: la socialdemocracia alemana es mucho más revisionista de lo que hubiera podido creerse teniendo en cuenta el congreso de Dresde.

El tema de la huelga general se encuentra muy estrechamente conectado con los problemas de teoría y de táctica que, desde hace años, proporcionan a la socialdemocracia la materia de lo que llamamos "las discusiones dentro del partido". En última instancia, todas esas disensiones se concentran en un punto que es el siguiente: ¿Cómo y por qué medios, entrará el proletariado en posesión del poder político? ¿Cómo concretará el socialismo su realización? Porque si bien cada uno de nosotros se concede amplio margen en la controversia sobre los temas en litigio, cabe hacer notar que no existe divergencia sobre el objetivo final. Desgraciadamente, esto fue olvidado con demasiada frecuencia hasta el día de hoy. De allí, múltiples malentendidos, sobre todo entre la masa de nuestros adherentes.

El Partido socialdemócrata afirma sus raíces en la ciencia, y a ella debe hasta su propia existencia. Pero no es esto una razón para que vea en la ciencia una colección de dogmas. Cuando la experiencia ha establecido que determinada hipótesis científica, corrientemente admitida hasta ese momento, necesita una rectificación, es necesario emprender tal rectificación. Nunca y en ningún lugar la socialdemocracia puede asumir un punto de vista dogmático, al menos, en lo que concierne a la táctica que debe adoptar.

Todo pasa. El régimen capitalista también habrá de pasar, con sus órganos sociales, políticos, económicos e intelectuales. Un partido que apunta a la transformación completa de todas estas relaciones y condicionamientos, está obligado a seguir la táctica requerida para no contrariar la evolución e, inclusive, para facilitarla y acelerarla.

En consecuencia, debe considerarse a la táctica de la socialdemocracia como un factor *variable*, y no se la podría reglamentar de una vez para siempre sobre bases dogmáticas: he ahí por qué hay un error en la resolución que el Congreso de Dresde votó, con respecto a la táctica del partido. Y sin embargo, ya tuvimos demasiado a menudo la ocasión de comprobar que no es útil decidir previamente qué actitud habrá de observarse o qué conducta se aplicará. Los hechos son siempre más poderosos que nuestros deseos. Basta conocer, aunque sea superficialmente, la historia de nuestro partido, para saber que, hasta el presente, casi todas las profecías formuladas entre nosotros fueron desmentidas por el curso de los acontecimientos y que muy a menudo, las resoluciones sobre la táctica, no pasaron de ser letra muerta. Esto no impide que se continúen haciendo profecías y fundando sobre simples hipótesis decisiones que no podrán tenerse para nada en cuenta al llegar el momento crítico, al menos, si debemos creer en toda la experiencia adquirida. Con la teoría del derrumbe, apoyada sobre hipótesis y condensada en fórmulas dogmáticas, uno *debilita* la aptitud para la acción en la clase obrera, y *restringe* la influencia que a ésta le cabe sobre la evolución.

El discurso de Kautsky en Dresde sobre la teoría del derrumbe, es decir el preámbulo a su crítica del *revisiónismo*, era también un preámbulo a su interpretación de toda nuestra táctica, a esa interpretación que sigue siendo ininteligible para nosotros. En particular, se nos explica que debemos regular nuestra táctica en función de los momentos de mayor agudeza en los conflictos que dividen a nuestros adversarios, es decir de los períodos en que se exagera la lucha entre las diversas funciones de la burguesía. En forma tal, que finalmente nos encontramos a merced de las circunstancias, y que sólo nos queda esperar la hora que nos parezca favorable para tomar súbitamente una magna decisión, y para ponernos a derrocar al enemigo.

Semejante táctica no está de *ningún modo* de acuerdo con nuestra táctica pasada, y esto queremos afirmar con la mayor energía. Pero en consecuencia natural sería, evidentemente, la proclamación de la huelga general. Revoluciones como las que tuvieron lugar hasta el presente, se han vuelto imposibles. Kautsky lo declaró sin circunloquios: "El proletariado tiene su método de revolución específico, que consiste en hacer abandono del trabajo y suspender

la producción. Es precisamente interrumpiendo de ese modo —como si aplicara una ligadura— la circulación de la vida en el seno de la sociedad capitalista, que aquél logrará dominarla."

¡Si resultara tan fácil de ejecutar como fácil de decirlo! Pero el proletariado no podría ubicarse fuera de la sociedad actual, puesto que él mismo forma parte integrante de dicha sociedad. Al aplicar ligaduras al capitalismo, el proletariado se las aplica también a sí mismo. Resulta singularmente cómodo —al menos, esto no exige más que un antiguo gasto de perspicacia política— decir: "Si hubiera sido *posible*, con alguna esperanza de éxito, amenazar a la burguesía sajona con una magna huelga, aquélla hubiera *probablemente* pensado dos veces antes de arrebatarse al proletariado su derecho de voto." ¡Si... *posible*... *probablemente!* ¡Con semejantes aproximaciones, no se milita en política, ni se avanza, ni se consigue la victoria!

Si dentro de la lucha de clases la huelga general fuera un arma que garantizara el triunfo, no constituiría por cierto, entonces, una "inepcia general". Pero como no se la puede encarar "con alguna esperanza de éxito", sólo nos queda simplemente buscar la obtención de nuestro objetivo mediante a táctica *observada hasta el presente*. No podemos *abatir, destruir* la sociedad capitalista, interrumpir la circulación de la vida en su seno, sin perjudicar gravísimamente los intereses fundamentales del proletariado. *Ergo*, debemos arreglarnos lo mejor posible con lo que existe, procurando reformarlo en el sentido requerido, para alcanzar así nuestro objetivo. Si no se pueden anular categorías históricas por medios violentos, sin exponerse al peligro casi forzoso de una sangrienta derrota, debe buscarse otro medio para triunfar. La reforma social lleva como consecuencia la revolución social, la subversión completa del actual régimen. "Nosotros nos apoyamos en el desarrollo orgánico de las cosas", ciframos todos nuestros esfuerzos en intentar simplemente influir y acelerar ese desarrollo orgánico. La táctica que empleamos es la que en teoría se llama la *evolución*. De estos antecedentes, es posible deducir sin vacilaciones las consecuencias gracias a las cuales podremos eliminar la contradicción que hoy se manifiesta entre nuestra táctica y la teoría catastrófica. ¡*Hic Rhodus, hic saltus!* Es ese el punto en torno del cual gira todo el conflicto. Al resolver este tema, quedará al mismo tiempo establecido lo referente a la huelga general.

Jaurès —a quien, es verdad, desde hace algún tiempo, la mayoría de los socialistas alemanes considera como un traidor a los intereses del proletariado, porque no quiere creer en las profecías de los irreductibles partidarios del magno zafarrancho, y hace derivar de la doctrina evolucionista las consecuencias que ésta implica en materia de táctica—, Jaurès ha tratado el tema de la huelga general, con todos sus pormenores. Llega entonces a la conclusión de que la huelga general sería *probablemente* la forma espontánea de la revolución proletaria en ciertos casos por completo excepcionales, como, por ejemplo, si los gobiernos cometieran la locura de restringir los escasos derechos políticos de que dispone la clase obrera. Aun en ese caso, se trataría de un recurso supremo, desesperado, de un arma que causaría por supuesto mucho mal al enemigo, pero que también dañaría considerablemente al proletariado. Jean

Jaurès dice con toda propiedad que los trabajadores se entregarían a una ilusión nefasta si consideraran como un *método* de la revolución social aquello que puede ser la táctica de la desesperación. Y ciertos acontecimientos le han dado la razón en lo que él acota respecto a las consecuencias de la huelga general, ya que sus deducciones se han visto totalmente realizadas con motivo de la huelga general de Holanda.

En verdad, el proletariado no puede interrumpir la circulación de la vida en el seno de la sociedad capitalista porque con ello se perjudicaría enormemente a sí mismo. He aquí lo que escribe el camarada holandés Vliegen, que fuera partidario de la huelga general pero que a partir de la tentativa holandesa se opone a ella: "En pro de su propia salvación, el proletariado se verá obligado a retomar el trabajo."

En el mundo de las realidades, las cosas ocurren en forma muy diferente de lo que piensa quien se cree un teórico. Pero de todos modos, si una teoría como la profesada por éste desemboca en un absurdo, ni bien pasó por la prueba de la práctica, cabe afirmar que más hubiera valido, desde el comienzo, reflexionar de acuerdo con las leyes de la lógica y *pensar* con seriedad. "Fuera de las crisis convulsivas, para las cuales no es posible previsión, ni regla alguna... existe en la actualidad un método infalible para el socialismo: *conquistar la mayoría por las vías legales.*"

Así piensa Jaurès, el más eminente de los militantes socialistas, en el país clásico de la revolución. Una huelga general organizada con el objetivo de arruinar la hegemonía capitalista, conduciría infaliblemente a un conflicto sangriento, en el que el proletariado tendría la peor parte mientras que la conquista *legal* del poder político es un movimiento *progresivo*. Teoría de la evolución, o teoría de la revolución: tal es el problema al que siempre volvemos en última instancia.

Todos los que aceptan la *dictadura del proletariado*, aceptan también, naturalmente, la ruptura violenta del actual equilibrio social y, por consiguiente, la huelga general, es decir, en realidad, la revolución. Por otra parte, esto no quiere decir que nuestros "radicales" *deseen* la revolución, o que repudien la conquista del poder político por vía legal; pero consideran que fatalmente, oposiciones y conflictos llegarán un día al punto en que solamente la ruptura violenta o la catástrofe podrá resolverlos. Sin embargo, esta concepción está apuntalada por una simple hipótesis, que no necesito estudiar aquí. En lo referente al tema de la huelga general, limitémonos por lo tanto a retener que ésta debe ser la táctica correspondiente a la teoría del derrumbe desarrollada por Kautsky, es decir, el método de la *revolución proletaria*.

Por supuesto, también hay partidarios de la huelga general que en vez de considerarla como un *método* de la revolución proletaria, ven en ella, un *medio de intimidación* a utilizarse contra la clase dirigente. Tiempo atrás el camarada Hilferding trató el tema dándole ese alcance. Manifiesta en especial que, "detrás del sufragio universal, es menester que se haga sentir la *voluntad* de organizar la huelga general." A la primera lectura, eso parece algo hermoso; a la segunda, ya no significa más nada. Un *querer*

tras del cual no se haga sentir un *poder* que le permita realizarse, o le ofrezca al menos, "alguna esperanza de éxito": ese querer no tiene ningún peso. La burguesía no es ni tan ingenua, ni tan timorata, como para asustarse de una simple voluntad de emprender la huelga general.

¿Cuántos millones de trabajadores se necesitarían en Alemania, para estar en condiciones de declarar la huelga general con una probabilidad total de éxito? ¿Hasta qué punto Kautsky y los camaradas que aceptan su teoría catastrófica, estiman entonces que han organizado, disciplinado y educado al proletariado, para imaginar que los huelguistas serían lo suficientemente numerosos como para que se pudiera arriesgar la *batalla suprema y decisiva*? ¿También ese momento está "muy cercano"? Kautsky en persona no se animaría a afirmarlo. Entonces ¿cómo pudo, en junio de 1903, llegar a profetizar que el triunfo de la socialdemocracia se encontraba "muy cercano"?

¡Que se termine entonces, de una vez, la costumbre de denunciar como semi-renegados a quienes juzgan las cosas con un poco más de calma y de sangre fría! ¡Que dejen de proclamar que, cuando un crítico semejante hipótesis y profecías, está manifestando desprecio por nuestras convicciones fundamentales y poniendo en peligro nuestros principios! El origen de las disensiones intestinas del partido estriba realmente en esta insostenible situación, provocada por la contradicción entre nuestra *teoría* oficial, y nuestra práctica. ¿Cuándo y en qué lugar el partido aplicó en su táctica las consecuencias de la teoría del derrumbe? Mucho tiempo hace que, en la práctica, la socialdemocracia ha aceptado el evolucionismo, tal como lo ha expuesto muchísimas veces, desde lo alto de la tribuna del Reichstag, sin que ello le impidiera repudiarlo al día siguiente y tratar como *antipartido* a los hombres que defienden esa teoría.

Este hecho intolerable de adherir a una teoría que en la práctica ha sido abandonada desde hace muchísimo tiempo, trae aparejado los absurdos más gruesos. Esto lo comprobamos, en primer término, cada vez que se incluye en el orden del día cualquier tema táctico que revista una importancia considerable. Nos debatimos en tal caos de contradicciones, que oscilamos indefinidamente y con la regularidad de un péndulo, entre ambas teorías revolución y evolución. Un día, se profetiza el zafarrancho, y a la semana siguiente, se admite el *desarrollo interno* del propio socialismo. Y, a pesar de todo, se dice que quienes siembran la confusión en las ideas de la masa, son los revisionistas; y como éstos se empecinan en su herejía, se dice que están empujando al partido hacia un *cenagal*.

¿Habremos de esperar aún, durante mucho tiempo, la hora en que la reflexión tranquila prevalezca sobre el arrebató? ¿Será todavía necesario que nos concedamos nuevamente una *fuerza de juventud*, como sucedió en Dresde, donde el adversario viene a sacar tanta agua para las ruedas de su propio molino? Yo pensaba, que en lo que respecta a *fuerza de juventud*, con una ya sobra. Mientras que no renunciemos a la teoría del derrumbe, no podremos liberarnos de la situación actual. La expansión de nuestro partido se hará más lenta, pese a la conclusión que podría sacarse del incremento de votos obtenido en las elecciones legislativas; veremos debilitarse

nuestra aptitud para la acción y restringirse nuestra influencia. Todas las decisiones que dan lugar a graves enfrentamientos entre nosotros, se apoyan precisamente sobre la teoría del derrumbe. También es ésta la que, en último análisis, impide que nuestro partido adopte una actitud homogénea en el *problema agrario*, que es tan urgente. La solución de este problema se posterga a menudo, hasta *el día siguiente de la revolución social*. ¿Puede un partido vasto y profundo como es la socialdemocracia, soportar la continuidad de tal situación? Hace ya varios años que debemos consagrar casi toda la duración de nuestros congresos a esta teoría catastrófica, para desembocar en debates de los que nada resulta para el partido, fuera de agrias disputas. A partir de la experiencia nos vemos impulsados a reconocer que de todas las que llevan a nuestro objetivo, la vía legal es la más segura y la más corta. En la práctica, no se tiene la menor intención de sacar conclusiones de la teoría del derrumbe, y de hacer propaganda a favor de la huelga general, para destruir en un futuro inmediato, la hegemonía de la clase capitalista. Puesto que nadie cree que los trabajadores alemanes todavía estén dispuestos a emprender la revolución, es hora que nos libren de esa teoría maldita. No debemos ni podemos jugar a la carta de la catástrofe la conquista del poder político por parte del proletariado. La divisa: *Todo o nada*, no tiene ningún valor en la lucha política. Resulta absolutamente imposible que, de un día para el otro, podamos manejarnos satisfactoriamente en ese aparato, en extremo complicado, que constituye la administración de un estado moderno.

Es indispensable que el tema: *Revolución o evolución* quede resuelto clara y lúcidamente asumiéndose *todas* sus consecuencias. Debemos decidimos a proclamar si queremos postergar hasta *el día siguiente de la revolución* el remplazo de la sociedad capitalista por alguna otra cosa, o si preferimos ir socavándola a partir de ahora, mediante una tarea de *reforma* metódica, incansante y enérgica. Los *revisionistas*, por su parte, no temen en afirmar abiertamente las consecuencias de sus opiniones. Piden a los *radicales* que los *imiten*: ni más ni menos; es decir que trabajen para que por fin penetre en la masa de nuestros adherentes un poco de claridad, hasta llegar al mismísimo meollo de nuestras controversias. El rechazo de la moción Friedeberg indica, bastante categóricamente, de qué modo se comportaría la clase obrera, si por así decir, se la intimara a aplicar en su táctica las deducciones que derivan de la teoría del derrumbe. ¿Por qué aferramos a una doctrina que se ha *desautorizado* siempre en y a través de la práctica? ¿Por qué no querer *mostrar* lo que uno realmente es? O más bien ¿por qué no *preparar* la revolución, si realmente uno cree que es *fatal*?

6. Debates del Congreso de Bremen *

(Según el Acta publicada en *Worwärts*)

LIEBKNECHT recomienda a la atención del Congreso la 110ª proposición, tendiente a que el tema de la huelga general se incluya en el orden del día del próximo Congreso: 1

Los camaradas de Spandau, de quienes emana dicha proposición, entienden por huelga general la huelga *política*, y no la *huelga general propiamente dicha*. A menudo se confunden, efectivamente, ambas concepciones. El tema de la huelga general es muy antiguo, y no es en absoluto Friedeberg quien lo ha descubierto. Hace ya muchos años que Bernstein lo volvió a poner sobre el tapete, y Kautsky así como Clara Zetkin preconizan, también ellos, la huelga general. Es ese un hecho que debiera impedir que nuestra proposición fuera calificada de puramente absurda, tal como tuvimos ocasión de leerlo en un artículo de salutations al Congreso. Yo rechazo las ideas del camarada Friedeberg, con toda la energía posible. La reunión durante la cual, en Spandau, fue votada esa proposición, se atiborró de Friedeberg, hasta chuparse los dedos con fruición. Pero eso derivaba, evidentemente, del hecho de que los camaradas de ese lugar no lo conocían. En realidad, las concepciones de Friedeberg son extravagantes; es a la huelga entendida de esa manera, a lo que se aplica perfectamente la frase de Auer: "Huelga general, ineptia general".

Friedeberg recomienda la huelga general en el sentido anarquista. Su único aporte es un refrito de Nieuwenhuis. Sus ideas contradicen los intereses primordiales del partido. Se oponen a todo aquello que el partido realizó hasta este momento. (*¡Muy bien!*) Friedeberg establece un paralelo entre parlamentarismo y sindicalismo, en el cual se le asigna a éste el buen papel, porque solamente los sindicatos estarían al abrigo de los golpes del enemigo. Todo esto es palmariamente inexacto. Donde quiera que sea, nuestras organizaciones corporativas se ven obligadas a defenderse contra las perfidias de nuestros adversarios. Si ya nouviésemos el movimiento político, y nos quedasen solamente los sindicatos, nuestros adversarios podrían suprimirlos de un plumazo, y de un día para otro. Nada se opondría realmente a semejante medida. Por el contrario, al comprobar —tal como ocurre actualmente— la existencia de una poderosa organización política por detrás de las organizaciones económicas, nuestros enemigos no se atreverán jamás a provocar a los trabajadores, cerrando los sindicatos, que actúan como sopapas. Friedeberg pretende que apuntamos a formar individuos absolutamente libres de toda

* Del 18 al 24 de setiembre de 1904.

¹ Los camaradas de Spandau, Kiestedt y otros 88 miembros del Partido en Hannover-Linden, piden que el tema de la huelga general sea incluido en el orden del día del próximo Congreso.

obligación. Se trata de una inexactitud más. Lo que hace irresistible a nuestro movimiento, es precisamente al concurso de individuos que olvidan en suma, su propia esclavitud, para pensar solamente en la opresión general. Estamos muy lejos de aspirar a la libertad absoluta del individuo. Siempre habremos de proclamar el deber de la solidaridad —dejando bien sentado, por otra parte, que aquél debe asumirse libremente. Las ideas de Friedeberg tienen como consecuencia el anarquismo. Pero, si el anarquismo constituye un progreso sobre el socialismo, y lo engloba, uno se pregunta por qué habríamos de seguir siendo socialistas. Me he opuesto con tanta energía a Friedeberg porque desacreditó la idea de la huelga general.

Se agotó el tiempo fijado para el uso de la palabra. El orador se anota para una segunda intervención. KATZENSTEIN, de Berlín, preconiza la propaganda obrera contra el alcoholismo.

Luego LEINERT, de Hannover, combate la Proposición 110ª:

La 110ª Proposición ha sido rechazada en una reunión del grupo de Hannover. Kiestedt y otros 88 ciudadanos, para someter de todos modos el tema al plenario del partido, utilizaron un subterfugio, que por otra parte, nuestros estatutos autorizan. Era oportuno dejar constancia de ello. Si quisiéramos seguir a Friedeberg, desearíamos renunciar a nuestra táctica de siempre. Friedeberg actúa en forma desleal. Utiliza una frase extraída del viejo folleto antiparlamentario de Liebknecht, que es la siguiente: "¿Cómo podríamos ir a parlamentar sobre temas de práctica corriente? Cometeríamos una locura, y una traición." También Kiestedt explota la misma frase. Quieren que nadie se ocupe de otra cosa, más que de la huelga general.

La idea que toman allí del viejo Liebknecht, se contradice sin embargo, con la que aquél expresó en el momento del Congreso Internacional de 1900. Liebknecht se pronunció entonces contra la huelga general. Si uno se pone a hacer propaganda con citas de hace más de veinte años, sólo obtendrá una confusión nefasta para el partido. Friedeberg tiene tanto menos fundamento para tomarlo a Liebknecht como referencia, cuanto que éste todavía preconizaba en 1897 el arma del parlamentarismo. Por nuestra parte, en Hannover, hemos rechazado la moción tendiente a un debate sobre la huelga general. Los ochenta y ocho ciudadanos que trajeron aquí esa moción, no son todos afiliados al partido. Por lo cual, esperamos cuestionar los estatutos de nuestra organización, para que se encuentre el modo de impedir que se introduzcan mociones a través de subterfugios de ese tipo. Friedeberg no quiere en absoluto la huelga política, sino la huelga general, y pretende que con esa arma se aniquilaría a la sociedad capitalista. Desearía que el parlamentarismo fuera remplazado por el arma en cuestión. Y bien, os pregunto que sucederá con el derecho de coalición, si abandonáramos el parlamentarismo. (Aplausos.)

PFANNKUCH: ... Opino que el presente Congreso puede incuestionablemente decidir lo que habrá de incluirse en el orden del día del próximo Congreso. Es obvio que, por ejemplo, el tema escolar será uno de los puntos del que habrá de ocuparse prioritariamente el próximo Congreso. Pero hay que pensar que dicho Congreso deberá también tomar posición frente a problemas

de actualidad, que habrán de surgir durante el corriente año, y que nada nos permite preveer en este momento. La tarea no adelantaría si fijáramos desde hoy lo que será el orden del día del próximo Congreso. La dirección del Partido tendría de ese modo las manos atadas. Por lo tanto, solicito que rechacéis, por las antedichas razones de hecho, las proposiciones 108, 109 y 110.

ED. BERNSTEIN: A mi juicio, el debate sobre huelga general o huelga política, se ha planteado en un sentido completamente falso. No recuerdo haber recomendado, en las *Socialistische Monatshefte*, el empleo de la huelga general para conquistar el sufragio universal. Escribí sobre la huelga general en dicha revista y, anteriormente, en la *Neue Zeit*, y combatí allí la idea tendiente a rechazar indiscriminadamente la huelga general. Bélgica y Austria han demostrado que, cuando se presentan ciertas condiciones, la huelga de masa es un excelente medio para apoyar un movimiento de reivindicación de derechos políticos. A mi juicio, se trata de difundir la idea de que pueden venir tiempos en que nos veamos obligados a recurrir a formas de demostración más enérgicas que, por ejemplo, órdenes del día de reunión pública. Cuando hace algunos años los belgas fueron derrotados en su huelga general, en la prensa socialista alemana se elevaron algunas voces para afirmar que eso probaba fehacientemente que la huelga general era un instrumento perimido. Por mi parte, en diversas reuniones, abagué contra tal aseveración; demostré que si un día se lanzaban contra nosotros e intentaban arrebatarnos el derecho al sufragio, no podríamos entregarnos y contentarnos con protestar, o bien decir algo de este tipo: Dios nos lo dio y Dios nos lo quitó, que su nombre sea alabado por toda la eternidad. (*Muy bien!*) Es importante que recurramos a otros procedimientos. La guerra de barricadas cumplió su ciclo. Nuestra única arma es en la actualidad la huelga política. El problema de saber si ella conduce a la victoria depende por completo de las circunstancias. La guerra de barricadas tenía por objeto esencial producir un efecto moral y llevar la desunión y el desorden a las filas enemigas. En condiciones favorables, esto mismo lo puede realizar también la huelga política. Representémonos entonces lo que sucedería si centenares de miles de trabajadores abandonaran voluntariamente el trabajo: cuántos intereses se perjudicarían; cuánta fuerza suplementaria implicaría semejante movimiento para las corrientes que se oponen a las medidas reaccionarias; qué perturbación, cuántas divisiones introduciría en las corrientes enroladas en la reacción. De ningún modo soy de aquellos a quienes obsesiona el deseo de ver que el tema se incluya en el orden del día: no he lanzado ninguna moción en ese sentido, y no he de quejarme si la proposición 110ª es rechazada.

Pero considero necesario que nos expliquemos sobre este tema. Evidentemente la huelga política es, más que ninguna otra, un arma de doble filo. Si en un país latino, donde se difunden las ideas anarquistas, se proclama la huelga general con un pretexto menor y sin un examen profundo de las perspectivas de éxito, y si esa huelga desemboca en un fracaso, no será razón suficiente para rechazar hasta la propia idea de huelga general. Debemos estar resueltos a evitar las aventuras y el romanticismo. Ante todo, nosotros,

los alemanes, mantengámonos fieles a nosotros mismos. Tengo reputación de ser un moderado: reivindicó este calificativo como un honor, y lo considero exacto. Pero es importante no confundir moderación con blandura o debilidad. Ser moderado consiste simplemente en abstenerse de aquello que uno no está en condiciones de realizar. Protesto además contra cualquier acusación tendiente a señalar que yo haya actuado jamás como provocador. En Amsterdam, Jaurès puso en evidencia —y todos sabemos perfectamente que ha dicho la verdad— que el pueblo alemán no tiene tradición revolucionaria, abstracción hecha del movimiento de 1848, el cual, por otra parte, fue bastante breve. En lo que a mí respecta, observo con asombro de qué modo se nos inculca la obediencia a la policía y con qué tranquilidad se admite, por ejemplo, las disoluciones de reuniones. Podemos contar, sin embargo, con una poderosa masa obrera —poderosa por su cantidad y calidad— y no debemos dejar que se difunda en esta masa la idea de que está obligada a soportar cualquier cosa sin reaccionar y que debe contentarse, cuanto más, con protestar a través de los órdenes del día de reuniones públicas. Nos corresponde a nosotros familiarizar a los trabajadores con la idea de que, en determinadas circunstancias, tendrán que recurrir a una forma de manifestación más enérgica. Ignoramos naturalmente cuál será el resultado de la resistencia que aconsejamos, pero espero que si alguien quisiera arrebatarlos el derecho al sufragio, los trabajadores alemanes estimarían que en modo alguno podrían resignarse a ello: espero que en ese caso emplearían todas las formas de lucha que están a su disposición. (*Aplausos.*) Y si resultaran vencidos ¡y bien! más vale sucumbir con honor que dejarse arrancar el derecho al voto, sin haber intentado resistirse por cualquier vía. (*Vivos aplausos.*)

GRENZ, de Leipzig, protesta contra los anatemas lanzados a la huelga general, por el diario *Volkstimme* de Chemnitz:

No creo que se pueda declarar que la huelga general es indigna de nuestras discusiones, sin ir más lejos. Considero errónea la idea de que el tema de la huelga general pierde interés, a medida que los sindicatos se refuerzan. En Sajonia, el poder de nuestra organización no impidió que se restringiera el derecho de voto. Dadas tales eventualidades, no podemos descartar pura y simplemente un debate sobre la huelga general. Es la presión de los hechos, la que nos compele a este debate. Y afirmo que, cuanto antes tenga lugar, mejor será. Soy un adversario de Friedeberg. Pero si rechazáis la discusión, no tardaremos en ver cómo se multiplican los Friedeberg. Adoptad entonces la 110ª proposición o, al menos, remitidla a la dirección del partido.

LIEBKNECHT aborda ahora la parte positiva de sus disquisiciones sobre la huelga general:

Algunos pretenden que si *pudiéramos* hacer la huelga general es porque entonces ya no tendríamos necesidad de ella. Se trata de una concepción absolutamente falsa. Podemos vernos *arrastrados* a la huelga general por acontecimientos políticos imprevistos. Por supuesto, la idea de vencer por el hambre a la sociedad burguesa mediante la huelga general es ridícula. A mi criterio, sólo debe tomarse en consideración la huelga política. El problema no puede resolverse recurriendo a consideraciones matemáticas,

como las que tienden a probar que una huelga gigante está condenada al fracaso, porque los trabajadores agotarían sus provisiones más rápido que las clases pudientes. Los factores que favorecen la causa de los huelguistas son muy numerosos. Pensad en el famoso sistema ruso de rechazar el alimento, sistema basado en la idea de ejercer una coerción sobre los poderes dirigentes, poniendo en peligro la vida de quienes realizan la huelga de hambre. Este tipo de huelga es un ejemplo de la impresión que puede producirse mediante el temor al escándalo, mediante el despertar de sentimientos humanos, en fin, mediante elementos imponderables. Se dice que no debiéramos discutir la huelga política, porque eso equivaldría a revelar al enemigo nuestros planes de lucha.

Se trata de un argumento carente de todo valor. De ningún modo anunciamos que declaramos la huelga general en determinada fecha, o bajo una forma determinada. Tanto más cuanto que no podríamos tomar precauciones para cada una de las eventualidades. Descontamos forzosamente que las masas se encuentran penetradas por el sentimiento de la lucha de clases y que, llegado el caso, se sabrán desenvolver. Pero tenemos el deber de discutir, en cierta medida, los medios de lucha que juzgamos utilizables. Lo ocurrido en Sajonia ¿no es acaso una advertencia para el partido? Muchos dicen: nos dejaron el derecho de voto para el Reichstag. ¿Pero si nos lo quitan también? Entonces trabajaremos desde los consejos comunales. ¿Y si nos cierran el acceso a ellos? Entonces nos quedan los sindicatos. Pero si nos arrebatan hasta el derecho de coalición ¿qué haremos? No es cierto que estemos en condiciones de evitar en cualquier circunstancia una prueba de fuerza. Puede surgir el caso en que nos veamos obligados a poner de manifiesto y concretar ese poderío del que, en este momento, sólo hacemos uso en forma más aparente que real. Y el modo más práctico de esta realización y manifestación consiste en declarar la huelga masiva. El partido debe adoptar esta idea como suya. Corre un serio peligro si deja que sus armas se llenen de herrumbre. Los alemanes estamos mal acostumbrados, a pesar de la ley contra los socialistas, porque ésta ni siquiera nos retiró el derecho de voto. Pero otra ley puede venir a llenar esta laguna, y es importante que ella nos encuentre dispuestos para la lucha. Se dice que no hay que mentar al Diablo, para que no se aparezca. Pero el Diablo ya está aquí. Negar su presencia sería hacer la política del avestruz. Si queremos conquistar el mundo entero, es urgente que al menos, nos pongamos en condiciones de defender nuestros derechos actuales y de conservar las posiciones que hoy detentamos. La única forma de hacerlo es mediante la discusión de la huelga política. No es nuestra intención recomendaros que la adoptéis de entrada, a título de nuevo medio de lucha. Por el momento, sólo aspiramos a un debate y luego, a un testimonio público de simpatía hacia la idea fundamental. Sería necesario que reaccionemos contra la peligrosísima hostilidad que muchos camaradas profesan respecto de la misma. El tema de la huelga masiva es el más urgente de toda nuestra política, actual y futura, y se lo debe tratar con la máxima seriedad. Comprended bien todo su valor, y nuestro partido estará listo para afrontar lo que venga.

GRADNAUER envía a la mesa directiva la siguiente moción firmada por el número estatutario de delegados: Las proposiciones 108, 109 y 110 se vuelven a remitir a la dirección del partido, para su estudio.

CLARA ZETKIN, de Stuttgart: estimo que lo mejor que podemos hacer, es dejar las manos libres a la dirección del partido, para que ésta elabore el orden del día del próximo Congreso (*¡Muy bien!*) en vez de establecer desde ahora resoluciones que la obliguen a incluir en el orden del día determinados temas, cualesquiera sean las circunstancias. Debo declarar, por otra parte, que yo considero que *se ha convertido en una necesidad ineluctable del partido examinar en profundidad la idea de la huelga política*. No se trata de embarullar las ideas sino, por el contrario, de desembrollarlas. En efecto, es absolutamente indispensable *disipar la confusión que existe en el espíritu de muchos miembros del partido, entre la huelga política, y la huelga general de los anarquistas —conscientes o no de serlo—* es decir, la huelga general representada como el medio por excelencia, y por otra parte único, para el cumplimiento de la revolución social. Corresponde poner en evidencia lo siguiente: no sólo la huelga política y la huelga general son distintas por definición, sino que no puede considerarse a aquélla, tal como lo pretendía Friedeberg, como un medio llamado a remplazar al parlamentarismo, o a volverlo superfluo, en suma, como un equivalente del parlamentarismo.

En determinadas circunstancias, puede considerarse a la huelga política precisamente, como un medio para apoyar la acción parlamentaria del proletariado o, algunas veces, para hacerla posible. En particular, infunde una mayor energía a la acción política, gracias a la influencia de las multitudes organizadas, a esa presión exterior de las masas, a la que tan a menudo se refirió el difunto camarada W. Liebknecht. Se plantean una cantidad de problemas respecto de la huelga política, y debemos examinarlos a todos. Mi concepción de la huelga política difiere fundamental y completamente de la sustentada por el camarada Friedeberg; pero quiero proclamar que difiere en la misma medida, de la de aquellos ciudadanos que se imaginan que este tema queda agotado de una vez por todas, con sólo pronunciar algún sarcasmo de este tipo: "huelga general, locura general".

Pueden surgir acontecimientos que nos obliguen a no eliminar *a priori* la huelga política de la lista de los medios posibles —y quizás absolutamente necesarios— para la agitación y la lucha. Pero conviene insistir sobre este punto: la huelga política no puede, y nunca podrá ser llamada a remplazar o a volver superflua la menuda y penosa tarea cotidiana de propaganda y de organización, ya sea en el terreno político, como en el económico. La condición primordial para el éxito de una huelga masiva, es que exista en el proletariado una cantidad importantísima de organización y una dosis, también muy importante, de conciencia de clase. Es necesario que el proletariado sepa bien qué quiere, y sobre todo, que se someta a una disciplina voluntaria, por cierto, pero lo suficientemente rigurosa como para que nada lo intimide ni lo provoque. Se deduce de lo anterior, que la idea fundamental de la huelga política está directamente vinculada a un

trabajo intenso y vigoroso de educación de las masas y, ante todo, de organización política y económica de las mismas.

Clara Zetkin habla luego del problema del alcoholismo. A continuación, KATZENSTEIN sube a la tribuna:

Quiero decir todavía algunas palabras sobre el tema de la huelga general. Liebknecht interpretó mal a Friedeberg. Este no ha dicho que los trabajadores podían perder el derecho de coalición, sino la posibilidad de hacer huelga. Y si afirmó que, en última instancia, no combatimos solamente contra el capitalismo en general sino también contra la forma coercitiva del estado, y bien, en cuanto a esta concepción, tiene todo el derecho de reivindicar su afinidad con camaradas tales como Kautsky y Bebel, quienes enunciaron la misma opinión. Por otra parte, disto mucho de compartir su opinión sobre, o mejor dicho, contra el parlamentarismo. Pero creo que Bernstein y otros, establecieron satisfactoriamente la obligación que tenemos de elucidar el tema, por si el caso se presenta. A pesar de lo que piensa el camarada Liebknecht, el diablo no nos pisa los talones. Sin embargo, yo también creo que la política del avestruz es peligrosa.

Quedo particularmente impactado por el hecho de que el camarada Liebknecht haya podido decir, con razón, por otra parte: "No es necesario llevar el respeto de la legalidad tan lejos como lo hacen nuestros camaradas sajones. Lo que sucederá en última instancia, depende de lo que el enemigo espere de nosotros, y no de aquello que nosotros nos creamos capaces de hacer." Por lo tanto, repetiré con Bernstein: Vale más sucumbir con honor, que abandonar cobardemente el único derecho popular que hasta hoy hayamos podido conservar.

KLUSS, de Breslau, pide que las proposiciones en cuestión se remitan a la dirección del partido, para su estudio.

Por fin la moción Gradnauer estableciendo que el Congreso ordene ese estudio, queda adoptada por fuerte mayoría.

ESPAÑA

Las apasionadas discusiones sobre la huelga general que en este momento dividen al proletariado español militante dan a esta cuestión una importancia excepcional para España.

Nosotros ofrecemos las opiniones de dos representantes fundamentales de las tendencias en pugna. Pablo Iglesias expone su punto de vista, que trata de imponer en el Partido Socialista Español, donde sin embargo una minoría no comparte sus opiniones sobre este tema. Anselmo Lorenzo traduce los sentimientos de los militantes obreros, sindicalistas revolucionarios, libertarios, etc., que en Cataluña especialmente se agrupan alrededor de la noción de huelga general.

Tanto en el terreno de los hechos como en el de las ideas, esta oposición de esas dos corrientes se manifestó vivamente en estos dos últimos años sobre todo, durante las diversas tentativas de huelga general, los disentimientos se agudizaron.

1. Pablo Iglesias

Del Partido Socialista Español

¿Qué es la huelga general? Esta denominación corresponde a varias categorías de huelgas.

Una huelga general es la huelga que hacen todos los obreros de un mismo oficio, o de un grupo de oficios, en una misma localidad. Es también la que emprenden los trabajadores de todas las profesiones en una misma localidad. O la que es declarada por un gremio o por varios a la vez en una región o en todo un país. O la llevada a cabo por los obreros de todos los sectores industriales en una provincia o una nación. O la emprendida por los trabajadores de un mismo oficio en todos los países. Finalmente, el término es aplicado a la huelga que, según un cierto número de personas, será realizada un día por los obreros de todas las profesiones en todos los pueblos donde impera el régimen patronal o capitalista.

De esas seis categorías de huelga general, la primera es aquella a la que los trabajadores recurren con mayor frecuencia y la que seguramente les da más resultado. Casi siempre tiene como objetivo el logro de mejoras materiales o morales para los obreros que la emprenden.

Los ejemplos de la segunda categoría son bastante raros. La mayoría de las veces tienen por objeto protestar contra alguna exacción de las autoridades o impedir que se prolongue esta exacción. En muy pocos casos se piden mejoras materiales.

El tercer tipo se da más en una región que en toda una nación. Los obreros recurren a ella casi siempre para tratar de obtener mejoras materiales y muy raramente para protestar contra los abusos de la autoridad patronal o administrativa.

El cuarto tipo de huelga es poco usual. Es una forma de protesta regional contra la opresión del capital o del gobierno y, cuando se da a nivel nacional, una manifestación en favor de una reforma política, como el sufragio universal en Bélgica y la libertad de coalición en Holanda.

La quinta categoría quizás un día sea realizada por ciertas corporaciones, poco numerosas en verdad. Tendrá como objetivo el mejoramiento de la situación de un sector del proletariado o la anulación de alguna iniquidad de la clase capitalista.

En cuanto al sexto tipo, la huelga a la cual sus partidarios asignan como objetivo la conquista de una reforma general en favor del proletariado o la revolución social, creo que nunca se dará en la realidad. ¿Los partidarios de la huelga general aplican esta denominación a la situación donde una

infima minoría de obreros de cada país abandonan el trabajo en todos los países a la vez? Suponiendo que semejante eventualidad se produjera, provocaría a los proletarios más mal que bien, porque, como ya vimos en España cada vez que se ha ensayado una huelga más o menos general, ofrecería a los que detentan el poder una excelente ocasión para emplear la fuerza armada, perseguir a las organizaciones obreras y obstaculizar gravemente el desarrollo del movimiento proletario.

Y los hechos demuestran que esto no ocurre en toda huelga.

Aunque las autoridades se inclinen siempre del lado del patrón —a lo que están obligadas por su propia idiosincrasia— y que frecuentemente demuestran una parcialidad escandalosa, es posible observar que en la mayoría de las huelgas bien preparadas, aquellas donde los obreros proceden reflexiva y no impulsivamente, la intervención de los agentes del poder no es ni peligrosa ni brutal, debido a que los huelguistas evitan a cualquier precio proporcionar el menor pretexto para que se produzca esa intervención.

En una huelga de la sexta categoría se produciría lo contrario. Dado que los que emprenden esta huelga están en minoría y emplean tanto la astucia como la violencia para tratar de atraer a las masas, proporcionarán motivos para una intervención de la fuerza armada y se producirá fatalmente lo que ocurre siempre con esta intervención. Es lo que sucedió en España cada vez que los anarquistas se esforzaron por hacer estallar una huelga general y lo que seguramente sucederá en otros países en casos análogos.

Al hablar de la huelga general, ¿se pretende considerar la eventualidad del abandono del trabajo por parte de la mayoría de los obreros de todos los países? Pero si ello se produjera, si la mayoría de los proletarios se hallase en estado de abordar semejante empresa, si su organización fuese suficientemente poderosa y su acción política vigorosa y si la fuerza capitalista se hubiese debilitado tanto, lo que se impondría no sería que para exigir una reforma general los obreros se crucen de brazos sino que, por el contrario, hagan uso de ellos en provecho propio, que empleen la acción revolucionaria para dar el asalto supremo a la fortaleza en cuestión y poner fin a la dominación de la casta explotadora.

Y ni digamos que a este resultado se llega también mediante la huelga general. La huelga sólo es el rechazo del trabajo. Si se quiere que la clase obrera acceda a la acción revolucionaria, al empleo de la violencia para conquistar el poder, cuando esté bien entrenada mediante la acción económica y la acción política, entonces que se lo proclame claramente y que no se hable de huelga general.

En realidad, los partidarios de la huelga general o, al menos la gran mayoría, no se preocupan de la revolución social en el sentido moderno del término. La prueba de ello es que no piensan en nada de lo que haría falta para prepararla. Con el pretexto de organizar huelgas generales, impulsan a los trabajadores a emplear la acción revolucionaria a destiempo, es decir cuando la mayoría del proletariado no tiene todavía conciencia de sus intereses ni existe aún la unión y la organización que le son indispensables.

En España son los anarquistas los que abogan por la huelga general. Ya

dije qué carácter dieron o pretendieron dar a sus tentativas de realización. Cuando una huelga común estallaba en un lugar donde ellos tenían fuerzas —una huelga declarada por un aumento de salarios o una disminución de la duración cotidiana del trabajo— se las arreglaban para que pronto derivara en un enfrentamiento violento entre explotados y explotadores. Siempre esperaban que de este enfrentamiento surgiera la chispa capaz de producir la revolución social. Siempre y en todas partes proclamaron esto en los manifestos y llamamientos que publicaron y en razón de esa táctica se esforzaron en convertir en huelga general de todas las corporaciones cada huelga aún de una simple fábrica o hasta de un taller, se opusieron abiertamente a todo arreglo, es decir a toda negociación y llevaron a cabo una constante propaganda contra las cajas de resistencia, contra la menor acumulación de fondos. Lo que pretenden es simplemente que los obreros, desesperados por el hambre y por la negativa de los patrones a acordarles todo lo que reclamen, se vean obligados a recurrir a los medios violentos.

¿Cuáles han sido los resultados de los ensayos de huelga general? Siempre funestos. Ni un éxito, en ningún caso, aunque siempre se vieron perjudicados los trabajadores. En una oportunidad consiguieron la disolución de una organización, en otros procesos y persecuciones, o varios militantes muertos o encarcelados. La famosa huelga general de Barcelona demostró la validez de esos movimientos acéfalos. Con el pretexto de afirmar su solidaridad con los metalúrgicos en huelga, todos los obreros de la capital catalana salieron a la calle. Los anarquistas lo lograron a fuerza de demagogia, de mentiras, de intimidaciones. En esos millares de obreros no había ni unidad de pensamiento, ni plan, ni dirección. Luego de haber burlado a la población durante días y días, se vieron obligados a retornar al trabajo, sin haber obtenido nada en favor de los metalúrgicos. El único resultado de esta aventura fue la sangre derramada en varios encuentros entre obreros y la guardia civil, varios muertos y un número elevado de detenidos.

En España, la única huelga general victoriosa fue la declarada por los trabajadores de Bilbao en octubre pasado en apoyo de una muy modesta reivindicación de los mineros de Vizcaya que pedían el pago semanal y la supresión de las cantinas obligatorias. Esta huelga, impuesta por las circunstancias, fue apoyada principalmente por los elementos socialistas. Aquí también hubo derramamiento de sangre pero los obreros no fueron los responsables. Una de las cosas que más influyeron sobre el desenlace del conflicto fue lo bien fundadas que estaban las reivindicaciones de los mineros, que gozaban de una atmósfera favorable.

No creo que pueda negarse por principio la utilidad eventual de la huelga general de todos los sectores trabajadores en un lugar dado, o en una región, o en toda una nación, tendiente a obtener un mejoramiento económico, político o moral para la clase obrera. Pero dado los peligros que implica tal empresa, sobre todo en caso de un conflicto nacional o hasta regional, los trabajadores no deben recurrir a una huelga de este tipo. Las autoridades intervienen naturalmente con el firme propósito de romper la huelga, y es muy difícil que obreros de profesiones muy diversas, de los cuales muchos

no están organizados y otros se hallan en diferentes niveles de educación sindical, no ofrezcan a los servidores de la patronal maravillosas ocasiones para suscitar cuestiones de orden público.

En cuanto a la huelga general de los obreros de todos los sectores en todos los países, huelga general que se preconiza principalmente en los países donde no existe organización, es un sueño, y estoy convencido de que es perjudicial propagar esta idea porque impulsa a los trabajadores a cometer actos contrarios a los intereses de su clase.

Desarrollaremos al máximo el movimiento obrero, tanto en el sentido político como en el económico y prepararemos el terreno no para que los proletarios se crucen de brazos sino para que arrebaten revolucionariamente el poder a la clase capitalista.

2. Anselmo Lorenzo

Antiguo miembro de la Internacional

Al serme solicitada por el director del *Mouvement Socialiste* una contribución a la encuesta sobre la huelga general, le envío este trabajo con el más vivo deseo de ser útil a la realización del ideal social de ciencia y de felicidad al que aspira el proletariado desde los primeros días de la Internacional, de tan feliz memoria.

Al leer lo que escriben los actuales eruditos del socialismo sobre la huelga general y comparándolo con el entusiasmo y el movimiento intelectual de los cuatro primeros congresos internacionales de Ginebra (1886), Lausana (1887), Bruselas (1888) y Basilea (1889) parecería que ese socialismo de arrivistas convertidos en jefes populares no constituye una evolución progresiva sino una desviación perturbadora, destinada primeramente a cuestionar y luego a negar el principio esencial de que la *emancipación de los trabajadores debe ser hecha por los propios trabajadores*, para sustituirlo fraudulentamente por un oportunismo práctico y teórico, definido de acuerdo con la idea de oportunidad y el gusto de cada pontífice de las diferentes fracciones en que se divide el proletariado internacional, coincidiendo sin embargo en un punto: que sus partidarios, actuando más como electores y ciudadanos que como obreros y revolucionarios, deben mantenerlos en el parlamento.

Ante todo debe considerarse que si la emancipación de los trabajadores, de la que tanto se habla desde hace más de medio siglo, consistía solamente en una mejora relativa de su situación actual sería necesario fijar los límites de esta mejora para no quedarse sin obtenerla o no trabajar demasiado e ir más allá. Pero la diferencia existente en las condiciones de trabajo en cada país, entre cada industria en particular tornaría imposible la extensión y la generalización de este límite.

Como consecuencia de esta imposibilidad nos enfrentamos con otra: la de llevar a la práctica la solidaridad obrera, dado que la penuria de los medios y la diferencia de circunstancias constituirían dificultades insuperables.

Y sin embargo las ideas de *emancipación* y de *solidaridad* están necesariamente unidas puesto que las dos forman una sola entidad, es decir que la emancipación debe beneficiar a los que se unen por solidaridad, a los que ponen en práctica esta fuerza colectiva, primero como un medio de emancipar y luego como emancipación realizada.

Insistimos en esta suposición de la emancipación limitada porque es conveniente reducir al silencio a los reformistas que se atribuyen falsamente el monopolio de la lógica, y diremos que el proletariado desheredado en la sociedad actual es una cantidad de moléculas disgregadas por la miseria, la ignorancia, la explotación, las tradiciones, las religiones, la legislación, los idiomas, etc.: la producción es el único punto donde convergen los esfuerzos de los proletarios dispersos, pero esa producción se halla fuera de su alcance a consecuencia de la expropiación capitalista.

Es cierto que el proletariado modificó, sin poder destruirlos aún, los obstáculos que la sociedad actual opone a la práctica de la solidaridad entre los trabajadores de las diversas industrias, de las diferentes regiones, de todas las naciones como lo quiso la Internacional y como la clase obrera militante de hoy lo realiza con mayor o menor amplitud. Ahora bien, no es posible reducir esta fuerza formidable, unida así por un gran pensamiento al precio de enormes sacrificios, sólo a las preocupaciones estrechas que constituyen, por ejemplo, una ley, ya sea sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, o sobre el arbitraje entre patronos y obreros, o sobre los accidentes de trabajo o la fijación de un salario legal o de un salario básico, etc. . . . Tampoco se le puede asignar como objetivo último y exclusivo que los miserables menesterosos de Londres tengan su pedazo de pan cotidiano sin necesidad de disputarles a los perros los huesos y los detritus de los tachos de basuras, ni impedir que los niños sean muertos a golpes en las minas de azufre de Sicilia, ni de prohibir que los campesinos de la Mancha, —el glorioso país de Don Quijote— no horaden, atados junto a un asno, una mula o un buey, el surco que, *por accesión*, dará al propietario el bello trigo maduro que lo enriquece cada año, ni para detener el despoblamiento de las costas mediterráneas o cantábricas con lo que se colmaría de hambreados a Argelia y América del Sud, ni de obtener, para cada condición especial de trabajo, mejoras relativas. El proletario persigue un objetivo más alto y más amplio cuando lucha por su emancipación.

Ahora bien, es preciso hacer algunas aclaraciones sobre el término "emancipación", tan corriente, tan admitido en todas partes. Es uno de esos términos que en las lenguas modernas se emplean con una aparente aceptación unánime, aunque en realidad todos le dan una significación distinta, aunque sobre todo la multitud de las interpretaciones engendra la multitud de las divisiones y de las subdivisiones, creadora de fraccionamientos infinitos que desencadenan odios, ocasionan pérdidas, destruyen sacrificios.

Usualmente *emanciparse* significa *sustraerse a una tutela*. Y la *tutela*

es la protección ejercida por un mayor o un superior en beneficio de un menor o de un inferior.

Ahora bien, lo que nosotros los trabajadores soportamos no es una tutela que, por más humillante que sea para el protegido, constituye además un beneficio de hecho. Lo que nos sofoca es la opresión del más fuerte por el solo hecho de que goza de condiciones privilegiadas. Esta opresión sólo es posible por nuestra debilidad, que origina nuestra sumisión, tanto más cuanto que el poder de amo se yergue sobre nosotros como una fortaleza. La regla es que la condición moral y material del trabajador desciende en la medida en que se eleva la del privilegiado. Una sociedad que mantenga en equilibrio e igualdad las condiciones sociales no asignará a nadie ni superioridad ni inferioridad. No es la tutela lo que nos oprime sino una *verdadera esclavitud*, una esclavitud que ha adoptado formas modernas pero que sólo difiere de la antigua en lo accesorio y circunstancial. Tomad todas las naciones civilizadas, monárquicas o republicanas, católicas según el Papa, según Lutero o según Calvino; en todas esas naciones, los naturales son en apariencia conciudadanos y los creyentes hermanos, pero en todas ellas los capitalistas son los amos y los trabajadores esclavos.

Por lo tanto, *emancipación* debe significar *manumisión*, es decir liberación, reintegración del individuo a la plena posesión de sí mismo, participación directa personal en todas las ventajas sociales que proporciona la naturaleza o que ha creado la actividad progresiva de la humanidad.

Y como esta *manumisión* —o *emancipación*, si continuamos usando esta expresión ya sea porque tiene un valor histórico o por una cuestión de costumbre— no puede realizarse *individualmente* (a menos de convertirse de víctima en verdugo), la Internacional justamente estableció como primer paso en la vía de la liberación este gran criterio: “Los esfuerzos de los trabajadores para obtener su emancipación no deben tender a instituir nuevos privilegios sino a establecer para todos los mismos derechos y los mismos deberes”.

Pero el problema social sólo puede ser resuelto por el proletariado. En el Manifiesto inaugural de la Internacional se lee lo siguiente: “Es una verdad demostrada, evidente para todos aquellos que se encuentran en posesión de sus facultades mentales, aunque negada por los conservadores de este *paraíso de locos*, que ni el desarrollo de la mecánica, ni los descubrimientos químicos, ni la aplicación de la ciencia a la producción, ni el aumento y el mejoramiento de los medios de comunicación, ni la emigración a las nuevas colonias, ni la apertura de mercados, ni el libre cambio, ni todas esas cosas juntas pueden liberar al trabajador de la miseria. Por el contrario, en la organización social presente, cada nuevo desarrollo de las fuerzas productivas del trabajo tiende fatalmente a aumentar la diferencia de las clases, la desigualdad”. Lo que demuestra al proletario la necesidad de su acción decisiva y la incapacidad de la burguesía para desarrollar todo progreso social.

Si la justificación y la demostración no fueran suficientes, léanse los artículos 350 a 359 del código civil español, en concordancia con los artículos

547 y 548 del código civil francés y con los códigos civiles de todas las naciones donde se establece que, mediando un salario, el producto del trabajo del obrero pertenece, por *accesión*, al propietario.

Esta situación, pese a tanto progreso, después de veinte siglos de confraternidad cristiana y un siglo de práctica democrática es la esclavitud de hecho, y hasta de derecho, por ser así universalmente legal. Y su efecto es tan evidente que en la famosa encíclica *Rerum Novarum*, el papa León XIII lo comprueba: “Es necesario ayudar rápida y oportunamente a los hombres de la clase inferior puesto que, sin merecerlo, la mayoría de ellos se halla en una situación desgraciada y calamitosa... Las adjudicaciones y el comercio de todas las cosas están en su mayor parte en manos de unos pocos de tal modo que *algunos hombres opulentos y muy ricos han puesto sobre los hombros de la multitud innumerable de proletarios un yugo que difiere en muy poco del de los esclavos.*”

Por lo tanto, nosotros los trabajadores somos esclavos, tanto en la treintena de repúblicas existentes en el mundo como en todas las monarquías que forman las naciones actuales. En todo el mundo el trabajador es la víctima de la *accesión*, que es el derecho que las leyes acuerdan al propietario, al usurpador del patrimonio universal a la posesión de una cosa y a todo lo que esta cosa puede producir o que, mediante un plato de sopa o un salario el esclavo o el obrero le hará producir.

Si es así, y nadie lo podrá cuestionar ni poner en duda, hay un solo objetivo que se impone a los trabajadores: suprimir —y definitivamente— ese derecho tan formidable como artificial.

¿Qué dicen al respecto los jefes socialistas? Leed lo que piensan, desde Jaurès hasta Pablo Iglesias, acerca de la huelga general, y a través del laberinto de su argumentación, imposible de resumir aquí, hallaréis: en primer lugar, la negación de la capacidad popular revolucionaria, luego la exageración de su propio saber y finalmente la nota oportunista que oculta esta aspiración egoísta: “Dejadme gozar de las ventajas inherentes a mi calidad de diputado y nosotros os emanciparemos progresivamente.”

No, no hay jefe socialista, ni menos aún político profesional de esos que se presentan como protector de los pobres que esté libre de esta acusación. Todos, ya sean obreros astutos que sienten aversión por el trabajo y tienen grandes aptitudes en el mercado del privilegio, o hijos de privilegiados a quienes la ambición inclina para este lado, son todos falsos amigos de los trabajadores. Cualesquiera que sean sus ideas al respecto de la propiedad, unos más, otros menos, todos aspiran a aprovecharse del derecho expoliador, del derecho de *accesión*. Todos tienen opiniones sofisticadas.

Y si no, juzguen ustedes mismos. ¡Recomiendan a los trabajadores que se organicen y se *mantengan en la legalidad!* Ahora bien, la historia del movimiento obrero moderno demuestra que la mayoría de las organizaciones obreras existentes en los países constitucionales y hasta democráticos se esterilizan y sólo persiguen mejoras relativas, sin ningún objetivo emancipador o bien se disuelven debido a la incapacidad o a la traición de los dirigentes, en los momentos de acción decisiva en la lucha económica. No tengo tiempo

de detallar aquí algunos hechos culminantes que ofrece la derrota de las huelgas generales dirigidas y traicionadas por los altos dignatarios de las grandes organizaciones de Bélgica, Francia, Holanda o Australia. Derrotas y traiciones, por otra parte, debidas a un miedo cobarde de las responsabilidades legales o al candor de temer las insinuaciones burguesas. En lo que respecta a la legalidad, es una verdad evidente que ésta no puede admitir nada que le sea esencialmente contrario. Ahora bien, si el mal se halla en la legalidad, ¿por qué esperar poder abrigarse bajo su manto para desgarrarlo mejor? Es una táctica ineficaz y ridícula. Los gobernantes —amos de la legalidad— no cederán y modificarán la legalidad a voluntad. Desde que el proletariado revolucionario se agita, cuántas leyes de excepción fueron creadas en su contra. ¡Recordemos en la república francesa las famosas *leyes perversas*, evidentemente respetables a los ojos de los socialistas legalistas ante todo respetuosos de la ley y adversarios de los que la niegan!

Mientras que aquellos que se proclaman los guías del proletariado indican caminos erróneos al solo dar a la actividad proletaria objetivos de reformas inmediatas, es evidente que no se recuerda esta resolución del primer Congreso de la Internacional: "El Congreso declara que, en el estado actual de la industria, que es la guerra, debemos todos prestarnos mutua ayuda para la defensa de los salarios. Pero es de su deber declarar también que existe un fin más elevado que debemos alcanzar: *la supresión del salario.*"

Y todos los trabajadores que acudieron al llamado histórico de Marx: "Trabajadores de todos los países, uníos!", se constituyeron en una verdadera entidad pensante para poder liquidar al capitalismo. Sin ese objetivo, la Internacional, que tanto hizo por la regeneración moral del proletariado asignándole por misión lograr la armonía de la sociedad y la ciencia, no habría sido nada. En eso reside su grandeza. Mucho antes de ella el movimiento de asociación para la defensa del salario y el movimiento cooperativo existían. La simple consideración de la acción de las tradeuniones y del cooperativismo en Inglaterra hará comprender el alcance de este cuestionamiento.

En lo que respecta a los trabajadores españoles, puedo asegurar que la idea que circula al norte de los Pirineos sobre su tradicional y legendario retraso es falsa. Las obras de Fourier y de Cabet, traducidas y editadas después de 1840, fueron muy conocidas en Andalucía. El resultado de esta propaganda fueron las tentativas por establecer la república que se produjeron en esa región, porque los trabajadores asignaban un sentido comunista a su noción de república. En 1866 estalló en Loja una sublevación comunista muy particular contra la cual, al igual que contra los movimientos políticos anteriores, se desató una sangrienta represión. Proudhon fue quizás más conocido y popular en España que en Francia. Las sociedades y las federaciones obreras de resistencia de Cataluña datan de 1840. En 1854, la resistencia revolucionaria de los obreros contra los burgueses provocó en Barcelona perturbaciones e incendios. Y podemos decir que si la reacción dominante luego de los dos años relativamente liberales de 1854-56 no hubiese llevado a límites extremos la represión del movimiento obrero en Andalucía y Cataluña —en esta región sobre todo, donde el general Zapatero, de triste memoria,

deportó a las Filipinas a los obreros más activistas e impuso el registro obrero, anotado por cada patrón y visado por las autoridades— sin esas masacres, represiones y opresiones, el proletariado español habría estado a la altura de la gran tarea de la Internacional. Sin embargo, cuando llegó el momento, la federación española de la Internacional luchó valerosamente contra los burgueses, los politiqueros y los gobernantes.

En la actualidad, el sector firme y consciente del proletariado español mediante una serie de evoluciones, llegó a la concepción de la huelga general revolucionaria dominante en este momento. Adoptó esta idea por su propia inspiración, sin sentir el peso de la autoridad de un dogma de ningún tipo, luego de haber pasado por las más duras pruebas, de haber sufrido las persecuciones que siguieron a los acontecimientos de Alcoy, de la Mano Negra, los atentados contra el general Martínez Campos, la explosión de una bomba en el Liceo de Barcelona, el proceso de Montjuich, la Huelga general de Barcelona y las huelgas provocadas en diversas localidades por algunos actos revolucionarios.

En la actualidad, sin contar la masa obrera neutral, la que todavía presta atención a los politiqueros y la que sigue rutinariamente a los socialistas, parlamentarios, hay un proletariado español ardiente al que la arbitrariedad gubernamental persigue constantemente, al que niega el derecho a organizarse pero cuya actividad conciente e incansable no podrá detener ni quebrar.

Persuadidos de que los privilegiados no cederán su presa, esos proletarios tratan de encontrar el medio de arrebatarla. Al efecto, como el capitalismo es defendido por el militarismo —así como los señores medievales eran defendidos por sus castillos y sus hombres armados— y como contra esta organización y este armamento es imposible luchar abiertamente, el proletariado revolucionario español recurrió a la desorganización antimilitarista, a la rebelión por la huelga general.

Consideramos a la huelga general como una vasta acción común, instantánea y espontánea, de los trabajadores, no para exigir a la patronal algunas mejoras sino para suprimir a la patronal, expropiando a los expropiadores de la riqueza social y sustituyendo el régimen del asalariado por un régimen de solidaridad y de bienestar general.

No soslayamos las dificultades que se oponen a la realización de la huelga general revolucionaria. Pero sabemos que las críticas de sus opositores, que pretenden que queremos organizar al proletariado en sindicatos y federaciones que se moverán como compañías o regimientos a la voz de sus jefes, son falsas e injustas. Las dificultades serán vencidas mediante el estudio, la constancia y la energía.

Los jefes socialistas parlamentarios, que combaten la huelga general, dicen: "Al paralizar todo trabajo, los trabajadores serían los primeros perjudicados porque, a consecuencia del aumento fatal del precio de los artículos de primera necesidad, sólo los ricos podrían adquirirlos." Es comprensible que los dirigentes actuales de la oposición, esperando alcanzar el poder, simulen creer en el valor permanente del dinero. Pero los que se proponen arrancar la riqueza social de manos de los privilegiados usurpadores no

tienen en cuenta este argumento, pues no ven límite ni el fin de su acción hasta que la revolución triunfe. Si bien las huelgas generales actuales fracasan —como ocurrió en 1902 con la huelga de Barcelona, debido a la falta de iniciativa revolucionaria y pese a la casi total unanimidad de los trabajadores de Barcelona que fueron durante todo un día los amos de la ciudad— es cierto que la tentativa destinada a ser la última no fracasará porque la decadencia burguesa tocará a su fin y el genio proletario se agudizará.

Cuando ese momento llegue, el dinero ya no servirá para procurarse las cosas necesarias en la vida, y como el dinero no se come, el que crea todavía en su virtud correrá peligro de morir de hambre. Entonces, una vez que la maquinaria gubernamental sea rota en pedazos, luego de que la disciplina militar dislocada haya devuelto a cada soldado su calidad de hombre libre, los proletarios triunfantes serán como la tripulación de un navío hundido que llega a una isla abundantemente provista por la naturaleza, donde cada hombre podrá realizar el derecho immanente de vivir que lleva dentro suyo. El sentimiento natural de solidaridad creará espontáneamente una sociedad nueva, no sobre las bases odiosas del pasado sino sobre las que trazaron los grandes pensadores y que los trabajadores presintieron y prepararon durante un largo período de organización, de lucha, de propaganda y de sacrificios.

Se hablará quizás aquí del atavismo como de un peligro de retorno al pasado, pero este efecto retrospectivo se modifica incesantemente y desaparece de los grupos liberados que se extienden con una influencia todopoderosa entre los esclavos modernos. Su acción revolucionaria será nueva, racional, científica, como corresponde a hombres que en este momento son los principales promotores del mundo nuevo. El atavismo existe enraizado en los jefes y son atávicos porque por encima de su acción se desarrollan estúpidos egoísmos y perversas ambiciones.

Debido a esa preocupación en reconocer un valor humano únicamente a los hombres de inteligencia superior, elevándolos así a la categoría de jefes, y negando la capacidad colectiva e individual a los trabajadores, Paul Lafargue puede decir: "La revolución social no puede surgir de una huelga, aún cuando sea general, como lo pretenden sus defensores porque una vez obtenida la reforma económica o política que moviliza a las masas obreras, éstas quedan satisfechas y retoman mansamente su yugo como ocurrió en Estados Unidos y en Bélgica. La huelga general no lleva en sus flancos la revolución sino que, por el contrario, es la revolución la que producirá la huelga general."

Por atavismo también, si no es por algo peor, Jaurès dijo: "Actualmente sólo hay para el socialismo un método soberano: *conquistar legalmente la mayoría.*"

En resumen,

Ante la usurpación legal de la riqueza social,

Dado que los usurpadores no abandonarán su presa,

Considerando que es necesario arrancársela,

Teniendo en cuenta que sus medios de defensa son muy superiores a los de ataque que poseen los trabajadores y por ello la derrota de éstos en las barricadas y en una batalla clásica es segura;

Como es evidente que la legislación, lejos de ser una expresión fija y permanente del derecho individual y social, sólo es un medio elástico del poder predominante en cada nación y que pese a todas las teorías democráticas es éste último el que predomina;

No queda a la colectividad de los desheredados del patrimonio universal otro remedio, para entrar en posesión de la herencia humana, que paralizar, en un momento dado, la producción, el transporte y el intercambio de todos los productos en todos los mercados, sin juzgar de antemano, por la adopción de esta medida general, las múltiples iniciativas particulares que podrían surgir.

En cuanto a los jefes socialistas, si desean ser los compañeros de los trabajadores y no una nueva categoría de amos, si quieren merecer su amistad y su confianza en lugar de inspirarles desprecio, deben rechazar las prácticas democráticas, renunciar a las prebendas obtenidas o esperadas, imitando ejemplos dignos de elogio y, ávidos de dignidad, deben lanzarse a la actividad anarquista que poseen y practican todos aquellos que trabajan por el establecimiento de la futura sociedad libertaria.

ESTADOS UNIDOS

Las grandes huelgas producidas en el curso de estos últimos quince años en los Estados Unidos, no dejó huella en la conciencia del proletariado norteamericano. La huelga general no es discutida por los obreros de los EE. UU. y los socialistas tampoco se ocupan de ella.

Las dos contribuciones a nuestra encuesta que publicamos muestran de qué modo la idea de la huelga general, traída de Europa, es vagamente considerada por los socialistas americanos.

A. M. Simons

Director de la *International Socialist Review*

Usted me pide mi opinión sobre la huelga general. Debo confesarle que este tema no preocupa demasiado a la opinión pública en los Estados Unidos y que tampoco yo lo conozco a excepción de lo que he podido leer al respecto en la prensa europea.

Considerando sus preguntas, creo que usted toma la expresión "huelga general" en el sentido de "huelga de simpatía". Creo que este tipo de huelga es una de las mejores armas del proletariado, en el terreno económico y sería, a mi criterio, lamentable tener que renunciar a ella. Desgraciadamente, en las organizaciones obreras norteamericanas de tipo puramente tradeunionista existe una tendencia a combatir las huelgas de simpatía y a proponer la "autonomía del oficio", lo que en muchos casos, por ejemplo para los mecánicos de locomotoras, quiere decir el "aislamiento del oficio". Creo que si esa actitud se generalizara sería destructora de la propia organización obrera. También la tendencia autonomista despierta una viva resistencia en el seno de la Federación Americana del Trabajo. Esta resistencia que se designa con el nombre de *industrialismo* es apoyada por los socialistas en el seno de las tradeuniones. Tiende a incentivar la solidaridad interprofesional y a desarrollar el empleo de las huelgas de simpatía.

A su segunda pregunta debo contestar en forma menos afirmativa. No creo que la huelga general pueda desempeñar un papel considerable en la revolución social que acabará con la dominación capitalista. Para que una huelga de ese tipo triunfe supone un desarrollo de la organización obrera y de la conciencia y la solidaridad de clase en el trabajador que nos aseguraría la victoria política sin necesidad de recurrir a la huelga general. Por otra parte, si una huelga general triunfase, en el sentido en que la entienden sus protagonistas, es decir si lograra acabar con el sistema capitalista, dejaría a la industria en el más lamentable desorden. La obra positiva del proletariado se tornaría mucho más complicada y difícil de realizar por culpa del propio proletariado. Además, en ningún país del mundo la evolución económica está lo suficientemente avanzada como para que el proletariado, que sería el único que podría estar organizado para realizar la huelga general, constituya el elemento predominante de la población.

En todo caso, no ocurre así en los Estados Unidos, aunque se considere que nuestro país es el que ha alcanzado un mayor grado de desarrollo capitalista. Por lo tanto, una huelga general dejaría a un inmenso sector de la población fuera del movimiento revolucionario. En la nueva sociedad,

sería muy difícil organizar a este sector de la población. Este es un hecho que complicaría las dificultades de la tarea constructiva de la que hablé hace un momento. Además, la propaganda para la huelga general no presenta las ventajas educativas de la propaganda política, que necesita un estudio de todas las instituciones políticas y sociales, cosa absolutamente esencial para una clase revolucionaria que se propone asegurar la tarea de control y dirección de la sociedad.

Sin embargo, es preciso reconocer que las revoluciones no se realizan de acuerdo con un programa determinado de antemano. Es posible que durante un gran alzamiento industrial nos veamos forzados a recurrir a la huelga general, lo cual es particularmente posible en los Estados Unidos. Por ejemplo, si los socialistas conquistaran el poder en uno o varios estados mientras el poder federal siguiera en manos de los capitalistas, y si éstos quisieran emplear la fuerza armada del gobierno federal para liquidar a los gobiernos establecidos por los socialistas, la huelga general podría ser empleada para paralizar la organización industrial y a la vez las operaciones militares.

Estas son algunas reflexiones que me han sugerido sus preguntas. Quizás tengan algún interés para sus lectores.

New Yorker Volkszeitung

Órgano socialista norteamericano

El *New Yorker Volkszeitung* se declara escéptico respecto de la posibilidad de realización de la huelga general.

... Un socialista inteligente es adversario de la huelga general pues el que conoce esa situación sabe que la fuerza del deseo para la huelga general está siempre en proporción inversa a los medios para conducirla victoriosamente. Existe una carencia de recursos, de organización disciplinada y hasta de una concepción en la masa de una huelga general más o menos amplia...

Sin embargo, la simpatía por la huelga general se extiende cada vez más y el diario opina lo siguiente:

Queremos además decir que la idea en favor de la huelga general es justa y muy natural. Cuanto más difícil se torna el triunfo de las huelgas contra el capital concentrado y sus instrumentos —la policía, el ejército y la justicia— con mayor ahínco se busca otro medio más eficaz. Se afirma con razón que el medio más práctico de combatir al capitalismo es la conquista del poder político, pero eso significa remitirse a un futuro lejano; no es un arma de empleo diario, en casos de urgencia. Pero por otra parte, el

deseo solo, por más que sea justo y natural, no es un argumento para la aplicación práctica.

Si en la actualidad fuese posible que en un estado autónomo todo trabajo puede ser abandonado de tal manera que no se fabriquen más productos alimenticios, que todo intercambio sea interrumpido, que no aparezca ningún diario, que un muerto no pueda ser enterrado, que el gas y la electricidad no funcionen, todo sería muy simple. El ejército y la policía apoyarían a los huelguistas, y eso ya no sería una huelga sino una reorganización del trabajo. En otros términos, si se llegara a sostener y a organizar una verdadera huelga general, entonces ya no habría más necesidad de ella sino que se reorganizaría el estado tal como lo exigen las circunstancias actuales.

Aún no hemos llegado a ese punto y hasta entonces lo que se denomina huelga general es simplemente un motín o una batalla en la gran lucha emancipatoria del proletariado, donde hay que tener en cuenta la fuerza del enemigo y la traición de los que deberían ser sus partidarios. Es preciso, pues, realizar un cálculo minucioso de las fuerzas, y las exigencias deben estar en relación con ellas. No se puede hacer nada con grandes palabras que convencen algunas veces a los amigos pero nunca al enemigo.

En las huelgas que repercuten en el intercambio de productos y las necesidades públicas tales como la calefacción, la electricidad y la alimentación, es preciso ante todo una organización inteligente y una evaluación cuidadosa de las fuerzas; pues en estos casos es inevitable la intervención de las fuerzas del estado. Estas no podrían ser testigos inactivos de un acontecimiento cuyas consecuencias amenazan a centenares, a millares de personas con la muerte por frío o por hambre.

En consecuencia, cuando comprobamos que los obreros no pueden conquistar todo lo que ellos desean por medio de las huelgas, no queremos sin embargo desconocer todo lo que puede ser obtenido por este medio. Nuestra convicción es la de que en el campo de la acción económica, el movimiento sindical sólo ha cumplido una pequeña parte de su tarea.

Mientras que la mayoría de los obreros no adquiera la conciencia de clase y emprenda el camino de la organización, los obreros no podrán ser salvados ni por la huelga general ni por cualquier otra receta prescrita por un doctor en política o en economía, y los inocentes, es decir los obreros organizados, deben sufrir los errores de los culpables.

ITALIA

La reciente huelga general, que ha puesto súbitamente de pie a todo el proletariado italiano, otorga a las opiniones que publicamos un vivo carácter de actualidad y un elevado interés. Este vasto movimiento espontáneo, que ha conmovido a la clase obrera de Italia, impuso más que todas las discusiones de los congresos y las polémicas en la prensa, la huelga general a la atención socialista.

La respuesta de Enrico Ferri —el representante del centro en el Partido Socialista Italiano— nos llegó antes de la huelga; la opinión de Enrico Leone, redactor en jefe del *Avanti!* —próxima a las de la Federación milanese— y la observación de Turati, jefe del reformismo en Italia, fueron formuladas después de los acontecimientos del mes de setiembre.

PARTIDO SOCIALISTA ITALIANO

1. Enrico Ferri

Diputado en el Parlamento italiano

La *huelga general* sería una forma excepcional de huelga, pero siempre estaría sujeta a las *condiciones de existencia* de toda huelga.

La huelga es la *lucha directa*, el estado de guerra abierta entre capital y trabajo, que trata de quitar al capital las ganancias y al trabajo los salarios.

En este duelo, el capital tiene mayores posibilidades de resistir hasta la rendición del adversario pues el capitalista tiene dinero y puede vivir, durante un lapso más o menos largo, sin el trabajo... de los demás.

Por el contrario, la fuerza de resistencia del trabajo, es decir de los trabajadores, reside en parte en la reserva de dinero pero sobre todo en la fuerza de la *solidaridad*.

Pero la solidaridad —bastante fácil en los primeros momentos de entusiasmo más o menos imprevisible y más o menos consciente del inmenso engranaje social (gobierno, burocracia, tribunales, prisiones, ejército, iglesia, etc.) que defiende al capital— la solidaridad se torna cada vez más difícil y heroica a medida que... aumenta la miseria de los huelguistas.

La conciencia socialista bien desarrollada, la solidaridad internacional, la solidaridad de la familia del huelguista, la simpatía de la opinión pública, etc., favorecen la huelga y le dan mayores posibilidades de victoria. Y esta victoria es segura si la huelga estalla en un momento en que el capital tiene necesidad de trabajo y no puede dejar inertes las máquinas o que se pierdan las cosechas.

Otra posibilidad de victoria que las estadísticas establecieron reside en el tipo de huelga. Las huelgas *defensivas*, que tienden a mantener las condiciones actuales del salario, horario, etc., frente a la amenaza capitalista de empeorarlas, tienen mayores posibilidades que las huelgas *ofensivas*, que exigen aumento de salarios o una disminución del tiempo de trabajo, etc. Es como la guerra, es más fácil la defensiva que la ofensiva.

En estas condiciones, la fuerza decisiva de toda huelga, que es la solidaridad de los trabajadores, está a merced del primer eslabón que al ceder, paraliza y vuelve inútil a toda la cadena de los trabajadores solidarios.

El interés y la conciencia que impulsan a un grupo de trabajadores a ceder trastocan entonces todas las posibilidades en favor del capital y en contra del trabajo.

Esas son las condiciones económicas, sociales, psicológicas de toda huelga parcial.

La huelga general está sujeta a las mismas condiciones, además de tener que enfrentarse con dificultades especiales.

En efecto, aún para una huelga general *defensiva* las dificultades son inmensamente más grandes, pues la solidaridad, que es el alma de toda huelga, se torna cada vez más difícil, en progresión geométrica a medida que el número de los huelguistas es mayor.

La única ventaja que puede tener la huelga general en relación con las huelgas especiales reside en la eliminación más fácil de los trabajadores no solidarios, pues el capital puede desplazarlos fácilmente de un punto al otro de la nación para paralizar una huelga local, pero le sería más difícil (por no decir imposible) traer gente del extranjero si la huelga general afecta a toda una nación.

Pero al margen de estos elementos analíticos, debemos hacer una consideración sintética.

La *huelga general*, ya sea un movimiento que abarque a todos los trabajadores de una sola industria o bien a todos los trabajadores de todas las industrias de una nación, *no puede surgir por generación espontánea*.

Y sin embargo esto es algo que los protagonistas de una huelga general olvidan con bastante frecuencia.

Durante trescientos sesenta y cuatro días del año no se hace nada o casi nada que sea *prácticamente metódico* para constituir la reserva de dinero (el tesoro de guerra) y para organizar la solidaridad entre los trabajadores y al 365 día se proclama la huelga general.

Y entonces, evidentemente, o la convocatoria a la huelga fracasa más o menos totalmente o si hay un impulso entusiasta inicial también fracasa... pues no se puede cosechar lo que no se sembró. No se puede esperar el milagro de una solidaridad general firme, inquebrantable que germine orgánica y potente de golpe cuando no se hizo nada o casi nada para formar, disciplinar, reafirmar esta solidaridad durante los largos diez años de paz... armada entre capital y trabajo.

O bien la huelga general estalla luego de un largo trabajo metódico de propaganda y de organización y entonces... pero entonces eso es la revolución social (nacional o internacional).

Si la huelga general es absoluta, o sea si abarca a todos los trabajadores de todas las industrias de una nación o de un continente, entonces ya no es una huelga sino algo bien diferente.

Conclusión: De la huelga general, desde el punto de vista sintético, casi no se debería hablar, pero habría que prepararla todos los días, metódicamente, obstinadamente... lo que es justamente... o lo que debería ser el trabajo cotidiano del partido posible para la propaganda y la organización del proletariado.

De tal modo que la huelga general será verdaderamente un arma todopoderosa para los trabajadores... cuando deje de ser una huelga para convertirse en una revolución social.

Es decir que la huelga general, como *episodio de guerra* entre el trabajo y el capital, me parece que promete demasiado, con muy pocas posibilidades de realizar una parte de sus promesas.

Pero como *método de acción*, la huelga general sólo es la expresión del objetivo final de la obra inmensa, lenta, compleja, penosa de la organización económica y política del proletariado. Método de acción que dará sus frutos en proporción a la siembra y al cultivo. Método de acción que podría también, realizado y organizado día a día, evitar la explosión violenta de las fuerzas organizadas bajo la forma de una huelga general para ser simplemente la sustitución de una forma de civilización por otra.

2. Enrico Leone

I

Italia no contaba todavía en su historia con una página que —como es el caso de la Comuna de París, o del cartismo obrero en Inglaterra, o de la lucha por el sufragio universal en Bélgica y en Suecia, o de la lucha por las ocho horas de trabajo en España, o de la lucha contra los *Amarillos* en Holanda— haya sido escrita por el proletariado, en su carácter de clase política independiente y de único actor de un movimiento verdaderamente *nacional*, por sus fines y por su amplitud.

Con la reciente huelga nacional, el proletariado de Italia hizo su entrada específica de clase en nuestra historia nacional.

Durante la lucha por la unidad italiana, aquél se había mezclado, confundido, con los primeros elementos de la burguesía liberal. Como en pago de ello el nuevo régimen político le respondió con las exacciones más odiosas, en 1894 y luego en 1898, el proletariado, en un impulso carente de carácter político y sin alcance nacional, se había unido a los descontentos que pululaban entre los pequeños y medianos propietarios.

Todavía no había actuado por sí mismo, como clase autónoma, y como grupo antagónico al resto de la sociedad en su conjunto.

Y ahora, con la huelga general, no sólo accedió al primer plano de la historia, sin la instigación ni la colaboración de ninguna otra categoría de ciudadanos, sino que inclusive, se mantuvo firme frente a la animosidad de la pequeña burguesía de comerciantes, que se sintió perjudicada en su bolsillo, es decir en su corazón de metal; se mantuvo firme también frente a la clase de los pequeños propietarios, que sustentan ideas vagamente democráticas, pero que en realidad practican solamente la política de su propio estómago.*

De esta forma, el proletariado se enfrentó con grupos, cuyos órganos de

* El asesinato del doctor Gadola en Milán —el cual puede explicarse, para

prensa, *Il Secolo* incluido, habían anatematizado precedentemente, con la mayor energía, a los socialistas "intransigentes" por su renuncia a sumarse aly bloque de los "partidos populares".

A la luz de este hecho histórico, nuevo en la vida italiana, se reveló que la "democracia", de la que nuestros reformistas nos habían hablado hasta el hartazgo y que había terminado por convertirse en la principal de sus preocupaciones, pertenecía en realidad a la ideología superficial, cara a algunos clanes, cuyos intereses se oponen fundamentalmente a los del proletariado.

Los diputados republicanos —excepción hecha de los idealistas por temperamento, y de los idealistas por necesidad electoral— como Barzilai y Colajanni, condenaron rabiosamente la huelga.

¿Y los radicales? Hubo la abstención elocuente de Marcora, a quien eso le valió la reputación de ministeriable, ni bien terminó la huelga. Los demás, se mostraron adversarios categóricos de la política proletaria. Peor que eso: se afirmaron como conservadores absolutos, desaconsejando cualquier acción parlamentaria mínimamente enérgica, y preparando las proposiciones legales necesarias para disciplinar al movimiento económico de los sindicatos obreros, para imponerle las trabas políticas a las que el estado burgués tiene la posibilidad de recurrir, y para introducir en la lucha de clases el régimen del bozal.*

La reciente huelga general, manifestación espontánea de las masas obreras organizadas con plena independencia, constituyó la elocuente réplica de la experiencia, a quienes pretendían que el matrimonio político del socialismo con los elementos democráticos, encerraba algo más que la apariencia de una armonía de ideas y de intereses. Desde tal punto de vista, ese gran conflicto actúa como una fuerza demostrativa, cuyo equivalente no hubiera podido producirse a través de agitaciones intelectuales de máxima envergadura.

quien haya estudiado un poco de psicología colectiva, incluso sin la excusa mental de la intrusión de mafiosos— y las formas violentas que la huelga asumió en Génova (excluyendo por supuesto, ciertos excesos criminales por parte de pandilleros o mafiosos, que nada en común tenían con los huelguistas) son imputables a la resistencia y hostilidad de los comerciantes, grandes amigos *electorales* de los socialistas, mientras que el proletariado italiano parecía contentarse con ser la vanguardia del movimiento antifiscal.

* El proyecto Sacchi, según el cual la huelga debería ser votada por la mayoría de los interesados, nos retrotrae a la limitación de la libertad de huelga. Como por otra parte, presupone el reconocimiento legal del sindicato, al menos con vistas a la eventualidad de la huelga, se asimila indirectamente al socialismo de Estado, sistema demasiado conocido, cuyo carácter desastroso fue demostrado por la experiencia, y que el proletariado organizado combatió siempre, y en todos lados.

La reciente huelga nacional nos enseña que el movimiento económico de la clase obrera italiana conquistó su madurez y su homogeneidad; que esa clase tiene conciencia de sus intereses y de su misión; que para ella, el socialismo dejó de ser simplemente un sistema de provisiones hipotéticas de los resultados de una actividad parlamentaria; en cambio, percibe las profundas raíces que a partir de ahora, el socialismo asienta en las propias bases de la estructura nacional. La huelga nos enseña además que la *acción directa* de un proletariado cuya evolución le permite darse cuenta de que cuando se vulneran los intereses obreros en Cerdeña o en Sicilia, se está atacando al mismo tiempo los intereses obreros de Lombardía o de Toscana, esa acción directa comienza a convertirse en el resultado ineluctable de la organización sindical.

Hay que tener realmente los párpados sellados por la cera reformista para poder —tal como hizo *Il Tempo* al día siguiente de este formidable hecho histórico— intentar zaherir a quienes, registrando la realidad y proclamando su entusiasmo frente a esa experiencia, no vacilaron en reconocer que las organizaciones proletarias italianas accedieron, por fin, al estado de madurez requerida para practicar directamente la política socialista de clase. Es muy evidente que, a partir de ahora, sin renunciar a la utilización del sufragio universal y de los mandatos políticos, dichas organizaciones serán capaces de influir por su propia fuerza sobre la política del estado burgués, y que ellas habrán de socavar las bases de éste último, con un éxito siempre creciente, a medida que se desarrollen el poder de solidaridad y la capacidad revolucionaria de las bolsas de trabajo.

El reformista Claudio Treves pretende que los hechos callen. Ya había dicho Guillermo de Molinari que la revolución obrera debe ser silenciosa. Treves, para castigar a los manifestantes demasiado ruidosos, hizo como los sacerdotes con los catecúmenos disipados: releyó los versículos de la palabra socialista Artículo primero de los estatutos del partido. Premio: ¡cinco céntimos! En lugar de oponer el dogma escrito a la herejía de los hechos nuevos, desconocidos y casi insospechados hace diez años ¿por qué no intentamos marchar a la par de ellos y extraer nociones frescas?

El día siguiente de la huelga general cuestionada, cuando todavía ninguno de nosotros podía darse cuenta con exactitud de la influencia que ésta tendría sobre nuestra táctica futura, ya insistí en *¡Avanti!* sobre la necesidad de que los sindicatos se orienten en la vía de la *acción directa*. A mi juicio, la reciente huelga no debía mantenerse en el estado de única excepción; era necesario que inaugurara una nueva era de la política sindical, en la cual la huelga general, aunque conservara su carácter de excepción poco frecuente, fuera considerada como algo susceptible de repetirse.

La Giustizia e *Il Tempo*, órganos reformistas, no dejaron de calificar como herética e *impracticable* mi proposición, ¡como si la reciente huelga no hubiera, por el contrario, probado su practicabilidad! Para castigar mis desvaríos, me asestaron un juicio publicado en la revolucionaria *Arbeiter Zeitung*

de Viena donde, precisamente a propósito de mis artículos se afirma que la única forma de explicarlos es en función del estado de espíritu perpetuado durante algún tiempo todavía, por los acontecimientos de la víspera.*

Devuelvo su razonamiento a mis detractores y les digo que sería herético e impracticable pretender justamente que se impida a las organizaciones proletarias renovar en caso necesario, el abandono masivo del trabajo. Puesto que la función del sindicato, por su propia esencia, es la huelga particular y aislada, resulta ineluctable que el organismo que engloba el mayor número posible de sindicatos, tenga por función la huelga general. La federación de sindicatos conduce a la huelga general. Es ésa una ley vital. No se comprende el órgano sin la función.

Il Tempo y *La Giustizia* se inclinan a creer que, por el hecho de reconocer que la huelga general es el arma propia de las organizaciones obreras, se corre el riesgo de desencadenar frecuentes conmociones sociales. Nada resulta más falso que eso. Y fue el propio Jaurès quien lo proclamaba recientemente como respuesta a *Il Tempo*; el valor de los sindicatos no estriba tanto en las huelgas que realizan, sino en las que amenazan realizar. El hecho de que la burguesía quede persuadida de la aptitud de los sindicatos para ir a la huelga, actúa como medio preventivo restringiendo el número de causales de huelga.

También esto se cumple con respecto a la federación de los sindicatos. Aceptar que la huelga federal es la función de clase de dicho organismo, significa actuar preventivamente sobre la representación ejecutiva de la clase capitalista, es decir, sobre el gobierno; lejos de aumentarlas, significa disminuir el número de eventualidades en las cuales la huelga general puede imponerse, y permitir, por consiguiente, que el proletariado concentre sus fuerzas en función de las eventualidades que revisten el interés más amplio y la más urgente necesidad histórica.

Entonces, ¿por qué la prensa del socialismo reformista habló tan desfavorablemente de la huelga general encarada como arma legítima, fatal, de las organizaciones obreras italianas? ¿por qué, puesto que esta arma está muy lejos de ser tan peligrosa como algunos fingen creer?

III

En el fondo de esa actitud encontramos una razón profunda y de amplio alcance.

* Aun a riesgo de corresponder mal a sus elogios, debo afirmar que el artículo del *Arbeiter Zeitung*, está plagado de estereotipos caducos, y traduce una perfecta ineptitud para someter a un examen crítico los hechos nuevos y las nuevas experiencias. En cambio, en *Neue Zeit* de octubre, veo un artículo de Oda Olberg que brinda un eco muy favorable a mis deseos y declara que las huelgas generales serían un lujo inútil para el proletariado. y no ejercerían la menor influencia política, si todo el mundo no las considerara como algo que pueda repetirse.

Considerar a la huelga general como el arma, digamos oficial, de los sindicatos, implica la acción política directa de éstos, y presupone, tal como yo lo había escrito, una nueva fase del movimiento económico del proletariado italiano.

El orden del día votado por la Federación milanesa sobre la huelga general, puso en plena evidencia, inclusive a los ojos de las personas menos clarividentes, la disensión fundamental que provocó la divergencia de opiniones sobre la reciente huelga general.* El socialismo, legalizado por el parlamentarismo, había terminado por perder un ojo. Simple cuestión de atrofia: se hundía en la contemplación de una sola rama de actividad posible para él. Ferri, en una de las imágenes impactantes que eran su especialidad, había dicho que el socialismo debía caminar con dos piernas, la económica y la política. Lamentablemente el socialismo italiano no solamente se había quedado tuerto; también había perdido una pierna y caminaba cojeando.

La huelga general ha sido para el socialismo de nuestro país, como una forma de volver a recordarle la concepción exacta, integral, de su acción. De pronto se acordó que el movimiento socialista es un fenómeno de vastísima complejidad: ni las exigencias de la vida parlamentaria, ni las de los partidos que a ella se dedican, bastan para dar cuenta del mismo.

Desde la derecha hasta la extrema izquierda no socialista, todos se las ingeniaron para demostrarnos que cualquier acción de clase del proletariado italiano, lejos de atraerle la simpatía de alguna de las fracciones parlamentarias burguesas, incluyendo a las demócratas, determinaba en todos lados la explosión de odios, larga y silenciosamente acumulados.

Se trata de una evidencia de la lucha de clases, con sus antítesis más agudas. Es la respuesta de la historia y de la realidad a quienes habían creído que la lucha entre el proletariado y la propiedad iba a ser posible en Italia, solamente cuando se hubiera preparado un ambiente político más democrático. El antagonismo de clase ya se da en este país, con sus perfiles más nítidos. El proletariado se ha endurecido y demuestra por sus acciones, que se ha vuelto capaz de trabajar por una política independiente y de dedicarse a una acción específica de clase. ¿Por qué cerrar los ojos a esas

* La moción de la Federación de Milán señala incuestionablemente el comienzo de la nueva y definitiva orientación proletaria del partido socialista, demasiado expuesto hasta el presente, a empantanarse en la pequeña burguesía. Era lógico que la asamblea de Milán, expresión de un proletariado que accedió a un estadio muy elevado de evolución, estuviera en condiciones de aprobar concientemente una actitud que puede parecer todavía demasiado audaz en los centros poco industrializados. Dicha moción tiene, en primer término, el mérito de reconocer en la huelga general un medio extraordinario, pero susceptible de repetirse, y, además de responder a las preocupaciones de quienes temen los resultados del paro de la producción. Indica que la cooperativa de producción puede ser utilizada por el proletariado en huelga, y que, en caso de perturbarse los servicios públicos, el comité ejecutivo sindical, no tiene más que sustituir a las autoridades locales. Se trata de una moción de *tendencia* cuyo valor aumentará a medida que pase el tiempo.

evidencias tan recientes? ¿Por qué no intentamos extraer de ellas todas las conclusiones que pueden implicar? La huelga general, —de cuya posibilidad se dudaba, al punto que las incitaciones del ¡*Avanti!* parecían temerarias a los más optimistas— demostró que el proletariado ya no necesita que sus delegados a las asambleas políticas desperdicien su tiempo y sus fuerzas sosteniendo tal o cual gobierno burgués, con vistas a conquistar derechos que la masa sabrá perfectamente imponer, por sí misma, de un día para otro. La huelga general ha probado que el proletariado socialista exige de su grupo parlamentario una acción más enérgica, y que ya no teme que la clase obrera no esté madura todavía para determinadas cosas. Los diputados no deben dejarse frenar con concesiones que el sindicato conquistará fácil y directamente, ni bien quiera. Por último, la huelga general ha probado que quienes predicaban que el proletariado italiano no podría llegar a nada importante, antes que un régimen más democrático se estableciera en el país, le estaban contando una fábula.

La huelga general ha enseñado todas estas cosas brillantemente. Y ello equivale a la recusación objetiva de un método cuyos partidarios, no tuvieron más remedio que recurrir, para salvar su apuesta, al más falaz de los dilemas, revelador de la lamentable degeneración sufrida por la mentalidad socialista.

Se dijo para refutar la moción votada por la Federación de Milán, que al pronunciarse por las luchas económicas y políticas extraparlamentarias, se renunciaba al objetivo del socialismo, que consiste en conquistar el poder político, para utilizarlo como instrumento de transformación económica. Y el dilema sería el siguiente: es necesario, o bien continuar ocupándose exclusivamente del parlamentarismo, o bien, caer en el antiparlamentarismo intrasigente.

Esta afirmación carece de toda lógica. El estado es el órgano de la clase dominante: para arrancárselo y ponerlo en manos del proletariado, la papeleta electoral es un instrumento insuficiente. Es necesario crear en el proletariado la capacidad técnica requerida para dirigir la vida económica socializada. De no ser así, el poder político no sería de ninguna utilidad para la clase obrera. El nuevo régimen de producción no se improvisará a fuerza de leyes ni surgirá por generación espontánea; tampoco quedará organizado por efecto de vagas aspiraciones a la justicia social. Ahora bien, el órgano apropiado para esta formación de la aptitud económica, es precisamente el órgano económico del proletariado, es decir, el sindicato. Reconocer que es allí donde está la raíz de todas las formaciones futuras, y por consiguiente, el mejor arma en poder de la clase obrera, equivale a admitir que toda la acción parlamentaria debe subordinarse al movimiento sindical.

Este último no puede ser eliminado de las preocupaciones constantes del partido socialista.

La federación sindical tiene forzosamente una función diferente de la que corresponde a los sindicatos aislados, y una función más importante: por esa causa, sustituye el espíritu de cada cuerpo profesional, por la conciencia de clase.

Es en el seno de la federación sindical donde las múltiples conciencias y

las necesidades tan diversas y tan numerosas de las diferentes categorías de trabajadores pierden su carácter accidental, particularista, para fundirse en una masa homogénea y permanente, de la que fatalmente surge la conciencia de clase. Por eso, el interés económico tiene como sucedáneo la conciencia política, y el sindicato entra en la política proletaria, imprimiéndole su disciplina y su unidad de objetivos y de acción.*

Hace algunos años, se podía negar esta tendencia a la unificación de los movimientos económico y político del socialismo. Actualmente, las experiencias realizadas en todos los países y la inexorabilidad de los hechos que nos obliga a considerar a la huelga general como a un arma social, ya no permiten poner este punto en duda. La masa obrera hará su propia política, y la hará de manera de imposibilitar, en lo sucesivo, el unilateralismo, tan apreciado por los reformistas. Mantendrá con toda la agudeza posible, el antagonismo entre el estado burgués y la nueva sociedad cuyo germen lleva en su seno, es decir en los sindicatos. Reducirá la acción parlamentaria a su lógica expresión de medio secundario para la revolución, que se va cumpliendo gradualmente en la sociedad como totalidad, y no en el recinto parlamentario. Pondrá término a las combinaciones ministeriales, electorales o de cualquier tipo, con los partidos burgueses; ejercerá sobre éstos últimos una presión cada vez más fuerte y, por consiguiente, les impondrá reformas cada vez más numerosas e importantes. Por último, restituirá al proletariado, en su carácter de clase indisoluble e independiente, su función de destructura del régimen capitalista y de creadora de un mundo nuevo.

3. Filippo Turati

Diputado por Milán

1. La huelga general económica es, por definición, un absurdo. Esto ya ha sido probado demasiadas veces, para que sea necesario insistir al respecto.

2. La huelga general *política* con fines de manifestación, de protesta o de advertencia, no puede ser rechazada ni condenada en forma absoluta. Nos permitimos preguntar al amigo Barzilai —quien, en una reciente reunión de la extrema izquierda, fue el único que sostuvo la opinión contraria, con una franqueza de la que debemos felicitarlo— si nunca participó, con el corazón y la palabra, en la manifestación proletaria del 1º de Mayo. Y sin

* ¿Qué ocurrirá entonces con el partido socialista, considerado como una organización política con su propia identidad? El futuro dirá si este partido está destinado a desaparecer para fundirse en el movimiento político-económico unificado, o a conservarse como la vanguardia de las aspiraciones revolucionarias del proletariado.

embargo, el 1º de Mayo, que es una huelga política general, e inclusive mundial, ha conquistado derecho de ciudadanía en los países más civilizados, como una afirmación de la energía consciente del proletariado, y de sus aspiraciones universales en favor de la jornada de ocho horas y de la legislación laboral. Entonces, ¿cómo pueden condenarse, en principio, manifestaciones análogas, pero mucho más precisas, más concretas, y determinadas por una profunda conmoción del alma popular? Si se admite el derecho a la suspensión colectiva del trabajo, si nadie que tenga la mentalidad y el corazón de un demócrata puede repudiar el principio de magnas y enérgicas manifestaciones populares, si, por último, la huelga general política es —y esto es incuestionable— la más enérgica e impresionante de las manifestaciones políticas a la que puede recurrir el proletariado: ¿qué razón se invocaría para rechazarla?

3. La huelga general es un arma de doble filo. Sólo se la debe utilizar con máxima prudencia, en casos completamente excepcionales. Nadie podría hacer de ella un medio normal de la lucha proletaria. Enrico Leone, en el *¡Avanti!* sostiene la opinión contraria, pero creemos que a ese respecto se encuentra completamente aislado dentro del Partido Socialista. Dada la mentalidad todavía poco evolucionada de las masas obreras, el hecho de que su educación política esté apenas esbozada y que todavía haya tan poca solidaridad entre ellas; dado que, en los grandes centros sobre todo, abundan quienes no piden nada mejor que predicar en río revuelto y aprovechan cualquier agitación popular para dar rienda suelta a sus instintos brutales, —resulta casi imposible que una huelga general no traiga aparejados actos de violencia, los cuales, estrechamente correlacionados con la huelga, prestan un carácter siniestro a esta manifestación, de la que, sin embargo, no son más que episodios. No pretendemos alinearnos tras la opinión de quienes estiman que los conflictos graves, los excesos, las proezas gangsteriles, son consecuencias ineluctables de la huelga general. Baste recordar el ejemplo ya citado del 1º de Mayo que, al principio precisamente, suscitó análogos terrores, pero que, desde hace catorce años, constituye una manifestación pacífica en extremo. Llamamos la atención también, sobre lo sucedido durante la reciente huelga general en Monza, la pequeña Manchester lombarda; en esta ciudad, que dio la señal para el movimiento, diez mil obreros abandonaron las fábricas el jueves al medio día, para retomar el trabajo el sábado a la mañana, tan unidos y disciplinados al volver como al partir, y sin que se haya cometido el menor acto de violencia en la ciudad.

Abstracción hecha de consideraciones de este orden, la huelga política general, si se reprodujera con frecuencia, inclusive haciéndolo siempre en forma pacífica, perdería todo su beneficioso efecto moral. Y por otro lado, al turbar violentamente las relaciones ordinarias de la vida económica, terminaría desencadenando, forzosamente, un movimiento de reacción. Es imposible imaginar que la patronal, los comerciantes, inclusive un gran número de ciudadanos de todas las categorías, a fuerza de verse perjudicados en sus intereses vitales por la huelga general, no terminarían por resistirse ásperamente y por impulsar al gobierno a ocuparse de medidas coercitivas. Sin ninguna duda, habría suficiente mayoría parlamentaria como para votar estas medidas, cuya aplica-

ción sería luego apoyada por la mayoría de la nación. He aquí lo que habrá de ocurrir si la huelga general se convirtiera en un medio habitual de manifestación y de lucha. En un caso semejante, se recurriría sin duda alguna a las medidas más extremas. No faltarían sarracenos que pidieran ocupar el puesto de trabajo de los huelguistas, y el maquinismo se perfeccionaría por doquier, con vistas a restringir la cantidad de mano de obra necesaria para la producción.

Se votarían todas las nuevas leyes necesarias, con numerosos reglamentos administrativos y abundante jurisprudencia, hasta que resulte casi imposible a los obreros, a sus mandatarios y a sus organizaciones, evadir pesadas responsabilidades penales, ya sea acusados de ruptura del contrato de trabajo, o por atentar contra la libertad de trabajo o el funcionamiento de los servicios públicos, o bien por perturbación del orden, etc., etc. Cárcel, boicot, despidos: se emplearía todo tipo de represalias, y todas parecerían justificadas. Por último, la causa proletaria perdería ese ambiente de simpatía, esa asistencia material y moral, que le resultan absolutamente indispensables para sus conquistas graduales.

El proletariado se aislaría dentro de la sociedad, antes de haber alcanzado la preponderancia, ya fuera numérica o económica, y la exasperación de las castas dirigentes determinaría una tensión crónica, un conflicto permanente entre las clases, que impediría el cumplimiento de cualquier reforma, de cualquier progreso popular, es decir de todo aquello que prácticamente sólo es posible con el consentimiento de la mayoría de los ciudadanos.

4. Para evitar una situación de ese tipo, la huelga general debe ser breve, tener un objetivo preciso y relativamente fácil de alcanzar, estar bien coordinada y disciplinada por conductores que gocen de la confianza de las masas. Reconocemos que hay muchas posibilidades de que todas estas condiciones no puedan cumplirse simultáneamente. Pero todas ellas son indispensables para que la huelga política general no salga de la vía que lógicamente le pertenece. En particular, la brevedad es esencial, dado que el paro de la producción perjudica en primer término a los propios huelguistas, como consecuencia de la desaparición de su salario. En la clase obrera, no se tienen ni economías ni crédito. Es indispensable que el sacrificio que a sí misma se impone, dure lo menos posible. De prolongarse, traería fatalmente deserciones, en razón de conflictos entre los proletarios: hermosa ocasión para que intervenga la fuerza militar, y todo lo que ello significa.

5. Por idénticos motivos, la huelga debe respetar los servicios públicos de importancia primordial, y las ramas de producción cuyo funcionamiento corresponde a una necesidad general absoluta, tales como la iluminación, la panadería, la extracción y distribución de agua, todo lo que se refiere a la higiene, los postes y telégrafos, la prensa cotidiana, etc. El paro de estos servicios, no es indispensable para la solemnidad de la manifestación popular: constituye un ataque a las propias bases de la civilización, perjudica cualquier causa de partido o de clase, y por último, compromete todo el movimiento, despertando contra él los antagonismos no ya sólo de una clase o de un gobierno, sino de la casi totalidad de la población, y reforzando los elementos

de reacción. En un caso semejante, la huelga se lanza al suicidio, si así puede decirse, y arrastra en su pérdida a la causa que debía servir.

6. Una vez declarada la huelga, los hombres que adquirieron autoridad sobre las masas, no deben pensar ya si aprueban o desaprueban el movimiento. Deben dedicar todo sus desvelos con vistas a contener la huelga dentro de los límites de serenidad, de razón y de humanidad, que impone el interés bien entendido del proletariado.

SUIZA

Parecería que la huelga general que hace tres años conmovió a Ginebra, no impresionó demasiado la opinión de los socialistas parlamentarios suizos.

En efecto, Greulich, que es el representante autorizado de estos últimos, conserva, sobre el problema que nos ocupa, los criterios tradicionales de los partidos socialistas.

También es cierto que la idea de la huelga general es compartida por ardientes grupos del proletariado militante suizo. Surgirán nuevamente movimientos populares como el de Ginebra, sin ninguna duda, pese a todas las medidas que pueda adoptar la democracia helvética.

PARTIDO SOCIALISTA SUIZO

H. Greulich

Del Partido Socialista Suizo

Todas las tentativas de huelgas generales realizadas hasta ahora han fracasado. Han perjudicado a los propios trabajadores, han destruido a las organizaciones formadas con esfuerzo y han obligado, en consecuencia, a los obreros a organizarlas nuevamente. Todo un derroche de fuerzas. Es fácil demostrar que en los lugares donde se predica la huelga general, la organización de los sindicatos se halla muy atrasada. Por los frutos se reconoce el árbol. En los sindicatos que han adquirido un cierto poder y vitalidad, la huelga general es considerada por los obreros como una utopía.

La huelga general es una fantasía infantil de obreros mal organizados. Los obreros ingleses vivieron en este sueño entre 1830 y 1840 y realizaron varias veces notables tentativas para hacerlo realidad, tentativas al lado de las cuales la "huelga general" actual no es más que un juego de niños. Rodeaban centros industriales enteros y deténían el trabajo en todas las fábricas y minas. La energía revolucionaria no los abandonaba cuando encontraban una resistencia. Asaltaban las fábricas y las incendiaban, combatían valientemente con la policía y los militares. Y si la huelga general fuese realmente un arma decisiva, a Inglaterra no le hubieran bastado sus soldados para controlar la situación.

Sin embargo, ese movimiento simplemente se agotó. Y si nuestros gobernantes conociesen algo de la historia social no deberían temer a los predicadores de la huelga general y no usarían contra ellos a la policía y al ejército que, por otra parte, no hacen sino reavivar el movimiento.

Para no ser acusado de parcialidad, quiero decir que en una oportunidad una huelga general con objetivo político tuvo cierto resultado: fue en Bélgica en 1893. Pero cuando ese medio fue utilizado una segunda vez el fracaso fue total. En general, en estos últimos años no hubo una sola huelga general que no fracasara al cabo de una semana.

Ese fracaso no se debe, como lo afirman sus promotores, a que todas las huelgas generales realizadas hasta ahora sólo abarcaban a un sector más o menos grande y nunca a toda la clase obrera.

Una huelga general que es realmente general debe tener muy corta duración. Algunos creen poder forzar a la clase dominante a hacer concesiones, aún hasta a someterse totalmente, mediante la interrupción de la producción. Pero la huelga general es la interrupción absoluta de la producción, lo cual vale también para la clase obrera. Los capitalistas tienen suficientes reservas como para aguantar largo tiempo, pero la clase obrera sería la que sufriría

rápida la interrupción temporaria de la producción, con lo cual debería someterse en poco tiempo. Debemos observar también que una gran parte de la producción está destinada a la exportación, de modo que la interrupción en cuestión no perjudicaría al mercado nacional.

Además, en las huelgas generales se han producido algunos hechos sorprendentes. Ante la proclamación de la huelga general, los obreros organizados son los primeros en abandonar el trabajo, o sea que las cooperativas obreras ya no funcionarían mientras que las empresas con obreros no organizados continuarían marchando. Los obreros ya no conseguirían más pan pero a los burgueses no les faltaría. Los diarios burgueses, con personal no organizado, podrían aparecer, pero la publicación de los órganos obreros se interrumpiría. En resumen, la huelga general afectaría, en primer término y con mayor fuerza, a la propia clase obrera.

La huelga general sería un medio eficaz de lucha si la organización sindical fuese tan completa que incluyese a todos los obreros. Pero entonces el orden social actual habría caducado y una revolución mediante la huelga general ya no sería necesaria. Mientras esto no se realice, la huelga general se convierte en un medio de lucha contra la propia clase obrera.

No niego las razones morales que provocan la huelga general. He aprendido a conocer de cerca la condición de los obreros. Yo sé lo que es vivir en circunstancias insoportables. Comprendo la impaciencia que surge de la convicción y convengo en que la sociedad posee los medios para facilitar más la vida de los trabajadores. Pero debemos rechazar la idea de indecisión cuando se refiere a medios que no conducen a ese objetivo.

La impaciencia no contempla la dura realidad. La gran masa aún no tiene conciencia de su miseria y sobrelleva su suerte con indiferencia o ligereza. Algunas veces se subleva, pero a pesar de las decenas de años de agitación y de propaganda, aún no llegó a comprender que la organización es el medio para liberarse de su miseria.

Los defensores de la huelga general se basan en el falso principio de Bakunin según el cual "basta con destruir el antiguo estado, la antigua sociedad para erigir sobre sus ruinas la nueva sociedad en todo su esplendor." ¡Qué absurdo! Justamente él que quiere ver realizado en la sociedad futura el más alto ideal de la libertad individual debe propagar y preparar el mayor desarrollo de la organización libre, pues sólo ésta puede compensar la obligación de crear las condiciones de una vida mejor. Los medios que están actualmente a nuestra disposición son despreciados por los anarquistas; según ellos, sólo la desesperación puede salvarnos.

Todo aquél que reflexione con profundidad no se dejará cegar por esta ilusión y la invitación a la huelga general. Rechazará definitivamente un método mediante el cual aumentan aún más la miseria y la impotencia de la clase obrera. Además, se dedicará con más energía que nunca al trabajo cotidiano de la organización sindical que ya ha fortalecido a sectores enteros de la clase obrera y que dará, en el futuro, los mejores resultados, preparará una sociedad justa dado que poseerá los elementos indispensables para una excelente organización: una clase obrera inteligente y que trabaja en común.

Los socialistas suecos realizan exitosamente un primer ensayo de huelga general en pro de la propaganda en favor del sufragio universal. Se proponen recurrir nuevamente a este medio de presión sobre los poderes públicos.

Pero sólo consideran la huelga general política y parecen no tener en cuenta el sentido revolucionario que los sindicalistas partidarios de la huelga general, por ejemplo, asignan a este movimiento de masas.

La respuesta de Hjalmar Branting expone los matices del pensamiento socialista sueco sobre la huelga general política.

PARTIDO SOCIALDEMÓCRATA SUECO

Hjalmar Branting

Delegado del Partido Socialista Sueco ante el Buró Socialista Internacional

Usted quiere conocer la opinión de los socialistas suecos sobre la huelga general en los diversos sentidos de esta expresión.

1) *Huelgas puramente económicas generalizadas.*

En Suecia conocemos dos formas bien diferenciadas.

a) Tomo como típica una huelga en Gefle ocurrida en 1890. Cuando los obreros de los aserraderos de los alrededores de la ciudad se declararon en huelga, casi todos los obreros de la ciudad realizaron una huelga de apoyo. La mayoría de ellos no estaban organizados. Sin embargo, los patronos, intimidados por la explosión de un movimiento tan amplio y que se mantenía estrictamente en la legalidad, cedieron. La huelga determinó un aumento de los salarios en casi todos los sectores obreros del distrito.

Esta forma de huelga generalizada creemos sin embargo que pertenece a un período poco avanzado de la organización obrera.

Observemos ahora otro tipo.

b) Al estar los sindicatos formados por secciones y reunidos en federaciones nacionales, la dirección de todos los conflictos importantes cae naturalmente en manos de un comité central que trata con los delegados de una organización patronal sobre las condiciones generales del trabajo en cada sector para toda la ciudad o hasta para todo el país. En consecuencia, de allí resulta que en los sectores mejor organizados se produce una disminución del número de huelgas parciales pero en cambio los conflictos presentan una peligrosa tendencia a ampliarse y abarcar a los obreros del sector de toda una región, cuando no del país.

En 1903 se produjo un gran conflicto con los obreros del hierro. Es cierto que era un lock-out y no una huelga, pero el aspecto del conflicto hubiese sido el mismo si los obreros hubieran comenzado el ataque. Fueron cerrados los talleres metalúrgicos en Scania así como en Estocolmo y en Gotemburgo. De quince a veinte mil obreros quedaron en la calle pero fueron apoyados enérgicamente por sus federaciones nacionales, ayudados ante un caso tan grave con los recursos de toda la Confederación General Nacional de los Sindicatos de Suecia. El conflicto se resolvió a favor de los obreros después de un mes de lucha.

En Dinamarca hemos visto cómo este tipo de huelga generalizada (o más bien lock-out) se extiende aún más. La mayoría de los obreros organizados

fueron dejados en la calle simultáneamente. También en Suecia veremos indudablemente luchas tan grandes entre las organizaciones obreras y la patronal. La consolidación de la organización obrera no es una garantía para una paz social duradera, como lo pretenden algunos radicales. Seguramente las huelgas ordinarias serán mucho más raras, pero los conflictos que estallarán adoptarán con frecuencia la forma de grandes batallas sociales, cuyo resultado debe interesar y apasionar directamente a toda la sociedad. No hace falta insistir sobre la importancia de la conquista por parte del Partido Socialista del poder político, si el futuro nos reserva tales conflictos entre capital y trabajo.

2) Huelgas políticas generalizadas.

Como la ausencia del sufragio universal es el pecado cardinal de nuestra situación política, los obreros socialistas de Suecia siguieron atentamente los esfuerzos de sus camaradas belgas para conquistarlo mediante la huelga general. Desde 1891 el partido ha hecho propaganda a favor de una huelga de ese tipo defendiéndola sobre todo de los ataques vehementes del Partido Liberal. En 1901, las cámaras votaron un servicio militar mucho más amplio pero no se habló de sufragio universal. Los obreros pensaron entonces que había llegado el momento de actuar. La opinión era unánime, se hacían todos los preparativos posibles (los obreros dieron ciento cincuenta mil francos para los gastos de la lucha) y cuando el Gobierno presentó un proyecto de reforma electoral totalmente irrisorio, considerado por todo el pueblo como un verdadero insulto, un congreso del partido resolvió apoyar el proyecto de sufragio universal ante las cámaras con un cese del trabajo durante los dos o tres días que duraran los debates. La huelga sería preparada con grandes manifestaciones que se realizaron durante las semanas anteriores a la discusión.

Entre abril y mayo de 1902 ese programa fue ejecutado con una precisión y disciplina verdaderamente increíbles. Un incidente producido en Estocolmo, donde la policía golpeó a manifestantes pacíficos, encendió aún más el entusiasmo popular y así llegó el día en que comenzó la huelga política, mucho más grande de lo que lo esperaban los más optimistas. Alrededor de ciento veinte mil trabajadores suecos sacrificaron su salario de media semana por el sufragio universal. Siempre imperó el orden, aunque las funciones normales de la vida social se encontrasen más o menos suspendidas: nada de diarios en Estocolmo, ni transporte, muy poca iluminación, etc. En las cámaras se dejó de lado todos los proyectos positivos y se exigió del gobierno un nuevo proyecto que aceptara finalmente en principio el sufragio universal, aunque con modificaciones muy restrictivas.

La mayoría de los obreros, al volver a sus trabajos, no fueron molestados. Solamente algunos patrones reaccionarios tomaron la huelga como pretexto para cometer atropellos humillantes. El más importante de esos conflictos culminó en una derrota irritante, pero la confianza de la mayoría de los obreros en la huelga general como medio de presión política siguió inmovible.

El gobierno actual ha elaborado un proyecto de reforma, una mezcla muy singular de sufragio universal, sufragio restringido y representación proporcional. Ese proyecto, aunque aumenta considerablemente el número de ciudadanos

electores no puede, sin embargo, satisfacer las aspiraciones de los obreros. No tiene nada de extraño, entonces, que en el partido se piense para 1905, según los más impacientes, una nueva huelga general, más seria que el "ensayo de movilización" de 1902.

Sin embargo, se plantean graves objeciones contra la oportunidad de una nueva huelga general. Contra esta huelga que duraría al menos algunas semanas se debe esperar represalias muy fuertes por parte de los patrones, ahora preparados y bastante bien organizados, represalias que conmoverán y hasta por un momento podrán destruir toda la organización sindical construida pacientemente desde hace veinte años. Nos preguntamos si las pocas modificaciones al proyecto gubernamental que quizás se logren valen los riesgos de una política de huelgas. Por el momento, el partido tiene alguna posibilidad de conquistar en las elecciones del verano de 1905 nuevas bancas en la segunda cámara (en la cámara actual el Partido Socialista posee 4). Pero una huelga general en mayo de 1905 provocaría una grave escisión entre radicales y socialistas y hasta quizás un viraje de los actuales electores hacia la derecha, en perjuicio de la reforma electoral. Por lo tanto, pareciera que es preciso *elegir* entre las dos políticas: participación en las elecciones o huelga general. Juntas, esas dos actitudes son impracticables.

Dado que usted me pide también mi opinión personal, no quiero ocultar que esas objeciones son para mí totalmente concluyentes. En las circunstancias actuales, la reactualización de una huelga general en Suecia estaría, según mi opinión, condenada al fracaso y retrasaría por muchos años al movimiento, sin ningún beneficio para los obreros.

Pero al condenar de este modo la huelga política en una situación poco favorable, no quiero que el proletariado haga una promesa de abstenerse de emplear con la última energía esta arma tan temida y tan temible. Por el contrario, estoy seguro de que el estudio perseverante de las condiciones de éxito de una huelga política nos enseñará que un proletariado bien organizado posee, para emplear en ciertos momentos críticos de su historia, una fuerza mucho más grande de lo que suponen los burgueses y también algunos socialistas.

El Comité Ejecutivo del partido sueco ha resuelto realizar una encuesta preliminar sobre la verdadera opinión de los obreros organizados ante una nueva huelga general por el sufragio universal. Les preguntaremos si aceptan, como antes de 1902, esta consigna. Pero nuestras preguntas serán mucho más precisas. Les preguntaremos si quieren votar la huelga para un futuro próximo, si quieren hacerla sin haber fijado de antemano su término y sin apoyo económico posible, y si quieren hacerla no obstante que los sindicatos, para protegerse ellos mismos, se negarán a aceptar toda responsabilidad, aun por las represalias que provocaría esta huelga política. El resultado de esta encuesta será muy interesante desde todo punto de vista, pero cualquiera que él sea, el congreso de febrero de 1905 decidirá la táctica a seguir por el partido, en total conocimiento de la opinión de los obreros suecos organizados.

3) *La huelga general como sinónimo de revolución social.*

En este sentido, la huelga general sólo ha sido predicada en Suecia por algunos agitadores más o menos abiertamente anarquistas. Abusando de la popularidad de la huelga general para la conquista del sufragio universal, quizás han sembrado un poco de confusión en algunos medios obreros y encendido una fe por cierto demasiado doctrinaria sobre la eficacia de una huelga general, cualesquiera que sean los problemas a resolver. Las tendencias y los criterios del partido sueco no sirven para mantener ilusiones en una subversión social total e inminente. Los trabajadores suecos no van a creer que un cese de trabajo, por más extendido que sea, pueda producir el milagro de destituir de un golpe de su posición social a las clases poseedoras y dirigentes. Pero es muy posible que una huelga política pueda, en medio de una crisis aguda, servir de advertencia para que no se desprecie la voluntad del pueblo trabajador.

En cuanto a la pretensión de que la huelga general sería "la afirmación más completa de la idea esencial del socialismo: la lucha de clases", me permito observar que, según mi opinión, el socialismo no puede resumirse en una fórmula tan estrecha y de la que tanto se ha abusado. Es cierto que la huelga general es un arma exclusivamente obrera, pero eso es justamente lo que me parece que restringe su aplicación a las situaciones extremas, cuando esa rebelión pacífica de los obreros se convierte de alguna manera en la ejecutora de la voluntad firme y conciente de la gran mayoría del pueblo.

Aplicada sin esta precaución, la huelga general provocará necesariamente desgarramientos entre los obreros y otros sectores sociales que sufren igualmente el yugo del capitalismo, una forma de "lucha de clases" que no me parece hecha para acelerar la evolución hacia el ideal socialista de las democracias modernas.

RUSIA

Es comprensible que en Rusia la idea de la huelga general no haya penetrado en las masas trabajadoras. Sin embargo, las huelgas parciales adquirieron en estos últimos años en el imperio ruso una importancia excepcional. Y es posible que las excelencias de la huelga general se hagan evidentes, un día más o menos próximo, al proletariado militante de Rusia.

En el Congreso de Amsterdam, un miembro del Partido Socialista Revolucionario Ruso dio su adhesión a la propuesta formulada por el Partido Socialista de Francia. Nosotros publicamos aquí la respuesta de Plejánov, el verdadero inspirador del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso.

Georgui Plejánov

Del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso

Desean ustedes conocer mi opinión sobre la huelga general. Hela aquí:

Yo creo que hay huelga general y huelga general, así como hay fagot y fagot.

Se la puede considerar como el medio para hacer la revolución social, mediante la paralización simultánea del trabajo en todas las ramas de la producción en un país dado: tomada en ese sentido, la huelga general es una noción utópica y contradictoria.

Si toda la actividad productiva cesara, los obreros correrían el grave riesgo de morir de hambre antes de haber hambreado a los burgueses.

Pero esto no es todo. Para que la clase obrera pueda hacer una huelga semejante, es preciso que su conciencia de clase, su organización y su disciplina alcancen el más alto nivel. Ahora bien, una vez alcanzado tal nivel el proletariado cometería una falta imperdonable e inexplicable si se limitara a no trabajar en lugar de actuar y hacer la revolución.

Pero es posible también considerar a la huelga general desde otro costado.

En lugar de ver en ella el medio supremo para hacer la revolución social, se la puede considerar como un medio de agitación que prepara el camino para esta revolución.

En este caso, el proletariado revolucionario no tiene necesidad de cruzarse de brazos y de esperar hasta que la sociedad burguesa se derrumbe a consecuencias de su inactividad. Él pasa a la ofensiva apenas ve que su enemigo está bastante desorganizado y que las fuerzas propias son suficientemente numerosas.

La huelga general no remplazaría, en este caso, la acción política del proletariado. Todo lo contrario, ella no haría otra cosa que facilitar la conquista del poder político por todos los trabajadores.

Finalmente, en este caso la huelga general no tendría necesidad de ser general en el sentido estricto de la palabra. Debería ser lo suficientemente generalizada como para hacer posible la acción revolucionaria de los obreros.

Yo creo que tomada en este sentido la noción de huelga general no tiene nada de utópica y que el partido del socialismo internacional haría mal en rechazarla.

Sé perfectamente que la experiencia reciente de nuestros camaradas belgas los ha vuelto demasiado escépticos sobre el particular. Pero es necesario no olvidar que esta experiencia se produjo en circunstancias excepcionalmente desfavorables y que sería falso creer que estas circunstancias se repetirán siempre y en todas partes.

Si nos está permitido citar un ejemplo de nuestro propio país, donde lo que se plantea no es aún la conquista del poder político por el proletariado, sino más bien la lucha contra el zarismo, yo diría que las *huelgas generalizadas* que se produjeron en las poblaciones meridionales en el invierno de 1903, a pesar de todos los horrores de la represión provocada por ellos, hicieron época en la historia de nuestro movimiento obrero.

He aquí lo que yo pienso de la huelga general.

EL CONGRESO DE AMSTERDAM

Los Congresos socialistas internacionales prestaron, hasta el presente, muy poca atención al problema de la huelga general.

No percibieron la importancia que adquiere esta concepción, para el porvenir del socialismo: siguieron otras vías. Por otra parte, el valor socialista de una noción de ese tipo, sólo podía hacerse evidente mediante su afirmación y su realización por las propias clases obreras.

Desde el Congreso de París de 1889, hasta el reciente Congreso de Amsterdam, los partidos socialistas consagraron solamente breves discusiones al examen de la huelga general, durante sus asambleas internacionales. En el Congreso de París de 1889 se rechazó una resolución en favor de la huelga general, después de ser ésta brevemente atacada por Liebknecht. Este último declaraba que la huelga general era imposible porque, a su juicio, la clase obrera no alcanzaría jamás un poder de cohesión, de organización y de unidad suficiente.

En el Congreso de Bruselas, en 1891, no se habló de ello: los delegados se limitaron a votar una moción sobre las huelgas en general, señalando que "son armas de doble filo". Sin embargo, se discutió la huelga general militar. El Congreso de Zurich, de 1893, no examinó una resolución votada en comisión, que preconizaba en primer término la organización económica y política del proletariado, para utilizar en seguida en la medida de lo posible, la huelga general para todas las luchas. En 1896, en Londres, el Congreso votó la siguiente resolución: "El Congreso opina que las huelgas y los boicots son medios necesarios para la realización de los objetivos de la clase obrera, pero no ve la posibilidad en la actualidad de una huelga general internacional. En cambio lo que sí se necesita en forma inmediata es la organización sindical de las masas obreras, puesto que de la extensión de la organización depende la extensión de las huelgas de industrias enteras o de países en su totalidad." El Congreso de París, en 1901, retomó esta moción y la votó nuevamente.

Podrá verse que las discusiones del Congreso de Amsterdam no fueron muy profundas y que la huelga general recibió, como casi todos los temas incluidos en el orden del día, un tratamiento apresurado.

Es posible que en el próximo Congreso Socialista Internacional, a reunirse en Stuttgart en 1907, se impongan debates más completos: por otra parte, quizás hasta ese momento la evolución del socialismo haya adquirido mayor precisión.

LOS DEBATES EN EL CONGRESO DE AMSTERDAM

Reproducimos en primer término, el informe presentado por el Partido Socialdemócrata Holandés a pedido del *Buró Socialista Internacional*, en el Congreso de Amsterdam, y defendido por la ciudadana Roland-Holst.

El resumen analítico de los debates, que publicamos aquí, apareció en el *Peuple* de Bruselas, de los días 18 y 20 de agosto. Junto con el del *Vorwärts*, se trata del resumen más completo que haya publicado hasta el presente. Ambas versiones concuerdan por otro lado, en la exposición de los debates que nos ocupan.

1. Informe del Partido Socialdemócrata Holandés

El Buró Socialista Internacional encomendó a nuestro partido que elaborara una resolución y un informe sobre la huelga general y la huelga política, destinados a servir de base para las discusiones sobre este tema, durante el próximo Congreso Internacional.

Cumplimos con la primera parte de la tarea encomendada, con la resolución votada en nuestro Congreso de Pascua, el 3 y 4 de abril próximos pasados. Presentamos hoy a vuestra consideración el informe correspondiente.

No fue por casualidad que encomendaron este trabajo a nuestro partido. El arma de la huelga política fue hasta el momento manejada en pocos países y el proletariado no pudo hacer todavía una experiencia general de la utilidad de la misma. La socialdemocracia de uno de esos contados países, donde se ensayó la utilización de la huelga política considerada como un arma de combate, parece estar en mejores condiciones que cualquier otro para presentar una opinión fundada sobre el valor de esta arma en la lucha de emancipación del proletariado.

Sin embargo, queremos dejar inmediata constancia de que, durante nuestro congreso, invitamos a los delegados a que no juzgaran nuestra resolución únicamente en función de la experiencia realizada en Holanda. Esta resolución estaba destinada al congreso internacional; era necesario que las concepciones que allí se presentaran, reposaran sobre los principios que, como verdaderas constelaciones ampliamente visibles, ayudan al navío del movimiento obrero a dirigir su marcha. Debíamos partir de la concepción general de las condiciones sociales, dentro de la cual evoluciona la lucha del proletariado, y no dedicarnos demasiado a consideraciones sobre condiciones especiales o locales.

No significa esto que debiéramos descartar experiencias parciales, realizadas por el proletariado en el dominio de la huelga política. Comenzaremos por lo tanto, por resumir brevemente cómo se dieron en Bélgica, Suecia y Holanda.

Es obvio que nuestro juicio no puede ser el más completo, ni sobre las causas que provocaron la huelga en nuestro propio país, ni sobre sus efectos.

Para el caso de Bélgica, y en lo que respecta a la huelga de 1893, utilizamos el libro de Vandervelde y Destrée, *El socialismo en Bélgica*; para la huelga de 1902, diferentes artículos aparecidos en la prensa socialista. En cuanto a la huelga de Suecia, cuyos detalles son todavía poco conocidos en el extranjero, dispusimos de un informe del camarada Hjalmar Branting, elaborado por el Comité Directivo del Partido Obrero Sueco, y destinado a nuestra revista socialista *De Nieuwe Tijd*.

Las más ricas experiencias de huelga política corresponden a nuestros camaradas belgas. La utilizaron dos veces: en la primera lograron una victoria relativa, en la segunda, resultaron vencidos.

La huelga de Bélgica de 1893 en favor del sufragio universal fue la primera huelga política. Estuvo precedida durante muchos años por una propaganda muy tenaz.

La organización sindical era aún muy débil en Bélgica, y también la organización política era deficitaria, pero durante la larga campaña en favor del sufragio universal, los obreros belgas habían aprendido dos cosas: primero, a concentrar todas sus fuerzas sobre un punto y considerar al sufragio universal como el objetivo principal a alcanzar, en función del cual había que arriesgarlo todo; segundo, a seguir con confianza la dirección política del Partido Obrero. La conciencia de clase comenzaba a despertarse en la masa; además, hallaba su expresión concreta en una exigencia política. De ahí que, cuando el Consejo General lanzó la consigna de huelga, en las grandes ciudades y en los principales centros industriales la masa obrera siguió inmediatamente el llamado. Este entrenamiento político, fruto de la lucha de larga duración, es a nuestro juicio una de las causas del éxito de la huelga del 93.

Otra de las causas esenciales fue que sorprendió a la burguesía, y por consiguiente, hizo cundir un miedo tremendo. Por primera vez en la historia de la emancipación proletaria los obreros descubren el arma de la huelga contra el estado. Cada nueva prueba de combatividad de parte suya espanta tanto más a la burguesía, cuanto que ésta menos se lo espera. Por un momento, ésta cree que su fin está próximo. Lo mismo ocurrió en la mayoría de los países, en ocasión de la primera fiesta de mayo en 1890; y fue lo que sucedió en Bélgica en 1893. El temor a la revolución, cuyo precursor parecía ser la huelga, el miedo que suscitaban millares de mineros marchando sobre la capital, turbaron a la burguesía durante un instante y paralizaron su voluntad. Se defendió, es cierto, utilizando sus fuerzas habituales: la policía, el ejército, la cárcel; pero su defensa fue vacilante. Prefirió hacer una concesión, ceder en parte, en lugar de afrontar el peligro, inminente a sus ojos, de una revolución. El resultado fue un compromiso, una media victoria del proletariado: el voto universal, pero plural, fue el saldo de la primera huelga política. Inútil decir que tal resultado contribuyó a aumentar en la clase obrera el sentido de su poder.

Por el contrario, la huelga de 1902 no arrancó la menor concesión a la

burguesía. Sin duda alguna, fue más extendida que la de 1893; tomaron parte de ella 300.000 obreros: la organización del proletariado y su entrenamiento para la lucha se habían incrementado; la efervescencia general en nada había disminuído, por cierto. Y sin embargo, la huelga fracasó rotundamente en lo que se refiere a quebrantar la mayoría reaccionaria de la cámara o los partidos reaccionarios del país.

Los teóricos socialistas más sagaces imputaron esta derrota a la alianza parlamentaria con los liberales, que había trabado el movimiento revolucionario del proletariado. No queremos analizar aquí hasta qué punto una mala táctica pudo haber contribuído a hacer fracasar la huelga. Evidentemente sería fácil evitarla en el futuro. Pero lo que surgió con toda claridad fue que la burguesía, ahora que conocía la huelga política, ya no emprendía la huida frente a ella. Por el contrario, se defendió por todos los medios de represión al alcance del estado capitalista, sin ningún temor y consciente del hecho de que, en las actuales condiciones y con la distribución de fuerzas que se da en este momento, esos medios bastan todavía para mantener en jaque a la organización del proletariado y a su poder de resistencia.

Pero la segunda huelga belga encierra un episodio de máximo interés para el proletariado internacional: la forma como los obreros ejecutaron la retirada. La batalla estaba perdida, pero supieron batirse en retirada en el momento oportuno, protagonizando lo que en todas las épocas se imputó como gran honor a un arma vencida: retirarse de la batalla en perfecta disciplina. El ejemplo que dieron prueba que la conciencia y el hábito de la lucha desarrollan en el proletariado las mejores cualidades y la mayor energía. Esto solo basta para corregir la suposición errónea según la cual, en materia de huelga política, toda derrota desembocaría forzosamente en una catástrofe. La derrota en Bélgica ha demostrado que esto es tan erróneo como en materia de huelga ordinaria, y que los peligros que necesariamente resultan de la lucha económica contra un adversario tan temible como el estado moderno, se encuentran considerablemente atenuados por la unidad de dirección y de acción en el proletariado.

Lamentablemente, la huelga de 1902, al igual que todos los movimientos populares en Bélgica, cobró sus víctimas, y los funestos acontecimientos de Bruselas y de Lovaina, donde los "guardianes del orden" mataron a siete obreros, están vivos en la memoria de todos. Pero la unidad de acción, la unanimidad con la cual se abandonó y se retomó el trabajo, salvaron a los obreros belgas de las consecuencias disolventes de la derrota y del espectáculo desmoralizador, que consiste en ver a los combatientes de ayer despojados de toda posibilidad de trabajo, presas de la miseria, y rechazados de todos lados como si fueran parias. Casi no hubo represalias por el lado patronal; las organizaciones quedaron intactas; en cuanto a las elecciones realizadas bajo la impresión directa de los acontecimientos de mayo, y de una fuerte reacción anti-socialista, explotada por el partido clerical en el seno de la pequeña burguesía, tuvieron como resultado un incremento de 16.000 votos socialistas en el conjunto del país, pese a una ligera disminución en alguna que otra localidad. Es verdad que el movimiento por el sufragio universal

disminuyó en intensidad durante algún tiempo. Pero no está probado que el fracaso de la huelga haya sido la única causa de esto. Por el contrario, es muy posible que sin huelga, el rechazo de la proposición liberal socialista en la cámara, hubiera tenido el mismo resultado. Precisamente eso es lo que ocurrió en dos huelgas, en Holanda y en Austria. Tal como el camarada Víctor Adler lo hiciera notar recientemente con toda razón, un enfriamiento temporario —como el que afectó al movimiento por el sufragio universal— es algo perfectamente natural, puesto que resulta con toda evidencia imposible que un movimiento se mantenga en su apogeo a lo largo de muchos años.

Pasemos ahora a la huelga en Suecia. Dos cosas la diferencian de la de Bélgica. En primer término, se la anunció expresamente, no como un medio de *presión*, sino de *demonstración*. Los obreros suecos querían mostrar por medio de ella que no renunciaban todavía al sufragio universal, sino a su salario, durante esas jornadas, tan importantes para ellos, en que la cámara debatía los proyectos de ley, y que querían concentrar toda su atención en el gran tema político. Esta interpretación de la huelga, de la cual se dejó expresa constancia, tenía la ventaja de evitar toda posibilidad de una verdadera derrota. Otro punto importante consistió en que la duración del movimiento fue fijada previamente.

Se había decidido que se retomaría el trabajo inmediatamente después de terminados los debates parlamentarios sobre los proyectos de ley referidos al sufragio. Por lo tanto, estaba previsto que la huelga durara unos pocos días. Estas disposiciones hicieron más difícil que la prensa burguesa pudiera presentar la huelga como prelude de la revolución, y azuzar a la opinión pública contra la clase obrera.

Al igual que en el caso de la primera huelga belga, el resultado de la de Suecia fue una semi-victoria de la voluntad popular, es decir un compromiso. La decisión final sobre el problema del sufragio fue diferida; después de rechazar por igual todos los proyectos, la cámara invitó al gobierno a presentar un nuevo proyecto en el curso de los dos años siguientes.

La huelga de Suecia no tuvo por cierto menor extensión que la de Bélgica. En Estocolmo pararon no solamente las fábricas y la construcción, sino también los trabajadores del transporte, de las usinas productoras de gas y del sistema vial. No pudo salir ningún diario burgués. La huelga, aunque fuera anunciada como simple demostración, frenó considerablemente la vida económica y ocasionó serias molestias a la población.

Al igual que en Bélgica, la educación política del proletariado sueco se había dado a través de una larga campaña en favor del sufragio universal. El partido socialdemócrata tenía la dirección total de la huelga, y para evitar represalias de la patronal, se convino no comprometer en absoluto a los sindicatos en el movimiento. El llamado a la huelga partió del Comité Directivo de la socialdemocracia. El resultado de esta táctica, así como de la total unidad y disciplina de los obreros, fue que los sindicatos no sufrieran pérdida alguna. Solamente en una fábrica, muy importante, la patronal proclamó el lock-out como consecuencia de la huelga. Pero duró poco tiempo.

Cabe dejar constancia, por último, que nuestros camaradas suecos atri-

buyen también ellos una parte importante de la victoria al hecho de que la burguesía fuera tomada de sorpresa.

“Hemos tenido éxito en parte —escribe Hjalmar Branting— gracias a la sorpresa; la próxima vez, es de temer medidas mucho más severas por parte de la patronal.” Es obvio que para tener posibilidades de éxito, una repetición de la huelga en el futuro deberá asestar golpes más serios a la burguesía, ya sea mediante una extensión mayor o una mayor duración, o mediante algún otro procedimiento.

Analizaremos ahora la experiencia de la huelga en nuestro país. Todos sabemos cuál fue el motivo. Después de la huelga victoriosa de los obreros ferroviarios, el 31 de enero de 1903, el ministerio Kuyper presentó un proyecto de ley que castigaba con muchos años de cárcel toda huelga ferroviaria, y prohibía el “picketing” a todos los obreros. Pero, antes que se conociera este proyecto, los obreros, advertidos por las amenazas de la prensa burguesa, se habían unido para su defensa. El sindicato ferroviario, aparentemente muy fuerte en ese momento, había anunciado oficialmente una nueva huelga; si se atentaba contra los derechos de sus afiliados. Al mismo tiempo, la casi totalidad de los obreros consideró la huelga de oposición a las nuevas leyes, como el acto supremo de defensa. Sin embargo, no se hizo casi nada para organizarla. La victoria inédita de los ferroviarios, seguida de la de los portuarios de Amsterdam, infundió temeridad al proletariado, y lo indujo a sobrestimar sus propias fuerzas. Los anarquistas habían predicado la huelga general, como oposición a la acción general, como oposición a la acción sindical y política, como un medio infalible, y su influencia era demasiado grande en los sindicatos. Pero, en mayor proporción que todas estas causas, la falta casi total de derechos políticos debía conducir a los obreros a que encararan la huelga como el único medio de defensa a su alcance.

Solamente un cuarto de los obreros tiene el derecho al voto: le resulta por lo tanto imposible al proletariado vengarse de los autores de las leyes infames, y derribar el ministerio reaccionario. Como ocurre cuando se carece de derechos políticos, la conciencia y la educación política del proletariado no estaban lo suficientemente desarrolladas como para hacerle accesible la noción de una lucha limitada a una campaña de reuniones públicas y a la acción de los diputados obreros en el parlamento. Por otra parte, el instinto de clase era demasiado fuerte para que las masas se dejaran arrancar sus derechos sin resistencia. De este modo, la huelga se convirtió en una especie de necesidad psicológica. Para evitarla, hubiera sido necesario que el gobierno renunciase a su proyecto de hacer votar la ley prácticamente por sorpresa, quitándole de este modo a los ferroviarios otras alternativas, inclusive antes que comenzara la investigación parlamentaria sobre los reclamos que habían determinado la explosión del 31 de enero. La fracción socialdemócrata intentó, en varias oportunidades, que la investigación se tratara con anterioridad a la consideración de los proyectos de ley. Si estos esfuerzos hubieran dado resultado, lo bien fundado de los reclamos obreros hubiera sorprendido favorablemente a la opinión pública y la hubiera calmado, la tensión hubiera

disminuído y quizás se hubiera podido evitar la huelga. Pero el gobierno se endureció. La huelga le convenía: quiso y provocó la explosión con la esperanza de debilitar de ese modo, por largos años, a la socialdemocracia y a los sindicatos independientes. Su acción violenta, unida a la falta de derechos políticos, hizo recaer sobre él la responsabilidad de la huelga y la miseria resultante.

No queremos volver a trazar aquí la marcha de los acontecimientos, sino limitarnos a formular algunas observaciones que habrán de explicar el fracaso completo de la huelga. El proyecto primitivo del comité de dirección implicaba la cesación del trabajo sólo para los obreros del transporte (ferroviarios y portuarios). La extensión de la huelga a otros gremios se decidió cuando fue evidente que la huelga ferroviaria había fracasado, y tuvo como único fin ocultar dicho fracaso. Cuando se dio la consigna de volver al trabajo, no podía tratarse aún de huelga general, ni siquiera, de huelga extendida, salvo en el caso de la ciudad de Amsterdam. Inclusive allí, fue tan desorganizada, que aun cuando tomaron parte de ella cerca de 30.000 obreros (es decir, por lo bajo, 10.000 más que en Bruselas en 1902), la burguesía no sufrió grandes molestias.

Una de las causas principales del fracaso fue el no haberse puesto de acuerdo con precisión sobre el carácter de la huelga (presión o demostración), y sobre cuánto duraría. Esto tendría consecuencias fatales. Las corrientes distintas y a menudo contrarias que actúan en el movimiento obrero repercutían sobre el comité que dirigía la huelga; dado que los socialdemócratas se veían obligados a trabajar en conjunto con anarquistas y con partidarios de "todo a través del sindicato", cualquier esfuerzo para aclarar semejantes divergencias hubiera desembocado solamente en una escisión completa del Comité y en el fracaso del movimiento popular, cuando resultaba absolutamente indispensable la unidad, al menos exterior, contra el enemigo común. Para terminar, mencionemos todavía que una parte importante de los obreros, pertenecientes a organizaciones confesionales, apoyó abiertamente al gobierno, y que éste, alertado por la huelga del 31 de enero tuvo tiempo, desde esa fecha hasta los primeros días de abril, para tomar las medidas militares o de otro tipo que juzgaba necesarias.

Como puede apreciarse, la huelga política de Holanda fue exactamente lo contrario de la de Suecia. Lamentablemente, también lo fue en lo que respecta a sus consecuencias inmediatas. No nos referimos a la derrota, sino a la discordia que se desencadenó, y a la imperdonable conducta de los anarquistas que aprovecharon ávidamente esta ocasión para hacer que los obreros desconfiaran de la socialdemocracia, utilizando acusaciones calumniosas. * El resultado, sobre todo en lo que respecta a la capital, fue un gran

* Un comité de investigación, designado al final de las sesiones que decidieron el levantamiento de la huelga, y compuesto en su mayor parte por obreros hostiles a la socialdemocracia, publicó un informe refutando por completo las acusaciones de traición dirigidas por los anarquistas contra nuestro partido.

debilitamiento de la mayoría de las organizaciones sindicales. Sus miembros las abandonaron por millares. Cuando los capitalistas vieron a esos obreros —que hasta hacía poco los habían hecho temblar— abatidos, indefensos y desnudos, se dieron cuenta de que había llegado la hora de las represalias. La burguesía holandesa, alentada por el gobierno que calificaba a los huelguistas de "malhechores", dio el ejemplo de una dureza de corazón y de una sed de venganza jamás vistas. Abrieron camino las grandes compañías ferroviarias, siguieron los capitalistas portuarios, etc. En el primer momento hubo más de 5.000 víctimas, de las cuales, 1.500 correspondían a las compañías ferroviarias. Su número disminuyó muy lentamente, ya que casi todos los patrones se negaban a volver a emplear a los huelguistas. Después de transcurrido un año, había todavía varios centenares. Estas lamentables consecuencias, tanto los sufrimientos individuales como el debilitamiento de los sindicatos, influyeron en muchas mentes, sobre todo entre quienes no conocían las experiencias de huelgas políticas realizadas en Bélgica y en Suecia, o no daban importancia a las mismas. Aquéllos consideraron entonces a la huelga política como un medio de lucha absolutamente impracticable y un arma con la cual el proletariado sólo logra agredirse a sí mismo.

Cabe agregar que los efectos de la huelga distaron mucho de ser desastrosos en todos los campos. Los sindicatos no perdieron miembros solamente, sino también muchas de sus utópicas ilusiones, lo cual es un progreso. Hasta ese momento, aunque tenían una alta opinión de sí mismos, comprendían sus responsabilidades con demasiada ligereza. La huelga ha purificado todo esto. Los sindicatos comprenden mejor su tarea específica e inician —a nuestro juicio— su desarrollo normal.

Se han acentuado los contrastes entre clase y clase, y esto ha incrementado la influencia de nuestro partido.

Las elecciones comunales del año pasado, realizadas poco después de los acontecimientos de abril, arrojaron casi en todas partes, un incremento de votos a favor nuestro. Las reuniones públicas y manifestaciones del 1º de Mayo de este año, organizadas por nuestro partido, ya sea aisladamente o de acuerdo con los sindicatos, tuvieron un éxito sin precedentes. Y todo esto se obtuvo a pesar de los violentos e indesantes ataques tanto de los partidos clericales como de los anarquistas, ya que ambos nos combaten utilizando los medios más indignos: unos quieren responsabilizarnos de la huelga y de sus tristes consecuencias; los otros nos imputan el fracaso de la misma. Por último, las relaciones de nuestro partido con los sindicatos mejoraron mucho, y nuestros principios adquieren creciente influencia sobre los obreros organizados.

Aprovechamos esta ocasión para atestiguar, frente a la socialdemocracia internacional, nuestro gozo por no habernos sustraído al movimiento del año pasado, aunque haya sido tan desorganizado y aunque hayamos previsto con toda claridad su fracaso. Hemos mostrado a los obreros que el partido socialista nunca los abandona en medio del peligro, cuando de los derechos y de la dignidad de la clase obrera se trata, y que prefiere compartir toda la miseria de la derrota, antes que sustraerse a la lucha.

Pasemos ahora a una breve explicación de nuestra resolución.

La confusión causada en las mentes obreras por la propaganda anarquista en favor de la huelga general considerada como panacea universal nos obliga a explicar este tema lo más claramente posible. Tal confusión no se da solamente en Holanda; en España y Francia, la consigna de huelga general también se ha convertido en un medio de apartar a los obreros, ya sea de la organización sindical, que reposa sobre los esfuerzos coordinados, la disciplina democrática y los sacrificios continuos de los individuos; ya sea de la organización y de la acción política, para acostumbrarlos a embriagarse con frases rimbombantes pero vacías.

Nuestra resolución analiza la utopía anarquista de la huelga general desde tres puntos de vista diferentes. Rechaza como impracticable, la preunción de que los obreros de todos los gremios se cruzarían de brazos, y que de inmediato, toda producción cesaría. Pone en guardia a los obreros contra la ilusión de que una huelga general pueda cambiar de un día para otro la distribución del poder entre las clases, como si pudiera esperarse de ella el súbito advenimiento de la revolución social, la gran correntada que arrastra a todas las formas de propiedad, a las instituciones y a los hábitos del capitalismo. Basándose en esto, nuestra resolución pone a los obreros en guardia contra cualquier huelga que se preconizara oponiéndola a los demás medios de lucha que el proletariado ya conoce, como si éstos pudieran resultar superfluos.

Con esto, queremos dejar establecida la muerte sin palabras de la quimera anarquista referida a la huelga general. La socialdemocracia declara que rechaza en forma absoluta esta concepción exaltada y peligrosa. Pero eso no basta. Dejando de lado la idea de una huelga sin límite e irrealizable, que apunta a un objetivo absoluto, tenemos que pronunciarnos sobre la huelga limitada y realizable, que tiene un objetivo establecido y está dirigida contra el estado.

La idea de este tipo de huelga no es una idea anarquista: vive en la mente de muchos obreros socialdemócratas, fue propagada durante muchos años por nuestro partido en Bélgica y en Suecia, como medio supremo para conquistar el sufragio universal. Entre los camaradas alemanes se empieza a discutir sobre la posibilidad de aplicarla, en caso de atentado contra los derechos políticos por parte del gobierno. Así como no tiene nada de anarquista, tampoco tiene nada de quimérica: ha sido puesta en práctica muchas veces por los obreros de diferentes países. Esta idea es el resultado de dos grupos de circunstancias. Por un lado, el crecimiento de la unidad y del poder de la clase obrera, cada vez más concientizada y mejor organizada; por el otro, la mala voluntad puesta de manifiesto por los gobiernos, cuando se trata de conceder a los obreros los derechos políticos indispensables para la lucha, así como los atentados contra los escasos derechos que el proletariado posee, con el fin de paralizar el movimiento obrero.

Hemos visto en los últimos años cómo los obreros belgas, suecos y holandeses se lanzaban a la huelga política. Sabemos por qué tomaron esta

decisión; no poseían ningún otro medio para demostrar a los gobiernos la fuerza de su voluntad y el poder de su clase.

Creemos que esta última reflexión debe resultar concluyente cuando se examina el problema de la huelga política. Se trata de un medio peligroso. He ahí un motivo para utilizarlo con prudencia, exclusivamente en caso de urgencia. Bélgica y Suecia han demostrado que en este aspecto lo peligroso no es sinónimo de perjudicial, inclusive cuando no se obtienen resultados directos. El medio no es infalible. Pero, ¿cuál de las armas del proletariado lo es, o puede serlo, hasta tanto el poder de éste no iguale al de su adversario? En todo caso, es el medio supremo de demostración, de protesta y de presión que le queda al proletariado cuando se le terminan los medios ordinarios. Se puede negar a los obreros sus derechos políticos o quitárselos; se puede conseguir que el derecho al sufragio se vuelva ilusorio mediante otras medidas tales como la división de distritos, el veto del Senado o cualquier golpe de Estado. Pero no es posible impedir que los trabajadores intenten intimidar o desorganizar un gobierno enemigo, y que ejerzan una presión sobre la opinión pública, paralizando en forma más o menos seria la producción y el transporte. Lo repetimos: en los casos extremos, el proletariado no posee otro medio para manifestar su poder social. La negativa a pagar los impuestos, aplicada muchas veces por la burguesía en el curso de su lucha revolucionaria contra el absolutismo, no tiene sentido para la clase obrera, demasiado pobre para dar efectividad a este medio. Las insurrecciones armadas del pueblo contra el ejército, ya no son posibles tampoco, como no lo es el rechazo masivo del servicio militar. Entonces ¿qué otro medio queda?

No se trata de averiguar aquí si la clase obrera se verá obligada a emplear en un futuro los medios supremos de combate. No pretendemos predecir cuál será el desarrollo más probable de la lucha de clases. ¿Aumentará la resistencia de las clases que detentan el poder, a medida que crezca su temor frente al poder creciente del proletariado y se sientan más cerca de su caída? O bien, llegado ese momento y al darse cuenta de la inutilidad de una resistencia más prolongada ¿se someterá una fracción considerable de la burguesía y dejará que el poder se le escape paulatinamente de las manos? No queremos optar entre estas dos hipótesis. Sin embargo, nos parece importante dejar establecido lo siguiente: cada socialdemocracia debe tener en cuenta la posibilidad de encontrar una resistencia mayor, a medida que la lucha de clases se exaspera.

Frente a ello, los obreros organizados en partido de clase no tienen derecho a declarar: para el futuro, renunciamos voluntariamente a nuestro medio de lucha supremo. No tenemos derecho de tranquilizar a la burguesía asegurándole que el proletariado no habrá de emplear nunca más sus fuerzas organizadas para desorganizar el estado capitalista. No tenemos derecho de calmar el terror (por mucho que los anarquistas lo hayan exagerado) que sin lugar a dudas la burguesía experimenta frente a la idea de la huelga política suspendida sobre su cabeza, como una espada de Damocles.

Nuestra resolución no se pronuncia sobre los detalles de forma, de extensión, etc., de la huelga política. Que abarque un número importante de gremios,

o solamente los principales engranajes de la vida económica; que tenga una duración predeterminada; que se la considere como grave demostración, como protesta o como medio de presión: no podemos entrar en estos detalles. Todo esto depende de la estructura económica de cada país, y de las circunstancias políticas. Tampoco nuestra resolución entra a analizar si determinadas circunstancias económicas (ausencia de gran industria dependiente del extranjero, etc.) o políticas (poder gubernamental centralizado, formas democráticas, etc.) pueden volver impracticable la huelga política en determinados países. Nuestra resolución no debe expedirse respecto de todos estos puntos, puesto que se basa en principios y circunstancias generales.

Pero hay un punto sobre el cual se expresa claramente. Para ser viable y ofrecer perspectivas de éxito, la huelga política exige que se acrecienten continuamente la unidad, la organización y la conciencia política del proletariado. El último párrafo de la resolución deriva de nuestra oposición a la quimera anarquista. Al agitar sus destellos frente a los obreros, los anarquistas los alejan de los esfuerzos y sacrificios necesarios para la lucha cotidiana. Por nuestra parte, en cambio, declaramos firmemente que tender a perfeccionar la organización, la conciencia política y la disciplina, será en el futuro —en mayor medida de lo que ya lo fue en el pasado— una condición *sine qua non* para asegurar el éxito de la huelga política, o incluso para evitar que se convierta en la ocasión de una verdadera catástrofe para el proletariado. Porque la clase burguesa está cada vez más a la defensiva, y cada gobierno saca provecho de la inexperiencia de algún otro, tal como acaba de probarlo la huelga ferroviaria de Hungría. * Nadie puede estar más profundamente convencido de esto, ni puede hacer una advertencia más seria al proletariado que nosotros, los socialistas holandeses. ¿No participamos acaso en un movimiento en el cual, precisamente, los efectos desastrosos de la falta de organización, de disciplina y de conciencia política, expusieron al proletariado vencido al desprecio, a las afrentas y a la crueldad implacable de sus adversarios?

PROYECTO DE RESOLUCION *

El Congreso Socialista Internacional,
Considerando:

Que es conveniente que la democracia social se pronuncie sobre la "huelga general";

Que las condiciones necesarias para el éxito de una huelga de gran extensión consisten en fuerte organización y disciplina voluntaria del proletariado,

* Es sabido que Fisz, el ministro-presidente de Hungría, consultó telefónicamente al ministro Kuyper sobre las medidas adecuadas para asegurar el triunfo del orden, y someter a los obreros ferroviarios.

* Este proyecto de resolución es el que ya ha adoptado el Partido Socialdemócrata de Holanda.

Declara que es impracticable la "huelga general", si por ello se entiende la cesación completa de todo trabajo en un momento dado, puesto que una huelga de ese tipo volvería imposible la existencia, tanto para el proletariado como para el resto de la población;

Considerando

Que la emancipación del proletariado no podría ser el resultado de un esfuerzo súbito de ese tipo,

Que por el contrario, es posible que una huelga que se extendiera ya sea a un gran número de gremios, ya sea a los más importantes para el funcionamiento de la vida económica, podría ser un medio supremo para efectuar cambios sociales de gran importancia, o para defenderse de ataques reaccionarios dirigidos contra los derechos de los obreros,

Advierte a éstos que no se dejen influir por la propaganda a favor de la "huelga general", utilizada por los anarquistas, para apartar a los obreros de la lucha verdadera e incesante, es decir de la acción política, sindical y cooperativa,

El invita al proletariado a acrecentar su poder y consolidar su unidad, mediante el desarrollo de sus organizaciones de clase, puesto que de estas condiciones dependerá el éxito de la huelga política, si un día, ésta fuera útil y necesaria.

(Partido Socialdemócrata de Holanda)

2. Los debates de la Comisión

La sección encargada de examinar la huelga general está presidida por Anseele. Debe optar entre tres tendencias.

Los holandeses, los belgas y los socialdemócratas alemanes estiman que la huelga general —si por ello se entiende la cesación de todo trabajo en un momento dado— es imposible; consideran también que una huelga animada por un objetivo político y que abarque muchos gremios puede, en determinadas circunstancias, resultar eficaz para conquistar por ejemplo el sufragio universal o evitar atentados reaccionarios contra los derechos de los obreros.

Allemane, coincidiendo con el Partido Obrero Socialista Revolucionario, considera la huelga como el medio más eficaz para lograr el triunfo de las reivindicaciones obreras, tanto como para asegurar la defensa de las libertades públicas.

Allemane declara sin embargo, que nunca pensó que la huelga general sea el único medio de lucha de los obreros contra el capitalismo. Pueden emplearse todos los medios revolucionarios. Pero es necesario poner entre las manos del proletariado un arma que le permita realizar la revolución social y sobre todo recoger los frutos de su victoria.

La ciudadana Roland-Holst defendió el informe y la resolución del partido socialista holandés.

Briand expone su propia concepción de la huelga general. No se trata de la revolución social, y tampoco de la cesación completa del trabajo, sino de una huelga extendida a determinados gremios, de un medio, o de una táctica que debe utilizarse con vistas a un objetivo definido, y en circunstancias determinadas.

Briand dice que sería un error quitarle al proletariado el arma de la huelga general. ¿Qué harían los socialistas alemanes si mañana se intentara quitarles el sufragio universal? Encaremos todas las eventualidades que pueden producirse y sepamos hablar a los obreros en un lenguaje claro y valiente.

La discusión continuó durante la tarde. Tomaron parte de ella *Anseele* y *Clara Zetkin* en forma destacada.

Finalmente se adoptó la resolución de los holandeses, con una enmienda que preconiza la socialización de los medios de producción, a través de la conquista de los poderes públicos. Solamente los delegados franceses votaron en contra.

3. Los debates en el Congreso

La ciudadana *Roland-Holst* defiende el informe de la comisión sobre la huelga general. El voto casi unánime de nuestra sección —afirma— prueba los progresos realizados por la mentalidad obrera en lo que respecta a este tema tan grave de la huelga general. El proletariado comprende que, sin abandonar este medio, debe ser enormemente prudente en cuanto a su utilización.

Jamás sería posible que el trabajo cesara en todos los gremios. Además, la huelga general no es la revolución social. La transformación de la sociedad no puede hacerse súbitamente. Se realizará y se realiza cada día mediante nuestro esfuerzo continuo.

Con respecto a las huelgas contra la patronal, el congreso no tiene por qué expedirse. Debe discutir solamente la huelga contra el Estado, es decir, la huelga política.

Y ésta ¿será necesaria algún día? No lo sabemos, pero es necesario dejar abierta esta pregunta.

Después de desarrollar el orador algunas otras ideas contenidas en su informe, el presidente le hace notar que ha concluido el tiempo de su intervención. *Roland-Holst* abandona la tribuna mientras la sala la ovaciona. *Friedeberg* (Alemania). El de la huelga general es un problema táctico. Debemos analizar si puede resultar provechosa para el régimen futuro y apresurar su advenimiento.

Durante demasiado tiempo, el proletariado socialista concentró su esfuerzo sobre el terreno parlamentario, que es esencialmente burgués.

Las reformas son más útiles para la perpetuación del régimen capitalista que para el advenimiento del régimen socialista. Nos impiden dedicarnos esencialmente a la educación del proletariado, el cual perdió de vista

sus objetivos. Preparemos a la clase obrera para que conciba o instaure la nueva sociedad.

El tradeunionismo apartó al proletariado de su objetivo final, al interesarlo esencialmente por mejoras inmediatas, estrictamente de detalle.

La resolución de la mayoría agrava la separación existente entre anarquistas y socialistas. Que el congreso la rechace (Aplausos).

Allemane retoma a título de enmienda la proposición del Partido Obrero Socialista Revolucionario y la someterá a votación. No somos exclusivistas en materia de modelos de lucha para el proletariado. Nunca serán suficientes.

Nunca hemos descuidado la acción palamentaria, pero la consideramos sobre todo como una forma de propaganda, y opinamos que la huelga general es ante todo un arma de combate. No se debe desvirtuar esta arma que posee el proletariado.

El proletariado puede resultar vencido, pero también puede recomenzar la lucha. En cada país, los militantes socialistas deben ser los organizadores de la revolución. El partido socialista mundial debe entablar la lucha, en forma tal que el proletariado no pierda los frutos de su victoria.

Al concluir, el orador pide que se vote por nacionalidad.

Willert (Partido Obrero Socialista Revolucionario) estima que los socialistas no tienen derecho de pasar por alto un medio de acción del tipo de la huelga general. Si el Congreso se pronuncia en contra, hará muy difícil la situación de los militantes y profundizará aún más el foso entre la acción política y la acción económica. Con esto, favorecerá al anarquismo.

Meslier (Francia), opina que entre las armas que se encuentran a disposición del proletariado, la huelga general es una de las mejores. Es menester organizarla como para preparar la transformación social.

Schmidt (Alemania) afirma que las ideas de *Friedeberg* no responden a la concepción de la mayoría de los delegados alemanes. No comprende que un delegado de un país donde el parlamentarismo da sus mejores frutos, combata la acción parlamentaria. En eso hay confusión anarquista.

Los sindicatos alemanes cuentan con un millón de miembros. Han brindado importantes servicios a la clase obrera, cuyo poder de resistencia fortifican. Y rechazan la huelga general. Esta, en lugar de poner en peligro el poder del Estado, tiende por naturaleza a minar el poder del proletariado.

Ustinov, delegado del Partido Socialista Revolucionario Ruso, declara que adhiere a la resolución francesa.

Vliegen manifiesta su extrañeza ante la declaración de los revolucionarios en el sentido de que no oponen la huelga general al parlamentarismo, dado que no cesan de denigrar la acción parlamentaria. Fue muy difícil introducir la necesidad de la lucha política en la mente de los obreros, y ahora se deshace esta obra excelente. Quienes quieren la huelga general no son los representantes de las fuertes organizaciones inglesas, alemanas y danesas, sino los representantes de Francia, Rusia y Holanda, donde la organización sindical es débil o nula.

El orador no puede votar la resolución de la comisión. El congreso inter-

nacional no puede declarar que la huelga general es el único medio de lucha. Su misión es revolucionar los espíritus mediante el trabajo cotidiano.

Briand es partidario de la organización general. Ya sea que uno se ubique desde el punto de vista de las reformas, ya sea desde el punto de vista revolucionario, el proletariado debe utilizar todos los medios a su disposición.

Si la huelga ha tenido un carácter místico y vago, es quizás porque los congresos internacionales no se interesaron en el tema. Para nosotros, el mismo se plantea en una forma muy nítida.

La huelga general no es una cuestión de principio, sino una cuestión de táctica. Por sí misma, no engendra la revolución social. Al preconizarla, no estamos abandonando la lucha de clases.

La huelga general es un movimiento más o menos extendido. Utilizan un argumento grosero quienes nos atribuyen la idea de que la suspensión del trabajo pudiera ser general, absoluta.

La huelga puede convertirse en un medio de revolución. También puede aplicarse a la obtención de una reforma determinada. Podría igualmente constituir un medio de resistencia contra los atentados de la reacción para destruir las libertades políticas.

En algunos países ¿no ha pensado acaso la burguesía en suprimir el sufragio universal? En ese caso ¿qué haríais vosotros? ¿Qué medios emplearíais? No debemos quebrar esta arma entre las manos del proletariado.

El congreso debe tomar una decisión clara y franca. La resolución de la comisión es demasiado ambigua. Antes de votar, reflexionad! Preguntaos cómo habrá de utilizarse mañana la resolución que hayáis adoptado. Tened cuidado en lo que respecta a la acción parlamentaria y política, no sea que perdáis vuestra influencia a nivel de masas y no conservéis la fuerza necesaria para realizar el objetivo final del socialismo.

Behr (Austria). La huelga general que produzca la suspensión completa del trabajo es imposible. Cabe descartar semejante utopía. Sin embargo, es posible organizar huelgas muy importantes, ya sea con un objetivo político, o económico.

El congreso debe pronunciarse claramente en favor de la organización de los trabajadores con vistas a la concepción de la huelga general. Resulta interesante constatar que los partidarios de la huelga general proceden precisamente de los países donde la organización sindical deja más que desear.

El congreso debe declarar que no puede adherir a la idea de la huelga general, sin previa organización. En la comisión hemos visto cómo casi todos los delegados adherían a la resolución holandesa.

No tenemos que seguir estudiando la idea de huelga general; por el contrario, el congreso debe poner de manifiesto todos los peligros de la huelga y declarar la necesidad de consagrarse por entero a la obra de organización y emancipación de los trabajadores.

Ciudadana *Roland-Holst*, informante. Voy a exponer las razones por las cuales la comisión mantiene la resolución que había presentado.

Las objeciones formuladas contra la huelga política, parecen establecer, todas ellas, una oposición a la eventualidad de dicha huelga. Frente a ello,

invoco a los camaradas belgas quienes, en dos oportunidades, organizaron la huelga con vistas a conquistar derechos políticos.

Muchos años atrás, ya Kautsky nos mostró que, a causa del crecimiento de la fuerza de nuestro adversario, correspondía recurrir a la huelga general al mismo tiempo que a la acción política. Reforzad vuestra organización económica y entonces, inclusive en caso de fracasar la huelga general, nada tendréis que deplorar.

Cuando declaramos que la violencia organizada no es posible en nuestros países occidentales, no implica esto una crítica de la acción revolucionaria rusa.

Queremos terminar manifestando al proletariado que si bien el arma de la huelga general puede entrañar ciertos peligros, no corresponde sin embargo renunciar a ella por completo.

La proposición de la Unión Federativa del Centro (Partido Obrero Socialista Revolucionario) es rechazada por 34 contra 8.

La proposición del "Partido Socialista de Francia" tuvo 3 votos *a favor*, 36 votos *en contra* y 1 abstención.

Se adopta la resolución del Partido Socialista de Holanda por 36 votos contra 4 y 3 abstenciones.

CONCLUSIÓN

Es inútil acompañar esta Encuesta con largos comentarios. De ella surge en grado suficiente el estado actual de la opinión socialista sobre la huelga general, y sólo nos queda destacar el sentido de aquélla en pocas palabras.

Los partidos socialistas —cuyas tendencias comunes consisten en acentuar cada vez más su acción exclusivamente parlamentaria— sólo comprenden dificultosamente y examinan con desconfianza las ideas revolucionarias de origen obrero: tal es el dato que se desprende de la consulta que acaba de leerse.

Ellos conciben al movimiento obrero exclusivamente en función de su propia actividad. Consideran que su función consiste en conducirlo y gobernarlo. Pretenden subordinarlo a su propia acción electoral y parlamentaria, imponerle *desde arriba* sus consignas y mantenerlo de ese modo bajo su tutela para utilidad propia.

Esto se da porque tienen muy poco en cuenta nociones formuladas por las masas obreras que reaccionan directa y personalmente contra la explotación capitalista. Se comprende que crean solamente en las ideas que ellos mismos elaboraron a partir de las necesidades de su práctica cotidiana y del medio donde ellos evolucionan. Por actuar cada vez más sobre el terreno parlamentario, son incapaces de transportar a él concepciones creadas por el mundo obrero para su propio uso.

Surge claramente de ello la profundidad de la crisis socialista. Por un lado están los partidos políticos socialistas, cuyas cúpulas piensan y actúan según las conveniencias de su actividad parlamentaria y las costumbres de ese medio, tan poco proletario, al que pertenecen; por otro lado, están las agrupaciones obreras que acceden, a través de la lucha, a una conciencia más o menos nítida de su rol revolucionario y a una precisión suficiente de los sentimientos que los anima: tal es el cuadro que presenta el socialismo actual.

Las opiniones sobre la huelga general emitidas en este trabajo permiten captar en todo su alcance la independencia a que nos referimos por parte de los partidos políticos con respecto del movimiento obrero revolucionario. Ya sea que la rechacen por completo o que la acepten parcialmente, la mayoría de los socialistas sólo consideran a la huelga general en sus relaciones con la acción parlamentaria.

Veamos en primer término, a quienes rechazan formalmente la concepción de la huelga general como utópica y anarquista. Los reformistas —como

Vliegen, del Partido Socialdemócrata Holandés— la condenan porque les parece suficiente la acción política tal como se practicó hasta el momento: consideran la marcha del socialismo como una sucesión de victorias parlamentarias que determinan una transformación legal de la sociedad. Por lo tanto, ponen de manifiesto toda la energía socialista dentro de los marcos de los partidos parlamentarios.

Los revolucionarios —y tal como hemos visto, son numerosos— que rechazan la idea de la huelga general, le oponen una concepción de la revolución social realizada *desde arriba*, mediante una conquista más o menos improvisada del poder central. A su vez, colocan el centro de gravedad de la lucha socialista, no en las masas obreras organizadas, sino en el personal político que compone nuestros partidos.

Cuando los socialistas quieren asignar a la huelga general la parte que según ellos le corresponde, la subordinan todavía a la actividad de sus partidos políticos. Los reformistas —como Turati o Bernstein— que admiten que en determinados momentos de insuficiencia parlamentaria, las masas pueden librarse a demostraciones impresionantes y pacíficas a través de la huelga general, no le asignan entonces más que una función de método sucedáneo y de coadyuvante de carácter excepcional: la conciben como un movimiento dirigido y mantenido dentro de límites prudentes, subordinado a las indicaciones de los partidos socialistas. Su huelga general es a la huelga general revolucionaria, lo que la concepción tradeunionista de la acción sindical es al movimiento sindicalista revolucionario.

Los revolucionarios que proclaman la necesidad de la *huelga general política* proceden de un espíritu que en el fondo, poco se diferencia del anterior. Es para que triunfe una reivindicación formulada por un partido político socialista, que la clase obrera debe levantarse, con un movimiento unánime, e intimidar al gobierno recalcitrante. El partido da la orden: las masas obedecen. El elemento que siempre prima es la noción de una acción que no es espontánea y personal del proletariado revolucionario.

Los sindicalistas revolucionarios —y junto con ellos algunos socialistas revolucionarios— asignan a la huelga general otro valor. Consiste en el acto soberano de una clase obrera que accedió a su plena madurez y destruye las instituciones y la ideología burguesa en su conjunto, para sustituirlas para las instituciones y las nociones innovadoras que lleva dentro de sí. La huelga general es la revolución social realizada por el proletariado que, en un momento de insurrección suprema y orgánica, se apodera de los medios de producción y de los engranajes del estado.

Quien crea en la necesidad de mantener lo que se ha llamado la *concepción catastrofista*, es decir el sentimiento de que el mundo sólo podrá renovarse mediante una regeneración total, debida a la ruptura completa de los marcos sociales actuales; quien esté persuadido de que la noción de *revolución social* es el *símbolo* necesario que debe mantener, en el corazón del proletariado, el sentido del abismo que separa las clases y del *hiato* que hay entre la sociedad socialista y la capitalista; ése debe reconocer que únicamente la idea de la huelga general, al colocar los destinos de la clase obrera entre

sus propias manos y al esperar el triunfo definitivo exclusivamente de su energía de clase, es capaz de crear y desarrollar estas ideas revolucionarias.

Los socialistas que se declaran partidarios de la *revolución social* pero encuentran oscura la noción de huelga general, se olvidan de establecer con precisión su propia concepción. O bien la revolución social es la obra de un partido político que se apodera revolucionariamente del poder —y entonces se trata de una acción *en el vacío*, si las masas obreras no son capaces de apoderarse de los instrumentos de trabajo y de los órganos del estado que deben destruirse. O bien la revolución social es la obra de las propias masas obreras, que accedieron a un grado suficiente de organización, de cohesión y de conciencia, y entonces no necesitan que ningún partido exterior a ellas mismas, actúe como intermediario: la emancipación de los trabajadores es la obra de los trabajadores mismos.

No cabe exigir a las grandes concepciones obreras, que guían con mayor o menor claridad la marcha del proletariado, una precisión que no encierran. Lo que debe verse en ellas, para comprenderlas, es la manifestación de los íntimos deseos, de las ideas rectoras y de los sentimientos primordiales de las masas por ellas guiadas. De allí que, la huelga general, idea surgida espontáneamente en la conciencia proletaria, método de acción empleado instintivamente por la lucha obrera, nos revela qué grado de tensión revolucionaria alcanza el ideal de la clase productora.

Los reproches que los socialistas, al estar poco al corriente de las ideas obreras, dirigen a la huelga general, no tienen por lo tanto alcance alguno. La huelga general se confunde con la idea de la propia revolución social. Es la lucha de clases llevada a su máxima agudeza de lucha *política*, es decir *social*. Constituye la mejor *prima* a la organización obrera, puesto que le está diciendo al proletariado que solamente habrá de triunfar cuando tenga la cohesión suficiente.

Es el instrumento por excelencia de la educación moral de las masas, puesto que les recuerda que todo tienen que esperarlo de ellas mismas, de sus propios esfuerzos y sacrificios. Por último, es el símbolo —que nada podrá oscurecer— de la lucha irreductible que enfrenta el proletariado con la sociedad capitalista, y de la *solución de continuidad* que habrá de separar el nuevo mundo del antiguo.

Para el mantenimiento de las ideas socialistas, muy comprometidas en este momento, es deseable que la concepción de la huelga general gane para sí a sectores siempre renovados de la clase obrera. Parece que así ha de ocurrir, si seguimos atentamente las discusiones que sobre este tema apasionan a los medios proletarios, y si observamos las tentativas cotidianas de realización que nos ofrecen las luchas obreras.

Es de esperar también que entre los socialistas revolucionarios, aquellos que estén empujados en no dejar que desaparezcan las ideas fundamentales del socialismo se inspiren cada vez más en una noción tan esencial. Se hace evidente que, entre quienes aceptan todavía la huelga general exclusivamente como un medio político, muchos están en vías de llegar a una concepción más

exacta. ¿Se quedarán a mitad de camino? Un futuro cercano habrá de mostrárnoslo.

Pero es importante reconocer que de ahora en más se ha entablado la lucha entre el socialismo puramente parlamentario y el socialismo obrero revolucionario, y que entre ambos no existe el término medio. Uno u otro: hay que optar.

Noviembre de 1904.

HUBERT LAGARDELLE

INDICE

<i>Advertencia</i>	5
Huelga general y socialismo	
Prólogo	39
<i>Francia</i>	43
I. Partido Obrero Socialista Revolucionario	45
II. Confederación General del Trabajo	50
1. Victor Griffuelhes, 50; Emile Pouget, 57	
III. Comité de la Huelga General	67
Extractos del folleto <i>Huelga general reformista y huelga general revolucionaria</i> ,	67
IV. Partido Socialista de Francia	74
1. G. Delory, 74; 2. Paul Lafargue, 76;	
3. Edouard Vaillant, 80; 4. Debates del Congreso de Lille, 82	
V. Partido Socialista Francés	91
1. Arístides Briand, 91; Jean Jaurès, 95	
<i>Holanda</i>	105
1. H. Van Kol, 107; 2. Henriette Roland-Holst, 111;	
3. V. H. Vliegen, 114; 4. <i>De Nieuwe Tijd</i> , 120	
II. Socialistas Revolucionarios	129
Christian Cornelissen, 129	
<i>Bélgica</i>	133
I. Partido Obrero Belga	135
1. Louis de Brouckers, 135; 2. Jules Destrée, 139;	
3. Emilio Vandervelde, 141	
II. Comisión Sindical del POB	143

Alphonse Octors, 143	
<i>Inglaterra</i>	147
I. Social-Democratic Federation	147
1. H. M. Hyndman, 147; 2. Henri Quelch, 148	
II. Independent Labour Party	152
<i>Austria</i>	153
I. Partido Obrero Socialdemócrata	155
Rudolf Hilferding, 155	
II. "Comisión General" de los sindicatos	166
A. Hueber, 166	
<i>Alemania</i>	169
Partido Socialdemócrata Alemán	172
1. Karl Kautsky, 172; 2. Parvus, 193; 3. Doctor Friedeberg, 196; 4. Karl Legien, 215; 5. Wilhelm Kolb, 216; 6. Debates del Congreso de Bremen, 223	
<i>España</i>	231
1. Pablo Iglesias, 233; 2. Anselmo Lorenzo, 236	
<i>Estados Unidos</i>	245
A. M. Simons, 247; <i>New Yorker Volkszeitung</i> , 248	
<i>Italia</i>	251
Partido Socialista Italiano	253
1. Enrico Ferri, 253; 2. Enrico Leone, 255; 3. Filippo Turati, 261	
<i>Suiza</i>	265
Partido Socialista Suizo	267
H. Greulich, 267	
<i>Suecia</i>	269
Partido Socialdemócrata Sueco	271
Hjalmar Branting, 271	

<i>Rusia</i>	275
Georgui Plejánov	277
<i>El Congreso de Amsterdam</i>	279
Los debates en el Congreso de Amsterdam	281
1. Informe del Partido Socialdemócrata Holandés, 281; 2. Los debates de la Comisión, 291; 3. Los debates en el Congreso, 292	
<i>Conclusión</i>	297